

S

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

TRINEC PAZ

ALGUNAS
CAMPANA

1

F1233

P39

v. 1

1884-85

R. C.



1080012938



ALGUNAS CAMPAÑAS.

PRIMERA PARTE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ALGUNAS CAMPAÑAS.



MEMORIAS ESCRITAS

POR

IRENEO PAZ.

SEGUNDA EDICION.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE IRENEO PAZ

2ª de la Independencia núm. 2.

1884.

ALGUNAS CAMPANAS



FONDO HISTORICO
RICARDO OOVARRUBIAS

155347

ALGUNAS CAMPANAS

PRIMERA PARTE.

LA INTERVENCION FRANCESA EN LOS ESTADOS DE OCCIDENTE.

CAPITULO I.

EL PRIMER PASO.

AMIGO LECTOR:

Me parece que despues de los años que llevo de estarte dirigiendo la palabra, estoy ya autorizado para darte este tratamiento de confianza: es la primera vez que me permito hablarte en vocativo y, espero que me lo perdonarás, en gracia de que acaso sea la última, pues que no me propongo publicar despues de estas ningunas otras memorias ó reminiscencias, único caso en que el que escribe puede permitirse la osadía de estarse nombrando á si mismo, cosa que de veras me produce el efecto de un wagon arrancando chirridos á una mala curva.

A un lado, pues, los preámbulos, que tambien indigestan, y si me lo permites, querido lector, te referiré algunas escenas históricas de aquellas en que yo mis-

mo he sido, sin que quepa género de duda, testigo presencial. Podría por lo tanto decirte, si quisiera hablar en plata, que lo que voy á contar son mis propias aventuras políticas comenzándolas naturalmente por el primer paso dado en esa senda; pero no tengo otras pretensiones, lector amigo, que entretenerte un poco refrescando, quizás tus recuerdos, y por otra parte el respeto que me inspira el cortejo de personas que van á pasar delante de tu vista, me hace desechar aquella idea y presentarte este relato como verdaderas notas de mi cartera, reducidas ahora que las pasiones se han enfriado á veinte grados menos del calor que tienen en el original.—Comienzo.

Estaba queriendo ya eclipsarse el año de 1863, después de haberme proporcionado dos de mis mas grandes satisfacciones, ofreciéndome la compañía de una jóven esposa y el título de letrado, cuando se anunció que la intervencion francesa estaba próxima á enseñar la oreja en mi misma tierra natal, Guadalajara.

—Tenemos que hacer aqui un papel, dije entonces á mis amigos íntimos Alfonso L. Jones, Clemente Villaseñor y demas que formaban en aquella época la entusiasta juventud jalisciense.

Fué aprobada la iniciativa y nos lanzamos á tomarlo con toda la voluntad que podía darnos el mas puro y el mas verdadero de los patriotismos.

Acababa de aparecer allí un militar, jóven como nosotros, que tenia además el prestigio de una simpática figura, y desde luego le propusimos que presidiera una junta patriótica, que teniamos el proyecto de organizar, apoyados por el gobierno.

El jóven militar á quien nos dirigimos era Ramon Corona que aceptó nuestra invitacion con muchísimo gusto: la junta patriótica se estableció entonces en los antiguos salones de la Universidad, en medio de los gritos del entusiasmo de un centenar de muchachos que eran por entonces los miembros que la componian.

Todos los viejos ó se reservaban su opinion, ó tenían miedo á las consecuencias, ó estaban pensando en recibir al imperio con los brazos abiertos.

El espíritu público estaba tan abatido, á pesar de nuestra vocería, que la junta patriótica aquella, no obstante ser institucion del gobierno, vino á quedar en mis manos y en las de Alfonso Jones, con cosa de otros 30 miembros que nunca concurrían á las sesiones. Cuando nos propusimos recoger donativos para los heridos de Puebla, solo un rico llamado D. Manuel Rivera se prestó á contribuir con una carga de frijol que mandó á nuestro tesorero.

Pero ninguna de estas contrariedades lograba abatirnos.

¡A reanimar el valor mexicano! habia dicho la juventud, y cada uno de nosotros hacíamos lo que podíamos.

Recuerdo mis briosas peroraciones en el club popular "Ocampo" y con que entusiasmo procuraba promover la fibra patriótica de aquellos ciudadanos de hielo. Por fin conseguí un dia que salieran de aquel club dos batallones y yo como secretario recibí la votacion para el nombramiento de los gefes. Leonides Torres sería el coronel del batallon número 1 de guardia na-

cional; Antonio Molina sería el coronel del 2º batallón.

Aquella votacion fué de las buenas, es decir, los miembros del club, salvo algunos trabajillos de propaganda, dieron sus votos con toda espontaneidad á nuestros dos candidatos.

El uno, Leonides Torres, se ha sabido distinguir como buen liberal, como partidario de entereza y como enérgico defensor de las instituciones, en los importantes puestos que ha desempeñado.

El otro, Antonio Molina, tomó á pechos su empleo militar y fué á morir en Alamos al lado del valiente Antonio Rosales defendiendo la autonomía de la República.

Registro en mis apuntes otro hecho altamente significativo: unos veinte jóvenes de 18 á 24 años nos dirigimos cierta vez en masa al Palacio del gobierno: yo llevé la palabra.

—Señor gobernador, dije al encargado del poder en Jalisco que lo era el general Pedro Ogazon, nosotros queremos prepararnos para recibir al enemigo extranjero con las armas en la mano. Deseamos defender á la República con éxito, pero no tenemos instruccion militar y venimos á pedirla al gobierno.

Agregué otras frases patrióticas de la oportunidad, que fueron aplaudidas, y al dia siguiente formamos un colegio militar en el antiguo edificio del Seminario, recibiendo la comision de instruirnos en el arte de la guerra, el coronel Anastasio Gutierrez que por cierto reunia muy buenas dotes para maestro.

Aunque todos comenzamos de soldados y hacíamos

nuestras guardias en el cuartel, en el palacio y en donde se necesitaba, al poco tiempo ascendimos á oficiales Lázaro Arellano y yo que supimos distinguirnos por nuestro fervor miliciano.

No era desatendida entonces otra de las palancas que yo he considerado siempre como una de las mas poderosas para avivar el amor á la patria: redacté por primera vez un pequeño periódico festivo que con la mayor facilidad ganó terreno en las masas, el cual tenia por título *Sancho Panza*. En este no solo trataba de pintar á la invasion francesa con negro colorido para infundir hácia ella en uuestro pueblo el mayor ódio posible, sino que censuraba á la vez los abusos de mis correligionarios, cuyo proceder, al ménos segun en mi conciencia, entibiaba el espíritu público.

Habia que luchar con dos fuertes enemigos que nos tenian entre la espada y la pared: el uno era Antonio Rojas y los demas bandidos que se levantaron como por ensalmo de todos los rincones de Jalisco y que cometiendo toda clase de desmanes, enagenaban las pocas simpatias que engendraba el principio republicano. El otro eran los franceses que estaban alcanzando victorias fáciles por donde quiera que se presentaban.

Atacar á los franceses por la prensa era demasiado sencillo, puesto que los considerábamos como el enemigo comun y de todas maneras en eso hacia consistir su mision el escritor patriota; pero censurar á Rojas y sus gentes era muy peligroso, tan peligroso que nadie podia contar con su vida segura. No obstante, fueron llamados al orden en el *Sancho Panza* y eso me valió una prision voluntaria en mi propia casa que es-

tuvo sitiada por los *galeanos* (era el nombre que llevaban las chusmas de Rojas) por algunos días.

Eran los primeros abrojos que brotaban en mi camino.

Sin embargo, mi entusiasmo no decaía y era que me estaba impulsando el doble aliciente de figurar en la política y de defender la libertad de mi patria, que estaba siendo hollada por las plantas del extranjero.

Pero al fin y al cabo todos mis esfuerzos, todos mis trabajos, toda mi voluntad para que se utilizaran mis débiles servicios, vinieron á quedar en nada. El día menos pensado se anunció que los franceses se encontraban á siete leguas de la ciudad, que no había ni intención ni elementos para resistirlos y que la evacuación de la plaza estaba resuelta.

Este rumor se había propalado á las ocho de la mañana y para las tres de la tarde se veían las calles tan solas que no parecía sino que la ciudad iba á ser incendiada. Era como si el mismo San Gerónimo se hubiera subido á lo más alto del campanario de la Catedral y con su enorme trompeta, la misma que le servirá el día del juicio, hubiera pronunciado estas terribles palabras: "Sálvese el que pueda".

En efecto, hubo muy pocos seguramente que no procuraran ponerse en salvo, cuando menos en la casa de algún amigo imperialista.

Era de lamentarse la falta de orden tanto en los empleados civiles como en las tropas, pues que todo por la mañana había sido un constante ir y venir por las calles, convirtiéndose aquella retirada en gritería, confusión, tumulto.

Y era un valiente el que tenía entonces el mando

civil y militar de la plaza de Guadalajara, un hombre con todos los tamaños de un héroe: era el general D. José M. Arteaga.

Yo no era empleado ni tenía ninguna colocación militar, y á falta de autoridad deseaba tener un poco de prestigio para mover al pueblo y organizar aunque fuera una débil resistencia. . . . Me parecía muy triste que los franceses entraran sin quemar siquiera un cartucho á la segunda ciudad la de República.

Salí todavía después á buscar á algunos compañeros del disuelto Colegio Militar. . . . acaso era tiempo todavía de ocupar algunas azoteas y disparar algunos tiros sobre el ejército invasor. . . . Las calles estaban de tal manera pavorosas que un calosfrío mortal recorrió todo mi cuerpo, y yo mismo, antes tan animoso, me sentí desfallecer. . . Las lágrimas brotaron insensiblemente de mis ojos. . . .

—¡Que tarde tan triste!

La mujer que me dió el ser, mi querida madre, temerosa del peligro que pudiera correr si me quedaba, fué á sacarme de mi melancólico arrobamiento.

—¿Que esperas? me dijo, tu caballo está ensillado.

Mi caballo era un caballejo comprado en \$ 25 y tan manso que había sido necesario alquilar cuatro cargadores para ponerle el freno.

Abracé á mi madre, esta me bendijo y yo salí por primera vez del hogar paterno con el corazón oprimido.

Yo era el último de los fugitivos en aquella jornada.

¿Qué misión llevaba? ¿á dónde iba? ¿quién me llamaba? ¿qué órdenes obedecía? ¿cual era mi bandera? ¿quiénes eran mis gefes? ¿cuál era mi representación?

¿quién iba á sostenernos á mí y á mi familia desde allí para en adelante?

Todas estas preguntas me las iba haciendo yo mismo cuando iba caballero en mi mal potranco por aquellos arenales, en donde se habian hundido las ruedas de los carruages que llevaban á los que á mi me parecian grandes potestades.

Pero de todas esas preguntas me burlé yo mismo tambien cuando alzando los hombros, cogiendo fuertemente ambos estribos y espoleando mi cabalgadura empecé á galopar diciendo para mis adentros:

¡Que diablos! yo soy un patriota como otro cualquiera que se va huyendo de los franceses, si Señor, yo me voy huyendo por que sí, pues maldito el caso que me harian si me encontraran por las calles.

A poco agregué con una cachaza que despues se fué pronunciando mas en mi carácter:

—Soy un político, vamos, este es el primer paso que doy en la divertida senda de la política. ¡Adelante

CAPITULO II.

PRIMEROS DESENGAÑOS.

El General en Jefe se detuvo en Zapotlán y allí se detuvieron tambien tanto las tropas como los políticos que en el mayor desórden habian verificado aquella retirada. Hasta despues, y eso porque no todos podian mantenerse en una sola poblacion, fué repartida la gente en Sayula, San Gabriel y demas pueblos inmediatos.

Nuestra pequeña caravana, compuesta de mi reducida familia, mi mujer, un hermano político y yo, fuimos los últimos seguramenté que llegamos al punto designado por cuartel general. Nos alojamos en la hospitalaria casa de mi amigo de la infancia el Dr. Palomino que acababa tambien de recibirse de médico y de casarse, y cuando fué buena hora al día siguiente, me vestí y salí á la calle.

Al doblar la primera esquina me encontré con un antiguo amigo: acababa éste de dejar una buena colocacion que tenia en la oficina principal de rentas, y lle-

¿quién iba á sostenernos á mí y á mi familia desde allí para en adelante?

Todas estas preguntas me las iba haciendo yo mismo cuando iba caballero en mi mal potranco por aquellos arenales, en donde se habian hundido las ruedas de los carruages que llevaban á los que á mi me parecian grandes potestades.

Pero de todas esas preguntas me burlé yo mismo tambien cuando alzando los hombros, cogiendo fuertemente ambos estribos y espoleando mi cabalgadura empecé á galopar diciendo para mis adentros:

¡Que diablos! yo soy un patriota como otro cualquiera que se va huyendo de los franceses, si Señor, yo me voy huyendo por que sí, pues maldito el caso que me harian si me encontraran por las calles.

A poco agregué con una cachaza que despues se fué pronunciando mas en mi carácter:

—Soy un político, vamos, este es el primer paso que doy en la divertida senda de la política. ¡Adelante

CAPITULO II.

PRIMEROS DESENGAÑOS.

El General en Jefe se detuvo en Zapotlán y allí se detuvieron tambien tanto las tropas como los políticos que en el mayor desórden habian verificado aquella retirada. Hasta despues, y eso porque no todos podian mantenerse en una sola poblacion, fué repartida la gente en Sayula, San Gabriel y demas pueblos inmediatos.

Nuestra pequeña caravana, compuesta de mi reducida familia, mi mujer, un hermano político y yo, fuimos los últimos seguramenté que llegamos al punto designado por cuartel general. Nos alojamos en la hospitalaria casa de mi amigo de la infancia el Dr. Palomino que acababa tambien de recibirse de médico y de casarse, y cuando fué buena hora al día siguiente, me vestí y salí á la calle.

Al doblar la primera esquina me encontré con un antiguo amigo: acababa éste de dejar una buena colocacion que tenia en la oficina principal de rentas, y lle-

vaba por consiguiente su cinturón muy bien provisto con piezas de oro de todos tamaños. A éste amigo le había yo prestado regulares servicios, entre los que podían contarse el de haberle ayudado eficazmente con mis relaciones á conseguir la colocación que le permitía encontrarse tan desahogado.

Después de haberme abrazado y saludado con las frases más cariñosas, me preguntó:

—¿Para dónde vas tú ahora?

—No lo sé, pude apenas contestarle con cierta turbación.

—Con algún fin debes haberte venido de Guadalupe.

—Siguiendo el torrente. en fin, me he salido por no ver allí á los franceses.

—Pero ¿sin tener empleo?

—Aquí es donde vengo á buscarlo; hoy la independencia de México necesita los servicios de sus hijos y yo vengo á ofrecer los míos.

Mi amigo se sonrió con un aire que me produjo calofrío y luego me preguntó:

—¿Has ofrecido ya tus servicios?

—En sobradas ocasiones, tanto en público como en lo privado.

—Pues hijo, ahora tienes que esperarte hasta que puedan organizarse por aquí el ejército y el gobierno.

—Me aguardaría de buena gana si contara con lo necesario para vivir aquí unos quince días con mi familia; pero temo que los recursos se me agoten.

—Siempre hay algo que vender.

—No tengo más que unas cuatro malas cabalgaduras, y si las vendo. . .

—¿Que?

—Después no podré menearme.

—Es desconfiar mucho de la fortuna, ó mejor dicho, de la Providencia.

—Tampoco puedo fiarlo todo á ella.

—De suerte que positivamente no traes dinero?

—¡Ni pisca!

—¿Que diantres!

—¿Que dices?

—Que si yo no viniera también tan limitado. . . .

—¡Ah!... ni como había yo de pedirte un solo peso en ésta situación. . . . adios!

—Adios.

En esa misma noche mi amigo aquel perdió en los albures cincuenta onzas de oro, de las cuales pudo recuperar treinta al día siguiente.

Yo me armé de una heroica resolución y me encaminé á la casa que me dijeron ocupaba en la plaza el general en jefe.

—¿El señor general Arteaga? pregunté á su ayudante.

—Pasó mala noche y todavía no se levanta.

Me fuí á dar un paseo y volví después de transcurrida una hora.

—¿El señor general Arteaga?

—Está desayunándose.

Di un paseo de media hora y volví.

—¿El señor general Arteaga?

—No se le puede hablar, está acordando.

—¿Pudiera Vd. hacerle llegar esta carta?

—Si señor.

La carta decía:

“General: Desde hace tiempo vengo pidiendo aunque sea el último sitio en las filas del Ejército Nacional. D. Santos Degollado me hizo Subteniente y me puso á las órdenes de Contreras Medellín para atacar en su columna la plaza de Guadalajara en premio de que siendo un jovencillo estudiante me habia presentado á ofrecer mis servicios espontáneamente. Tengo mi despacho de sargento de Guardia Nacional firmado por el Sr. Ogazon; he sido oficial en el colegio militar; pero yo no pido sino que se acepten mis servicios en cualquiera línea. He seguido al Ejército y aquí estoy para que se me señale mi puesto desde ahora hasta el día del primer combate.”

En el primer combate pensaba distinguirme y hacerme ascender.

Desgraciadamente el acuerdo marginal puesto en mi carta á los tres días, fué este que me pareció el más desconsolador:

—“Dígasele que se le tendrá presente.”

El segundo desengaño me hizo derramar la segunda lágrima.

Entonces escribí á Guadalajara, encargando que se pusieran en venta mis muebles, mi reloj de oro, de bolsillo, que era un recuerdo de familia, mis libros que habia logrado reunir á costa de sacrificios inmensos y cuanto en mi modesta casa pudiera representar algun valor. El producto total deberia ser enviado á Colima, en donde me estableceria definitivamente. Esa ciudad no seria ocupada jamas por los franceses, puesto que se encontraba defendida por inexpugnables barrancas y desfiladeros, lo mismo que por valientes

tropas; habia menos esas eran las cucuitas alegres que yo me hacia.

Todavía me quedaban en los bolsillos quince ó veinte pesos, que era lo indispensable para los tres días de camino que nos faltaban.

Nuestra primera jornada fué á la hermosa y profunda barranca de Atenquique: como bajamos la cuesta ya de noche, veíamos las fogatas que habia en el fondo de la barranca, como se ven las luciérnegas entre el follaje, de tal manera disminuía el tamaño con la enorme distancia que hay que descender.

El cansancio nos hizo entregarnos al sueño tranquilamente, por mas que los jacales aquellos acabaran de ser saqueados por los ladrones y por mas que supiéramos que todos los alrededores estaban plagados de bandidos.

Por fortuna nuestra en la mañana siguiente alcanzamos á la familia de un general, la cual habia pernocado fuera del camino por temor de ser sorprendida, aunque iba bien escoltada por ocho hombres armados. Llevaban veinte mulas cargadas con dinero y varios bultos de equipage.

Dormimos á la segunda noche en la pintoresca barranca del Platanar, que es mas ancha, mas llena de vegetacion y de pajarillos que cantan admirablemente, aunque menos profunda que la de Atenquique.

La tercera jornada la rendimos á buena hora en Colima.

Nuestra marcha habia sido lenta, penosa y no esenta de sustos, pues ya he dicho que las gavillas de bandoleros comenzaban á multiplicarse con el cebo de

robar á las familias que abandonaban los centros de poblacion.

La visita de la ciudad de Colima me causó una impresion de las más agradables con su jardin Nuñez, con sus huertas de cocos, con sus calles llenas de concurrencia, con su hermoso rio que atraviesa por el centro de la poblacion, con el verde tierno de sus arboledas, con su gótico portal y con sus demás risueñas apariencias.

Todos los hoteles, es decir, los dos que habia entonces, estaban materialmente henchidos de pasajeros, y tuvimos que abrigarnos en la primera casa en que nos dieron posada mientras podiamos establecernos mejor.

Los dias que trascurrieron fueron cuando menos tranquilos. Sacamos un regular producto de la venta de nuestros caballos y pudimos seguir viviendo desahogadamente.

El agua de coco, la tuva, el grato vaiven de la hamaca, los baños á las doce del dia y las demás voluptuosidades que ofrece la tierra caliente, hicieron que se adormecieran, á lo ménos por algunos dias, en el fondo de mi alma, no solo mis propios pesares sino hasta los de la patria que parecia estar sucumbiendo al yugo napoleónico, segun las fatales noticias que diariamente nos llegaban.

Por más que me sintiera ofendido y hasta humillado por los propios míos, no podía menos que sentirme tambien hondamente conmovido con los infortunios de la patria.

Es verdad que nos pasábamos dias muy agradables

en la Albarradita, en la hacienda de la Estancia y en todos los demás preciosos alrededores de Colima; es cierto que sus palmeras nos ofrecian fresca sombra, que nos arrullaba el canto armonioso de millares de pajarillos, que nos encantaba la lozanía de los jazmines, de los plátanos y de los cafetos, que el calor cerraba nuestros párpados cuando nos sentiamos impulsados muellemente sobre las mallas de una perezosa hamaca, que nos encantaban las cascadas de aguas cristalinas, llevando en sus linfas olorosas frutas arrastradas por las corrientes, que donde quiera se nos presentaban panoramas encantadores; pero todo ello era un lenitivo fugaz, pues que siempre en las noches al conversar conmigo, no dejaba de decirme:

—¿Cuál será la falta que estoy compurgando? ¿Por qué cuando tanto he procurado ser un verdadero patriota, se me condena á la inaccion y al indiferentismo?

Y en cada noche de estas me formaba una resolucion que venia á ser desvanecida por el hielo de aquel primer desengaño que todavia se encontraba clavado en mi corazon como si fuera una acerada aguja, como si fuera la más punzante de las espinas.....

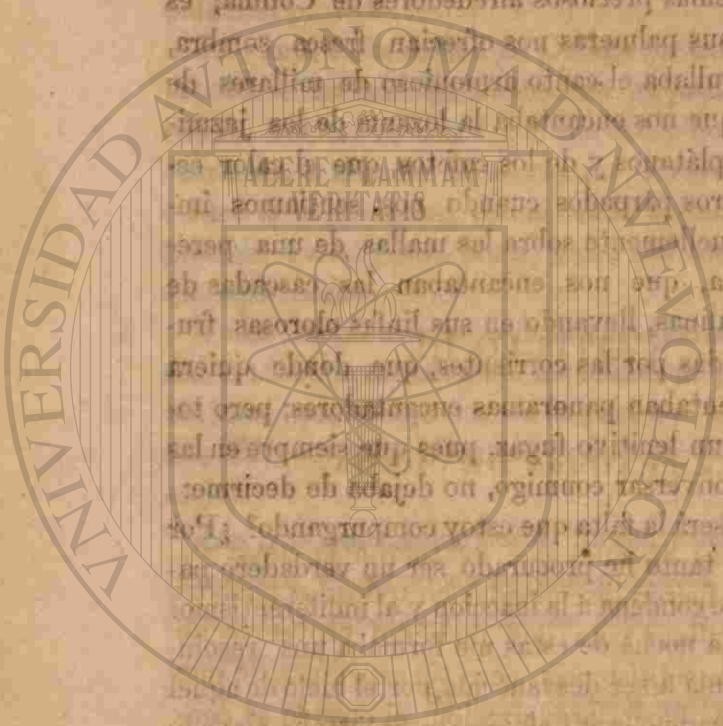
¡En fin!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



en la Albaradica, en la hacienda de la Escancia y en todos los demás preciosos alrededores de Colima; es cierto que sus palmetas nos daban buena sombra, pero que nos auxiliaba el viento que nos llevaba los palmitos que nos cubrían la cabeza y nos defendían de los pájaros y de los mosquitos. En los alrededores de Colima encontramos algunas haciendas que nos enseñaban las ruinas de algunas ciudades que habían sido destruidas por las guerras que se presentaron en esta parte del país. En las noches al caer el día, nos quedábamos en las



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE JALISCO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

todos los Estados, respecto de que aquel ejército disciplinado llegara á los frentes respectivos. Si bien había un pequeño número de soldados que habían sido enviados á combatir en aquella zona, de acuerdo con las instrucciones de que iban á disponer, no había más que un pequeño número de soldados que habían sido enviados á combatir en aquella zona. No había más que un pequeño número de soldados que habían sido enviados á combatir en aquella zona.

CAPITULO III.

LA TRAICION DE URAGA.

Las fuerzas liberales que evacuaron la plaza de Guadalajara fueron diseminadas en todos los pueblos del Sur de Jalisco, para que pudieran proveerse de los medios de subsistencia, pero sin esperanza de que recibieran una buena organizacion: si cuando se contaba con todos los elementos de aquel entonces poderoso Estado, con el entusiasmo de los habitantes de su populosa capital, y con los auxilios de los ricos acostumbrados á recibir frecuentes exacciones, no se pudo organizar nada serio, nada que pareciera resistente y mucho menos formidable, ¿seria posible hacerlo en las haciendas y pequeñas poblaciones en medio de los desórdenes de aquello que se llamaba la *chinaca*? Pocas eran las esperanzas que abrigábamos los muchos emigrados liberales que repentinamente nos encontramos reunidos en Colima, de casi



todos los Estados, respecto de que aquel ejército indisciplinado llegara á dar frutos provechosos. Si no habia un pequeño triunfo, cuando menos, que viniera cuanto ántes á moralizar á aquella gente, de seguro que tan magníficos elementos de guerra iban á perderse.

No hubo triunfo alguno, pero sí, una circunstancia que vino á dar nuevo aspecto á la situacion. El gral. D. José López Uraga, despues de haber atacado á Morelia, aunque sin ningun éxito, habia hecho una travesía por la Sierra con los restos que le quedaron despues de aquella infeliz jornada, viniendo á salir al Sur de Jalisco, con instrucciones terminantes del gobierno general para que formara y mandara el Ejército del Centro. Tres baterías de piezas rayadas, habia perdido el general Uraga en su retirada de Morelia; pero no obstante esas pérdidas, llegó con respetables fuerzas que, unidas á los batallones que vírgenes todavía mandaban los jefes de Jalisco, llegaron á formar un total de doce mil hombres y 30 piezas de artillería.

Todos los que estábamos presenciando los acontecimientos desde léjos, con el criterio que da el deseo, pudimos exclamar llenos de alborozo:—Ahora sí tenemos la mayor facilidad de recuperar la importante plaza de Guadalajara en muy poco tiempo.

Entre tanto, yo me habia encontrado á un buen chico de secretario de gobierno en Colima, á mi compañero de colegio el Lic. Atenógenes Andrade, el cual me ofreció desde luego lo que podia ofrecerme: la redaccion del semanario oficial con la dotacion de cincuenta pesos mensuales.

Me parecia hallarme en mi elemento escribiendo un periódico, aunque fuera oficial del gobierno, cosa que nada importaba en aquellas circunstancias; pero el sueldo no era suficiente para mis gastos y tuve que aceptar una judicatura delegando á poco la redaccion del periódico con que tan bien me hallaba, á mi malogrado amigo el célebre poeta guanajuatense Juan Valle, ciego desde sus primeros años y notable por sus descripciones maravillosas.

El pobre ciego habia sido perseguido en Guanajuato por los traidores y se vió precisado á huir por caminos extraviados acompañado de su abnegada mujer, pidiendo limosna. Pero si hubo hombres que empuñaran las armas contra su propia madre, contra la patria! ¿cómo no habia de haber quien se encarnizara contra un ciego desvalido? Llegó aquel á Colima sin un real, y yo me desembaracé gustoso del periódico, que era mi encanto, para que el sublime vate pudiera tener un pedazo de pan que llevarse á la boca, ganado con su trabajo.

Al poco tiempo fui promovido á la magistratura... ¡un magistrado de 25 años! y aunque las pagas andaban escasas, tan escasas que todavía me las están debiendo en su mayor parte, la colocacion era honrosa y no quise rehusarla. Afortunadamente me habia llegado una suma enorme de Guadalajara, (serian unos cuatrocientos pesos) producto de la venta de mi reloj y de todos mis muebles, y ya con ese capital pude dedicar á un hermano político que me acompañaba á que hiciera viajes con efectos por las poblaciones: este recurso duplicó en un mes nuestra fortuna

y ya desde entonces pudimos vivir desahogadamente.

Volvamos al general Uruga, á quien solo dejamos con el ánimo de decir que en el periódico oficial de Colima se apoyaba con energía la defensa de la patria y se hacía todo lo posible para reanimar el espíritu antes abatido de nuestras tropas; volvamos á Uruga para hacer la triste relación de los acontecimientos que siguieron. Era este jefe, extraordinariamente ambicioso: viéndose con tal suma de poder y disponiendo de más de doce mil bocas de fuego, empezó á calcular que podía sacar gran partido de aquella inesperada situación. Decían entonces los que se encontraban á su lado, que muchas veces se le veía inquieto paseándose por la sala que le servía de alojamiento, como distraído por una gran preocupacion que al principio atribuyeron á un plan de campaña que estaban madurando. Pero como pasaban los días y no maduraba ninguno, y como poco á poco se fué haciendo expansivo, los mismos que estaban á su lado empezaron á notar que vacilaba entre dos caminos opuestos: —¿Me abrogaré el poder absoluto y me proclamaré Presidente de la República, preguntaba á su secretario, ó me ofreceré á los franceses con la sola esperanza de ser ministro de la guerra con el emperador ú ocupar en la corte algun otro puesto de cierta categoría?

Dicen los que más íntimamente le trataban, que siempre lo estuvo halagando más la idea de declararse Presidente, de la cual fué disuadido por algunos de sus amigos, pero más particularmente por los acontecimientos posteriores.

Por de pronto el general Uruga se dirigió á Coli-

ma para pulsar aquel terreno, temeroso de encontrarse frente dos fuegos en un caso ofrecido, esto es, en el de que se declarara partidario de su presidencia. Iba á conferenciar con el general D. Julio García que era el gobernador y comandante militar de aquel Estado, que contaba allí con cerca de unos mil doscientos hombres para cubrir el paso de los Pericos y otros puntos de la barranca, con el puerto del Manzanillo y con los productos de la costa.

El proyecto de Uruga era seducir á García, y si no lo lograba, entenderse con los jefes subalternos. Esto era al menos lo que referían los que estaban muy al corriente de la política.

Recuerdo que mi amigo Leonides Torres, en una vez que venia del Cuartel General buscando camino para irse á reunir con Juárez, me dijo al pasar:

—Estamos mal.

—Mal! ¿por qué?

—Uruga nos traiciona.

—Será posible?

—Su conducta se ha hecho muy sospechosa y ahora está aquí queriendo ganarse un cómplice en Julio García. ¡Mucho ojo!

Yo me quedé aterrado.

Cuando volví en mí, busqué á mis amigos los abogados Prisciliano Castro y García Pérez, para imponerles de lo que pasaba: los tres formábamos el consejo particular de gobierno del general Julio García. Ni este ni Andrade quisieron decirnos nada, pero nosotros lo sospechamos todo desde que observamos el misterio con que se rodeaba al general Uruga para

que pudiera tener con aquellas personas á horas muy avanzadas de la noche, sus interesantes conferencias.

Yo no tenia en mis manos más arma en aquellos momentos para impedir el terrible mal que nos amenazaba, que mi pobre pluma; empuñé esta con ardor y me puse á refutar un artículo de *L'Estafette*, que muy oportunamente venia poniendo de oro y azul al Ejército del Centro y con más particularidad al general Uruga. Aprovechando la oportunidad de poder infundir en este el mayor odio contra el Imperio, que permitia se le insultara en el periódico francés tan groseramente, encomié sus virtudes republicanas, que yo y todos considerábamos firmes é invariables, pinté con los más negros colores el infame delito de la traicion y concluí exhortando al valiente jefe del Ejército del Centro para que tuviera la mayor fé en el triunfo de nuestra bandera empuñada con entusiasmo por una mayoría inmensa del pueblo mexicano.

Hice más todavía: promoví que se le dedicara un baile en el mejor local que habia en Colima: en el colegio municipal de niñas. Las invitaciones decian: «Al demócrata general, al defensor de la Constitución de México, al más firme apoyo de la independencia nacional, C. José López Uruga.» Recargábamos intencionalmente tantos dictados para que el general se sintiera avergonzado hasta en lo más recóndito de su pensamiento, si alguno tenia en contra de la patria.

A la sazón teníamos ya establecido un pequeño periódico en Colima intitulado *La Independencia*. Era yo el redactor en jefe, y me ayudaban en las tareas periodísticas Fermín González Castro y Francisco E. Trejo. Cada uno de los tres redactores escribíamos

artículos vehementísimos encaminados á encarecer la necesidad que existia de que todos los buenos mexicanos formásemos un núcleo en torno de la bandera que empuñaba Juárez, sosteniéndolo, contra cualquiera pretension que surgiera, como Presidente de la República.

Todos nuestros esfuerzos se estrellaron. Uruga regresó á su Cuartel General y al tercer dia expidió un manifiesto que firmaban una gran mayoría de sus jefes subalternos, y una proclama que suscribia él solo procurando justificar su conducta. No decia claramente en esos documentos que se pasaba á las filas imperialistas, pero desconocia al gobierno de Juárez que á pesar de sus irregularidades, las circunstancias exigian que se tuviera como el único constitucional. Tampoco se ponía Uruga del lado de las pretensiones de González Ortega, que se consideraba llamado por la ley á sustituir á Juárez cuyo período se tenia por concluido.

Esta noticia, aunque esperada, cayó como bomba en medio del gran número de emigrados que habia en Colima: de un momento á otro esperábamos que fuera secundado el movimiento en esta plaza y que sufriéramos las consecuencias del desacuerdo que para ese paso insensato habíamos estado manifestando.

El general Julio García me mandó llamar al palacio de gobierno. Ni siquiera pensé en sustraerme á aquel mandato y solo me fuí murmurando entre dientes: ¡Ya pareció aquello!

El general me dijo:

—Conoce vd. este documento?

Me mostró el acta firmada por los generales y co-

ronales de Uruga, y entre estos nombres el lugar en que estaba su firma, es decir, la firma del general D. Julio García.

—Tenía la noticia, le dije casi temblando, seguro de que iba á dar á la cárcel; pero no habia llegado á mis manos el impreso.

—Pues esta firma es suplantada, agregó lleno de cólera; yo no he dado mi consentimiento para que se ponga al pié de ese manifiesto. yo no he contraído compromiso formal con el general Uruga. Lo autorizo á vd. para desmentirlo inmediatamente por la prensa.

Salí de allí ebrio de alegría. A cuantos amigos me encontraba por la calle les decia alborozado:

—¡Victoria! ¡Victoria! El gobernador de Colima no es traidor.

La mayoría de los jefes que estaban á las órdenes de Uruga, formando el Ejército del Centro, fuera por temor ó porque creyeran de buena fé que su conducta solo importaba un *pronunciamiento* contra el gobierno general, siguieron obedeciéndole; pero otros, ó más perspicaces, ó más independientes, ó más patriotas, lograron sustraerse de la falsa posición en que se les ponía. El general Arteaga con la cuarta División que tenía bajo su dependencia, se situó en Tapalpa ocupando otros puntos de la sierra en actitud amenazadora. Las fuerzas de Colima estuvieron vacilantes sólo mientras se descubrió la incógnita por medio de una orden general de la plaza, en la que se les hacia saber que la firma del gobernador que aparecia en el manifiesto de Uruga, habia sido audazmente suplantada. Corona, en circunstancias tan di-

CAPITULO IV.

DESCONCIERTO.

La mayoría de los jefes que estaban á las órdenes de Uruga, formando el Ejército del Centro, fuera por temor ó porque creyeran de buena fé que su conducta solo importaba un *pronunciamiento* contra el gobierno general, siguieron obedeciéndole; pero otros, ó más perspicaces, ó más independientes, ó más patriotas, lograron sustraerse de la falsa posición en que se les ponía. El general Arteaga con la cuarta División que tenía bajo su dependencia, se situó en Tapalpa ocupando otros puntos de la sierra en actitud amenazadora. Las fuerzas de Colima estuvieron vacilantes sólo mientras se descubrió la incógnita por medio de una orden general de la plaza, en la que se les hacia saber que la firma del gobernador que aparecia en el manifiesto de Uruga, habia sido audazmente suplantada. Corona, en circunstancias tan di-

ronales de Uruga, y entre estos nombres el lugar en que estaba su firma, es decir, la firma del general D. Julio García.

—Tenía la noticia, le dije casi temblando, seguro de que iba á dar á la cárcel; pero no había llegado á mis manos el impreso.

—Pues esta firma es suplantada, agregó lleno de cólera; yo no he dado mi consentimiento para que se ponga al pié de ese manifiesto. yo no he contraído compromiso formal con el general Uruga. Lo autorizo á vd. para desmentirlo inmediatamente por la prensa.

Salí de allí ebrio de alegría. A cuantos amigos me encontraba por la calle les decia alborozado:

—¡Victoria! ¡Victoria! El gobernador de Colima no es traidor.

Las noticias de Uruga, y entre estos nombres el lugar en que estaba su firma, es decir, la firma del general D. Julio García. Tenía la noticia, le dije casi temblando, seguro de que iba á dar á la cárcel; pero no había llegado á mis manos el impreso. Pues esta firma es suplantada, agregó lleno de cólera; yo no he dado mi consentimiento para que se ponga al pié de ese manifiesto. yo no he contraído compromiso formal con el general Uruga. Lo autorizo á vd. para desmentirlo inmediatamente por la prensa. Salí de allí ebrio de alegría. A cuantos amigos me encontraba por la calle les decia alborozado: —¡Victoria! ¡Victoria! El gobernador de Colima no es traidor.

CAPITULO IV.

DESCONCIERTO.

La mayoría de los jefes que estaban á las órdenes de Uruga, formando el Ejército del Centro, fuera por temor ó porque creyeran de buena fé que su conducta solo importaba un *pronunciamiento* contra el gobierno general, siguieron obedeciéndole; pero otros, ó más perspicaces, ó más independientes, ó más patriotas, lograron sustraerse de la falsa posición en que se les ponía. El general Arteaga con la cuarta División que tenía bajo su dependencia, se situó en Tapalpa ocupando otros puntos de la sierra en actitud amenazadora. Las fuerzas de Colima estuvieron vacilantes sólo mientras se descubrió la incógnita por medio de una orden general de la plaza, en la que se les hacia saber que la firma del gobernador que aparecía en el manifiesto de Uruga, había sido audazmente suplantada. Corona, en circunstancias tan di-

ficiles, demostró no solamente mucho patriotismo, sino serenidad de ánimo y una resolución inquebrantable, digna del mayor elogio: sin contar con nada, en medio de todo el poder despótico de que estaba haciendo lujo el general en jefe, decidido también á jugar el todo por el todo. Corona, digo, sin contar siquiera ni con el pequeño número de las fuerzas que mandaba, dió una muestra de virilidad, comprendida solo por los que estaban en el teatro de los sucesos, desmintiendo frente á frente al general Uraga que habia osado sin contar con su voluntad hacer aparecer su firma entre las que calzaban el manifiesto, proclamando á la vez qua sus convicciones eran muy diferentes.

Uraga, que por un momento se sintió anonadado bajo el peso de aquel mentis público, recobró á poco no su serenidad que no la conocia, sino su carácter altamente irascible y violento, mandando que sin formalidad de ninguna clase fuera Corona aprehendido y pasado por las armas. La orden no fué cumplida inmediatamente y Corona tuvo tiempo de escaparse con un puñado de amigos que quisieron seguir su suerte, en una escursión que iba á presentarse erizada de peligros.

Tomaron el rumbo del canton de Tepic, burlando á veces la vigilancia de los destacamentos imperialistas que estaban apostados por todas partes ó empeñando pequeños combates que dejaban marcadas con sangre las huellas de su paso. El proyecto temerario casi, que se habian propuesto realizar, era internarse al Estado de Sinaloa pasando por los dominios de D.

Manuel Lozada, que era el mayor enemigo que tenia entónces Corona, y enemigo que no pedia ni daba cuartel. Ayudados en parte por el conocimiento que tenian del terreno, pero siempre venciendo las dificultades que se encontraban dia y noche, lograron, los que formaban aquel pequeño grupo de combatientes, abrirse paso por entre las fuerzas de Lozada, alcanzando llegar sanos y salvos á los límites del canton de Tepic en donde ya pudieron encontrarse con otros amigos y descansar de las penalidades de aquella ruda travesía. Este hecho se tuvo entonces con justicia, como una hazaña digna de los tiempos heroicos.

Con estas desgraciadas peripecias, el Ejército del Centro comenzó á decaer rápidamente. Al dar Uraga aquel golpe de Estado tenia ya á sus órdenes más de quince mil hombres medianamente moralizados, bajo la influencia de su nombre guerrero: á la sazón no habia en la plaza de Guadalajara ni dos mil franceses. Ahora bien, ¿no le habria sido fácil conseguir allí una victoria que le hubiera llenado de prestigio levantándolo más que lo él se figuraba por medio de las mezquinas intrigas que estaba poniendo en juego? Bien es verdad que se hallaba hasta tal punto alucinado que creyó poder contar con la opinion de toda la República: así lo dijo en sus boletines.

El desengaño no se hizo esperar mucho, pues que ni mereció los aplausos de nadie, ni hizo brillar sus armas en Guadalajara donde se le presentaba un campo espléndido para la victoria, ni siquiera pudo seguir conservando unido su Ejército.

Se habían pasado ya varios meses en la más punible inactividad, gastando los recursos de los pueblos de Jalisco y Colima que estaban al alcance de su brazo, y gastando como lo sabía hacer Uraga, á manos llenas, de tal suerte que había llegado el momento de que estuvieran completamente agotadas todas las fuentes, de que ya no pudieran sacar un real más los colectores y de que por fin no hubiera con que seguir alimentando á aquel ejército. Entonces apeló á un recurso eficaz en la apariencia, con el cual quería verse revestido de mayor poder. Convocó á los generales y gobernadores de tres Estados á una junta que debía verificarse en Zapotlán: hubo algunos que concurrieron creyendo que el general en jefe, arrepentido de su conducta, estaba ya dispuesto á volver sobre sus pasos.

¡Vana esperanza! Lo que pedía Uraga era que se le dieran facultades extraordinarias en todos los ramos y obtener así un voto de confianza. Su plan era tener por ese medio á los pueblos y sus gobernadores, lo mismo que á los hombres políticos que estaban á su alcance, para entregarlos al emperador.

La intriga fué pronto descubierta ó por lo ménos sospechada. Uraga estaba ya comprometido con el Imperio y solo esperaba un momento propicio para consumir la traición. Se supo en todo su campo, lo mismo que en Colima, que el canónigo Caserta de Guadalajara, eficazmente ayudado por los Gomez Farias, agentes imperialistas, había persuadido á Uraga de la conveniencia de pasarse á las filas enemigas con todo y bagages, una vez que iba á ser de su parte inútil toda resistencia reducido al extremo en que se encon-

traba. La indignacion general empezó á buscar respiraderos en el seno mismo del ejército, los jefes no tardaron en entenderse y los aceros se aprestaban á salir ya de las vainas para atravesar el corazón del general Uraga. Este, á quien quedaban algunos amigos leales que había favorecido en otras épocas, tuvo conocimiento de la conspiracion que se tramaba, y en la misma noche en que iba á ser depuesto del mando y á sufrir tal vez un castigo ejemplar, emprendió la fuga arrastrando consigo á muchos que hasta entonces habían sido buenos patriotas y que despues lloraron el exceso á que los había llevado su condescendencia con lágrimas de sangre.

Bien es cierto que las frentes manchadas con la traición han pretendido posteriormente levantarse alativas como si aquel nefando crimen hubiera sido un pasatiempo disculpable; pero tambien es verdad que ese negro borron no ha llegado á disiparse á pesar de la clemencia de los gobiernos, y que siempre la conciencia pública ha estado señalando con el dedo á los hijos espúreos de la patria, sintiendo ellos mismos el rubor que causa un anatema inextinguible.

La escena cambió de aspecto con la fuga de Uraga: el ejército quedaba sin su general en jefe y era preciso que alguno le sustituyera. Correspondia por derecho este título al general Miguel Echegaray, que no solamente era el más antiguo, sino el segundo en el mando. No tenia que hacer otra cosa más que dictar sus órdenes que en aquellos momentos de transición tenían que ser obedecidas....

—Señores, dijo á los jefes de las brigadas y divi-

siones reunidos en su alojamiento, renunció terminantemente al puesto que por la desaparición del general Uraga me corresponde. Públicas fueron las consideraciones con que este me distinguió: por mi parte he sido su más leal amigo y hubiera defendido en esta noche á costa de mi sangre su existencia. Sabía que estallaría un complot y estaba dispuesto á defenderle. Creo que bastará esta franca declaración para que vdes. me releven del compromiso. Quiero seguir prestando aquí mis insignificantes servicios, pero me moriría de pena si la amistad que me ha ligado al general Uraga, fuera un motivo de desconfianza. Renunció al cargo de general en jefe.

Uno de los coroneles perteneciente á la brigada de Herrera y Cairo tuvo la valentía de decir:

—Propongo para general en jefe al general Arteaga.

Estallaron los aplausos en la reunión.

El general Echegaray quiso que terminara pronto este incidente, exclamando con tono firme, lleno de dignidad:

—Está bien: reconozco por mi jefe al general Arteaga.

Fué tanto más noble este rasgo, cuanto que nadie, y menos Echegaray, tenía idea ventajosa de la pericia militar del general Arteaga. Se sabía que era democrata de corazón, patriota sin mancha y valiente hasta la temeridad; pero esto no era lo que principalmente se necesitaba por el momento, cuando tantos mexicanos se veían allí reunidos con idénticas virtudes.

En la misma noche se pusieron extraordinarios al general Arteaga comunicándole su nombramiento y al día siguiente se presentó en el campo acompañado de sus ayudantes.

Fué saludado con entusiasmo y entró desde luego en el ejercicio de sus funciones.

Penosos, sobremanera penosos fueron los días que siguieron para el patriota general Arteaga, que, lleno de buenas intenciones, quería recuperar á fuerza de actividad aquel precioso tiempo que se había perdido.

La primera dificultad, dificultad inmensa que no podía salvarse sino á fuerza de exacciones, era la falta de recursos. Los pueblos estaban exhaustos.

Después de eso, Uraga había sembrado el germen de la discordia en el ejército y seguía sembrándola por medio de cartas alhagadoras que dirigía á los jefes y simples oficiales, incitándoles á pasarse á las filas imperialistas en donde encontrarían, al lado de todas las consideraciones personales, la mayor abundancia.

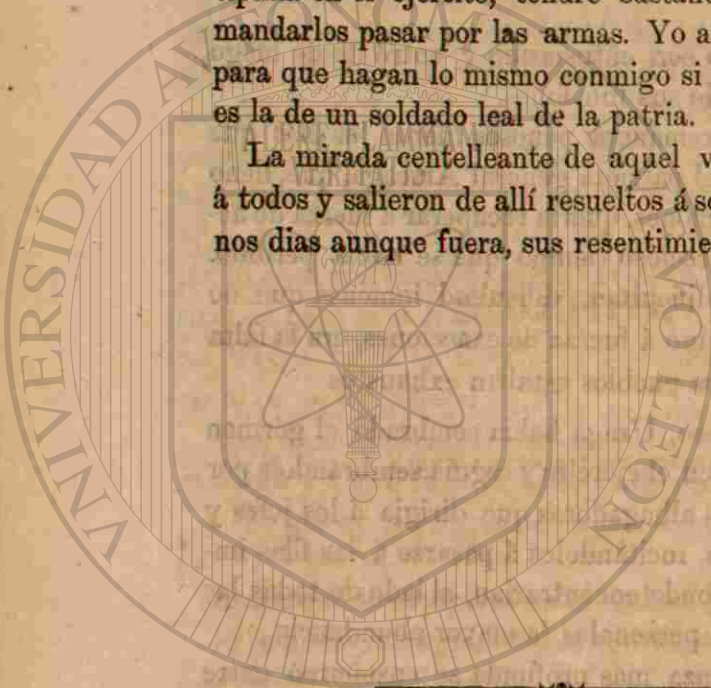
La desconfianza más profunda se enseñoreó entre las filas republicanas: los jefes principales del ejército se veían con ojeriza y se acusaban unos á otros de desleales: nacieron aspiraciones y odios que antes no existían: no había uno que no fuera sospechado de estar en connivencia con la traición: aquel campo se convirtió en un infierno.

Arteaga tuvo que reunir á los principales jefes para dirigirles una enérgica amonestación que terminó con estas palabras:

—Señores: quiero que de una vez tengan fin las reprimendas y el escándalo. De hoy en adelante, sean

coroneles y aun generales los que no cumplan con su deber, sea quien fuere el que promueva faltas á la disciplina en el ejército, tendré bastante energía para mandarlos pasar por las armas. Yo autorizo á vdes. para que hagan lo mismo conmigo si mi conducta no es la de un soldado leal de la patria.

La mirada centelleante de aquel valiente, impuso á todos y salieron de allí resueltos á sofocar, por algunos días aunque fuera, sus resentimientos.



CAPITULO V.

MISION DIPLOMATICA.

Vieron los que rodeaban al general Arteaga que estaba como un leon hambriento deseoso de encontrar á alguno en quien hundir la terrible garra y le designaron una víctima.

Esta víctima fué el general Julio García gobernador y comandante militar de Colima.

—Es íntimo amigo de Uraga, le dijeron, conserva con él secretas relaciones, está vendido al imperio.

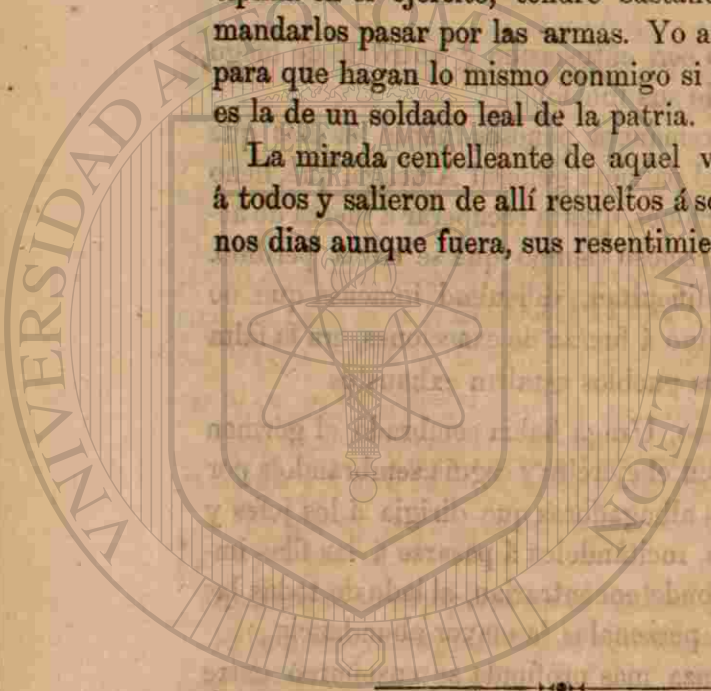
Arteaga contestó:

—Le cortaremos las uñas.

Y habia dispuesto quitarle el mando de la brigada que estaba á sus órdenes y nombrarle un sustituto como gobernador. Despues supe que ese sustituto era yo: el mismo general Arteaga lo puso en mi conocimiento un poco más tarde.

coroneles y aun generales los que no cumplan con su deber, sea quien fuere el que promueva faltas á la disciplina en el ejército, tendré bastante energía para mandarlos pasar por las armas. Yo autorizo á vdes. para que hagan lo mismo conmigo si mi conducta no es la de un soldado leal de la patria.

La mirada centelleante de aquel valiente, impuso á todos y salieron de allí resueltos á sofocar, por algunos días aunque fuera, sus resentimientos.



CAPITULO V.

MISION DIPLOMATICA.

Vieron los que rodeaban al general Arteaga que estaba como un leon hambriento deseoso de encontrar á alguno en quien hundir la terrible garra y le designaron una víctima.

Esta víctima fué el general Julio García gobernador y comandante militar de Colima.

—Es íntimo amigo de Uraga, le dijeron, conserva con él secretas relaciones, está vendido al imperio.

Arteaga contestó:

—Le cortaremos las uñas.

Y habia dispuesto quitarle el mando de la brigada que estaba á sus órdenes y nombrarle un sustituto como gobernador. Despues supe que ese sustituto era yo: el mismo general Arteaga lo puso en mi conocimiento un poco más tarde.

Es preciso advertir que estábamos ya en correspondencia aunque sin conocernos.

Continuaba en mi puesto de magistrado del Tribunal de Colima y redactando el periódico la *Independencia*, que se ocupaba en lanzar refutaciones contra la prensa imperialista y en moralizar á nuestro ejército infundiendo ánimo á su general en jefe.

Esto ocasionó que me dirigiera frases cariñosas aquel que no había querido darme una plaza de soldado en sus filas algunos meses ántes.

Pero vamos á los sucesos que más interesan.

Las fuerzas imperialistas de Guadalajara salieron de su larga inaccion, alentadas seguramente por las noticias que les llegaban del estado desgarrador que guardaba nuestro pobre ejército.

Arteaga desocupó la cuesta de Sayula que sube á Zapotlan, en donde se habían levantado fortificaciones, considerada por Uruga como punto inexpugnable. Arteaga obró con mucha razon, porque el enemigo tenia ya todas las noticias y todos los planos de esa fortaleza. Entónces se replegó con todas sus fuerzas á las barrancas de Atenquique y Beltran.

Echegaray fortificó los principales puntos con una actividad asombrosa, mientras el enemigo con cinco mil hombres y mucha artillería avanzaba trepando la cuesta de Sayula.

En esas circunstancias comprometidas fué cuando surgieron las más violentas discusiones, que indudablemente atizaba el enemigo con habilidad. Algunos efes insistian en que no era prudente tener á la reta-

guardia á D. Julio García, siendo así que sus relaciones íntimas con Uruga no podian inspirar confianza.

El general García me escogió á mi para detener el golpe. En la conferencia íntima que tuvimos me dijo:

—Se me sospecha de traidor y hoy mismo acaban de recibir algunas cartas los jefes que están á mis órdenes en que se les dice que me desconozcan: yo podría á mi vez desconocer á Arteaga, pero no quiero promover un conflicto que traeria sobre mi nombre una mancha. ¿Quiere vd. ir en comision de mi parte á ver á Arteaga para darle cuantas seguridades quiera de mi conducta?

—Sí, le contesté.

—Pues bien, á vd. se lo digo para que pueda responder de mí, que estoy dispuesto á combatir contra el imperio hasta el último instante que me quede de vida. ¡Lo juro por Dios y por mis hijos! agregó derramando sinceras lágrimas.

Y digo que aquellas lágrimas fueron sinceras porque el general García era hombre rudo, incapaz de dar muestras semejantes de hipocresía. Además era verdad lo que decia: los jefes que estaban á sus órdenes eran enteramente suyos y estaban dispuestos á seguirle por el camino que él escogiera. Se conocia en el tono de su voz, en su semblante alterado, en su discurso, que lo hacia sufrir mucho la sospecha de que era víctima.

Me dirigí á toda prisa á la hacienda de San Márcos, en donde se encontraba el cuartel general de Arteaga; este se hallaba visitando las líneas, notándose en todas ellas un vivo cañoneo: una columna francesa habia

pretendido flanquear las posiciones y el general en jefe en persona, se estaba ocupando de rechazarla.

Los fuegos se fueron retirando, el general restableció sus líneas y volvió á la hacienda victorioso, pero en extremo agitado. Era muy robusto: casi, y sin casi, se encontraba en estado de obesidad, de suerte que la fatiga más insignificante hacia que fuera trabajosa su respiración. Traía encendido el rostro conociéndose que alentaba cólera contra sí mismo, por no poder disponer de más ligereza en sus movimientos.

Sin darle lugar á reponerse de la fatiga fuí anunciado y me llamó á su presencia. Todo fué verme y estallar diciendo:

—Esto es insoportable, señor, le manda á vd. Julio porque sabe que le profeso gran cariño y que no haré con vd. lo que haría con cualquier otro comisionado, que sería cortarle el pelo y mandarle á una compañía...

—¡Ufff! agregó resollando muy recio, Julio ha adivinado muy bien que ninguno otro podría venir á desempeñarle una comision tan delicada, pero entienda vd. y dígaselo de mi parte, que sé fusilar á los generales.... ¿lo ha oído vd. bien? Yo sé fusilar á los generales que me traicionan... y no me importa que esté el enemigo al frente..... me sobra energía..... Si señor! yo fusilaré al general Julio García lo mismo que á tantos díscolos y ambiciosos que solo vienen á meter la división en mis filas.

Comprendí al ver aquella fisonomía sincera y leal que todo aquello no era más que un arranque del momento que tendria que pasar cuando calmara la excitación de que venia poseido: lo confieso ingenuamen-

te, no ví al general Arteaga cara de fusilador y lo que sí noté era que al hablar de fusilamientos paseaba sus miradas por sobre los muchos jefes que estaban rodeándonos como autorizándolos á que fueran á contar lo que acababan de oír.

Yo le contesté con mucha calma:

—Es muy justo, general, que vd. fusile á cuantos den motivo, pero no al general García que hasta hoy que yo sepa no ha cometido crimen porque se le castigue.

—Si es inocente ese gobernador... ¿por qué me niega que ha recibido una carta de Uraga?... ¿por qué no me la manda?

—Que el general García haya tenido amistad con Uraga, como todos los jefes liberales, no quiere decir que sea traidor. Además, yo puedo responder de que ese gobernador no ha recibido carta alguna de Uraga.

—Supongamos que sea así: ¿por qué no obedece mis órdenes?

—Entiendo que tampoco ese cargo es justo, general.

—¿Cómo?.....

—A mi me consta que las órdenes de este Cuartel General han sido puntualmente obedecidas.

—No ha cubierto aún el Paso del Naranjo cómo se le ordenó.

—Está vd. en un error, general: ese paso ha sido cubierto ayer mismo con un batallón de Colima.

Le vino un nuevo acceso de cólera aguijoneado sin duda por algun recuerdo y exclamó:

—En fin, señor, ya no tengo confianza yo á ese general y necesito fusilarlo..... ¡yo sé fusilar generales!

—Está bien, le dije despues de un momento, dando lugar á que viniera una poca de calma despues de aquel violento desahogo; pero es fuerza considerar, que una medida semejante en estas circunstancias traeria un desconcierto terrible. Los demás jefes viendo que no hay una causa fundada para tal castigo, verian con horror la justicia del general en jefe en vez de temerla y respetarla. D. Julio García no es culpable.

—Y qué es lo que quiere?

—Que no se le destituyani del mando de la Brigada ni del gobierno de Colima. El ofrece bajo su honor, que yo garantizo con el mio de patriota, cumplir con su deber haciendo tal guerra á los franceses como ninguno otro la haria en su lugar.

El general me echó un brazo al cuello, me estrechó una mano y me dijo:

—Eso es otra cosa. Vamos á comer y despues hablaremos.

Tomó un buen sorbo de cognac y me ofreció otro, nos sentamos á la mesa en compañía de varios generales y su Estado Mayor, designándome á mi el centro entre él y el general Echegaray, en seguida se sirvió la sopa y comió con apetito, recobrando poco á poco el mas excelente buen humor.

Durante la comida estuvo recibiendo partes frecuentes muy satisfactorios tanto del campamento como de Colima: estos últimos yo mismo los habia redactado dejándolos preparados para que llegaran detras de mi con un retraso de dos horas: en ellos se detallaban las obras de defensa dispuestas en los pasos de las

Barrancas que le pertenecia cubrir á la Brigada de D. Julio García.

Quando nos levantamos de la mesa Arteaga era otro, estaba expansivo y amable hasta el extremo.

—Es vd. muy buen diplomático, me dijo, le otorgo cuanto me ha pedido; pero entendiéndose que vd. me responde de Julio.

—Puedo responder desulealtad, general, le respondi.

—Está bien. ¿Quiere vd. ser mi secretario particular?

Y como viera que me quedaba vacilando, agregó:

—Quando vd. termine esta mision.

—Voy á Colima, le dije, y si hay tiempo despues.

No creia yo que hubiera tiempo de gran cosa quando estaba oyendo el nutrido cañoneo en las Barrancas y conocia algo la situacion de nuestras tropas.

Me despedí de todos mis buenos amigos y ¡ay! no volví á ver más despues de esa tarde, ni al intrépido general Arteaga ni á los valientes Rioseco y Ornelas.

El general Julio García quedó muy contento del resultado de mi comision y me nombró secretario de gobierno. Mi amigo el Lic. Andrade dijo terminantemente que no estaba dispuesto á seguir á los poderes del Estado en caso de evacuarse la ciudad porque no se consideraba útil para la campaña.

El dia siguiente á las nueve de la mañana se tuvo una noticia que difundió el pánico en Colima: el general D. Leonardo Márquez del imperio, se habia apoderado del paso de los Pericos merced á la traicion de un jefe de los nuestros que no quiero nombrar. Una di-

vision estaba pasando por allí, para cojer la retaguardia al Ejército.

Con el extraordinario que llevó la noticia al general Arteaga, tuve una carta en que me decia que fuera á incorporarme con él en la hacienda de la Albarrada por donde pensaba retirarse para Autlan antes de ser envuelto por el enemigo ó que siguiera á las fuerzas de Colima mientras habia oportunidad de reunirnos.

¡Pobre general! aquella tarde misma fué derrotado en la Albarrada, en terrenos que se encuentran al pié de los volcanes de Colima.

Llegó tambien para nosotros la hora de marcha: abracé á mi jóven esposa que lloraba á mares, di un beso á mi hijita Clotilde de edad de tres meses que estaba en la cuna, monté á caballo y salí á las cuatro de la tarde de Colima á incorporarme con el grueso de la Brigada que estaba en la hacienda de la Magdalena rumbo á la costa.

Puedo hacer constar que esta salida de Colima hicimos con el mayor orden, en plena luz del dia, el 30 de Octubre de 1864.

CAPITULO VI.

A LA INTEMPERIE.

Varios personajes comprometidos antes en la situacion política de Jalisco, que iban refugiándose de una poblacion en otra poblacion, unidos con los principales empleados de Colima que no quisieron encontrarse en presencia de Márquez, hombre que tenia fama de ser feroz en la paz y en la guerra, formaron un grueso de cosa de cincuenta individuos bien montados y armados que salieron resueltos á participar de nuestras privaciones en la campaña.

Esta se puede decir que comenzaba para nosotros, es decir, para ellos y para mí que éramos en aquella reunion las únicas aves de pluma.

Yo, aunque fuí dado á reconocer como comandante de escuadron, no ejercia funciones militares, toda vez que llevaba á mi cargo la doble investidura de secretario de gobierno del Estado y de la comandancia militar, con mi cuadro de empleados respectivo.

vision estaba pasando por allí, para cojer la retaguardia al Ejército.

Con el extraordinario que llevó la noticia al general Arteaga, tuve una carta en que me decia que fuera á incorporarme con él en la hacienda de la Albarrada por donde pensaba retirarse para Autlan antes de ser envuelto por el enemigo ó que siguiera á las fuerzas de Colima mientras habia oportunidad de reunirnos.

¡Pobre general! aquella tarde misma fué derrotado en la Albarrada, en terrenos que se encuentran al pié de los volcanes de Colima.

Llegó tambien para nosotros la hora de marcha: abracé á mi jóven esposa que lloraba á mares, di un beso á mi hijita Clotilde de edad de tres meses que estaba en la cuna, monté á caballo y salí á las cuatro de la tarde de Colima á incorporarme con el grueso de la Brigada que estaba en la hacienda de la Magdalena rumbo á la costa.

Puedo hacer constar que esta salida de Colima hicimos con el mayor orden, en plena luz del dia, el 30 de Octubre de 1864.

CAPITULO VI.

A LA INTEMPERIE.

Varios personajes comprometidos antes en la situacion política de Jalisco, que iban refugiándose de una poblacion en otra poblacion, unidos con los principales empleados de Colima que no quisieron encontrarse en presencia de Márquez, hombre que tenia fama de ser feroz en la paz y en la guerra, formaron un grueso de cosa de cincuenta individuos bien montados y armados que salieron resueltos á participar de nuestras privaciones en la campaña.

Esta se puede decir que comenzaba para nosotros, es decir, para ellos y para mí que éramos en aquella reunion las únicas aves de pluma.

Yo, aunque fuí dado á reconocer como comandante de escuadron, no ejercia funciones militares, toda vez que llevaba á mi cargo la doble investidura de secretario de gobierno del Estado y de la comandancia militar, con mi cuadro de empleados respectivo.

Aunque nuestras marchas fueron continuadas, como se daban por terminadas al haber andado seis ó siete leguas, al principio fué aquello para nosotros un paseo militar, una grata diversion. Pero es el caso que no tardó mucho en destacarse la division que mandaba Márquez sobre nosotros, y entonces comenzaron nuestros apuros, pues sabiamos bien que tenia tres tantos más de fuerza que nosotros y que en el primer encuentro iba á dejarnos convertidos en polvo. Entonces fué cuando comenzaron realmente nuestros más positivos sufrimientos.

No llegábamos á pernoctar en poblacion alguna: primero era que las hubiera en todo lo largo de aquellas costas que andábamos recorriendo. Acampábamos por lo general sobre las más altas lomas con objeto de no ser sorprendidos, ó en lo más profundo de los bosques, ó en el seno mismo de los arroyos para ocultarnos á las miradas del enemigo. Entonces teniamos prohibición de hacer lumbre, de desensillar nuestros caballos, de acostarnos y de hacer el más leve ruido. Habia veces en que no solo nos faltaba una choza para guarecernos del sol y del viento, sino que careciamos hasta de lo más indispensable para alimentarnos y para cubrirnos.

En una escaramuza que hubo cerca de Colima, que dió por resultado la muerte del bizarro coronel Calvillo, se perdieron la mayor parte de los equipages, de suerte que habiamos muchos allí haciendo nuestra primer campaña casi en pelota.

Recuerdo una mañana en que le pasó á mi amigo el Lic. Francisco Ramos algo para él muy lamentable,

que para los demas fué motivo de risa. Hacia bastante frio por la noche, estábamos sobre unas lomas en que el viento nos batía con furia; y entonces Ramos para hacer un simulacro de cama, se quitó su ropa única y se la puso á guisa de sábanas y cobertores. Por la mañana su ropa toda, pues era toda su ropa la que traía puesta, estaba enteramente empapada con el rocío. Fué necesario que entre todos le proporcionáramos algo de lo poco que teniamos, para que pudiera remediar en parte su crítica situacion.

Otro de nuestros amigos, entiendo que era el Lic. Urbano Gómez, viéndose un día ya muy sucio despues de no haberse quitado la ropa en quince dias, se bajó pian pianito al arroyo, allí se desnudó y comenzó el mismo á labar su ropa y á tenderla al sol. El Dr. Valdez y yo le encontramos en esta operacion y al vernos se le rodaron por las mejillas dos gruesas y cristalinas lágrimas...

Pareciamos estar llegando á un extremo, y esto cuando apenas teniamos quince dias de estar en campaña, en que la menor de nuestras calamidades era el hambre, pues que estábamos ademas llenos de garrapatas, de *güinas*, de turicatas y de las otras numerosas especies de animalitos insufribles que habitan nuestras costas y de los cuales el más inofensivo puede hacer una llaga sin el menor esfuerzo. Toda la noche sufríamos los piquetes de los mosquitos: desde el magestuoso zancudo que se anuncia cantando cuando va á herir con su cruel dardo, hasta el imperceptible jegen que se adhiere á la piel, causando irritaciones espantosas, se agrupaban asiduamente á velar nuestro sueño, hasta

que venia la aurora precedida de algunos vientos arrastantes causando un frio intenso y empapándonos materialmente con la espesa neblina que nos mandaba.

En el dia eran de otra clase nuestros tormentos y un poco más variados pues venian á agregarse á las molestias, del animalerio que nos devoraba, la sed, el hambre, el sol, el calor y el cansancio. Esto no era soportable para ciertas personas de naturaleza delicada, y sucedió una cosa que no nos sorprendió en manera alguna: á los otros ocho dias, ninguno, de los cincuenta particulares de que ántes he hecho mencion, nos acompañaba: cada uno fué desertando á la hora que le pareció más conveniente, siendo probable que se reunieran en grupos de á cinco y de á seis para prestarse mútuo auxilio, pues que de alguno de esos grupos supe yo que habían pasado penalidades infinitas para lograr tocar á puerto seguro, de otros que fueron asaltados y asesinados, de otros que no se volvió á saber más y pocos los que pudieron llegar á la ciudad de México sin muchos tropiezos. El resultado fué que aquella desercion produjo efectos desmoralizadores en nuestras filas, las cuales á duras penas lográbamos conservar compactas. Era necesario que los dos que quedábamos hiciéramos un esuferzo de abnegacion: el general García no nos lo dijo, pero nos lo comunicamos nosotros mismos. Eramos ya solamente el Dr. Juan J. Valadez que llevaba el carácter de cirujano de la Brigada y yo el de secretario del gobierno ambulante, sin papelera ya y sin empleados que sirvieran la secretaría, los que formábamos el resto de la carabana política. Ambos nos habiamos guiado por el mismo te-

mor y nos hicimos la formal promesa de permanecer en nuestro puesto. No desertar en tales circunstancias era el colmo del heroísmo: nosotros fuimos de esos héroes que permanecemos todavía tres meses haciendo la campaña entre las garrapatas y los alacranes.

El general Márquez se cansó al fin de no podernos dar alcance en un radio de 80 leguas y se volvió á la ciudad de Colima con su division reducida á una tercera parte: las enfermedades y la desercion la estaban ya aniquilando sin que por eso nuestra Brigada dejara de parecer una reunion de momias. Así estábamos todos de flacos y descoloridos despues de haber sido tan azotados por los aires venenosos y mortíferos de aquellas costas.

Llegando Márquez á Colima se valió de los amigos y parientes del general Julio García para que apoyaran una carta que le escribió excitándole á que reconociera el Imperio á cambio de muchas promesas alhagadoras.

Muy probable es que el gobernador vacilara entre aquella situacion sin salida que guardábamos y los brillantes ofrecimientos que se le hacian, pues conservó un dia entero reservada aquella correspondencia; hasta que alguno tuvo la indiscrecion de preguntarle las nuevas que habia traido el correo. Entónces me pasó las cartas para que las leyera: una de ellas era de su propio hermano.

—Qué debo hacer con estas cartas? le pregunté.

—Lo que sea más conveniente, me contestó.

Me puse á la obra, contestándolas de manera que á sus autores no les quedaran deseos de volver á hacer otra invitacion.

A los amigos y parientes se les dijo en sustancia: que no habia uno solo de los hombres que componian la Brigada de Colima, que se encontrara dispuesto á traicionar á la patria, que lo que querian todos era pelear contra los imperialistas hasta el último aliento, que solo entre los que no conocian el valor del patriota y la dignidad del mexicano podia caber la perfidia de invitar á otros á envilecerse, como si no estuvieran satisfechos con ser ellos solos traidores y con haber ellos solos doblado la cerviz para recibir en ella el tacón de la bota del soldado extranjero.

Principalmente se enterneció D. Julio cuando le leí la contestacion á la carta de su hermano, pues que en ella no habia palabras duras pero sí reproches justísimos: derramó algunas lágrimas, me rogó que se la leyera segunda vez y en seguida la firmó lleno de grande satisfaccion.

Al general Márquez le contestamos que según habiamos visto en una correspondencia que acababa de caer en nuestra poder, se trataba de desterrarlo á Constantinopla por considerar su solo nombre como perjudicial á los intereses del Imperio y que toda vez que este pagaba tan mal sus servicios, acaso era tiempo de que labara las manchas pasadas de que estaba lleno, uniéndose con nosotros para combatir á los invasores que pretendian hundir en la esclavitud á la República.

Como todo esto era verdad, pues que realmente

habiamos interceptado una correspondencia que nos ponia la situacion en claro, Márquez léjos de indignarse con la proposicion que le haciamos de traicionar á sus banderas, nos escribió dándonos las gracias por el aviso, agregando con respecto á lo demás algunas evasivas, con lo que concluyeron aquellas poco afortunadas negociaciones.

habíamos interceptado una correspondencia que nos
ponía la situación en claro. Muchos de los indigenas
se con la proposición que le hacían de irse a
sus banderas, nos escribieron dándonos un
aviso, agregando que se iban a ir a
vive, con lo que con el tiempo se
das negociaciones.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

hombres en una manera de mirar, como si todo se iba
a ir al mal y a la ruina para siempre. Las
familias enteras iban a las montañas con sus
indianos y se llevaban todos sus víveres. Comen-
zamos a ir a la zona de Colima para ir a
esperar que se podía prolongar una situación tan
especial, que era imposible mantener un ejército
dentro de los pequeños elementos que de otra ma-
nera se nos estaban desgranando en forma de las pri-
vaciones e invitando a los peligrosos que había en
Jalisco y Michoacán para que renunciar a nuestra fuer-
za.

CAPITULO VII.

operaciones de la guerra sobre la plaza de Colima que
tenía apenas mil hombres de guarnición. En cambio
les ofrecíamos no solamente un ejército sino la co-
operación de nuestra tropa para ayudarles a tener

RECURSOS:

Llegó la hora fatal para nosotros en que vimos que
los recursos se nos habían agotado completamente y
en que los síntomas de insurrección por ese motivo co-
menzaron a manifestarse. Hasta ese momento conser-
vábamos un buen cuerpo de caballería que mandaba el
coronel Casimiro Paz, otro de exploradores y algunos
guerrilleros bien montados, con más cosa de unos qui-
nientos infantes divididos en dos pequeños batallones.
Con esa fuerza, nada serio podíamos emprender sobre
Colima ni sobre ninguna plaza: el enemigo nos había
abandonado a nuestra suerte como si hubiera estado
seguro de que el clima y las escaseces se iban a encar-
gar de destruirnos.

Así era en efecto: los ranchos por donde pasábamos
estaban completamente desiertos; todos los días tocá-
bamos a alguno de ellos y jamás encontrábamos ni un



hombre ni una mazorca de maíz, como si todo se hubiera conjurado contra nosotros para aniquilarnos: las familias enteras huían á las montes cuando nos aproximábamos y se llevaban todos sus víveres. Comprendimos que no podía prolongarse una situación tan desesperada, que era preferible combatir aun cuando perdiéramos aquellos pequeños elementos que de otra manera se nos estaban desgranando en fuerza de las privaciones, é invitamos á los beligerantes que habia en Jalisco y Michoacan para que reuniendo nuestras fuerzas todas en un punto dado, pudiéramos combinar las operaciones de la guerra sobre la plaza de Colima que tenia apenas mil hombres de guarnicion. En cambio les ofreciamos no solo recursos abundantes sino la cooperacion de nuestras tropas para ayudarles á reconquistar las ciudades de Guadalajara y Morelia.

Las mayores ilusiones comenzamos á hacernos desde ese momento: Anacleto Herrera y Cairo era el gobernador de Jalisco y tenia más de dos mil hombres: Arteaga, Salazar y demás jefes que operaban por Michoacan habian salvado del desastre de la Albarrada más de tres mil y los haciamos ya con cinco.

Nosotros hablábamos por conjeturas, pues llevábamos dos meses de estar incomunicados con el resto de la República.

De todos los jefes á quienes invitamos para nuestra grandiosa combinacion, no concurrió á la cita (por desgracia) mas que el general Antonio Rojas. Los lectores saben ya quien era Antonio Rojas, y más lo saben los habitantes de Jalisco, en cuyo Estado no hubo tal vez un pueblo que no tuviera que resentir los horrores

de su presencia. Era un guerrillero feroz, casi un bandido, á quien el mismo Lozada, el poderoso Tigre de Alica, llegó á tenerle miedo, haciéndole temblar en el centro mismo de sus encrucijadas y madrigueras. Rojas, sin embargo, á diferencia de Lozada y de algunos célebres bandoleros de aquel tiempo, tenia la virtud del patriotismo y otras que le conocí en aquel poco tiempo que estuvimos juntos, y las cuales tendré que mencionar en el discurso de esta relacion.

La brigada de Rojas se componia de dos cuerpos de infantería que mandaban los coroneles Villalobos y Delgadillo y de su renombrado regimiento «Galeana» que guardaba la más lamentable desmoralizacion. Los galeanos de Rojas eran á la vez unos cuatrocientos bandidos mal montados y mal armados que no se sujetaban á ninguna disciplina, y que estaban mas dispuestos á pillar las poblaciones que á combatir al enemigo.

—¿Tienen vdes. dinero? nos dijo Rojas despues del almuerzo.

—No, le contestó el general Garcia.

—Pues ni yo tampoco, y es necesario tenerlo.

—Nosotros, estamos sin dinero, le contestó D. Julio sonriendo, pero tenemos una idea para sacarlo.

—En cuanto tiempo?

—En cinco dias.

—No pregunto más: á la obra.

Y á la obra nos pusimos luego.

Fué situado Rojas en un punto que se llama Miraflores, á veinte leguas de Colima, como llamando la atencion de las fuerzas que guarnecian la plaza, mien-

tras D. Julio y yo nos dirigimos al puerto del Manzanillo violentamente llevando solo una escolta y doscientos hombres de infantería que deberian incorporárenos en caso necesario.

El plan consistia en llegar á tiempo de cobrar los derechos de un gran barco que habia llegado al puerto con mucha carga: este plan era peligroso pero seguro.

Recuerdo que tomamos el camino de Salagua atravesando un magnífico bosque de palmeras que tiene una extension de más de doce leguas. Esas doce leguas son de un magnífico camino para el viajero que marcha siempre debajo de una sombra agradable como quien va siguiendo por las naves de un anchuroso templo, porque un templo inmenso, grandioso, el templo de la naturaleza, es aquel bosque á donde no penetran los rayos del sol, en donde suben las gigantescas palmas á una altura prodigiosa formando arriba una bóveda espesa con sus redondas copas y en donde el piso siempre se ve limpio, descubriéndose solo los montones de hojas á trechos, como si todo aquello estuviera al cuidado de ocultas divinidades ó de invisibles sacerdotes.

Más adelante, es decir á medida que nos fuimos internando en el bosque, semejante al que les fué atribuido á los druidas, empezamos á ver á alguno que otro recogedor de cocos con sus carretillas corriendo de aquí para allá, mientras que el tigre encolerizado por la presencia en sus dominios de seres extraños, iba á refugiarse en su caverna lanzando fieros rugidos que hacian estremecer de terror á las tímidas guacamayas: se levantaban entonces las parvadas de estas

que estaban abrigadas en la cumbre de las palmeras y al levantar el vuelo y al irse alejando hacian un ruido y una gresca que formaban contraste con la soledad y el silencio que reinan en medio del bosque.

Habíamos andado desde las doce de la noche hasta las cinco de la tarde del dia siguiente, sin darnos más descanso que el bastante para tomar nuestro frugal almuerzo, es decir, habíamos andado más de cuarenta leguas de una tirada para salir al limite de la arboleda en donde sigue la playa que rodea al Manzanillo, y una vez allí detuvimos nuestra marcha esperando que se hiciera de noche. Entre tanto estuvimos observando la posicion con un anteojo: en primer lugar vimos como enclavado sobre las aguas del mar, un inmenso buque europeo que era el que iba á darnos los recursos que necesitábamos para salir de nuestra angustiosa situacion; en segundo lugar descubrimos que no habia ninguna fuerza armada, lo cual nos evitaba el éxito dudoso de un combate, por más que estuviéramos seguros de producir una sorpresa, y luego convenimos, con júbilo, en que no era necesario esperar á que llegara el dia siguiente nuestro cuerpo de infantería que venia á retaguardia haciendo jornadas dobles, sino que nosotros solos podíamos acometer aquel golpe de mano. No habia más gente armada, segun estábamos viendo, que alguno que otro empleado de la Aduana y una media docena de celadores, es decir, unos veinte hombres: nosotros éramos cincuenta.

Todos instábamos á D. Julio para que nos precipitara sobre la presa temiendo que se nos escapara. Podia haberse notado nuestra marcha, podia llegar algu-

na tropa de Colima, podía el buque aquel levar anclas y dejarnos con un palmo de narices. D. Julio más precavido y más experimentado, nos hizo replegarnos á un ranchillo de poca apariencia, situado á media legua cuando más del puerto, en donde dormimos tranquilamente, digo, no tan tranquilamente, puesto que toda la noche nos picaron los moscos.

En la madrugada hicimos nuestra entrada triunfal en el puerto del Manzanillo, que no fué siempre tan inadvertida que no diera tiempo á los empleados imperialistas de ponerse en salvo: á las doce de la noche fletaron un pailebot y se alejaron algunas millas de la costa. Esto nos hizo comprender que tuvieron por la noche el aviso de nuestra llegada y que ya se había mandado un correo para Colima: en consecuencia, no teníamos tiempo que perder y desde luego se nombró al comandante entónces, mi amigo Crispin Medina, para que hiciera el despacho del buque.

Entre varios papeles que abandonaron los empleados estaba un parte que nos llenó de consternacion: el Ejército del Centro había sufrido una completa derrota en Jiquilpan, muriendo en el combate los intrépidos generales Rioseco y Ornelas. La noticia nos fué plenamente confirmada por los comerciantes.

La tristeza fué disipándose á medida que fuimos sintiendo los resultados de la franca hospitalidad que nos dieron los alemanes establecidos en el puerto. Pusieron á nuestra disposicion su buena cerveza, y á la hora de la comida hubo uno que nos volvió la animacion al cuerpo exclamando:

—¡Adelante! qué diablos, ni es el último reves que

nos ha de seguir causando el enemigo, ni ha de tardar mucho el dia en que nos véamos victoriosos: en la guerra como en la guerra, señores, mañana será nuestro dia: brindo por la victoria.

Hicimos porque se nos levantara un poco la moral siguiendo el ejemplo que nos ponía aquel compañero y al dia siguiente amanecimos más animados y con alguna más de fé en el porvenir.

Pero no debía durar mucho tiempo nuestra alegría: á eso de las diez dieron aviso los exploradores de que el enemigo avanzaba por el camino de la capital. El aviso fué igual á una sorpresa que vino á introducir en nuestras filas la mayor confusion: ningun asistente atinaba á poner el freno al caballo y casi todos pusieron la mantilla al reves. Por fortuna yo despachaba alguna correspondencia oficial importante, y esto me impidió participar de aquella alarma. Cuando pedí mi caballo y fuí á incorporarme con la fuerza, ya esta, que se componía de los doscientos infantes que se nos habían incorporado y cincuenta lanceros, habían tomado posiciones á un lado del camino, como en emboscada. Ya en aquella situacion nada importaba el número del enemigo: se mandó reconocer á este y resultó que no era sino un atajo de mulas.

Se concluyó luego el despacho del buque que dejó cosa de unos veinte mil pesos en dinero y por la tarde emprendimos otra vez el camino para Salagua en donde pernoctamos, siempre perseguidos, ya no de Márquez ni de los franceses, sino de los mosquitos.

Nos incorporamos despues sin ningun tropiezo al resto de las tropas, y todos juntos nos dirigimos para

Autlan, poblacion importante de Jalisco, con objeto de dar allí mejor organizacion á las fuerzas republicanas y de recoger los restos de las de Jalisco, que el mando del general Herrera y Cairo tuvimos noticias de que andaban ya cerca de Zapotlan.

Al ver cualquiera la actitud con que llegamos á aquella poblacion, hubiera pronosticado que de allí iba á comenzar nuestra fortuna: pero ¡cuánto se hubiera engañado!

Pero no debia darme cuenta de que el enemigo estaba ya en el camino de la capital. El enemigo se adelantó á una distancia que vino á ser de diez y siete leguas. Nuestra fuerza se componia de unos cuarenta y cinco hombres, y como todos pertenecian á la manilla al revés. Por fortuna yo habia llevado una correspondencia bastante importante, y esto me hizo participar de aquella alarma. Cuando pedí mi caballo y fui á incorporarme con la fuerza, me acordé de la poca importancia de los descendientes de los señores de la manilla, y como yo habia tomado posesion de un lado del camino, como en un momento en aquella situacion habia importado el número del enemigo, el resultado de esto y resultó que no era sino un simple desastre.

Se celebró luego el despacho del punto que dejó cost de unos veinte mil pesos en dinero y por la tarde emprendimos el camino para Saltillo en donde se encontraron siempre persiguieron, ya no de Mir.

Nos incorporamos despues sin ningun tropiezo al resto de las tropas, y todos juntos nos dirigimos para

Por de pronto se convino en que se llevaran la division de Brigadas Unidas. Pero como que seguir previamente esta otra cuestion, quedó las man-

Los jefes de orden se prepararon á salir sus mandos en el momento y simpatias general Herrera y Cairo, pero la dificultad para ello estaba en la gran mayoría que era la gente de desorden. Se sujetaron Rojas y sus compañeros al mando de un hombre de unos no-

CAPITULO VIII.

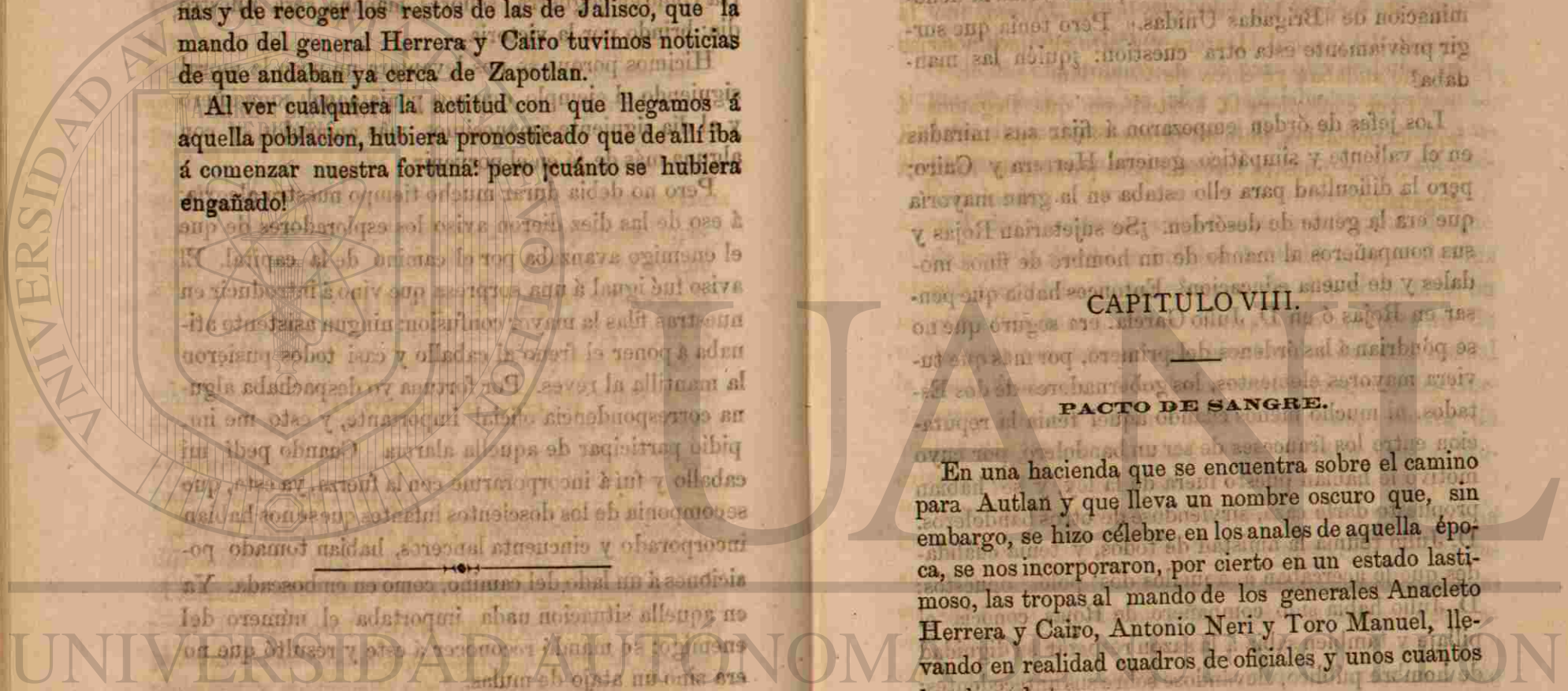
PACTO DE SANGRE.

En una hacienda que se encuentra sobre el camino para Autlan y que lleva un nombre oscuro que, sin embargo, se hizo célebre en los anales de aquella época, se nos incorporaron, por cierto en un estado lastimoso, las tropas al mando de los generales Anacleto Herrera y Cairo, Antonio Neri y Toro Manuel, llevando en realidad cuadros de oficiales y unos cuantos hombres de tropa.

El nombre de la despues célebre hacienda, merece una mencion separada:

El Zacate Grullo.

En la hacienda del Zacate Grullo fué donde se pensó en dar alguna organizacion á todas aquellas fuer-



Autlan, poblacion importante de Jalisco, con objeto de dar allí mejor organizacion á las fuerzas republicanas y de recoger los restos de las de Jalisco, que el mando del general Herrera y Cairo tuvimos noticias de que andaban ya cerca de Zapotlan.

Al ver cualquiera la actitud con que llegamos á aquella poblacion, hubiera pronosticado que de allí iba á comenzar nuestra fortuna: pero ¡cuánto se hubiera engañado!

Pero no debia darme cuenta de que el enemigo estaba ya en el camino de la capital. A las diez de la noche se presentaron en el campamento de las fuerzas republicanas, un destacamento de la fuerza de la capital y con ellos una gran cantidad de municiones y de otros efectos. En consecuencia de esto me fui á participar de aquello al general Herrera y Cairo, y así se incorporaron con la fuerza de la capital y se incorporaron de los destacamentos de las fuerzas republicanas, habian tomado posesion de un lado del camino, como en un momento en aquella situacion habia importado el numero del enemigo, el resultado de esto y resulto que era como un sitio de batalla.

Se celebró luego el despacho del punto que debia ser de unos veinte mil pesos en dinero y por la tarde empezamos á ir por el camino para salir en busca de las fuerzas republicanas, ya no de México, sino de los montes.

Nos incorporamos despues sin ningun tropiezo al resto de las tropas, y todos juntos nos dirigimos para

los restos exigidos de lo que se llamaba el Ejército del Centro.

Por de pronto se convino en que se llevaran la division de Brigadas Unidas. Pero como que seguir previamente esta otra cuestion, quedo las manos dadas.

Los jefes de orden se presentaron á las 10 de la noche en el campamento de las fuerzas republicanas y Cairo, pero la dificultad para ello estaba en la gran mayoría que era la gente de desorden. Se sujetaron Rojas y sus compañeros al mando de un hombre de unos 40 años y de buena estatura, que habia que poner en libertad á las unidades del ejército, por lo que se podrían hacer los preparativos de los trabajos necesarios para la repatriacion de los soldados.

CAPITULO VIII.

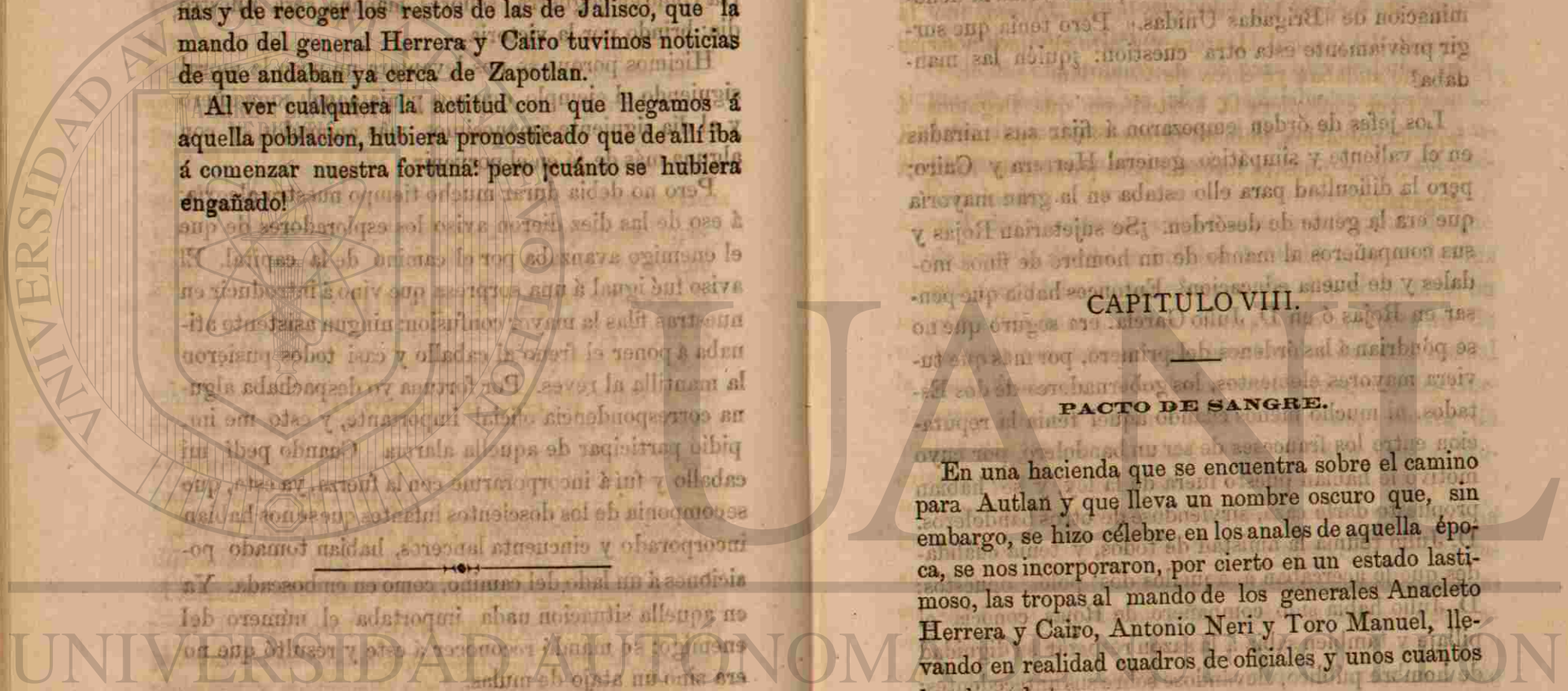
PACTO DE SANGRE.

En una hacienda que se encuentra sobre el camino para Autlan y que lleva un nombre oscuro que, sin embargo, se hizo célebre en los anales de aquella época, se nos incorporaron, por cierto en un estado lastimoso, las tropas al mando de los generales Anacleto Herrera y Cairo, Antonio Neri y Toro Manuel, llevando en realidad cuadros de oficiales y unos cuantos hombres de tropa.

El nombre de la despues célebre hacienda, merece una mencion separada:

El Zacate Grullo.

En la hacienda del Zacate Grullo fué donde se pensó en dar alguna organizacion á todas aquellas fuer-



zas, restos exiguos de lo que se llamara el Ejército del Centro.

Por de pronto se convino en que llevarian la denominacion de «Brigadas Unidas.» Pero tenia que surgir previamente esta otra cuestion: ¿quién las mandaba?

Los jefes de orden empezaron á fijar sus miradas en el valiente y simpático general Herrera y Cairo; pero la dificultad para ello estaba en la gran mayoría que era la gente de desorden. ¿Se sujetarian Rojas y sus compañeros al mando de un hombre de finos modales y de buena educacion? Entonces habia que pensar en Rojas ó en D. Julio García: era seguro que no se pondrian á las órdenes del primero, por más que tuviera mayores elementos, los gobernadores de dos Estados, ni mucho ménos cuando aquel tenia la reputacion entre los franceses de ser un bandolero, por cuyo motivo le habian puesto fuera de la ley, y se habian propuesto darle caza, sirviéndose de otros bandoleros. D. Julio reunia la amistad de todos, y tenia cualidades que le acercaban á aquellos dos polos opuestos: D. Julio habia sido compañero de Rojas, conocia el pillaje y tambien sabia á la sazón respetar su dignidad de hombre público, elevándose sobre sus antecedentes; pero nadie le reconocia dotes militares. De nada servia, pues, para aquella emergencia que D. Julio representara una especie de *trait d'union* respecto de los dos jefes mencionados.

Seguiré refiriendo los hechos.

Todo el día se lo pasaron conferenciando privada-

mente los generales Herrera, García y Rojas, asistidos de Aristéu Moreno, que era secretario del primero y muy amigo del último. Me supuse, y lo pude confirmar despues, que Rojas habia rehusado mi presencia en aquel conciliábulo.

Se dió una orden general para que despues de la lista de seis todos los jefes y oficiales se presentaran en el alojamiento del general Rojas á fin de ser impuestos de lo que en la junta de generales se habia determinado.

Todos nos apresuramos á concurrir, esperando que de aquella discusion hubiera brotado el rayo de luz que tanto necesitábamos para salir del atolladero en que estábamos metidos. Rojas ocupaba el centro de la mesa colocada en una cabecera del salon principal de la hacienda. A los lados estaban los generales García y Herrera y Cairo: más al extremo, y cerca de seis candeleros con luces, se encontraba Aristéu Moreno rodeado de papeles.

No sé si porque las velas eran de cebo y daban una luz escasa, ó por el estado de agitacion en que se hallaban nuestros espíritus, observamos que los semblantes de los individuos de la mesa aparecian excesivamente pálidos.

Luego que estuvieron reunidos en la sala los ciento y tantos oficiales de teniente arriba con que contaban las Brigadas Unidas, pudimos observar que quinientos galeanos rodearon la casa de la hacienda. Ibamos pues á deliberar bajo la presion de quinientos bandidos que podian triturarnos á la más insignificante señal que les hiciera su jefe.

Rojas dijo con voz solemne:
—Señor Secretario: lea vd. el convenio que hemos hecho.

Aristeo Moreno, en medio de un silencio sepulcral, leyó los considerandos de aquel aborto que terminaba con los siguientes artículos:

Art. 1º Los abajo firmados nos comprometemos solemnemente y bajo juramento á defender la independencia de la República contra toda intervencion, peleando hasta morir si fuere necesario.

Art. 2º Todos aquellos que no aprueben el presente pacto mostrándose indiferentes para la defensa nacional, serán considerados como enemigos y pasados por las armas.

Art. 3º Los que de cualquiera manera sean infieles con la República y hagan alianzas con el imperio serán pasados por las armas.

Art. 4º Las poblaciones en donde no sean recibidas las fuerzas republicanas con regocijo, negándoseles abierta hospitalidad, serán incendiadas y sus habitantes obligados á pelear como soldados rasos ó pasados por las armas, segun la gravedad del delito.

Art. 5º Todos los prisioneros que se hagan al enemigo, sean de la categoría que fueren, serán pasados por las armas inmediatamente sin necesidad de identificarse la persona.

Art. 6º Todas las propiedades de particulares pasan á ser propiedad de las Brigadas Unidas; en consecuencia, todos aquellos que se rehúsen á proporcionar víveres, pasturas, dinero y cuanto más se les pidiere, serán pasados por las armas.

Art. 7º Todos los que forman las Brigadas Unidas son libres para firmar ó no este convenio, pero una vez firmado tendrá la pena de muerte el que no lo acatare ó cometiere delito de desercion.

Dado en la hacienda del Zacate Grullo, etc.

Cuando Aristeo Moreno acabó de leer, el general Rojas con voz al parecer tranquila, pero marcándose más las ojeras negras y profundas que rodeaban sus pupilas, signo seguro de que respiraba odio y de que lo animaban malos sentimientos, dijo, dirigiéndose á los que nos encontrábamos en la sala:

—Esto es lo que hemos jurado sostener yo y mis compañeros. Los que estén conformes con el plan pueden venir á firmarlo, los que no lo estén quedan libres para pedir en el acto su pasaporte.

Reinó el más profundo silencio.

—Nadie quiere su pasaporte? volvió á preguntar.

Y como reinara igual silencio, dijo con voz ménos brusca:

—Pues entónces vengan á firmar.

Comenzaron algunos á dirigirse á la mesa para firmar, pero como otros vacilaban ó se quedaban cerca de la puerta, Rojas volvió á decir:

—Nadie podrá salir de la hacienda sin ser acompañado de uno de mis ayudantes despues de haber firmado. Es la órden que tengo dada á la guardia que está cuidando las puertas.

En efecto, los galeanos cuidaban la puerta de la sala que caia al corredor, lo mismo que la de la calle y todas las demás salidas; parecia que no habia medio zoso documento. Apretones de mano por lo bajo, in-

posible de escaparse sin poner la firma en tan vergonzosas telencencias con los piés, palabras dichas tan quedo que mas se podia oír el vuelo de una mosca, eran las únicas protestas que podían hacer los jefes dignos y honrados que allí se encontraban.

Rojas firmó y firmó su secretario que era un indio de poca significacion: siguió Herrera y Cairo, firmando á su lado su secretario Aristeo Moreno: fué nombrado el general Julio García y yo sentí un estremecimiento de piés á cabeza, porque era el que debía seguirle como su secretario, como secretario nada ménos que del gobierno republicano de Colima. . . . En este momento de suprema angustia pensé que era el colmo de la demencia oponerme abierta y públicamente á estampar mi firma en aquel aborto infernal, que era tanto como provocar una sedicion desventajosa en que todas las seguridades demostraban que tendríamos que perecer los hombres decentes que éramos los pocos, á manos de los bandidos que eran los muchos. Por fortuna se tenían que firmar tres copias: D. Julio escribía despacio y yo tuve tiempo de escurrirme sin que nadie lo notara, por una puertecilla que comunicaba de la sala á las habitaciones interiores que nos servían de alojamiento en la misma hacienda. al cual llegué agitado, y desnudándome prontamente me metí en la cama. Como precaucion que me sirvió de mucho, me ceñí un pañuelo blanco en la cabeza y me rodé de medicinas.

Apenas acababa de hacer todo esto, cuando un ayudante penetró en mi habitacion preguntándome si yo era.

—¿Qué se ofrece? le dije.

—Necesitan á vd. los generales.

—Dígales vd. que me escusen: me duele horriblemente la cabeza y ya vd. ve que estoy acostado.

El ayudante se fué y vino á poco en persona D. Julio García.

—¿No viene vd. á firmar? me preguntó.

—No, le contesté, incorporándome en la cama.

—Por qué?

—Porque no quiero deshonrarme, más que á los ojos de nuestros enemigos, á los de nuestros correligionarios.

—¿Luego cree vd. que hemos hecho mal en firmar eso?

—Si señor; muy mal.

—¿Y vd. no firma pues?

—No señor.

—¿Pero qué es lo que digo á Rojas?

—Que me mande fusilar.

—Está bien, me dijo, y se salió enojado.

Se firmaron tres copias, una para cada general, y cuando concluyó el acto se llenó mi cuarto de gefes y oficiales que querían escuchar mi parecer sobre aquel convenio absurdo. A todos dije que era aquello indigno y que yo no firmaría.

Los unos decían que debían sublevarse, los otros querían huir, aunque veían como un anatema ese pacto que les perseguiría por todas partes como una sentencia de muerte. La muerte y la deshonra si lo cumplían, la muerte y la deshonra también aunque no lo

cumplieran....algunos hubo que lloraron de rabia. Traté de conformarles como pude, y se fueron despidiendo hasta quedarme solo con Crispin Medina y Juan Valadéz.

—¿Vdes. firmaron? les pregunté.

—Desgraciadamente si, pero en una sola de las copias.

—¿En cuál?

—En la de D. Julio.

En este momento entró este.

—¿Se trataba todavía de ese malvado convenio? nos preguntó.

—Si señor.

—¿Y qué opinan?

—Opinamos, señor general, le dije, como debe opinar todo hombre digno que se respeta y quiera tener un porvenir honroso en la política: ese pacto es absurdo por ser impracticable, es odioso porque pugna con todos los buenos sentimientos de la especie humana; y es monstruoso, inmoral, inicuo, porque ordena la destruccion y la matanza.

—Tiene vd. razon, me contestó, no debí ser hasta ese punto consecuente con Rojas, y por mi parte queda roto desde este momento.

Sacó entonces la copia que tenia y la hizo pedazos:

Al otro dia al emprenderse la marcha me dijo Rojas.

—Vd. no solo no firmó, sino que me anda descomponiendo á los otros gefes.

Le dije mi opinion francamente que escuchó con interés.

Agregó por su parte luego que hube terminado:

—Ahora no lo fusilo á vd. porque lo defienden Julio y sus gentes.... Ya veremos mas tarde.... tenemos muchas cuentas atrasadas.

Me lanzó una mirada siniestra y se separó de allí poniendo su caballo al galope.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

Y al decir esto me entregó la copia del presente
papel firmado en el punto de vista que en un momento
presencia me pedían. El hecho de que yo me
encontraba a merced de cualquier soldado armado como
tal vez otros de los que se hallaban en el momento
del momento.
El no me dijo nada, pero yo no podía abandonar esto
con la orden que me dio el general An-
tonio Herrera, por lo que me quedé como esperaba del destino
de tracción, porque esto significaba el dejar de ser
no firmado por nadie en el momento.

El hecho de que yo me quedé en el momento que esperaba
dadas las previsiones que se habían hecho en el momento de los
contra esta parte de la mayor parte de los soldados
Urga y que poco a poco se había recibido de sus
tareas el nombre de los operarios de la zona.
El hecho de que yo me quedé en el momento que esperaba
EL PROCESO DE NERI.

Marchamos para la ciudad de Autlan todos reuni-
dos.

Habíamos andado poco trecho cuando el general
Herrera y Cairo me buscó para despedirse.

—Yo parto para Tecolotlan, me dijo, con el fin de
organizar mi fuerza y establecer algún aparato de go-
bierno.

Aprobé su determinación y rehusé acompañarle co-
mo deseaba, haciéndole ver que desempeñaba en el go-
bierno de Colima el puesto que me ofrecía.

—Tiene vd. razón, me contestó. Ahora solo me
resta depositar en poder de vd. esta copia para que
haga de ella el uso que quiera.

Y al decir esto me entregó la copia del pacto de sangre firmado en el Zacate Grullo, que en su misma presencia hice pedazos. El hecho de entregármelo me autorizaba á creer que también lo había firmado como tantos otros bajo la detestable presión del general Antonio Rojas.

El no me dijo nada, pero yo no podía conciliar esto con la orden que dejó á Rojas para que el general Antonio Neri fuera juzgado como sospechoso del delito de traición, porque esto equivalía á dejar de antemano firmada una sentencia de muerte.

Hay que tener presente, sin embargo, que existían serias prevenciones entre la mayor parte de los jefes contra este general que había sido grande amigo de Uraga y que pocos meses atrás había recibido de sus manos el nombramiento de gobernador de Jalisco, lo cual hacía suponer que depositaba en él su más absoluta confianza. Algunos se avanzaban á asegurar que existían aún entre ambos connivencias.

A los dos días de llegados á Autlan, Rojas había amanecido de un humor negro y mandó que se instruyera en el acto la causa para que en la tarde tuviera lugar el consejo de guerra que él mismo iba á presidir.

Ahora me extraña que hubiera recurrido en esa vez á formalidades tan contrarias á su carácter.

Habíamos tenido ya tiempo de hablar y de reconciliarnos, al punto de no consentir que comiera en otra parte mas que en su mesa.

En el día á que me refiero, estábamos comiendo

cuando le dieron parte de que tres de los suyos habían sido aprehendidos robando.

—Que los fusilen, dijo con voz de enojo á la vez que se le marcaban las ojeras negras, que eran la señal infalible de sus sangrientas inspiraciones, y que esto se haga al momento mismo, agregó, junto á la tapia que está al frente.

Aquellos infelices fueron ejecutados allí, á nuestra vista, sin impedir tal espectáculo que Rojas continuara comiendo tranquilamente. Al levantarse de la mesa dijo que iba á dormir un poco y que en seguida iría á la casa municipal á presidir el consejo de guerra en que se había de decidir sobre la suerte del general Neri.

¡Bajo que terribles auspicios, pues, iba á ser juzgado aquel hombre!

El consejo de guerra se reunió á eso de las tres de la tarde compuesto de su presidente general Antonio Rojas y de seis vocales, de los cuales dos pertenecían á la Brigada de éste y cuatro á la de D. Julio García, todos coroneles.

Jamas tribunal alguno se ha erigido más dispuesto á condenar á un hombre con la última pena, pues no había quien no tuviera la creencia de que el general Neri era culpable, ni quien no lo contara en el número de los difuntos.

Por fortuna suya, el coronel Francisco Rodríguez, un poco versado en procedimientos militares, dijo que hacia falta allí un asesor.

No había por todo aquello más letrado que yo y fui llamado á desempeñar tal encargo.

Se dió lectura á una especie de proceso acabado de forjar, que más bien parecia pedimento fiscal en el cual se hacian al general Neri los cargos, en aquel momento terribles, abrumadores, de que habia mandado á Zapotlan á un ayudante suyo llamado Joaquin Gonzalez, el cual habia llevado encargo de solicitarle un indulto y conseguirle una colocacion en el imperio. Se reagrababa la acusacion diciéndose: que Joaquin Gonzalez habia vuelto con una combinacion para hacer entrega al enemigo en una oportunidad que vendria, de las fuerzas republicanas.

Por cierto que tan atroz delito, no podia, no debia castigarse sino con la muerte; pero yo conocia un poco á Neri y mi conciencia se negaba tenazmente á hacerme solidario de aquellas suposiciones. Me hacia fuerza la consideracion de que habiendo dos culpables solo contra uno se procediera en forma, y estaba viendo que hasta allí el procedimiento se basaba en un hecho al cual se habia procurado rodear de vagas sospechas.

El general Neri era un valiente, bastantes pruebas dió de ello en su brillante carrera militar, pero al comparecer ante aquel consejo de guerra, se puso lívido. Demasiado vió escrita su sentencia de muerte en la mirada torva del Presidente de los debates, como se diria ahora, en el tono seco con que aquel le dirigió la palabra y en el aspecto frio de todos sus jueces. Solo yo fui quien logró darle algun aliento, excitándole á que hablara con toda franqueza.

Probablemente vislumbró un rayo aunque muy lejano de esperanza, porque rindió su declaracion puntualizando con cuidado los hechos. En seguida declaró

el que era tenido por instrumento de un crimen abominable: el ayudante Joaquin Gonzalez.

Neri no tenia defensor, ni se habia pensado siquiera en cubrir aquélla otra fórmula, y allí quedó concluida la causa.

Se mandó que los presos volvieran á sus calabozos respectivos, mientras el consejo pronunciaba la sentencia.

Rojas habló el primero y dijo sin preámbulos:

—No hay ni que pensarlo mucho: ese traidor debe morir.

Algunos hubo que por decir algo dijeron que se le castigara, poniéndolo de último soldado, pero todos los demas parecian estar de acuerdo con la primera proposicion. Con otra indicacion cualquiera de Rojas, Neri estaba perdido, así es que me apresuré á hacer el esfuerzo único que me era permitido en aquel momento para salvarle, el de la palabra.

—«Señores, les dije tomando el informe proceso en la mano, yo no tengo aquí más mision que prestar al debate el contingente de mis humildes conocimientos jurídicos, así es, que me permitirán manifestarles con toda franqueza lo que en mi concepto debe hacerse si se ha de obrar ajustando los procedimientos á la justicia. Hasta ahora los juicios emitidos son enteramente extraviados. Cuando se aplica una pena á un hombre, cualquiera que sea, es porque hay pruebas evidentes de que ha cometido un delito, ¿y cuáles son las pruebas que existen contra el general Neri? Se le acusa de traicion, está bien, de traicion á la patria, que es el más negro de los crímenes; pero ¿cuál es el dato

en que se apoya esa terrible acusacion? Una simple nota del gobernador de Jalisco, en que dice que abraza sospechas de que el general Neri se ha puesto en inteligencias con los imperialistas de la plaza de Zapotlan. ¿En qué se fundan esas sospechas? La misma nota lo dice: en que Neri permitió á su ayudante Joaquin Gonzalez, á su paso cerca de Zapotlan, que entrara á aquella poblacion ocupada por el enemigo. Ya ha declarado el ayudante de Neri que no estuvo allí mas que unas cuantas horas de la noche en el seno de su familia..... que fué arrastrado allí por la pasion que profesa á su jóven esposa.....

Señores: ponga cada uno de vdes. la mano en su corazon y este les contestará que no hay méritos bastantes para que el general Neri sea condenado. Es necesrio que pese tambien en la conciencia de vdes. este dato: el gobernador de Jalisco y el acusado tienen de tiempo atras enemistades personales que todos sabemos, ¿no es posible que aquel haya visto las cosas más grandes, preocupado como está por los resentimientos? Pero nosotros no tenemos ningunos y podemos formarnos un juicio imparcial. No creo que hay pretexto siquiera para privar de la vida á ese hombre: si tal hiciéramos nuestros mismos amigos al conocer nuestra obra tendrian razon para decir que no formábamos aquí una reunion de patriotas, sino una cuadrilla de asesinos.

Neri es inocente, señores, y debe ser proclamado así mientras que no se nos demuestre lo contrario. Esta es la ley general, estas son las prácticas de la justicia en todo el mundo. Si se quiere que muera,

mátese en buena hora por medio de una orden militar; pero que no se le forme un consejo de guerra, que no se nos haga cómplices á nosotros, hombres de honor, de un asesinato.»

Analice la causa al revés y al derecho, demostrando hasta la evidencia que era absurdo aplicar la pena de muerte á un hombre, con aquellas pruebas. Estaba probado que Joaquin Gonzalez habia pasado unas cuantas horas de la noche dentro de la plaza de Zapotlan; pero no habia el menor indicio de que hubiera ido á ponerse de acuerdo con los imperialistas.

Yo no sé de donde saqué tan oportunamente esos y otros razonamientos dichos en un lenguaje tan claro y tan preciso que todos lo entendieron: la voz general y los resultados vinieron á demostrarme que tales y cuales circunstancias, que tales y cuales esfuerzos pueden hacer á un hombre elocuente. La situacion comprometida en que me encontraba pugnando siempre con los juicios de Rojas, que eran los que se obedecian allí por temor, el deseo de salvar la vida de un hombre, me hicieron sacar fuerzas de mi propia flaqueza y estar superior á mí mismo.

Parece que en esta vez aun el general Antonio Rojas se mostró satisfecho de mi peroracion, porque exclamó despues que los vocales hubieron dado su voto absolutorio:

—Yo tambien lo absuelvo, aunque no me entra para nada el tal Neri; pero ¿qué se puede hacer cuando mete la mano este licenciadito?

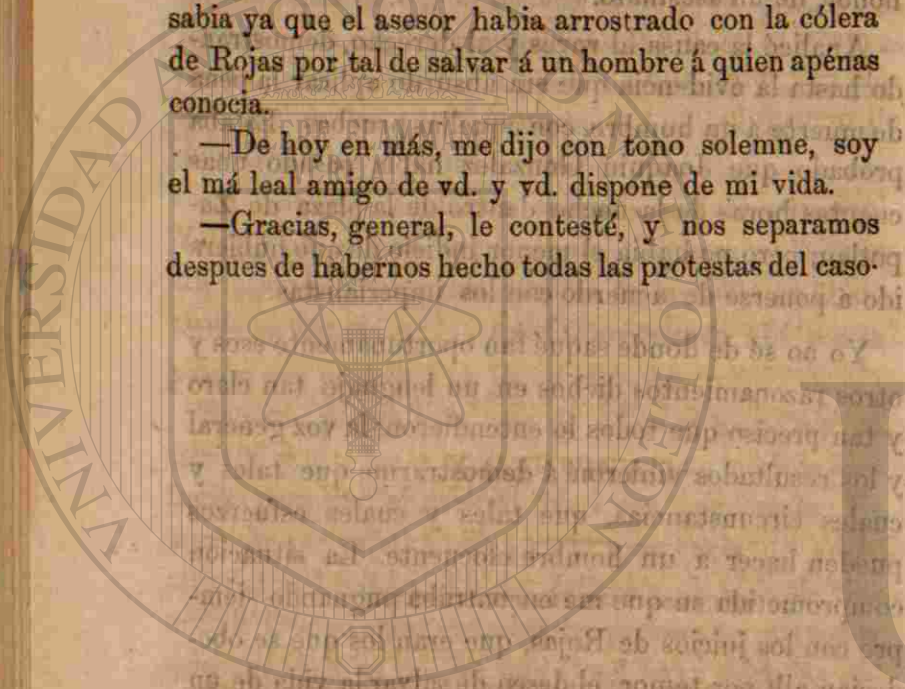
Y Neri quedó absuelto con gran sorpresa de todos

aquellos que lo contaban ya en el número de los muertos.

Por la noche me buscó aquel para darme las gracias y me abrazó derramando lágrimas de gratitud: sabia ya que el asesor había arrostrado con la cólera de Rojas por tal de salvar á un hombre á quien apenas conocia.

—De hoy en más, me dijo con tono solemne, soy el má leal amigo de vd. y vd. dispone de mi vida.

—Gracias, general, le contesté, y nos separamos despues de habernos hecho todas las protestas del caso.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

informar respecto del enemigo. Sabiamos que se hallaba en una gran distancia de nosotros, pero como el viento era contrario á favor de nosotros, y era muy difícil que el enemigo nos sorprendiera tanto por lo escaso de las tropas como porque tenia que salir una gran parte de ellas, como tambien porque el grueso de ellas se hallaba en un punto muy resguardado.

Despues de haberse retirado á San Gabriel con estas tropas, quedamos en el punto de partida. Solo quedamos en el punto de partida, y en sentirnos á la mesa á saber que una columna que se nos habia adelantado.

CAPITULO X.

OTRA NOCHE TRISTE.

Despues de unos cuantos dias de permanencia en Autlan, en que nuestras tropas descansaron un poco de las fatigas anteriores y se municionaron de la mejor manera posible, nos pusimos en marcha con objeto de abrir una campaña sobre Zapotlan, Sayula y demas plazas ocupadas por el enemigo, deteniéndonos al fin á una media legua del pintoresco pueblo de San Gabriel.

Formamos allí una pequeña caravana de oficiales y nos dirigimos á la poblacion, con el fin de proveernos de algunas cosas indispensables y de tomar algunos



informes respecto del enemigo. Sabíamos que Sayula tenía una guarnición de tropas francesas, pero ignorábamos el número. De todas maneras, Sayula se encontraba á diez leguas de distancia y era muy difícil que el enemigo nos sorprendiera tanto por lo escabroso del terreno, como porque tenía que subir una empinada cuesta, como también porque el grueso de nuestras fuerzas era muy respetable.

Entramos, pues, á San Gabriel con entera tranquilidad é hicimos nuestras compras. Se nos recibió muy bien por los amigos de nuestra causa que nos invitaban á pasar la noche. Solo consentimos en apearnos de nuestros caballos y en sentarnos á la mesa á saborear una comida que se nos brindó y que nos pareció deliciosa.

Estaba ya anocheciendo.

Ibamos apenas en el segundo ó tercer platillo cuando el disparo de algunas armas vino á causarnos una sorpresa.

Salimos á informarnos de lo que pasaba y un vecino nos dijo:

—Son los cazadores de Africa.

Eran ellos en efecto, que habían creído sorprender allí reunida á toda nuestra fuerza y que solo consiguieron trabar pequeños combates con los oficiales y comisiones de tropas que había espaciadas por la población, haciéndonos un prisionero y varios heridos.

Eran 150 hombres y hubiera sido fácil cortarles la retirada si se accede á nuestro deseo que expresamos con un propio, mandado violentamente. No había que hacer otra cosa, sino cubrir con diez ó veinte soldados

la salida á la cuesta, naturalmente dispuesta para ser defendida.

Nosotros reunimos á nuestros oficiales dispersos y nos abrimos paso disparando nuestras pistolas sobre el enemigo que no pensó siquiera en seguirnos.

En el campamento se creyó que era la vanguardia de una fuerza mas respetable y se tomaron posiciones para un próximo combate.

Amanecimos enteramente listos y estuvimos aguardando en vano la presencia del enemigo; nuestras fuerzas ocupaban una loma y demostraban el mayor entusiasmo; pero los cazadores de Africa volvieron grupas no sin que se destacara una fuerza de caballería en su persecución que fué molestándolos hasta la entrada de Sayula.

Nosotros emprendimos á poco nuestra marcha tomando el camino del Jazmin, hacienda situada en las faldas de los volcanes de Zapotlan.

Yo no conocia la perspectiva que desde tal eminencia se presenta y quedé verdaderamente encantado.

Una multitud de pueblos y haciendas se encuentran diseminadas en aquel estenso valle que se domina desde allí agradablemente, mientras que á la derecha el inponente volcan cubierto de nieve descubre una anchurosa falda oscurecida con la sombra de sus corpulentos árboles, lozanos siempre, siempre verdes y siempre magestuosos.

El general Herrera y Cairo se nos incorporó en esta marcha, acudiendo á la cita que se le había dado, con una pequeña fuerza de doscientos hombres infantería y caballería. Pernoctamos en unas rancherías poco

abrigadas y cercanas á las nieves que no dejaban de conjelarnos. Al dia siguiente debiamos caer de súbito sobre Ciudad Guzman que tenia una guarnicion de 600 hombres aproximativamente, sin que hubiera entre ellos un solo francés.

Muy temprano y tiritando de frio nos pusimos en marcha. A eso de las diez dejamos las arboledas y salimos al camino descubriéndose á nuestros piés la poblacion que nos proponiamos ocupar.

Cuando descendimos la cuesta, tuvimos la noticia de que la plaza habia sido evacuada al saberse nuestra aproximacion. Los soldados, los oficiales y nosotros todos, avanzábamos llenos de entusiasmo, no solo porque íbamos á entrar en accion, sino porque contábamos mas de tres meses de penalidades en las costas, sin haber tocado ninguna poblacion de importancia. Aunque tuvimos aquella que nos proponiamos ocupar, á la vista toda la mañana, los callejones que hay para aproximarse se alargan mucho y apenas pudimos llegar con la última claridad de la tarde.

Todas las casas estaban abiertas, todas las familias ocupaban las puertas y ventanas, viéndonos pasar; las tiendas estaban ya iluminadas y en el semblante de los moradores de la poblacion se observaba el gran alborozo que les producía la llegada de las tropas republicanas.

¡Ay! muy pronto se debia cambiar en duelo aquella franca y espontánea alegría!

¿Qué mas podiamos apetecer como premio á nuestras desventuras pasadas? Las mugeres nos sonreian y los hombres victoreaban á la República. ¡Jamás

pueblo alguno ha mostrado mas completa satisfaccion á la vista de sus verdugos!

Muy pronto acabó aquel regocijo. Todo lo que era alegría bajo los dudosos tintes del crepúsculo de la tarde, se convitió á la hora en la mas profunda consternacion.

Referiré friamente los hechos.

Acabábamos de tomar alojamiento, cuando llegó la diligencia de Guadalajara trayendo la correspondencia y algunos pasajeros. Todo esto llegaba custodiado por una avanzada de Rojas que habia sido destacada por aquel camino.

Era el primer trofeo de la rapiña.

Rojas padecia de una herida antigua que tenia en una pierna y en aquella vez, fuera por el tiempo frio ó por el cansancio, manifestaba sufrir grandes dolores.

Se despojó de los pantalones y estando en paños menores se sentó en una silla debajo del portal para dictar desde allí sus disposiciones.

Estaba de un carácter negro y más dispuesto que nunca á cometer iniquidades.

Cuando le dieron parte de que allí estaba la *Linea* con la correspondencia y los pasajeros, dió esta orden seca y terminante:

—Así como está, enganchada, se quema en la plaza con pasajeros, cochero y cuanto contenga.

Los que estábamos allí presentes tuvimos que proceder con la cautela de quien engaña á un loco furioso para poderlo disuadir de que se cometiera tal barbaridad.

Primero salvamos la correspondencia, haciéndole comprender las ventajas que obtendríamos leyéndola.

Después logramos que se suspendiera la ejecución de los pasajeros, los cuales podrían darnos algunas noticias respecto del enemigo.

En seguida logramos que levantara la pena de muerte para los caballos, diciéndole que podrían servir para la descubierta de un cuerpo de caballería.

Era demasiado conseguir ya, luchando brazo á brazo con la excitación febril de que estaba poseído Rojas, y tuvimos que resiguarnos á ver arder la diligencia en medio de la plaza.

El infeliz cocheró fué fusilado.

El crimen de todos era ignorar que se encontraba allí el feroz general D. Antonio Rojas.

Apenas acababa de pasar este incidente cuando llegaron otros presos, unos sacados de sus casas y otros encontrados en los alrededores. Entre estos estaba el entonces jóven abogado y muy apreciable caballero Don Justo Tagle. Se le hacia el cargo de que iba huyendo, y la verdad es que venia de una hacienda inmediata para saludar á sus amigos al saber la entrada á la poblacion de unas fuerzas republicanas.

Rojas queria fusilarlos á todos y Herrera y Cairo y yo les salvamos con grandes esfuerzos.

Algun infame que queria granjearse seguramente el favor de Rojas, fué denunció á un viejo cura de setenta años de edad de haber dicho una misa en accion de gracias por los triunfos de los franceses.

—Que me traigan á ese traidor, ahuyó Rojas.

Luego en su presencia dió al coronel Rodriguez la siguiente orden:

—Mañana al amanecer, ó está colgado ese viejo bribon en un fresno de la plaza, ó me da Vd. cuenta de haber resultado inocente. A formar la causa. El coronel Rodriguez que ejercia los oficios de fiscal cuando era necesario, se asoció conmigo para formar el proceso reconociéndome el carácter de asesor, cargo que desempeñaba en circunstancias como aquella. Por supuesto que el sacerdote, medio muerto del susto, ni siquiera pudo declarar, y los vecinos estaban acordes en que habia cantado tal misa; pero por supuesto también que nosotros le hicimos aparecer inocente de aquel delito, para Rojas imperdonable.

En esa noche Rojas continuaba de tal manera feroz que hasta sus mejores amigos temian presentársele.

Rugiendo como un tigre herido, cada vez que sentia las punzadas de las cicatrices de la pierna, no dictaba mas que órdenes de salvaje crueldad.

—Recojan caballos, dijo á sus gentes, y á los que se resistan á entregarlos, los matan.

Hasta los caballos nuestros que estaban en la casa de diligencias, donde habiamos tomado alojamiento, fueron pillados y trabajo nos costó después conseguirlos.

Le dieron aviso de que estaba entrando la fuerza de Simon Gutierrez lo mismo que la de otro bandido á quien llamaban Rochin, y que nadie queria alojarlos.

—Los alojamientos se toman á la fuerza, contestó,

y si aun así ponen mala cara los dueños, se quemian las casas.

Reunió á los principales comerciantes en aquel mismo portal recibiéndoles como habia estado, en calzon blanco. Se trataba de exigirles una cantidad fuerte en pesos y les dijo:

—Si á la media noche no está disponible todo el dinero con las mulas para cargarlo, los fusilo á Uds. y mando arrasar la poblacion.

La llegada de Simon Gutierrez y Rochin con los setecientos bandoleros que mandaban, vino á aumentar los horrores de aquella noche, pues en seguida se dispersaron por la ciudad cometiendo los mayores excesos.

La diligencia seguia ardiendo en un extremo de aquella gran plaza sin que ningun curioso se atreviera á aproximarse á presenciar el auto de fé; pero á la luz del incendio se veian grupos de bandidos entrar á las casas y saquearlas, cometiendo tantos crímenes como no puede suponerse la imaginacion. En el resto de la ciudad los vecinos encerrados en sus casas esperaban temblando la visita de los terribles malhechores. De cuando en cuando se escuchaban tiros de mosquete, señal segura de que se estaba matando á los desgraciados que se atrevian á defender el honor de sus familias.

Fuera de la plaza la oscuridad era profunda en el resto de las calles y nosotros mismos teniamos que andar en grupos y con pistola en mano para atravesarlas.

Fué aquella una verdadera noche triste para la ciudad de Zapotlan.

CAPITULO XI.

CAMINO DEL GOLGOTA.

Generalmente nos alojábamos al lado del Gobernador de Colima, el Dr. Valadez que era su pariente, el comandante Crispin Medina y yo como jefe de su Estado Mayor y su secretario. Los tres escandalizados hasta un punto difícil de concebir, por las escenas repugnantes que estaban teniendo lugar en Zapotlan en aquella terrible noche, nos propusimos hablarle en términos claros cuando llegara de visitar los cuarteles.

Luego que entró al cuarto que ocupábamos, tomé yo la palabra y le dije:

—No puede verse con indiferencia lo que está pasando.

y si aun así ponen mala cara los dueños, se quemán las casas.

Reunió á los principales comerciantes en aquel mismo portal recibiéndoles como habia estado, en calzon blanco. Se trataba de exigirles una cantidad fuerte en pesos y les dijo:

—Si á la media noche no está disponible todo el dinero con las mulas para cargarlo, los fusilo á Uds. y mando arrasar la poblacion.

La llegada de Simon Gutierrez y Rochin con los setecientos bandoleros que mandaban, vino á aumentar los horrores de aquella noche, pues en seguida se dispersaron por la ciudad cometiendo los mayores excesos.

La diligencia seguia ardiendo en un extremo de aquella gran plaza sin que ningun curioso se atreviera á aproximarse á presenciar el auto de fé; pero á la luz del incendio se veian grupos de bandidos entrar á las casas y saquearlas, cometiendo tantos crímenes como no puede suponerse la imaginacion. En el resto de la ciudad los vecinos encerrados en sus casas esperaban temblando la visita de los terribles malhechores. De cuando en cuando se escuchaban tiros de mosquete, señal segura de que se estaba matando á los desgraciados que se atrevian á defender el honor de sus familias.

Fuera de la plaza la oscuridad era profunda en el resto de las calles y nosotros mismos teniamos que andar en grupos y con pistola en mano para atravesarlas.

Fué aquella una verdadera noche triste para la ciudad de Zapotlan.

CAPITULO XI.

CAMINO DEL GOLGOTA.

Generalmente nos alojábamos al lado del Gobernador de Colima, el Dr. Valadez que era su pariente, el comandante Crispin Medina y yo como jefe de su Estado Mayor y su secretario. Los tres escandalizados hasta un punto difícil de concebir, por las escenas repugnantes que estaban teniendo lugar en Zapotlan en aquella terrible noche, nos propusimos hablarle en términos claros cuando llegara de visitar los cuarteles.

Luego que entró al cuarto que ocupábamos, tomé yo la palabra y le dijo:

—No puede verse con indiferencia lo que está pasando.

—Yo mismo que conozco á Rojas, estoy asombrado, contestó; pero ¿qué quieren vdes. que haga?

—Fusilar á ese monstruo, dijo uno de los compañeros.

—Fusilarlo! No es cosa tan fácil. Tiene mucha más fuerza que nosotros y si tal cosa intentáramos, nos haríamos pedazos unos con otros sin conseguir otro resultado.

—En su Brigada tiene jefes de orden y de vergüenza que gustosos nos ayudarían á desembarazarnos de ese hombre.

—Les hablaremos.

—Yo respondo de ellos.

—Verdaderamente, nos dijo, ni vdes. ni yo tenemos responsabilidad ninguna en lo que está pasando. Yo soy el gobernador de Colima y nosotros estamos en Jalisco, ¿por qué no pone remedio el gobernador de Jalisco?

—No tiene fuerza para hacerse respetar.

—Que me hable y tal vez nos pondremos de acuerdo.

Nos fuimos en el acto á ver á Herrera y Cairo, pero Herrera y Cairo estaba encerrado en una pieza y no se le podía hablar. Aquel jóven valiente, atrevido, audaz hasta lo inverosímil, aquel jóven tan inteligente como honrado, aquel jóven tan patriota, tan buen amigo, tan lleno de todas las buenas cualidades, tenia sin embargo un defecto que las echaba á perder todas: el de embriagarse á la mejor ocasion.

Ese vicio fatal fué el que tuvo la culpa un poco más tarde de que pereciese prematuramente un hombre que estaba llamado á un gran porvenir: esto por

lo menos nos refirieron los que presenciaron lá escena de la Quemada, en donde fué muerto. Descanse en paz!

Completamente desalentados en nuestras tentativas para que se pusiera fin de algun modo á aquella situacion y con la conciencia de que se estaba deshonorando nuestra causa con aquellos desmanes, pensamos en la fuga, pero bien pronto nos convencimos de que esto era imposible, porque ninguno de los caminos se hallaba cubierto por la brigada de Colima sino por los galeanos de Rojas que estaban robando y asesinando por todos lados. Además estaban llegando todavía diversos destacamentos de los de Simon Gutierrez que eran fascinerosos más temibles que los galeanos. Al amanecer el dia siguiente humeaban todavía los restos de la diligencia, el cochero estaba colgado en la orilla de la poblacion, las autoridades recogian algunos cadáveres de las calles y en estas quedaban algunas huellas del pillage; pero como los bandidos dormian, parecia reinar una poca de más tranquilidad.

Los ricos habian aprontado el dinero que se les habia pedido, y como Rojas era avaro por naturaleza, se puso de magnífico humor luego que ya pudo acariciar con sus propias manos unos treinta ó cuarenta sacos de á mil pesos.

Aprovechando esa coyuntura y cuando ya montáramos á caballo para dirigirnos con parte de la fuerza á Sayula, le dije:

—¿No seria conveniente poner libres á esas personas que se redujeron anoche á prision?

—Cuales personas? me preguntó.

—El Lic. D. Jesus Bernal, el Lic. Tagle, el administrador de Correos y tantos otros que fueron metidos en la cárcel.

—Yo no di orden de que se aprehendiera á los imperialistas sino de preferencia á los que se llaman nuestros.

—Por esos es por quienes yo abogo.

—Mire D. Julio, dijo Rojas riéndose con ganas, será bueno que deje ir á su secretario con el imperio.

—Por qué? le pregunté.

—Porque vd. no está bueno para el desorden, y la revolucion lo necesita.

—Creo que no hay necesidad, por ejemplo, de mortificar á nuestros correligionarios y lo son la mayor parte de los que están presos.

Rojas lanzó una carcajada.

—Digo bien; ¿por que se les castiga?

Rojas se puso entonces muy serio y me dijo en un tono solemne que me asombró:

—Esta que estamos sosteniendo es una guerra nacional en que no puede haber más que dos partidos: el de los imperialistas y el de los liberales.

Los liberales son los que se hallan con las armas en la mano, como debieran hallarse todos los mexicanos, defendiendo la independencia. Todos los que se encuentran capaces de sostener una arma, y no lo hacen, son traidores, aunque ellos vengán á engañarnos diciéndonos que son liberales. ¿Acaso nosotros tenemos más obligación que ellos de exponer nuestra vida y de estar pasando trabajos en la campaña?

Pues qué! hemos nosotros de estar luchando cons-

tantemente, hemos de estar haciendo toda clase de sacrificios, hemos de perecer tal vez en los combates, mientras que los demás que son tan mexicanos como nosotros están metidos en las poblaciones viviendo con toda tranquilidad? ¿Esos no han de sufrir nada? ¿Y qué resulta despues de todo esto? Que nosotros, los que escapemos á la muerte, vamos á entregar á esos pacíficos el trofeo de la victoria, y ellos, que no han expuesto ni una uña en las contiendas, serán despues los que nos manden y los que tengan derecho hasta de formarnos causa y de llevarnos al palo. Por eso ven vdes. que me ensaño contra estos pacíficos que dicen que son liberales y no lo prueban con los hechos, sino que esperan debajo de la cama á que pase la bola, para luego presentarse de los primeros á servir los mejores empleos. No, licenciado, esos no son liberales, esos son *convenencieros*.

Al decir esto picó su caballo y fué á colocarse á la vanguardia de la columna.

Mutatis mutandis, se repitieron las mismas escenas en la hermosa poblacion de Sayula: el comercio dió su dinero, las mujeres su honor y los pobres sus caballos.

Ya ascendia el número de los hombres tomados de leva á unos mil quinientos, para lo cual fué necesario dejar asolados pueblos y rancherías, aunque en lo general se carecia de armas y municiones y habia que montar á los presos para convertirlos en caballería.

A los que les tocó caminar pié á tierra, despues que se organizó la columna, una vez decidido el ataque de la ciudad de Colima, fué á los liberales que se tomaron *prisioneros de paz* tanto en Sayula como en

Zapotlan. Poco á poco fuimos consiguiendo que se les dejara montar á caballo y poco á poco fuimos proporcionándoles la manera de escaparse.

Se me pasaba decir que lo primero que habia hecho Rojas despues de nuestra llegada á Zapotlan, era mandar que se imprimiera la copia que tenia firmada del plan sangriento acordado en la hacienda de Zacate Grullo. El trabajo de la impresion se quedó allí pendiente para que se nos remitieran diez mil ejemplares que habian de circular por toda la República.

El aspecto de nuestra columna de marcha desde Huescalapa hasta Zapotiltic, era digno de llamar la atencion: de buena gana hubiera querido que un fotógrafo sacara aquella vista. En realidad, la columna se componia de unos tres mil hombres de combate, pero iban allí más de ocho mil personas, ocupando una extension de cinco leguas. El número de mujeres que iban allí á caballo y á pié era superior al de los hombres. Cada oficial de Rojas llevaba un estado mayor, y hasta los soldados llevaban ordenanzas que les estiraran sus caballos de mano, porque no se habia dejado un solo caballo en ranchos, haciendas y poblaciones. Por supuesto que el desorden de aquella marcha era espantoso: mezcladas entre los cuerpos iban las mulas cargadas con los equipajes, los caballos de mano y las mujeres, lo cual hacia que cada escuadron ó batallon ocupara media legua. No habia ni piezas de artillería ni carros, y sin embargo, no podia decirse que aquella fuera una columna lijera, pues que en caso ofrecido no podria hacer movimiento alguno,

y 100 hombres bien disciplinados eran más que bastantes para derrotarla.

El coronel *Rochin* con doscientos hombres tomó el camino directo para Colima por las barrancas de Atenquique y el Platanar. El grueso de las tropas siguió un camino lateral por Tuxpam para ir á salir á Tonila: el objeto de este movimiento era engañar al enemigo, aunque el enemigo, á decir verdad, bien poco se ocupaba de nosotros.

En Zapotiltic tuve la honra de encontrarme sentado á la mesa frente á frente de Simon Gutierrez, de Rojas y de otros esforzados capitanes.....de bandóleros. Se dijeron mil cosas muy agudas en la conversacion referentes á las hazañas que se habian verificado en Zapotlan y Sayula.

El aspecto de Simon Gutierrez era más bien simpático que repugnante. Tendria á lo sumo unos veintiocho años de edad, moreno, de ojos negros y vivos, de poca barba y de cuerpo derecho, más bien delgado que grueso, aunque de fuerte constitucion. Era el reverso de Rojas, pues que este además de ser muy trigueño, la forma de la barba que se dejaba en toda la cara, la circunstancia de faltarle algunos dientes, su voz ronca y su mirada no solo desapacible sino feroz, hacian de él un tipo repelente. Por lo demás, la fisonomía y el porte de Rojas eran más abiertos: miraba de frente sin inmutarse, mientras que Simon Gutierrez se echaba el sombrero sobre los ojos ó bajaba la vista sin quererse nunca encontrar con la mirada de las otras personas. Además, Rojas hablaba con suficiencia, como quien tiene la costumbre del man-

do, mientras que el otro héroe apenas alzaba la voz para decir una que otra insolencia.

Después del almuerzo, cada cual se fué á ocupar un lugar en la columna, que continuaba su marcha en el desórden más espantoso. Frecuentemente se oían disparos de pistola ó de mosquete sin que á los jefes llamara esto la atención. A mí sí me la llamó y procuré informarme de lo que aquello significaba: era que se ofrecían frecuentes disputas entre los soldados y oficiales por las mujeres y los caballos, que eran los que componían por entonces el principal botín. Se hacían de palabras y como iban armados y la costumbre era pelear por cualquier cosa, sacaban las pistolas y se disparaban á quema ropa, quedando algunos de los combatientes en el camino.

Seguramente Simon Gutierrez se excitó con la sangre derramada en aquellos combates singulares, pues lo ví dos veces sacar la espada y atravesar con ella á dos de sus soldados que habían abandonado la formación. Esto no se verificó en un acto, sino en dos diversas ocasiones que yo mismo presencié.

No solo iban quedando varios cadáveres á los lados del camino, por estas circunstancias que acabo de referir, también ví más adelante á una muger colgada de un árbol, y lo mismo á un muchacho de diez y seis ó diez y ocho años: no sé quien de aquellos fascinerosos cometería tales asesinatos, pues que separé con horror los ojos de tal espectáculo y me adelanté de la columna con grandes trabajos para no presenciár más infamias.

Como la columna no iba compacta, sino que había

entre cuerpo y cuerpo claros hasta de dos leguas, tuve oportunidad de ver los restos de otras escenas espantosas y eran las rancherías y haciendas que estaban al paso, completamente saqueadas. Hasta los asientos de los sofás y los colchones hacían pedazos buscando tesoros escondidos, sin que se escapara nada de lo que pudiera ser susceptible de llevarse.

Por la tarde, al pillage comenzó á suceder el incendio. Aquellos desalmados luego que no encontraban que robar, prendían fuego á los graneros y á cuanto no podían echarse á las maletas, de suerte que el resto de nuestro camino, lo mismo que nuestro campamento en aquella noche, fueron alumbrados por la luz del incendio. Todas las trojes llenas de maíz y de otras semillas, lo mismo que de pasturas, eran incendiadas sin misericordia; y para hacer ese mal gravísimo los soldados, por instinto feroz y sin órden de nadie, se apartaban hasta cinco leguas del camino para llevar por todas partes el robo y el incendio.

Aquella fué una segunda noche triste: acampamos en una preciosa llanura rodeada de ranchos y haciendas. En vez de abrigarnos en las casas, se les prendió fuego á todas y nos acostamos, entre tanto, en el suelo para procurar dormir al calor del incendio.

Todavía hubo otros horrores que la pluma se resiste á describir, en aquella terrible expedición á Colima, que forma la época más aciaga de mis recuerdos.

to indicado para que fuera quien diera direccion al combate.

Rojas manifestó terminantemente en una conferencia que presencié, que él no se sujetaria al general Echegaray, y que si se le esperaba seria sólo para desarmarlo y aprovechar su fuerza en las operaciones militares. Colocados en tal disyuntiva los demas jefes, resolvieron que se pusiera sitio á Colima sin contar con las tropas de Echegaray, pues que habia las suficientes para alcanzar una pronta victoria.

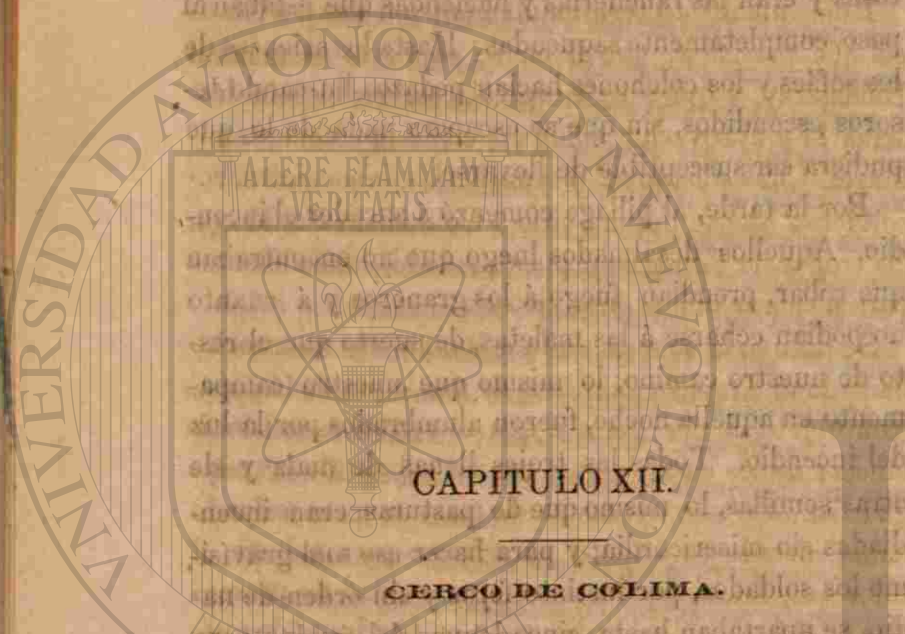
Se detuvo la cabeza de la columna en un rancho llamado el Trapiche, á ménos de una legua de Colima, con objeto de dar lugar á que se estrechasen las distancias de los cuerpos que venian cubriendo la retaguardia. En una tienducha de mala muerte á donde habia entrado yo á tomar un refresco para calmar el calor que me abrasaba, tuve oportunidad de presenciar la más abominable discusion en una junta de guerra improvisada.

Se reunieron allí Rojas, Simon Gutierrez, Rochin, Julio Garcia y algunos otros jefes de cierta graduacion, no en la milicia probablemente sino en el bandlerismo.

—¿Llamamos á los generales Neri y Herrera y Cairo? preguntó Don Julio.

—Para qué! exclamó Rojas, Herrera y Cairo es un borracho y Neri un *panza de adobe*.

No sé lo que querria significar con esto; pero lo cierto fué que no se llamó á estos jefes para que dieran su ilustrada opinion en aquella junta.



Las operaciones militares, sin embargo, no presentaban tan mal aspecto: lejos de eso, todo inducia á creer que íbamos á dar un golpe seguro. Habiamos sabido en el camino que el general Echegaray estaba en la hacienda de las Trojes con cuatrocientos hombres, que habia salvado en la dispersion de Jiquilpam y á instancias de los que queriamos ver á un jefe entendido de nuestra parte, se le mandaron correos invitándole á incorporarse con nosotros en la hacienda, de la Huerta.

Recibiria ó no los correos, estaria ó no dispuesto á verificar tal incorporacion, el hecho fué que vimos como la mayor calamidd que no se le esperara en el pun-

En seguida se empezó á discutir, no un plan de ataque, sino un proyecto de saqueo.

—Yo quiero el lado de los almacenes, dijo Simon Gutierrez.

—Ese me toca á mí, contestó Rochin indignado.

—Ustedes irán por las huertas, les dijo Rojas para ponerlos en paz, mis muchachos son los que más necesitan remediarse.

—Tú tienes mucho dinero que darles.

—Si; pero no querian venir de los pueblos de Jalisco que son los que ellos conocen, sino despues de haberles ofrecido que se repondrian con los almacenes de Colima.

—Tambien los míos vienen con esa condicion.

—Pues señores, dijo D. Julio Garcia que hasta entonces habia guardado silencio, si se trata de venir á saquear la poblacion es mejor que nos retiremos.

—Miren á Julio como se ha vuelto escrupuloso, exclamó Rojas riéndose á carcajadas.

—Yo soy el gobernador, contestó Garcia con angustia, como queriendo manifestarles con esas palabras cuanto era lo que perjudicarian con el robo su reputacion.

—Eres el gobernador, pero tienes que hacerte disimulado.

—Yo no podré consentir que se roben los almacenes: casi todos los comerciantes son amigos míos y no, no!

—Vamos á otra cosa, dijo Rojas, ¿quién manda en jefe?

Ante esta pregunta todos se quedaron alelados. No

habian previsto que iban á tener necesidad de que no hubiera más que una cabeza. Despues de algunas cuantas palabras dichas por cada uno al azar, rompió Rojas la dificultad diciéndo á D. Julio:

—Tú mandas las caballerías y yo las infanterías.

Agradó á D. Julio la proposicion, puesto que en la caballería era donde se encontraba el mayor número de bandidos, y creía, que mandándoles él, iba á lograr ponerles en cintura.

Antes de que hubiera una variacion se levantó y me dijo:

—Vámonos, licenciado.

Yo que estaba como petrificado ante todos los denuestos, todas las barbaridades, todas las insolencias, todas las maldiciones, todos los juramentos y todas las infamias que se habian estado mezclando en aquella infernal conversacion, salí de mi entorpecimiento de sentidos, pagué los refrescos que se habian servido, pedí mi caballo, monté con la ligereza propia de mi juventud y en un instante estuve al lado del gobernador que habia arrancado al galope seguido de su escolta y Estado Mayor.

Los mil quinientos caballos que era el número cuando ménos de los que componian nuestra desarreglada caballería, tardaron algo en seguir el movimiento y esto dió por resultado que inopinadamente nos encontramos en las calles de Colima con enemigo al frente y á nuestra retaguardia. Habia un escuadron cuidando la garita y como nosotros habiamos cortado terreno por los potreros inmediatos á la fábrica de San Cayetano, no fuimos sentidos ni vistos sino por los de

la plaza que empezaron á dispararnos cañonazos. Alarmado el escuadron de la garita tomó la retirada para la plaza, pero se encontró con nosotros y hubo allí que trabar un combate á dos fuegos, en que gracias á la desmoralizacion en que venia el enemigo, alcanzamos la victoria.

El general García que era intrépido como pocos y que conocia el manejo del sable como ninguno, se lanzó sobre el escuadron espada en mano, y él sólo puso á quince dragones fuera de combate. Viendo pelear á D. Juio García le parecia á uno estar presenciando un combate de esos que describen los libros de caballerías, pues que no eran sus hazañas inferiores á las de Orlando el furioso ni á las de Bertenebros y Saladino. Secundado por su escolta y por los oficiales de su Estado Mayor, presto puso en fuga al enemigo y de los doscientos hombres que formaban el escuadron no entraron en la plaza ni veinticinco.

El cuerpo mejor organizado entre nuestra caballería era el de Colima que mandaba el coronel Casimiro Paz: tenia buen uniforme militar y magnífico armamento. Fué el que estuvo más listo para obedecer la orden de marcha y el que llegó primero á nuestro alcance, pero ya sin la oportunidad necesaria para hacer prisioneros á los dispersos del enemigo. El desastre que este sufrió y la aparicion de nuestro mejor cuerpo de caballería infundieron tal pánico á los sitiados, que empezaron á abandonar los fortines y á desbandarse por el lado opuesto; cosas ambas que no supimos sino hasta despues, y que de todos modos no habriamos sabido aprovechar por no haber entre nos-

otros ningun jefe bastante sagaz y bastante inteligente: en realidad siempre hay un momento favorable en los combates que muy pocos jefes saben distinguir. De la misma manera el enemigo estaba perdiendo la oportunidad de batirnos con ventaja, pues que nuestras fuerzas apenas comenzaban á llegar en secciones de caballería y la infanteria venia rezagada de dos leguas.

Hubo otra circunstancia favorable para nosotros que de seguro hubiera aprovechado un militar diestro. El general Oronoz que era el jefe de la plaza estaba á la sazón ausente. Habia tenido que salir para el Manzanillo escoltando una conducta de caudales con la mayor parte de la fuerza que tenia á su disposicion: así es que la plaza estaba desmantelada. Entiendo que no contaba con trescientos hombres. El general Oronoz fué llamado violentamente, y dos horas más tarde que nosotros estaba entrando por el lado opuesto de la ciudad, tal vez á la misma hora en que tomaban posiciones nuestros cuerpos de infantería.

Se ve, pues, que nuestros jefes cometieron una de las faltas más imperdonables en la guerra, pues era claro que deberiamos tener exploradores anticipadamente entre el enemigo que nos estuvieran comunicando sus movimientos, y tambien era claro que ántes de aproximarnos debiamos tener pleno conocimiento de su número, de las posiciones que ocupaba y de las demas circunstancias que ninguno de los nuestros supo tener en cuenta. Pero ¿quién se habia de ocupar de esos pormenores si ninguno mandaba en jefe, si todos dictaban disposiciones, cada uno como le pa-

recia, y si en la generalidad íbamos allí favorecidos por el agrupamiento y como fiados en el acaso más que como un ejército de combate? ¡Ah! si hubiera sido de otra manera, el solo ímpetu de cerca de dos mil caballos lanzados en tan buen terreno como era el llano de San Benito, habria sido bastante á destrozár la columna de 800 hombres de las tres armas que traía el general Oronoz.

He aquí lo que pasó:

Se tomaron posiciones en el lado occidental de la población, pasándose lo noche en horadar algunas manzanas para preparar el ataque. De cuando en cuando habia pequeños tiroteos y de cuando en cuando se nos mandaban algunas granadas de la plaza. El fuego de artillería era contestado con tres cañoncitos de montaña que habia mandado sacar el gobernador de un lugar inmediato en donde los tenia ocultos y que sirvieron para que se perdieran en aquella casion.

Yo me encontraba sumido en la mayor melancolía en un riucon del cuarto, y el doctor, mi compañero inseperable que lo pudo observar, me preguntó:

—¿Qué piensas de todo esto?

—Que no tenemos remedio, le contesté.

—Crees que seremos derrotados?

—Sin género de duda.

—Veo que reina en la tropa el mayor entusiasmo.

—Como siempre. Pero ¿de qué les va á servir el entusiasmo á nuestras tropas cuando no tienen jefes?

Se habia formado un buen cuerpo de infantería que subia ya á 800 plazas, bajo la direccion del coronel

Mora, perteneciente á la brigada de Colima. En este cuerpo estaban fincadas nuestras esperanzas.

—Tú crees que ese cuerpo fallará? me preguntó el doctor.

—De seguro que sabrá combatir; pero.....

—Pero qué?

—Está casi solo! Vienen aquí más ladrones que soldados.

—Es verdad.

—Y esos ladrones que están ya robando en este momento, poco se han de ocupar en batirse.

—Tienes razon, me contestó, y tambien inclinó la cabeza.

Nos llamó á cenar nuestro criado José Maria. La modesta mesa de campaña estaba en el patio de la casa cerca de una fogata. Apenas nos habiamos sentado cuando hizo explosion una granada de las varias que se dirigian á aquel punto, creyéndose que allí estaba el cuartel general.

Un casco de la granada hirió el caballo del doctor, que estaba *persogado* como los otros á lo largo de la pared.

Nuestro criado José Maria acudió inmediatamente á ver lo que habia sucedido. Consagro aquí un recuerdo á tan buen servidor, que murió al dia siguiente á nuestro lado, porque debido á sus cuidados fueron menores las penalidades que sufrimos en nuestra peregrinacion por la costa.

No obstante el desórden que tanto lamentábamos en nuestras filas, los trabajos quedaron muy adelantados en la noche bajo la direccion de Neri y demas

jefes secundarios, los que estuvieron obrando por su propia cuenta. Dieron parte á las cinco de la mañana de que nuestra línea ya no estaba separada de la del enemigo más que por el ancho de una calle en toda su extension, no restando que hacer otra cosa que dar la orden del asalto.

Rojas amaneció enfermo y manifestó que ya no podía encargarse de las operaciones militares. Entónces el general Julio Garcia las tomó á su cargo, teniendo que multiplicarse para atender á mil cosas imprevistas. No era posible dar desde luego la orden del ataque general, porque ni estaban nombradas las columnas ni estaba distribuido el parque, y se señalaron las doce del día.

Se prepararon algunos barriles de vino para dar una racion de armada á toda la tropa, media hora ántes de la designada para el asalto.

A las nueve de la mañana montamos á caballo el doctor y yo, y acompañados de dos oficiales y de nuestros criados nos fuimos por el lado opuesto de la ciudad que estaba descubierto, en busca de nuestras familias.

El general Garcia salió por otro lado con cincuenta hombres á hacer reconocimientos.

Reinaba en todas partes un silencio de muerte.

Los jefes y soldados que habian estado trabajando toda la noche, estaban durmiendo: otros gefes, y estos eran los principales, se habian ido á desayunar á la fábrica de San Cayetano. Los soldados de Simon Gutierrez y Rochin estaban metidos en las casas ha-

ciendo sus fechorías de costumbre, en vez de estar cubriendo los flancos de la infantería.

Aunque no éramos militares el doctor y yo, comprendimos al ver aquello que estábamos perdidos si el enemigo llegaba á aperebirse de nuestra situacion.

Haciendo grandes rodeos para no ser descubiertos por los de la plaza, llegamos á la casa que deseábamos.

Estábamos allí almorzando cuando un amigo vino á decirnos:

—En este momento salen varias columnas de la plaza, y una viene por esta calle.

En el capítulo que sigue se verá si salieron fallidas nuestras predicciones.



Era evidente que se trataba de sorprender nuestra línea arrollándola por los flancos. El jefe de la plaza, aun suponiéndole torpe, que no lo era el general Orozco, tenía que aprovecharse naturalmente de todas las ventajas que los nuestros estaban dándole y que eran, fuera de otras muchas, la falta de vigilancia y más de la mitad de la línea fortificada á descubierto, sin tener siquiera secciones de caballería que estuvieran por aquel lado de observación. Esto es, los nuestros se habían limitado á ocupar una pequeña zona frente á la línea fortificada del enemigo hacia el noroeste de la población, dejando lo demás enteramente libre, los

flancos totalmente descubiertos. Los imperialistas no necesitaban más que poseer un poco de sentido común para pensar en hacer una salida como la hicieron, puesto que la misma situación les estaba brindando á probar fortuna.

Salimos en el acto de la casa perteneciente á la familia del gobernador en donde nos encontrábamos, montamos á caballo y todos al galope nos encaminamos por el rumbo del Campo Santo con objeto de llegar antes que las columnas y poner en alarma á nuestra línea. ¡Vano intento! Por donde quiera que nos dirigiamos encontrábamos las calles obstruidas por las columnas del enemigo, que se cebaban en nosotros haciéndonos un fuego vivísimo el cual se cruzaba de todos lados por encima de nuestras cabezas. El blanco que presentábamos era el de nueve hombres montados. Nos vimos precisados á contramarchar encontrándonos de nuevo con una columna de infantería que nos hizo una descarga casi á quemarropa, quedando allí muertos nuestro criado José María y su caballo, lo mismo que uno de los oficiales que nos acompañaban. No tuvimos otro recurso los siete que quedábamos, que retroceder otra vez más para coger las hondonadas del río teniendo que hacer un gran rodeo, que no nos daba más seguridad sin embargo, porque en todo el trayecto íbamos sufriendo los fuegos cruzados de las trincheras, alturas y piquetes que había emboscados en todas las calles cuidando la espalda á las columnas que se habían destacado.

No tuvimos más que otro oficial levemente herido lo mismo que dos de nuestros caballos, que pudieron

continuar en aquella prolongada y rápida carrera. Bien sabíamos que no llegaríamos á tiempo de dar aviso del ataque que se preparaba, conformándonos la circunstancia de haber dado motivo al fuego nutrido que se nos dirigía. Esto, pensábamos, debe necesariamente dar la suficiente luz á los nuestros para que se preparen cuando ménos á la defensa.

Nos conformaba además la observacion que hizo uno de nuestros compañeros sobre que el fuego era general en la plaza. Pudiera ser muy bien que se hubiera ya empeñado el combate y que los nuestros hubieran anticipado la hora del asalto aprovechando el momento en que la mayor parte de las fuerzas enemigas estaba fuera de las fortificaciones.

Seguimos corriendo, el doctor y yo llevábamos mejores caballos, y cuando ya no habia un peligro común, comenzamos á adelantarnos.

—¿Qué piensas de esto? me preguntó el doctor.

—Que estamos perdidos, le contesté.

—El tiroteo es muy vivo, me dijo, casi puede decirse que por aquel lado hay un combate reñidísimo.

—Son nuestros pobres infantes que están haciendo el esfuerzo último dentro de sus agujeros.

—¿No crees que podamos triunfar?

—Imposible! Los nuestros han sido sorprendidos completamente y en la situacion mas crítica. Los de la infantería se encuentran sin gefes, mientras que los de caballería están metidos en las casas robando.

—Pero D. Julio.....

—Don Julio ha sido cortado por el rumbo del Campo Santo como por este lado lo fuimos nosotros.

—¿No tendrá tiempo de incorporarse al grueso de nuestras tropas?

—Creo que no: porque para recorrer la línea tuvo que alejarse mucho evitando los fuegos de las alturas.

Seguia escuchándose el tiroteo muy sofocado, como si el combate principal se librara dentro de las casas que habian sido horadadas para que los nuestros pudieran asaltar las fortificaciones en pocos segundos.

Cuando llegamos á las posiciones que ocupaban los nuestros, la confusion era completa y la derrota esperada ya, si no determinada.

Preguntamos por el general en gefe que lo era por el momento el gobernador García: nadie decia que lo hubiera visto. Es decir, no habia regresado de su expedicion y aun se creia que hubiera sucumbido con sus cincuenta dragones, pues no era hombre que se resignara á ver un combate, en que habian sido sorprendidos los suyos, con indiferencia.

Rojas se habia aliviado de sus males, estaba montado en su caballo mas lijero, habia mandado cargar las mulas del dinero y tenia consigo el mejor escuadrón de caballería, el único bien organizado y que premanecia intacto para que lo escoltara.

Tenia buen ojo y habia consentido ya en la derrota.

Cuando nos vió llegar se acercó á nosotros y me dijo al oído:

—Vámonos yendo.

—¿Pero como nos vamos, si el combate está muy vivo en la línea? ¿como hemos de abandonar á los nuestros? le pregunté.

—Ya no queda mas que Neri con unos cuantos infantes, que serán muy pronto hechos prisioneros.

En ese momento llegó un coronel todo revolcado; sin armas, sin sombrero y herido. Este nos dijo:

—Que esperan Vdes? Ya perdimos.

En efecto, en aquel momento venian por las calles nuestros dispersos como una avalancha y los fuegos habian disminuido notablemente, en tanto que las campanas repicaban y las bandas del enemigo celebraban u victoria tocando dianas.

—Vámonos, volvió á decirme Rojas.

—Y D. Julio?

—Si no está muerto, él nos alcanzará. Aunque yo creo que salió por otro camino y va delante de nosotros.

—Está bien, dije, y nos pusimos en marcha, en el mejor orden, relativamente.

Esto es, íbamos un poco de prisa, pero no llevábamos tanta que se comprendiera al vernos que estábamos en completa derrota.

El orden conque nos movíamos solo duró unos cuantos pasos, pues que al llegar á la orilla de la poblacion salian algunos de los de Simon Gutierrez y Rochin corriendo desafortadamente y dando los gritos mas desatemplados de ¡Ahí vienen!.....; nos vienen flanqueando! gritos que nunca dejan de oirse en ninguna derrota y que contribuyen á difundir la desmoralizacion y á hacer el pánico mas terrible. Es mas fácil que un cobarde haga amedrentar á un ejército de valientes, que un valiente haga electrizar á unatropa de cobar-

des. El miedo es siempre mas contagioso que la intrepidez.

Así fué como aquellos bandidos que poco antes se volvían baladronadas, amenazas y valentias, hoy se alejaban á todo el correr de sus caballos con las quijadas caidas y gritando: ¡ya vienen!.... ¡nos alcanzan...! estamos cortados!.....

Hubo un momento en que estos gritos dados con toda la destemplanza del miedo, llegaron á infundir temor en el mismo ánimo de Rojas que era por lo comun esforzado, el cual volvió la cabeza y preocupado como estaba dijo perdiendo el color:

—Vamos mas récio: allí viene un trozo de caballeria cortándonos.

—Son dispersos de los nuestros, le dije.

No me oyó siquiera y volvió á exclamar dirigiendo sin cesar la vista hacia atrás:

—¡Vamos á perder este dinero!

Notó que iba yo á tomar otro camino y entonces me dijo:

—No se aparte Vd. de mi: no lo conocen á Vd. estas gentes y son capaces de matarlo por quitarle lo que lleva.

La reflexion era justa. Aquellos valientes que volvían azorados la cara al peligro, eran muy capaces de asesinar á cualquiera por robarlo, principalmente en el desorden de una derrota.

Y aquella era por cierto una de las mas desordenadas: en vano uno que otro gefe queria introducir la buena forma en la marcha: apenas lograba formar un

grupo de treinta ó cuarenta hombres, cuando venian corriendo algunos de los galeanos que gritaban ¡“ahí vienen!” y con eso habia para que todos se dispersaran.

No se puede por mas que se quiera hacer comprender á las gentes desmoralizadas que la union de los grupos en una derrota infunde mayor respetabilidad y que mas peligro se corre con los propios y estraños cuando se estravian caminos separándose del movimiento que sigue el grueso de la tropa dispersa. Naturalmente veinte ó cincuenta hombres armados pueden defenderse mejor que uno solo, é infinidad de veces hay en que se necesita despues de un descalabro estar listos para la defensa comun.

Sea como fuere, aquellos hombres acostumbrados á ser insaciables en la victoria para apoderarse de lo ageno; lo mismo que poco misericordiosos con el vencido, al que casi nunca daban cuartel, con aquillea huida presentaban el aspecto mas siniestro, ya fuera porque unos vociferaran queriendo comerse al mundo, ya fuera porque los mas con sus gritos, sus carreras y su desorden contribuian á hacer pavorosa aquella retirada, en que hasta las mulas cargadas con el dinero corrian peligro de quedarse sin defensa.

Rojas sin embargo no quiso retirarse de ellas ni quiso que yo me le separara tampoco para que fuera autorizada con mi presencia la escolta que llevaba ó porque aquel cuerpo de dragones que tan conocido mio era no llegara á participar de la desmoralizacion general viéndome siempre á su lado. El mismo Rojas

llegó á decirme que mutuamente nos serviriamos de garantia.

La fuerza que veniamos viendo á nuestro lado desde la salida de Colima, seguia avanzando por nuestro flanco derecho y los gritos de los que pasaban por junto de nosotros al galope, nos hacian creer en un peligro serio.

—Es caballeria, dijo Rojas.

—Entonces es D. Julio, dije yo, porque el único escuadron que tenia Oronoz fué ayer destrozado en las calles cuando llegamos.

—Es verdad! dijo Rojas como si le quitaran un gran peso de encima.

Trabajo nos costó entónces encontrar un *valiente* que fuera á reconocer á los que venian á nuestro flanco.

Era en efecto el gobernador de Colima con su escolta de cincuenta hombres engrosada con mas de cien dispersos. El nos refirió que habia sido cortado por una fuerza muy superior habiendo estado á punto de caer prisionero con todos los suyos. Gracias á que conocian muy bien el terreno y á los buenos caballos que montaban, pudieron salvarse, no sin sostener un desigual combate.

He aquí el final resultado de aquella jornada.

Rochin, herido y prisionero, murió al dia siguiente.

Simon Gutierrez escapó con unos cuantos que pudieron ensillar pronto ó que habian tomado desde antes esa precaucion; todos los demas soldados de su desarreglada caballeria ó quedaron prisioneros ó escaparon perdiendo armas y caballos.

Herrera y Cairo y Neri eran contados entre los muertos, al día siguiente sin embargo se nos incorporaron llevando consigo el mas insignificante de los grupos salvados en aquella espantosa derrota.

Se perdieron muchos equipajes, cargas de víveres, gran cantidad de municiones de guerra, algun dinero y nuestras dos pequeñas piezas de artillería.

El doctor perdió su botiquín lo mismo que su preciosa caja de amputaciones.

No perdimos banderas porque no acostumbraban llevarlas aquellas tropas.

El botín fué inmenso para los imperialistas, principalmente en caballos y mujeres, pues deben haber tomado entre unos y otras mas de diez mil prisioneros.

Llevábamos al retirarnos el camino de la hacienda de la Albarrada: al oscurecer tomamos una senda extraviada y pernoctamos, al estilo de los salteadores, en el fondo de una barranca á donde no llegaba mas que el agua de un arroyo que se deslizaba por entre la grietas de las montañas.

Nuestros lechos eran de húmeda arena y nuestro pabellón el estrellado firmamento; pero dormimos todos muy bien, dándonos el descanso de seis horas que tanto apetecíamos.

CAPITULO XIV.

MUERTE DE ROJAS.

Ya ántes nos habíamos horrorizado en la travesía que hicimos de Zapotlan á Colima, viendo con la más invencible repugnancia, con el desconsuelo más profundo, con la más grande indignación, que los soldados de Rojas y Simon Gutierrez quemaban los ranchos, las haciendas y los graneros por el solo placer de quemarlos, y mataban á los hombres y á las mujeres por el gusto de aprovechar aquellos momentos en que se podían cometer los mayores crímenes con la más segura impunidad. Hoy estábamos tambien condenados los pocos hombres decentes que allí habíamos á presenciarse nuevas y más tremendas atrocidades, porque

Herrera y Cairo y Neri eran contados entre los muertos, al día siguiente sin embargo se nos incorporaron llevando consigo el mas insignificante de los grupos salvados en aquella espantosa derrota.

Se perdieron muchos equipajes, cargas de víveres, gran cantidad de municiones de guerra, algun dinero y nuestras dos pequeñas piezas de artillería.

El doctor perdió su botiquin lo mismo que su preciosa caja de amputaciones.

No perdimos banderas porque no acostumbraban llevarlas aquellas tropas.

El botin fué inmenso para los imperialistas, principalmente en caballos y mujeres, pues deben haber tomado entre unos y otras mas de diez mil prisioneros.

Llevábamos al retirarnos el camino de la hacienda de la Albarrada: al oscurecer tomamos una senda extraviada y pernoctamos, al estilo de los salteadores, en el fondo de una barranca á donde no llegaba mas que el agua de un arroyo que se deslizaba por entre la grietas de las montañas.

Nuestros lechos eran de húmeda arena y nuestro pabellon el estrellado firmamento; pero dormimos todos muy bien, dándonos el descanso de seis horas que tanto apetecíamos.

CAPITULO XIV.

MUERTE DE ROJAS.

Ya ántes nos habíamos horrorizado en la travesía que hicimos de Zapotlan á Colima, viendo con la más invencible repugnancia, con el desconsuelo más profundo, con la más grande indignacion, que los soldados de Rojas y Simon Gutierrez quemaban los ranchos, las haciendas y los graneros por el solo placer de quemarlos, y mataban á los hombres y á las mujeres por el gusto de aprovechar aquellos momentos en que se podian cometer los mayores crímenes con la más segura impunidad. Hoy estábamos tambien condenados los pocos hombres decentes que allí habíamos á presenciari nuevas y más tremendas atrocidades, porque

ahora ya no habia el menor freno que pudiera contener á todos aquellos desalmados.

No hubo casa ni casucha en nuestro tránsito que no fuera saqueada, ni poblacion que no se destruyera. Piaya, el Conejo, el Platanar, la hermosa hacienda de San Marcos y todo cuanto más se encontraba á nuestro paso, fué reducido á escombros. Semejantes ó peores que los vándalos aquellos salvajes, defensores de nuestra autonomía, iban dejando atrás sólo ruinas, desolacion y espanto. Ni siquiera llevaban el objeto de hacer mal al enemigo que estaba provisto de todo, sino á ellos mismos que tenian que vivir del país y que estaban destruyendo sus propios elementos. Pero ¿qué reflexionan ni qué saben de esto las hordas demoralizadas?

Ya era imposible soportar aquello, y al trasponer uno de los últimos ranchos incendiados, nos agrupamos los amigos en torno del gobernador de Colima y le dijimos:

—Señor, esto no puede tolerarse.

—Señor, le dije yo, es más que sacrificio estar presenciando todos esos desastres. No parecemos ya los amigos sino los enemigos de la República. Es preciso resolvernos á una de dos cosas: ó dejamos las armas, ó libramos á estos pueblos de tantos bandidos.

—Y qué hacer?

—Revestirse de energía y fusilar á todos los que roben, á todos los que maten, á todos los que incendien.

—Ya hemos dado un decreto al llegar á Colima imponiendo la pena de muerte á los que hicieran la me-

nor de esas fechorías..... que no fué obedecido! dijo Don Julio poco despues con amargura.

—Hoy no se decreta, hoy se hace, exclamó uno.

—Es preciso moralizarnos, exclamó otro, ó damos lugar á que los mismos pueblos se levanten contra nosotros y nos acaben.

Lo primero que hice cuando llegamos á Zapotlan, fué dirigirme á la imprenta de Fuentes, en donde habia dejado Rojas el plan de Zacate Grullo para que se imprimiera, y todos los ejemplares fueron destruidos con escepcion de algunos que se habian extraido seguramente y mandado á México con toda cautela. Yo mismo habia roto con mis propias manos las tres copias originales, é intacto habia visto consumirse por el fuego el paquete íntegro de los impresos; ¿cómo al poco tiempo lo vimos publicado en los diarios de México? *That is the question.*

Los generales García y Rojas tuvieron el mismo dia de llegados una explicacion. El segundo opinaba que el único medio de hacer una guerra fructuosa era el terror, como se lo demostraba su propia esperiencia. Varias victorias se habian alcanzado sólo con que alguno de los suyos hubiera tenido la ocurrencia en el momento de la pelea de levantarse la parte delantera del sombrero y exclamar: ¡Aquí está Rojas! ¿Por qué era esto? porque el enemigo le temblaba, y le temblaba porque estaba acostumbrado á sacar los ojos y á hacer peores diabluras con los enemigos. En consecuencia, no estuvo conforme con las proposiciones de orden y moralidad que le hizo el general García, tanto más cuanto que los ricos eran muy duros para soltar

los recursos, y era preciso para que los dieran ó fusilar á unos cuantos ó quemar las poblaciones.

—Pues ese sistema de guerra no me conviene, le contestó García, yo soy gobernador de un Estado y...

—Pues nos separaremos y asunto concluido.

Por supuesto que yo modifiqué mucho las palabras lo mismo que los hechos, pues la verdad es que se pusieron verdes y que echaron mano á las pistolas, teniendo que intervenir los respectivos secretarios para que no fuera mayor el escándalo.

La fuerza más numerosa y mejor organizada en aquellos momentos era la de Don Julio García. Tenía doscientos caballos y doscientos infantes de buena tropa. Los restos de Rojas y de Simon Gutierrez apenas llegarían á 300 y en un estado lastimoso. La mayor parte se habian venido desbandando por el camino ó formando cuadrillas de ladrones. Podía, pues, el primero haber aceptado otro de nuestros consejos, que era refundir en sus tropas aquellas chusmas que no iban en lo sucesivo más que á causar daños á las poblaciones, y afirmábamos la idea con razonamientos como este:

—Vd. salvará á estos Estados de nuevas depredaciones, se hará el hombre de la situación y triunfará con el auxilio de los pueblos que correrán á ponerse á sus órdenes, cuando vean que tienen con Vd. plenas garantías.

Ni nosotros ni los particulares de Zapotlan pudimos conseguir nada en este sentido. García habia combatido antes á las órdenes de Rojas y lo respetaba; tenia, además, en su conciencia que no podía te-

ñir sus manos con la sangre de aquellos hombres que, por más crímenes que cometieran, peleaban y habian peleado desde hacia muchos años en defensa de la libertad.

Al día siguiente se marcharon sin despedirse de nosotros Rojas y Simon Gutierrez con su chusma de bandidos, pudiendo ya nosotros respirar con todos nuestros pulmones, como si se nos hubiera quitado un peso de encima. Tomaron el rumbo de Tecolotlan, llevándose intacto el dinero sacado anteriormente en Zapotlan y Sayula, sin dignarse dar un centavo á las fuerzas de Colima que le habian servido hasta allí de custodia.

Parecía que habia vuelto á nosotros la tranquilidad; pero nada de eso, á las pocas horas supimos que la familia de un liberal que vivia en un pueblecito inmediato, habia sido atropellada, y que se iba asesinando á los hombres pacíficos y quemándose las casas, cometiéndose desmanes que la pluma se resiste á referir.

Será bueno, pues, omitirlos, y llegar al término de la historia de Rojas, que no duró ya sino unos cuantos días.

Las hazañas de Rojas habian llamado la atención de los jefes franceses, y se propusieron emplear los mayores recursos para exterminarlo, rodeándolo de contra-guerrillas.

En una mañana, cuando Rojas estaba más descuidado con su gente, al margen de un río, fiándose en que el enemigo que le perseguía habia llegado á perderle la pista, dejó que sus soldados quitaran sillas, bañaran sus caballos y ellos mismos se asearan, mien-

tras á él se le servia un frugal almuerzo á la sombra de un árbol.

Allí fue sorprendido Rojas: este hombre extraordinario que tanto combatió por las instituciones republicanas, seguramente sin comprenderlas, derramando más sangre humana que todos los tiranos del mundo; este hombre que fué el terror de los pueblos y de las familias de Jalisco; este hombre que debió haber muerto cien ocasiones en un patíbulo, pereció gloriosamente disparando su rifle contra los invasores.

El que lo mató fué tambien un asesino terrible que derramaba el luto entre todos los habitantes de las comarcas que recorría, cometiendo actos más censurables que Rochin y Simon Gutierrez. Ese bandido execrable se llamaba Mr. Berthelin, comandante de zuavos.

La banda de Rojas fué destrozada en aquel encuentro y no volvió más á reunirse. El botin adquirido por Mr. de Berthelin y los suyos consistió en más de cuarenta mil pesos muy bien encostalados, en barras de plata y oro, en alhajas y en un buen número de armas y municiones.

Dos años despues fué vengada la muerte de Rojas por el general Julio García, el cual personalmente partió de un sablazo la cabeza de Berthelin, á quien buscó con ahinco al frente de cien hombres bien montados y armados hasta cumplir el juramento que habia hecho en nuestra presencia al saber el fin desastroso del que fué su amigo y su jefe.

Con la muerte de Rojas el Sur de Jalisco comenzó á respirar más libremente, y los pechos se abrieron de nuevo á la esperanza. ¿Qué importaba que Barthelin

y otros contraguerrilleros más feroces todavía hicieran una guerra sin cuartel á los republicanos, si estos no perdian ni podian perder la fé en el triunfo de su santa causa?

Nuestra pequeña brigada fué entónces el punto de mira de los imperialistas, y comenzó á hacérsele una persecucion encarnizada. No podiamos hacer frente al enemigo y teniamos que andar huyendo de dia y de noche, refugiándonos en los puntos más escabrosos, sin que nos dieran tiempo, no ya para organizarnos, pero ni siquiera para comer y dormir tranquilamente.

Nos hallábamos un dia descansando en una hacienda cercana al pueblecillo de San Gabriel, pensando en volvernos á sufrir las calamidades de la costa, á donde no podiamos ser seguidos de los franceses, cuando apareció en nuestro campo el distinguido patriota Benito Zenea. Habia recibido la comision del general Echegaray de buscarnos hasta donde nos encontrara y de combinar nuestra incorporacion á sus fuerzas, una vez que habian desaparecido los obstáculos que fatalmente nos acompañaban ántes para verificarlo. Lo recibimos como se recibe á un salvador: á más de que sabiamos que el general Echegaray tenia 400 hombres perfectamente organizados, deseábamos que tomara el mando un hombre de prestigio militar.

Nuestra incorporacion se verificó en C. Guzman. La fuerza de Echegaray era reducida, pero se notaba en ella desde luego un orden y una disciplina que hacia tiempo entre nosotros estaban brillando por su ausencia. Mandaba un cuerpo de infantería el general Julio Cervantes, la caballería el coronel Villa Gomez

y al artillería compuesta de tres piezas de montaña, Benito Zenea.

Echegaray no tenía secretario, y yo desempeñé esas funciones redactándole desde luego una proclama en que se daban garantías á los pueblos y se exhortaba á los habitantes pacíficos á que volvieran á su trabajo, conminando á la vez con penas terribles á los que, con pretexto de defender á la República, cometieran la más leve falta en desprestigio de la causa que defendíamos. Estas y otras proclamas del general García en el mismo sentido circularon con profusion, haciendo renacer la confianza pública. El comercio comenzó á dar señales de vida, los trabajos del campo dejaron de estar paralizados, y nosotros pudimos contar con mayor número de elementos.

Tal fué nuestra actitud, que el enemigo comenzó á respetarnos, dejándonos un reposo de más de quince días en los cuales pudimos darnos una regular organización. La gran plaza de Zapotlan se vió convertida en un campamento, en el cual se elaboraba parque, se construía vestuario, se componían y limpiaban las armas, se daba instruccion á la tropa y se hacían, en fin, toda clase de preparativos para el combate. Muy bien sabíamos que el enemigo por su parte no se dormía sobre sus laureles, sino que se preparaba también para lanzar las columnas que debían de envolvernos.

No tardamos en tener la noticia de que el general Oronoz había salido de Colima con 1.500 hombres en combinacion con las fuerzas que tendrían que mandarse á la vez de Guadalajara y de Morelia sobre nosotros.

Se decidió entonces batir á Oronoz que era el primero que debía presentarse: para conocer la situacion de nuestras tropas se dispuso un ejercicio de fuego y se observó que nuestros reclutas, seiscientos hombres por lo menos, bastante mal armados, estaban listos siquiera para disparar sus armas que era lo que de pronto se necesitaba.

Marchamos al dia siguiente al encuentro del enemigo y tomamos posiciones en la hacienda de Huescalapa, pero le estuvimos esperando inútilmente, porque hizo alto para organizar mejor el ataque. Entonces Echegaray quiso aprovechar la ocasion eligiendo un punto mas estratégico, y despues de andar errando aquí y allá, venimos por fin á situarnos en el cerro del Aguacero. Teníamos allí á nuestros piés la barranca infranqueable de Atenquique, á nuestra espalda la montaña inaccesible y á nuestros flancos el abisco. Era tanto como si nos hubiéramos subido al cielo, como si estuviéramos á mil leguas del menor deseo de combatir.

Ornoz venciendo grandísimas dificultades, y una vez que por nadie era molestado, logró situar su campamento al pie del cerro que ocupábamos á distancia de medio tiro de cañon.

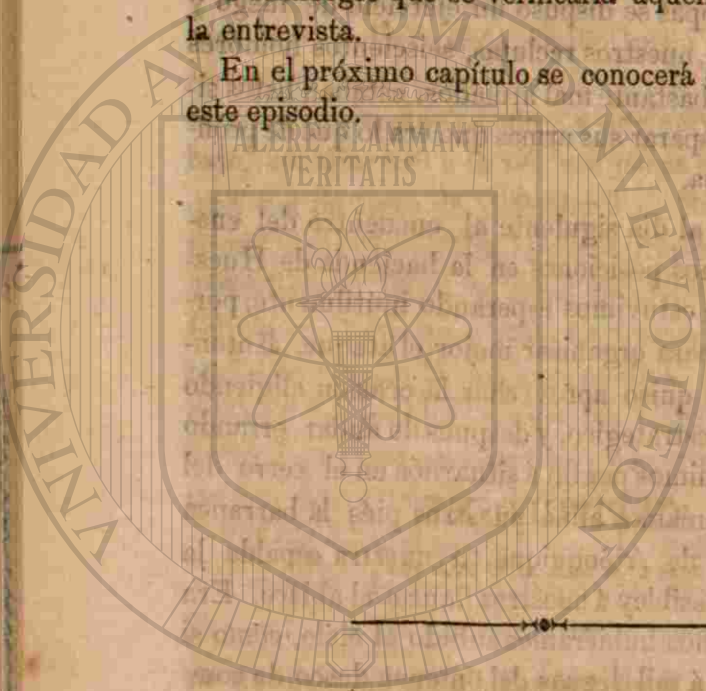
Ya fuera con el fin de practicar un reconocimiento de nuestras posiciones ó con una sana intencion, tomó una bandera blanca y se aproximó él mismo con dos ayudantes hasta ponerse al alcance de la voz.

—Antes de romper los fuegos, dijo, solicito una conferencia con el jefe de las armas.

—Está concedida, contestó Zenea que era el más avanzado.

Y se arregló que se verificaría aquella misma tarde la entrevista.

En el próximo capítulo se conocerá el fin que tuvo este episodio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TLAXCALA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

brado profeta de Colima en lugar de D. José María...
 Mochas que estaba completamente ahogado por su in-
 normal y sus características.

Nuestra situación, como se contemplaba, era de las
 más críticas, pues que para imponer condiciones de-
 damos para pedir que de parte de los señores de aquel ato-
 llador se nos dejara aliviar el uso de la vida. Pero
 hoy para que haya honor al general Echegaray y a
 vitar muy alto se rompa, su fuerza no llega a
 haber en un momento y si Ximea ni yo llegamos a
 tener que acudir en su auxilio como los anteriores pro-
 pios.

El general imperialista nos propuso la sumisión, ha-
 ciéndonos en cambio las siguientes concesiones que es-
 taba autorizado a cumplir: el mando de una división
 para Echegaray, en la cual quedarían todos sus oficia-
 les colocados con un ascenso. Los puestos civiles que
 deseáramos para aquellos que no quisiéramos seguir
 la carrera militar. El general Julio García sería nom-

CAPITULO XV.

ESCARAMUZAS.

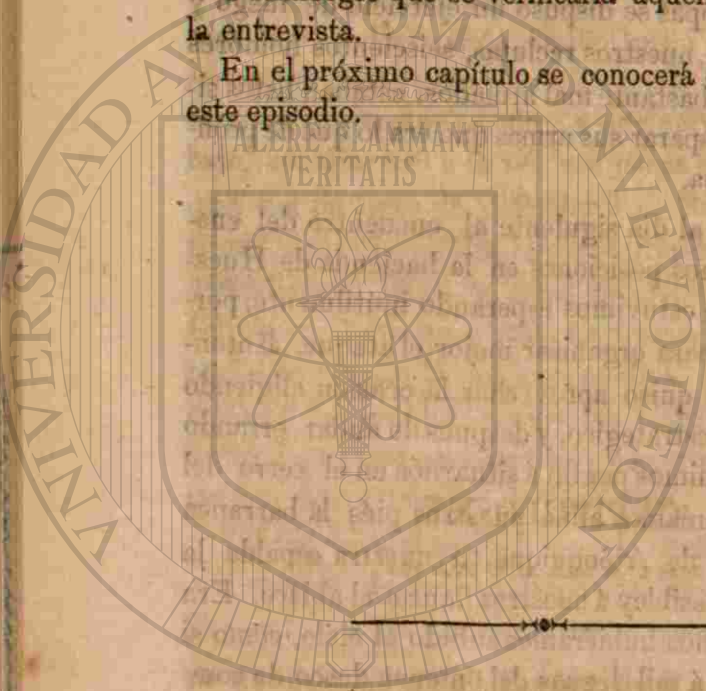
La entrevista se efectuó aquella misma tarde en un
 lugar descubierto que había en la falda de la montaña.
 Por nuestra parte concurrimos Echegaray, Zenea y el
 que esto escribe. Por la parte contraria asistieron á
 conferenciar Oronoz y dos coroneles.

El general imperialista nos propuso la sumisión, ha-
 ciéndonos en cambio las siguientes concesiones que es-
 taba autorizado á cumplir: el mando de una división
 para Echegaray, en la cual quedarían todos sus oficia-
 les colocados con un ascenso. Los puestos civiles que
 deseáramos para aquellos que no quisiéramos seguir
 la carrera militar. El general Julio García sería nom-

—Está concedida, contestó Zenea que era el más avanzado.

Y se arregló que se verificaría aquella misma tarde la entrevista.

En el próximo capítulo se conocerá el fin que tuvo este episodio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TLAXCALA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

brado profeta de Colima en lugar de D. José María...
 Mochas que estaba completamente ahogado por su in-
 normal y sus características.

Nuestra situación, como se contemplaba, era de las
 más críticas, pues que para imponer condiciones de-
 damos para pedir que de parte de los señores de aquel ato-
 llador se nos dejara aliviar el uso de la vida. Pero
 hoy para que haya honor al general Echegaray y se
 vayan muy alto en nombre, su fuerza no llegó a
 haber en un momento y al Xmas ni se llegaron a
 tener que acudir en su auxilio como los militares pro-

...
 ...
 ...

CAPITULO XV.

ESCARAMUZAS.

La entrevista se efectuó aquella misma tarde en un
 lugar descubierto que había en la falda de la montaña.
 Por nuestra parte concurrimos Echegaray, Zenea y el
 que esto escribe. Por la parte contraria asistieron á
 conferenciar Oronoz y dos coroneles.

El general imperialista nos propuso la sumision, ha-
 ciéndonos en cambio las siguientes concesiones que es-
 taba autorizado á cumplir: el mando de una division
 para Echegaray, en la cual quedarian todos sus oficia-
 les colocados con un ascenso. Los puestos civiles que
 deseáramos para aquellos que no quisiéramos seguir
 la carrera militar. El general Julio García seria nom-

brado prefecto de Colima en lugar de D. José María Mendoza que estaba completamente odiado por su ignorancia y sus arbitrariedades.

Nuestra situación, como se comprende, era de las más críticas: mas que para imponer condiciones estábamos para pedir que después de salidos de aquel atolladero se nos dejara siquiera el uso de la vida. Pero hay aquí que hacer honor al general Echegaray y levantar muy alto su nombre: su firmeza no llegó á flaquear ni un momento, y ni Zenea ni yo llegamos á tener que acudir en su auxilio como nos habíamos propuesto.

Echegaray no dió otra contestación que esta á las diferentes ventajosas proposiciones que siguieron haciéndosele:

—La única transacción posible, Sr. general Oronoz, es que la fuerza que está ahí se ponga con nosotros al servicio de la República.

Nos despedimos, quedando desde ese momento rotas las hostilidades.

A la mañana siguiente con la primera luz de la aurora, Zenea dirigió dos granadas que fueron á hacer explosión en el centro del campamento enemigo.

Un grito unánime de ¡Viva Juárez! ¡Viva la República! ¡Muera el Imperio! se levantó de todo nuestro campamento.

Ornoz mandó levantar su campo y se puso fuera del alcance de los cañones de Zenea, sin que diera después señales ni de atacarnos ni de retirarse.

A los tres días nuestra situación se hizo angustiosa: no teníamos qué comer ni qué beber: nuestros ca-

ballos estaban hambrientos y estenuados por la sed. Era preciso atacar ó retirarse. Se resolvió lo último que nos pareció la idea más detestable á los que nos considerábamos más animosos.

Bajo la plena luz del día y á la vista del enemigo que nos veía en lo más encumbrado de la montaña como si fuéramos una parvada de pájaros, ordenó Echegaray la retirada. El enemigo se puso también en movimiento; pretendió escalar nuestras posiciones pero con unas cuantas descargas fué rechazado, abandonando en desorden la falda del cerro que ocupábamos. Tal vez era el momento oportuno de batirlo, tanto más cuanto que por un prisionero sabíamos que la tropa estaba descontenta y que Oronoz había sufrido gran deserción en las noches pasadas.

Seguimos la cordillera de cerros que se extiende al norte por toda la barranca de Atenquique, Oronoz no quiso perdernos de vista y tomó el llano para seguirnos.

Pernoctamos en una montaña en que no había más que robles, la cual estaba tan pendiente que teníamos para dormir que atravesarnos en los troncos de los árboles para no rodar al abismo. En todo el día habíamos encontrado agua ni ningún alimento, de suerte que nuestra cena fué tan frugal como debía serlo al día siguiente nuestro desayuno.

Una fuerza de caballería bajó á media noche en busca de agua y de maíz para los pobres animales, pero tropezó con una avanzada del enemigo, y después de un combate cuerpo á cuerpo en medio de la más profunda oscuridad, se retiró en orden, dejando sembra-

da la mayor confusión en el campo enemigo. Creyeron los imperialistas que eran atacados por todas nuestras fuerzas, é hicieron un fuego vivísimo que duró largo tiempo, hasta que con la primera luz del día pudieron reconocer los alrededores.

Nosotros sufríamos hambre y sed, en tanto que Oronoz, también sin víveres, perdía á cientos los soldados. Persuadido de que no podría nunca atacarnos en las eminencias inaccesibles que ocupábamos y de que nosotros no habíamos de bajar á buscarlo, abandonó la necia persecucion que nos hacia, tomando de nuevo el camino para Colima. Fué seguido de nuestros exploradores, los cuales vinieron á confirmarnos que aquella retirada era efectiva.

Ya era tiempo, pues que nosotros no podíamos resistir más en aquellas montañas muriéndonos de hambre y de sed.

Por la tarde encontramos, al ir descendiendo, una especie de pileta de agua represa de la que se habia detenido entre las peñas en los meses de las lluvias. Todo fué ver aquel depósito de agua espesa con el barro y la lama y lanzarnos á beber de ella con avidez, sin embargo de que para alcanzarla era preciso salvar algunos precipicios, fiando nuestra vida á los débiles caballos que apenas podían ya sostenernos. Muchos de los soldados, más de cincuenta, se habian quedado muertos de sed en el camino.

El agua estaba sumamente fría, y muchos de los que la bebieron sin precaucion murieron á las pocas horas.

Al día siguiente pudimos acampar en un vallecito

rodeado de montañas. Habia bastante agua, pero nada que pudiera servir de alimento. Es verdad que ya no sufríamos el tormento indescriptible de la sed, pero el hambre que nos devoraba era ya espantosa. Hacia cinco días que habíamos comido el último pedazo de pan y en el cerro habíamos procurado en vano nutrirnos con raíces que nos parecían demasiado amargas y demasiado secas para pasarlas, no sirviéndonos á veces más que para provocarnos náuceas.

Por fortuna nuestra, quedaba á dos leguas de allí el pueblo de Tecalitlan. Formamos una pequeña caravana de amigos y nos dirigimos allá, ansiosos de satisfacer la gran necesidad que sentíamos de comer cualquiera cosa.

Entonces pude comprender las muchas historias que se cuentan de los naufragos, en que ha llegado el furor canino hasta comerse unos á otros. Si bien nada hay mas horrible que la sed por la desesperacion que produce, los vértigos del hambre y el desaliento que los sigue, no tienen con nada comparacion.

Todavía recuerdo con horror el negro abismo por cima del cual tuvimos que pasar en busca de alimentos. En la gran falda de un cerro cortado á pico habia una especie de filete muy prolongado, el cual tenia varias partes en que apenas podia caber el pié de una persona. Una vez que ese pié se saliera de la línea, perdiendo el equilibrio, el desgraciado á quien tal sucediera no podia cojerse de nada, sino que necesariamente tenia que rodar á una profundidad que se veía negra en el fondo como el propio infierno. Al pasar

sobre aquel abismo se desvanecía tanto la cabeza y se sentía una ansiedad tal, que solo nuestra hambre pudo hacernos animosos para pasarlo. Es uno de los puntos más imponentes y de más peligro que he pasado en mi vida. De buena gana hubiéramos dado todo cuanto poseíamos los que nos habíamos aventurado en aquella pendiente, por tal de no tener que volverla á pasar. Y sin embargo, el honor nos hizo volver á jugar con nuestra vida, cuando volvimos á nuestro campamento cargados de comestibles para participar de ellos á nuestros hermanos de armas que nos esperaban.

Ya supondrá el lector con que ahinco debimos haber satisfecho en el pueblo nuestra gran necesidad de tomar alimentos.

Comenzaba ya á oscurecer cuando regresamos, y el abismo aquel parecía entónces encontrarse más dispuesto á tragarnos. En efecto, tuvimos que presenciar allí un suceso horroroso.

Un hombre llevaba delante de nosotros un caballo cargado de pasturas. La carga tropezó por el lado del cerro, empujando á la bestia que estuvo un instante pugnando por no caer, arrastrando, por fin, también al hombre que habia querido ayudarla. Ambos rodaron al fondo del precipicio, escuchándose momentos después el golpe sordo de los dos cuerpos estrellados contra las rocas.

La situación de los que íbamos formando una larga hilera por aquel angosto camino se hizo entónces mucho más embarazosa, pues el caballo en su desesperación por salvarse, habia destruido el borde por donde debíamos pasar. No teníamos espacio en donde

poder echar pié á tierra, ni tampoco para retroceder: habia que dejar nuestra salvacion al instinto de los caballos, los cuales de uno en uno estuvieron pasando, arrastrándose casi por la pendiente, queriendo en vano treparla y buscando para pisar los imperceptibles puntos sólidos que quedaban, no sin dar bufidos de horror al contemplar el negro abismo.

Nosotros, entre tanto, guardábamos un silencio solemne, como si una palabra cualquiera hubiera bastado para hacer perder el equilibrio á los nobles animales que tenían en aquel momento la mision de salvarnos.

Todos los restantes pudimos pasar sin accidente, y llegamos á nuestro campamento sanos y salvos.

Al dia siguiente se nos incorporaron nuestros exploradores, y por ellos supimos que el general Orozco habia dejado una guarnicion de 300 hombres en Zapotlan, tomando con el resto definitivamente el camino de Colima. Entónces salimos de nuestro escondite, estableciendo el cuartel general del Ejército en Tecalitlan. El Ejército del Centro habia quedado reducido á unos 600 hombres, pues aunque ya contábamos antes con más de mil, la infernal travesía que acabábamos de hacer, habia equivalido á una derrota.

Como no podíamos disponer de mucho tiempo para organizarnos y como lo probable era que se destacaran sobre nosotros las contraguerrillas para perseguirnos, puesto que éramos el único enemigo que tenia el imperio por aquellos rumbos, empleamos sólo cuatro dias en medio reponernos de las anteriores fatigas, y

al quinto día nos pusimos en marcha haciendo un falso movimiento que indicaba una retirada hacia Michoacan. A dos leguas nos detuvimos, dándose la orden de que el pequeño ejército estuviera listo para moverse á la media noche.

Entre Tecalitlan y Zapotlan debe haber una distancia de doce leguas. Para dar una sorpresa á la guarnicion de esa plaza fué para lo que se ordenó la marcha nocturna.

Era preciso tentar fortuna, era indispensable asegurar un golpe para reponernos, y todos aplaudimos la idea de librar un combate en la plaza de Zapotlan. O triunfábamos y nos hacíamos de elementos, ó nos abríamos paso para proseguir la campaña en terreno que nos ofreciera mayores ventajas, ó que al ménos nos fuera más conocido.

Cuando emprendimos la marcha estaba lloviendo y hacia un frío que helaba materialmente los huesos. Los pobres soldados tiritaban y algunos se quedaban tirados á un lado del camino porque no podían ya dar paso.

La senda que llevábamos se hacia á cada momento mas difícil á causa de la lluvia incesante que seguia cayendo y que á todos nos habia empapado.

Hubo quien hiciera presente al general Echegaray que era infructuoso continuar aquella marcha, porque la tropa no llegaria en condiciones de combate.

—Precisamente el tiempo nos favorece, contestó el general, ahora es cuando ménos nos esperan.

Con grandes trabajos conseguimos llegar á la ha-

cienda de Huescalapa, á eso de las dos de la tarde. El agua continuaba, y el cielo todo permanecia cubierto de nubes, anunciando que la lluvia no cesaria en la tarde ni en la noche.

Mientras la tropa hacia su rancho con precipitacion, fueron conducidos al Cuartel general unos pasajeros que iban en la diligencia procedente de Zapotlan.

Se les interrogó y todos contestaron que en la plaza no se tenia ninguna noticia de nosotros. Los mismos pasajeros se mostraron sorprendidos de vernos tan cerca sin que hubiéramos sido sentidos.

Entónces se formó una junta de guerra con los jefes de mayor graduacion, y Echegaray sometió á su exámen estos dos puntos: ¿Se continúa inmediatamente la marcha para aprovecharnos del descuido en que se encuentra el enemigo, seguros como estamos de sorprenderlo? ¿Se difiere esta marcha para en la noche, en vista del estado que guarda la tropa, desvelada, fatigada y mojada?

El asunto era difícil de resolver tanto mas cuanto que el mismo parque se habia humedecido, y era muy fácil que á la hora dada no estuviera muy en corriente.

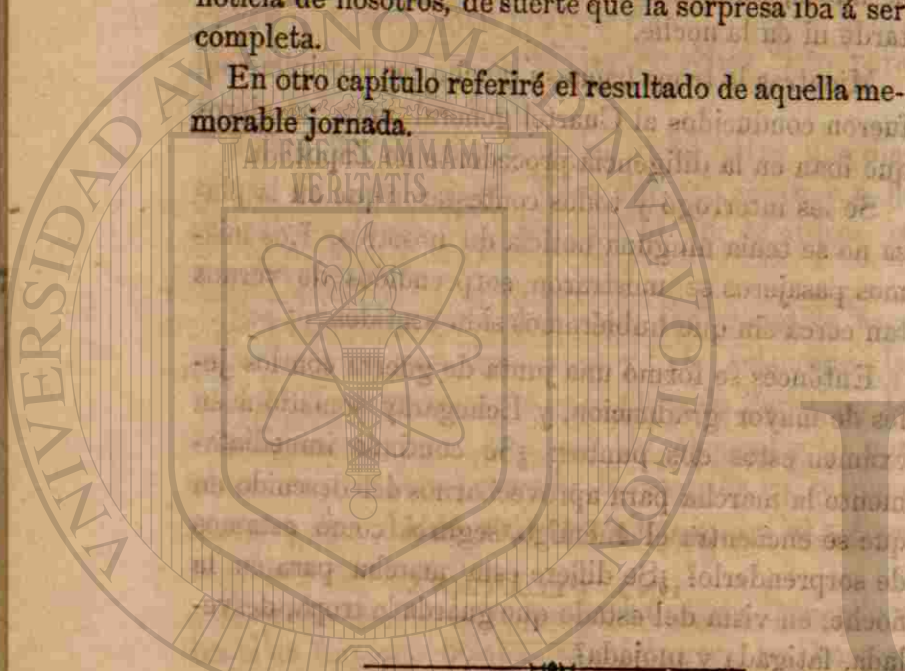
Todos los gefes fueron de parecer que se continuara la marcha en el acto y se diera el ataque sin dilacion alguna para sacar todo el provecho posible de la sorpresa.

El agua seguia cayendo á torrentes y nosotros volvimos á emprender nuestra marcha para Zapotlan en el mejor órden posible.

Llegando la columna á la garita, se cogieron pri-

sioneros á dos guardas, cinco soldados y un oficial que estaban allí como avanzados. Tampoco tenian ninguna noticia de nosotros, de suerte que la sorpresa iba á ser completa.

En otro capítulo referiré el resultado de aquella memorable jornada.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE

Entre tanto en Colima tenia lugar un suceso lamentable que en aquellos dias consternó á toda la poblacion. Cuando ya tuvimos en Zapotlan un gefe caracterizado como Echegaray, despues de la desaparicion de las gavillas de Rojas y Simon Gutierrez, pensamos como era natural, en que ya era tiempo de que nos proporcionáramos inteligencias en las poblaciones que ocupaba el enemigo. Quizás ya no tendrían repugnancia los buenos liberales de ponerse en contacto con los defensores de la República, que ya no daban abrigo en su seno á nin-

CAPITULO XVI.

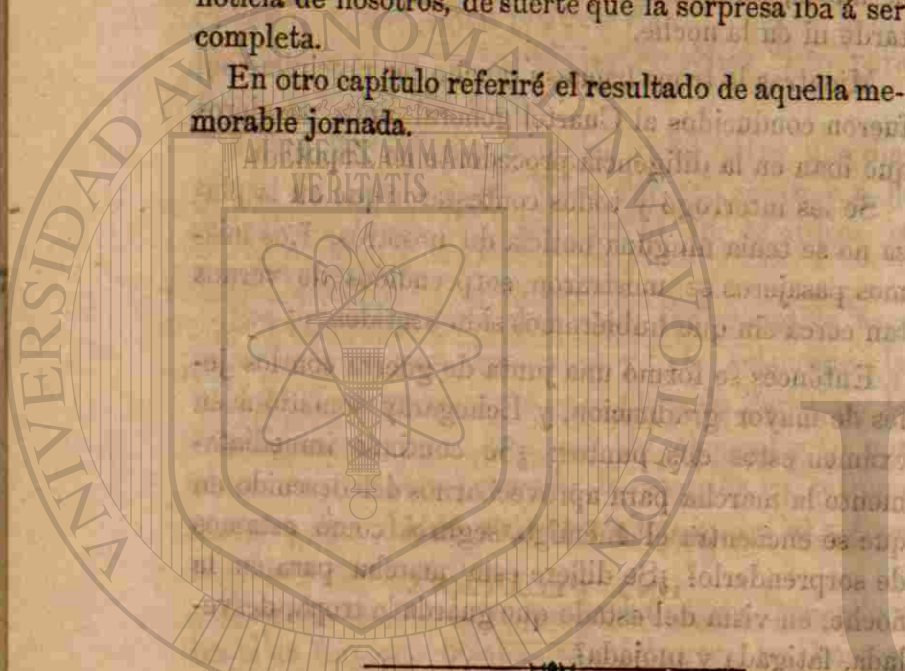
UNA PILATEÑA.

Entre tanto en Colima tenia lugar un suceso lamentable que en aquellos dias consternó á toda la poblacion. Cuando ya tuvimos en Zapotlan un gefe caracterizado como Echegaray, despues de la desaparicion de las gavillas de Rojas y Simon Gutierrez, pensamos como era natural, en que ya era tiempo de que nos proporcionáramos inteligencias en las poblaciones que ocupaba el enemigo. Quizás ya no tendrían repugnancia los buenos liberales de ponerse en contacto con los defensores de la República, que ya no daban abrigo en su seno á nin-



sioneros á dos guardas, cinco soldados y un oficial que estaban allí como avanzados. Tampoco tenian ninguna noticia de nosotros, de suerte que la sorpresa iba á ser completa.

En otro capítulo referiré el resultado de aquella memorable jornada.



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MEXICO

DIRECCION GENERAL DE

Entre tanto en Colima tenia lugar un suceso lamentable que en aquellos dias consternó á toda la poblacion. Cuando ya tuvimos en Zapotlan un jefe caracterizado como Echegaray, despues de la desaparicion de las gavillas de Rojas y Simon Gutierrez, pensamos como era natural, en que ya era tiempo de que nos proporcionáramos inteligencias en las poblaciones que ocupaba el enemigo. Quizás ya no tendrían repugnancia los buenos liberales de ponerse en contacto con los defensores de la República, que ya no daban abrigo en su seno á nin-

CAPITULO XVI.

UNA PILATEÑA.

Entre tanto en Colima tenia lugar un suceso lamentable que en aquellos dias consternó á toda la poblacion.

Cuando ya tuvimos en Zapotlan un jefe caracterizado como Echegaray, despues de la desaparicion de las gavillas de Rojas y Simon Gutierrez, pensamos como era natural, en que ya era tiempo de que nos proporcionáramos inteligencias en las poblaciones que ocupaba el enemigo.

Quizás ya no tendrían repugnancia los buenos liberales de ponerse en contacto con los defensores de la República, que ya no daban abrigo en su seno á nin-



gun bandido. Eramos hombres honrados que buscábamos á los hombres honrados que quisieran tendernos una mano de amigos para que cuando menos nos tuvieran al corriente de lo que estaba pasando en otros Estados, en caso que no les fuera posible conspirar contra el enemigo común.

Todos mis lectores saben que no hay causa política por perdida que sea, que no cuente con algunos partidarios *comodinos* que gustan mucho de estar ayudando, aunque sea con sus "¡ojalás!" metidos siempre en las poblaciones y á veces ocultos en el seno de una familia de confianza.

Nosotros contábamos de consiguiente con muchos correligionarios en Colima, ya entre los que habían pertenecido á la administracion de Don Julio García, ya entre los refugiados de Guadalajara que deseaban un cambio de situacion.

Poco trabajo nos costó ponernos en contacto con todos ellos.

Cuando Oronoz salió de la plaza de Colima sobre nosotros, con el grueso de sus fuerzas, juzgamos más oportuno que nunca dirigirnos á nuestros amigos: acaso la plaza estaba muy débil y haciendo dos marchas forzadas podríamos ocuparla y proporcionarnos allí importantes recursos, fuera del prestigio que alcanzaría nuestra causa al tener su resonancia en la República el caso rarísimo entonces de que una capital de Departamento fuera ocupada por las fuerzas republicanas. Indudablemente que tal golpe, dado en aquellos momentos hubiera influido mucho en el rápido resultado de la lucha que sostenía la nacion. La ocupación

cion de Colima hubiera dado á nuestras armas una influencia moral incalculable.

Así lo pensábamos al menos nosotros y llevados de tal ilusion estuvimos mandando uno tras otro los correos á nuestros amigos.

Uno de estos fué atrapado por el terrible prefecto D. José María Mendoza.

Ese hombre era, como militar, en extremo cobarde y como particular un cuitado, segun tuve oportunidad de verlo un poco mas tarde encontrándose en Tepic en ja desgracia; pero allí en Colima, como autoridad, era un Neron, era un tirano que causaba miedo hasta á los chicos de la escuela.

El correo era un pobre arriero que llevaba la correspondencia en el aparejo de una mula: al ser interrogado confesó de liso en llano su culpa y fué mandado fusilar. En seguida tomó el vestido del arriero un policia, que fué el encargado de descubrir á todos los conspiradores.

Las cartas estaban dirigidas con nombres supuestos y, una sola persona que tenia la clave, era la encargada de distribuirlas. El correo no habia revelado el nombre de esa persona y entonces se encontraron con todas las dificultades consiguientes para descubrir la conspiracion. Sin embargo, habia entre aquellas cartas un nombre propio debido á una imprudencia mia: quise aprovechar el conducto, que me pareció el mas seguro, para escribir á mi amada esposa. ¿Qué le decia en mi carta? Que le diera muchos besos de mi parte á mi pequeñita Clotilde, mi primera hijita, á la cual habia dejado de cuarenta dias de nacida. No habia una

palabra sola que se prestara á mas interpretaciones: era una epistolilla de recien casado que solo suspiraba por el primer fruto de su amor.

Pero no habia mas nombre conocido entre aquellas cartas y era preciso que ese nombre diera la clave del enigma.

Hasta allí estaban en su derecho los imperialistas é hicieron muy bien en proceder como procedieron.

El policia disfrazado de correo se presentó en mi casa y dijo á una criada que queria hablar reservadamente con la Señora. Esta se presentó.

—Vengo del campo, la dijo con acento misterioso.

—Del campo?

—Si Señora, soy correo de los liberales y le traigo una carta de su marido.

—¿De veras? preguntó la jóven trémula de alegría.

—Aquí está.

—Está bueno?..... ¿están todos buenos?

—¡Chist! hábleme Vd. muy bajo, porque traigo muchos encargos.

—¿Encargos?

—Sí, cartas para muchas personas de que Vd. me ha de dar noticia.

—Esta es la mia?

—Sí.

—¿Y por qué viene abierta esta carta?

—Así me la dió el licenciado, de intento, para que en caso de ser registrado vieran que la carta nada dice de particular y me dejaran llegar tranquilamente.

Por mas alborozada que estuviera ella, no dejó de llamarle la atencion esto, lo mismo que el lenguaje y

el tono de voz del supuesto correo; pero esta sospecha fué fugaz como un relámpago y una vez que leyó la carta se disiparon todas sus dudas y lo mandó regalar opíparamente.

Despues de haber comido el policia con un apetito que demostraba traer una hambre un poco rezagada, volvió á querer reanudar la conversacion con la Señora.

—¿Qué haré, la dijo, para encontrar á las personas á quienes les traigo pliegos?

—Pliegos?

—Sí, y de muchísima importancia.

—Pues no me ocurre como.....

—El caso es que traen un secreto muy grande.... Se dice en ellos nada menos que dentro de tres dias han de estar aquí las fuerzas liberales.....

—Aquí en Colima?

—Sí: contando con la gente de la garnicion.

—Pues entónces pregunte Vd. á uno de los oficiales.

—¿Y cómo sé cuales son los comprometidos?

—Tiene Vd. razon. ¿Pero no le indicaron á Vd. con quien debia dirigirse?

—Con Vd.

—Conmigo?....

—Si, para que mandara llamar aquí mismo á un amigo muy íntimo del licenciado, que se llama.... se llama... ¿cómo se llama?....

—Francisco Trejo.

—Esto es: se llama Francisco Trejo.

A mi mujer, le ocurrió aquel nombre, porque no

podia ocurrírsele otro, recordando, no solo nuestra estrecha amistad y paisanaje, sino tambien nuestras conversaciones y deseos; pero recordando, mas que todo, las veces diferentes en que habia invitado á aquel amigo á seguir mi suerte combatiendo contra el Imperio.

Se le mandó llamar inmediatamente.

Francisco Trejo fué la inocente víctima de aquella inocente equivocacion. Confesó que muy bien podian ser para él aquellas cartas, delante del policia, y hubiera seguido haciendo confesiones mas comprometedoras, si á la jóven, mas tranquila ya ó mas perspicaz, no le hubiera llamado la atencion la actitud sospechosa de aquel hombre, al cual dijo:

—¿Y para qué trae Vd. esa pistola?

—Es que... se necesita en el camino andar armado.

—Se me figura que no es Vd. tal correo y que.....

Trejo lo comprendió todo y quiso evadirse; pero ya era tarde: repentinamente se vió rodeado de policias que lo hicieron marchar á la cárcel.

Mi mujer, como era natural, despues de esta terrible escena, se quedó temblando.

Pensó en buscar un refugio en alguna casa contigua, pero estaba rodeada de esbirros que le marcaron el alto. No tardó en aparecer el gefe de ellos, el terrible José Maria Mendoza que supo cebarse tan bien con las angustias de una jóven indefensa.

—¿En donde está la conspiradora? preguntó con voz de trueno luego que estuvo dentro de la casa.

—Allí está, contestaron sus aleccionados satélites.

Y á la vez designaban á mi esposa que estaba en

medio de un grupo de Señoras con su niña en los brazos. El escándalo tuvo eco en toda la poblacion y estuvieron concurriendo á mi casa las familias amigas.

El malvado prefecto se desconcertó un poco al ver las lágrimas de la jóven ofendida y la indignacion de la concurrencia; pero no estaba en sus hábitos el lenguaje moderado ni la cortesia y, empezó á proferir impropiedades contra los republicanos, contra los conspiradores etc, etc.

No habia mas que señoras, pero varias de ellas y especialmente la respetable Señora Doña Brígida Ochoa le marcó el alto, diciéndole que no estaba en un cuartel, sino en una casa que debia respetar, al menos por las distinguidas familias que allí se encontraban.

—Al cateol dijo Mendoza dirigiéndose á sus gentes.

Todos ellos se lanzaron á vaciar las cajas y á registrar los muebles, regando por el suelo todo lo que no les convenia recoger. La inocente víctima de aquella escena, queriendo evitar mayores destrozos, abrió por sí misma una cajita de linoloé en donde estaba toda nuestra correspondencia y se las arrojó diciéndoles:

—Aquí está lo que Vds. buscan.

—No hay mas papeles? preguntó Mendoza.

—No, contestó el gefe de la policia.

Estaba seguro de que se habia recogido hasta la cuenta de la lavandera.

Entre el botin que se llevaron los agentes de la seguridad iban unos quinientos pesos en oro que constituian nuestros ahorros, lo mismo que todas nuestras alhajas y recuerdos de familia.

Nuestras cartas de novios formaron las primeras páginas de aquel ridículo proceso.

No fué aquello todo: el feroz Mendoza se presentó en mi casa nuevamente pretendiendo arrancar á mi mujer una declaracion terminante sobre si eran ó no al Lic Francisco Trejo á quien iban dirigidos los pliegos.

Ella contestó que lo ignoraba absolutamente: que por la amistad íntima que ambos llevábamos habia creído al principio que pudiera yo haberle escrito, pero que no podia afirmarlo puesto que yo no se lo decia.

¡Cuánto deseaba Mendoza en esos momentos que hubieran estado en uso los tormentos inquisitoriales!

—Pues va Vd. presa á un calabozo, dijo despues de un rato.

Mi esposa se abrazó de su niña y se puso á llorar.

—Esta jóven no puede ir á la cárcel, dijo enérgicamente la Señora Ocha: ¿cuál es su delito?

—Estar en correspondencia con el enemigo, contestó el Prefecto.

—¿Cómo quiere Vd. que no le escriba su marido?

—La ley prohíbe toda clase de comunicacion con los revoltosos.

Siguió el altercado, y quien sabe hasta donde hubiera ido el prefecto Mendoza, si á conocimiento del caballeroso general Oronoz no hubiera llegado la noticia de lo que pasaba, el cual como gefe principal de las armas dispuso que mi Señora quedara simplemente arrestada en la casa particular que ella misma escogiera. Escogió la de la respetable Señora madre del comerciante D. Agustin Vargas.

Entro tanto, Francisco Trejo habia sido reducido á prision en la cárcel pública y era juzgado militarmente con una actividad y una rabia poco comunes.

Mendoza habia pretendido ya que se le fusilara sin forma de juicio para escarmiento de los conspiradores.

Temia que se le escapara aquella víctima por falta de pruebas en un proceso formal.

No se habia expedido aún la ley marcial que era tan espedita en sus procedimientos y tenian los fiscales que sujetarse á algunas fórmulas que los maniataban.

Y efectivamente, no habia prueba alguna en que pudiera fundarse la condenacion del Lic. Francisco E. Trejo.

Los documentos agregados á la causa eran unas cartas firmadas por Echegaray, por mí, por Julio García, con el nombre en blanco de las personas á quienes iban dirigidas: es decir, carecian de direccion.

La torpeza principal del Prefecto consistió en haber fusilado al correo que debió declarar quien era la persona encargada de repartir aquellos pliegos.

Trejo, sorprendido al principio contestó con vacilacion en los interrogatorios diversos á que se le sujetó: despues negó cuantos cargos se le hicieron, obstinadamente.

Mi esposa lo ignoraba todo y por lo mismo nada podia afirmar. Si habia pronunciado el nombre de Trejo al ser sorprendida, fué porque habia sido el primero que se le ocurrió.

En el careo con Trejo quedó aclarado este punto: ella ignoraba absolutamente si el acusado estaba en relaciones con el enemigo y mucho mas ignoraba si para

él iban dirigidos algunos de aquellos pliegos.

El resto del proceso estaba formado con mi correspondencia amorosa y mis versos que componian en aquella época todo mi archivo particular.

Francisco Trejo, no obstante, fué sentenciado á sufrir la pena de muerte.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

CAPITULO XVII.

NUEVOS FRACASOS.

.....

Llegamos con nuestro pequeño ejército á las calles de Zapotlan y no observamos ningun preparativo de defensa. Las trincheras estaban abandonadas, los soldados andaban francos, la lluvia seguia.

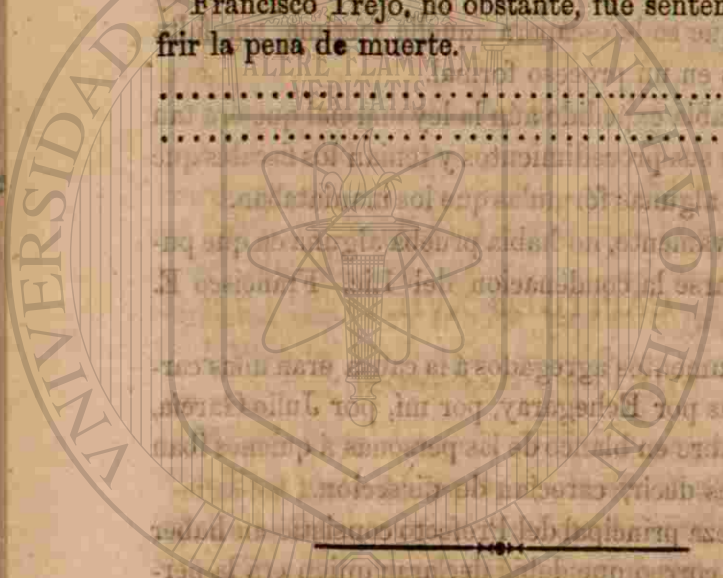
Rápidamente fué dividida la fuerza en dos columnas: la una de infanteria mandada por Echegaray en persona y la otra de caballeria mandada por el Gobernador de Colima: ambas se pusieron en movimiento tomando dos calles paralelas. Zenea con sus tres cañoncitos debia apoyarlas, situándolos convenientemente al desembocar en la plaza.

El doctor y yo nos pusimos al frente de la columna de caballeria al lado del gobernador, teniendo cuidado de animar á la tropa arengándola y victoreando á la República.

él iban dirigidos algunos de aquellos pliegos.

El resto del proceso estaba formado con mi correspondencia amorosa y mis versos que componian en aquella época todo mi archivo particular.

Francisco Trejo, no obstante, fué sentenciado á sufrir la pena de muerte.



[Faint, mostly illegible text from the reverse side of the page, appearing as bleed-through or ghosting.]

[Faint, mostly illegible text from the reverse side of the page, appearing as bleed-through or ghosting.]

CAPITULO XVII.

NUEVOS FRACASOS.

Llegamos con nuestro pequeño ejército á las calles de Zapotlan y no observamos ningun preparativo de defensa. Las trincheras estaban abandonadas, los soldados andaban francos, la lluvia seguia.

Rápidamente fué dividida la fuerza en dos columnas: la una de infanteria mandada por Echegaray en persona y la otra de caballeria mandada por el Gobernador de Colima: ambas se pusieron en movimiento tomando dos calles paralelas. Zenea con sus tres cañoncitos debia apoyarlas, situándolos convenientemente al desembocar en la plaza.

El doctor y yo nos pusimos al frente de la columna de caballeria al lado del gobernador, teniendo cuidado de animar á la tropa arengándola y victoreando á la República.

Atravesamos sin obstáculo las ligeras fortificaciones que se habían levantado y nos vimos prontamente en la plaza sorprendidos de que nadie nos resistiera. Unos cuantos soldados del enemigo que observaron el movimiento corrieron á ocupar las alturas y empezaron á hacernos fuego, pero sin causarnos ningun daño, sin duda por la emoción que les había producido la sorpresa.

Volvimos impacientes la vista hácia la esquina por donde debía aparecer la columna que mandaba Echegaray, impacientes porque comprendimos que estábamos perdiendo un tiempo precioso, y nos dirigiamos preguntas atropelladas sobre los motivos de aquella inesperada tardanza.

Algunos minutos mas tarde, que para nosotros eran siglos, vimos aparecer á Zenea, colocar sus cañones y disparar dos cañonazos sobre las alturas que ocupaba el enemigo. Un poco despues de haberse practicado esta operacion salió el general Echegaray seguido de unos cuantos, recibiendo un balazo su caballo tordillo, el que quedó muerto en el acto.

Tras este suceso, los cuerpos que iban á la vanguardia, en su mayor parte reclutas, comenzaron á desbandarse trepando en el mayor desorden por los cerros que se encuentran al Oriente de la poblacion.

Entonces Echegaray montado en otro caballo, y algunos valientes gefes secundándolo dignamente, trataron de detener á la tropa desmoralizada, gritándole hasta desgañitarse que no había motivo para huir, que la victoria estaba por nosotros, pero no había poder humano que contuviera aquella dispersion, que

muy pronto se hizo general, cundiendo á los mismos dragones que cubrian nuestra retaguardia.

El general Julio Garcia, con exacto conocimiento de la situación, nos dijo á los que estábamos mas cerca:

—Vámonos retirando de aquí: hemos perdido.

—¡Cómo perdido! exclamé yo, ¿pues no tenemos ya la plaza en nuestro poder?

—El enemigo se ha repuesto ya de la sorpresa, está viendo los cerros cubiertos con nuestros soldados que van en dispersion y nosotros no podemos hacer nada ya con esta caballeria que está queriendo por momentos volver la espalda.

A la vez que hablábamos, los fuegos todos se dirigieron contra nosotros matando á un coronel y dos ayudantes é introduciendo alguna confusion en nuestra columna, muy dispuesta ya á volver caras al enemigo.

Todavía hicimos impulso para organizar á nuestra gente, en las calles, que había tomado la retirada por una huida, pero la confusion se hizo espantosa cuando se destacaron algunos grupos de la plaza sobre nosotros y entónces la retirada tuvo que hacerse á escape, no consiguiendo reunir ni 50 dragones de los 400 con que habíamos entrado á la plaza.

El desastre no pudo haber sido más completo, ni más irreparable: en un momento habíamos perdido los elementos que con tantos esfuerzos y sacrificios habíamos estado cuidando durante cuatro meses.

Una vez examinada con calma la situación, convenimos en que era difícil haber triunfado, á pesar de la sorpresa dada al enemigo. Nuestros pobres soldados

estaban empapados completamente y sus miembros entumecidos con el frío, el parque estaba húmedo, y sobre esas desventajas que debieron tenerse en cuenta, se cometió la insigne torpeza de dar la vanguardia del ataque á los piquetes de reclutas que no tenían quince días de haberse puesto la chaca. Si se hubieran formado dos columnas de infantería, mandada una de ellas por el entonces coronel Julio Cervantes compuesta de los soldados veteranos, y otra por alguno de tantos jefes pundonorosos como teníamos, el triunfo hubiera sido tan rápido como infalible; pero se consideró la cosa tal vez más sencilla y ya dije cuáles fueron las desastrosas consecuencias.

Eran las cinco de la tarde y estaba aún lloviendo, lo cual impidió que fuéramos seguidos y acabados de destrozar. Pudimos por lo tanto detenernos fuera de la población y recoger algunos dispersos.

A poco seguimos nuestro camino á la hacienda de Huescalapa tristes y muy desalentados.

Poco á poco fuimos alcanzando á nuestros amigos, que una hora antes se encontraban sanos y contentos, y que hoy volvían ó heridos ó moribundos. Allí iba el coronel Merino que llegó á general después y fué vilmente asesinado, el cual había recibido un balazo que entrándole por la boca le había salido por el cerebro. Allí iba el coronel Rodríguez con una bala en el pulmón, que le había entrado por la parte superior del brazo. Allí iba el joven capitán Santa-Anna, que era un tigre en el combate, con el cuello atravesado. Allí iban en fin otros jefes más ó menos lastimados y con el aspecto triste que da la derrota.

En una vuelta que había en el camino me reuní al general Echegaray que iba completamente solo.

—No vuelvo á mandar soldados, me dijo derramando lágrimas de desesperación.

No llegué á saber después si aquel viejo general, modelo de caballeros, cumplió su palabra.

Benito Zenea que había tenido que abandonar en aquella triste jornada sus tres piezas de artillería, iba echando pestes.

A pesar de la lluvia y de haber cerrado la noche, y no sin que se ahogaran en los ríos que estaban muy crecidos algunos dispersos, seguimos caminando penosamente.

Varias veces nos perdimos sin poder encontrar en los ranchos un hombre que nos sirviera de guía.

¡Consecuencias de la guerra vandálica que habían hecho en aquellos sitios nuestros correligionarios!

Por fin á las doce de la noche estuvimos de regreso en Tecalitlan, sin habernos apeado de los caballos en 36 horas.

Las noticias que tuvimos allí, antes de podernos entregar al descanso, no fueron nada tranquilizadoras.

Mientras nosotros atacábamos á Zapotlan, varias fuerzas enemigas habían ocupado nuestra retaguardia y nuestros flancos, recibiendo las primeras órdenes de situarse en un punto ventajoso para impedir nuestra retirada hácia el Estado de Michoacán.

Alguien propuso que nos saliéramos á dormir al campo; pero nuestras ropas estaban mojadas, el tiempo seguía lluvioso y el cansancio nos tenía rendidos,

así es que cada cual se recogió como pudo, dejando que el azar se encargara de fijar nuestra suerte en lo que faltaba de aquella noche.

No hubo novedad y al amanecer el nuevo día pasamos revista á nuestros elementos.

Estábamos allí reunidos unos ochenta hombres entre jefes, oficiales y tropa. Esta última podía componerse de una docena de veteranos.

—¿Qué haremos? le preguntamos á Echegaray cuando estuvimos reunidos los principales jefes en su alojamiento á eso de las ocho de la mañana.

Nos espuso entónces la situación con estas ó semejantes palabras.

—Estamos cercados, según los informes recibidos, por más de mil quinientos hombres, de suerte que sería un delirio pensar en defendernos en esta población. Huir de aquí juntos también sería imposible puesto que no tenemos libre ningún camino. Si nos dispersamos es exponernos á morir como perros, una vez que á varios de nuestros oficiales dispersos los han matado los rancheros animados como están contra nosotros después de los males que nuestros correligionarios les han causado. No tenemos otro recurso sino capitular.

Zenea se sonrió con incredulidad.

Otros dijeron:

—¿Y de qué le sirve ahora al enemigo nuestra capitulación?

Echegaray sostuvo sin embargo esta idea basada en los ofrecimientos que para cualquier tiempo había he-

cho el general Oronoz, y se resolvió en la junta depone las armas por lo pronto siempre que no se nos impusiera condición alguna que fuera indecorosa.

Yo fui el designado para marchar á Colima en desempeño de esta comisión.

Me desagradaba profundamente entrar á aquella ciudad en donde ejercía el cargo de Prefecto el hombre que había servido de verdugo á mi corta familia pero el deseo de sacar á esta de allí y de esforzarme en servir de algo á Francisco Trejo, á quien suponía y con razón en el mayor riesgo, me hicieron aceptar, y marché inmediatamente para Zapotlan con objeto de pedir un pasaporte al jefe que el día anterior nos había derrotado.

Solo cuando estuve en el camino, sin más escolta que la de mi asistente, perseguidos ambos varias veces por los rancheros que andaban recogiendo el botín de nuestra derrota, comprendí la gravedad del encargo que había asumido, tanto más cuanto que ni este podía respetarse tratándose del insignificante número de hombres que representaba.

Por algo han dicho que no hay valor como el de un tonto, ó si se quiere tratarme mejor, que la fortuna ayuda á los audaces.

Yo entré muy impávido á Zapotlan y me presenté sin más ni más al jefe de las armas, que esta vez se encontraba alerta sentado á la puerta misma de su cuartel.

Pocas huellas habían quedado de la refriega de la víspera.

En honor del gefe imperialista que mandada en Zapotlan apellidado Vera, debo decir que me recibió como un cumplido caballero. No solo me expidió el pasaporte que deseaba, sino que me dió alojamiento aquella noche en su propia casa, poniendo á mi disposicion al dia siguiente una escolta de diez dragones al mando de un sargento para que me acompañara hasta Colima ó hasta el punto en que fuera mi voluntad volverla.

Yo preferí llevarla hasta la misma ciudad, para darme aires de triunfador con los elementos del enemigo. Era muy jóven y me hubiera parecido triste una entrada poco ruidosa.

Dádivas quebrantan peñas, dice otro refran, y aunque yo no llevaba recursos muy abundantes, procuré ser muy liberal con mis nuevos compañeros, y á tal punto estaban contentos de mí, que con gusto hubieran abandonado sus banderas y se hubieran ido á defender las de la República si les hubiera dicho que me siguieran.

Llegué á las puertas de Colima á las once de la mañana, mandé que los hombres de mi escolta se sacudieran el polvo, y poniéndome al frente de ellos, entré por las principales calles, haciendo tal ruido, como si quisiera desempedrarlas.

Yo era muy conocido de las principales familias, de suerte que al asomarse á las puertas y ventanas, atraídas por el ruido de los caballos, se hacian cruces al reconocerme.

Lo mismo sucedia con los dependientes de las tiendas, quienes afirmaban que era una persona parecida

á mi el oficial que iba mandando aquella tropa, pues mi actitud, y mi colocacion al frente de los soldados, estaban indicando que no iba allí prisionero sino mandando en gefe. Estas son pequeñeces que alhagan la vanidad de toda clase de hombres.

El mismo sargento de la escolta conocia la casa en que estaba alojado el general Oronoz, así es que no se hizo necesario preguntar á nadie y derechamente nos llegamos al cuartel general.

Entregué las bridas de mi caballo al soldado que fué á tenerme el estribo para desmontar, y luego me mandé anunciar como comisionado del enemigo.

—Que pase adelante, dijo el mismo general Oronoz, con voz firme, desde la pieza inmediata.

Entraron tres coroneles poco despues, á quienes Oronoz les presentó mis credenciales. En estas se decía solamente que yo estaba investido de plenos poderes para fijar los puntos de la capitulacion.

Yo manifesté que los jefes y oficiales reunidos en Tecalitlan ofrecian deponer las armas si se daba á cada cual un salvo conducto para retirarse á donde mejor les conviniera sin condicion de ninguna clase.

Siguió á esta proposicion un pequeño debate en el que la mayoría estaba inclinada á concederme lo que pedia considerándolo como la cosa mas natural. ¿Qué más podia exigirse de un puñado de hombres que eran los únicos en aquella estensa comarca que sostenian la bandera de la República? Pero estuvo muy á punto de echar á perder el negocio un coronel, á quien faltaba un brazo, de apellido Torres, hombre que parecia de un carácter violento, é intransigente con todo lo que llevara el nombre de liberal. No parecia sino que habia nacido entre los hielos de Rusia y que desde su niñez se habia acostumbrado á la adoracion del Czar, tanto así amaba el principio monárquico. El colérico y apasionado coronel Torres exclamó con arrebato queriendo poner un término violento al negocio:

—A mi no me parece justo, ni legal, ni conveniente, ni siquiera decoroso que tengamos consideraciones con bandidos como los que el señor viene representando.

Pregunté si me era permitido hacer uso de la palabra, y si el carácter de mi comision seria respetado, en cualquier caso que se determinara, ya representara bandidos ú hombres de bien.

CAPITULO XVIII.

UNA EMBAJADA.

El general Oronoz me recibió con toda cortesía en su gabinete de trabajo, le entregué los pliegos de que era portador y antes de imponerse de ellos mandó llamar á los principales coroneles del cuerpo de ejercito que estaba á sus órdenes para que oyeran mi demanda.

Entre tanto le manifesté que los jefes y oficiales que estaban aguardando mi vuelta en Tecalitlan, deseaban no ser atacados mientras estuviéramos en negociaciones.

El general Oronoz dispuso que salieran en el acto los correos extraordinarios que fueran indispensables, con las órdenes de que suspendieran las hostilidades todas las fuerzas que iban á operar sobre nosotros en perfecta combinacion.

El general Oronoz se apresuró á contestarme que tenia plena libertad para hablar en el sentido que estimara conveniente, y que la garantía mejor de que seria respetado mi carácter de parlamentario, era su reputacion de caballero.

Le di las gracias y encarándome luego con el coronel Torres, le pregunté:

—¿Por qué dice Vd. que los jefes y oficiales que yo represento son unos bandidos?

—Porque viven sobre el país, imponiendo préstamos y contribuciones que no son legales, y á eso le llamo yo en castellano, robo.

—En ese caso es difícil saber quien tiene razon, por que tambien nosotros los republicanos llamamos á Vds. los imperialistas, ladrones, seguramente bajo la creencia que tenemos de que el gobierno de Vds. es una usurpacion. Por lo demas Vds. tienen sus leyes y nosotros las nuestras, y como todavia no se sabe cuales prevalecerán, no se sabe quien vendrá á quedar con el derecho de pronunciar la última palabra. Sobre todo, Señor Coronel, mientras nos vean Vds. defendiendo un principio que es el liberal y un gobierno que es el que se ha dado la Nacion, no tienen Vds. el derecho de llamarnos bandidos.

Hacia esfuerzos por dominar mi cólera, y era el motivo de que se atropellaran así mis palabras sin poder encontrar expresiones que fueran á la vez comedidas y enérgicas.

El general Oronoz me animó haciendo un movimiento con la cabeza, que significaba aprobacion á lo que habia dicho, y él por su parte poco acostumbrado

todavía á prestar obediencia á las instituciones monárquicas empezó á hablar así:

—En esta República.....

—Imperio, le dije yo sonriendo.

—En este imperio.... antes República, siempre ha sucedido lo mismo.....

Estaba muy cortado y no pudo continuar expresando su pensamiento.

Y como la discusion se habia prolongado por mas de dos horas, quedó aplazada la resolucion para el dia siguiente.

Inmediatamente puse un extraordinario participando á mis amigos lo que pasaba y sugiriéndoles la idea de entrar en negociaciones con un jefe francés que acababa de llegar á Sayula y que iba á tomar la direccion de la campaña animado del mejor espíritu de conciliacion, segun me dijo durante nuestra plática el general Oronoz.

El mismo correo llevaba unos pliegos del jefe imperialista acusando recibo de los que yo habia sido portador y espresando al general Echegaray que su comisionado habia comenzado las negociaciones.

Cuando quedé solo con el general, le dije:

—No considero á Vd. complicado en un asunto odioso que tambien quiero conste en el convenio.... si llegamos á enterdernos como me lo prometo.

—¡Ah! sí, se refiere Vd. al de Francisco Trejo.....

—Cabalmente: es un asunto, en que una Señora tambien, ha sido indignamente tratada por el Prefecto.

El general se ruborizó hasta las uñas y me dijo tomándome una mano afectuosamente:

—Crea Vd. que yo repruebo con todo mi corazón semejantes infamias.

—Y bien, general, como estoy seguro de que á Vds. les conviene que dejen las armas hombres tan aguerridos como los que están en Tecalitlan, cuyo valor, abnegacion y constancia han sido probados, deseo que, en nuestro convenio conste que, tanto Trejo como mi esposa quedan en completa libertad. Seria un proceso ridículo si se continuara.

—Ese negocio lo trataremos en lo particular.

—¿Cuándo?

—Esta noche ó mañana. No conviene que se prolongue mas nuestra entrevista. Estoy cercado de espías.

Comprendí la situacion del digno general Oronoz, y lo dejé despues de abrazarlo estrechamente. Habiamos simpatizado.

El resto del dia lo consagré á mi familia prisionera que constaba de mi esposa de 17 años y de mi primera hija que ya tenia 9 meses. ¡Con qué alborozo, con qué entusiasmo, con qué delirio abracé y besé á mi pequeña Clotilde, á la cual habia dejado tranquilamente dormida en la cuna, para venir á verla ahora presa y rodeada de guardias!

La pobrecita murió poco tiempo despues á consecuencia sin duda de las agitaciones que sufrió su madre.

Mi familia estaba en una casa respetable, pero esta casa se encontraba cercada de soldados. Habia centinelas en la puerta de la calle, lo mismo que en la puerta del departamento que ocupaban las presas.... ¡Qué lujo de barbarie! ¡Y cómo hay hombres que nacen organizados para ser infames!

No ví al general Oronoz sino hasta el dia siguiente. Me dijo que quedaba aceptada la sumision de los jefes y oficiales que se encontraban en Tecalitlan ofreciéndoles en nombre del imperio toda clase de garantías; que él quedaba encargado de mandarles sus pasaportes dejándoles libres para ir á donde mejor les conviniera. Mi esposa quedaba completamente libre desde ese momento y un ayudante fué encargado de retirar de allí la guardia. Respecto del Lic. Trejo me dijo:

—Se habia pensado sacrificarlo aquí para escarmiento de los demas, tuviera ó no tuviera culpa, pero es un hombre de mérito y me he empeñado en salvarlo.

—Dicen que se va á pronunciar en su proceso la sentencia de muerte.

—Acaba de llamarlo el fiscal. Hoy mismo se le notifica....

—Entonces....

—Entonces pedirá indulto al Emperador.

—¿Y si no se lo concede?

—Yo sé de antemano que se lo concederá. Está acordado que se le imponga la pena de muerte y que el Emperador le conceda la gracia de la vida....

—¡Ah! Bien.

—Habrá alarmas, será necesario, que vayan comisionados á México á todo escape, se hará mucho ruido; pero yo le respondo á Vd. de que Trejo no será fusilado.

Le di las gracias y le manifesté que por mi part-

deseaba que me extendiera también un pasaporte para Guadalajara.

—Y hará Vd. bien en irse de aquí, me dijo, porque el pillo de Mendoza ha venido á pedirme el permiso de aprehenderlo y yo le he contestado que se cuide bien de hacerlo.

En esa noche quedé mas prendado del general Oronoz, pues no solamente manifestaba ser todo un caballero, sino también un hombre sencillo y de buen corazón.

El día siguiente fué domingo: entré en su habitación para recoger mi pasaporte y despedirme.

Encontré al general sumamente irritado.

—Dentro de dos horas se marcha Vd. de esta plaza.

—¿Pues qué sucede?

—Que ya no tiene Vd. aquí garantías.

—¿Por qué general? ¿qué es lo que ha pasado?

—Que se han fugado de Tecalitlan los amigos de vd.; que todo esto es un puro ardid de vds. para escaparse.

—¡Ah! vaya, le dije comprendiendo luego lo que habia pasado, yo le respondo á vd. de que no huyen.

—Por mas que esa seguridad me tranquilice, tengo que exigirle que salga dentro de dos horas.

—Saldré, general. ¿Puedo contar con mi pasaporte?

—Espérelo vd en su casa.

Hice mis preparativos de marcha pero no recibí el pasaporte. Hasta en la noche me lo llevó el mismo Oronoz, quien me explicó que habia recibido un pliego del jefe francés que venia á mandar la zona, en

que le participaba que habia tomado á su cargo el estender los salvoconductos de los jefes y oficiales sometidos en Tecalitlan.

El jefe francés recomendaba que se tuvieran conmigo toda clase de miramientos.

El pasaporte que me entregó el general Oronoz estaba concedido en términos muy amplios. Me daba libertad para dirigirme á Guadalajara y para residir despues en el punto en que quisiera, avisando á todas las autoridades, que quedaban arreglados en Colima, todos los requisitos concernientes, que entónces estaban exigiéndose al pié de la letra, y que nadie tenia derecho para meterse conmigo ni molestarme en lo mas mínimo.

Si tan amplio pasaporte no me sirvió para evitar ciertas persecuciones de que hablaré despues, sí me fué muy útil para que en ninguna parte se me exijiera la protesta, el juramento, la firma de qué sé yo que documento que entónces era requisito indispensable para residir en las poblaciones en que dominaban las armas del Imperio.

Es decir, debido al amigo que me proporcionaron aquellas circunstancias, al general Oronoz, no se me exigió que estampara mi firma haciendo promesa de no tomar las armas en adelante contra Maxiliano, ni en libro alguno, ni en ningun documento.

Nuestra despedida fué tierna. Yo le manifesté con todas las palabras que me inspiró la gratitud, todo mi reconocimiento por su conducta caballerosa, leal y de-

licada para conmigo, y él me dijo que tanto era lo que le habia simpatizado, que deseaba que en el porvenir llegáramos á estar ambos bajo de una bandera para que fuéramos tan amigos como debíamos serlo.

—Yo no seré imperialista nunca, general, me apresuré á manifestarle, ni partidario de ninguna intervencion extranjera. Sobre ese particular, mis ideas están profundamente arraigadas; los principios republicanos que profeso están encarnados ya en mi propia naturaleza.

—Yo seguí ya esta causa, me dijo con cierta frialdad que no argüia mucho en pro de su fervor manárguico, y con ella tendré que sucumbir.

—Ya veremos que es de nosotros mas tarde, le dije sonriendo para animarlo, y dándole un segundo abrazo.

—Vd. vale mas en la desgracia, que yo en el poder.

Vd. es muy jóven y yo soy muy viejo. ¡Adios!

—Adios, general, y otra vez mil gracias.

Sin ningun deseo de conocer al prefecto Mendoza, ni siquiera por la gran reputacion que le habian conquistado sus maldades, salimos al dia siguiente de Colima tomando el camino de las barrancas, otra vez, para regresar Guadalajara.

Habia salido de allí á la campaña á fines de 1863, y volvia en Abril de 1865, sin haber conquistado mas caudal que el de una pequeña dosis de esperiencia.

CAPITULO XIX.

Otra campaña mas peligrosa.

Procuré entrar de noche á mi querida ciudad natal, ocupada entónces por una pequeña guarnicion de argelinos, que estaban sirviendo de apoyo á otros cuerpos, que no me atrevó á llamar de mexicanos. Presenté mi pasaporte al Alcalde Mayor, no tuvo ninguna objecion que hacerle, me metí en mi casa y allí me estuve veinte dias encerrado dentro de sus paredes. Me daba vergüenza salir á la calle en donde mis paisanos imperialistas habian de verme por encima del hombro y en donde debia necesariamente producirme mal efecto la vista de los interventores. Muchos eran los padecimientos que habia sobrellevado en aquella trabajosa campaña precisamente queriéndome evitar tales disgustos, para que me resignara sin mas ni mas á semejante situacion.

licada para conmigo, y él me dijo que tanto era lo que le habia simpatizado, que deseaba que en el porvenir llegáramos á estar ambos bajo de una bandera para que fuéramos tan amigos como debíamos serlo.

—Yo no seré imperialista nunca, general, me apresuré á manifestarle, ni partidario de ninguna intervencion extranjera. Sobre ese particular, mis ideas están profundamente arraigadas; los principios republicanos que profeso están encarnados ya en mi propia naturaleza.

—Yo seguí ya esta causa, me dijo con cierta frialdad que no argüia mucho en pro de su fervor manárguico, y con ella tendré que sucumbir.

—Ya veremos que es de nosotros mas tarde, le dije sonriendo para animarlo, y dándole un segundo abrazo.

—Vd. vale mas en la desgracia, que yo en el poder.

Vd. es muy jóven y yo soy muy viejo. ¡Adios!

—Adios, general, y otra vez mil gracias.

Sin ningun deseo de conocer al prefecto Mendoza, ni siquiera por la gran reputacion que le habian conquistado sus maldades, salimos al dia siguiente de Colima tomando el camino de las barrancas, otra vez, para regresar Guadalajara.

Habia salido de allí á la campaña á fines de 1863, y volvia en Abril de 1865, sin haber conquistado mas caudal que el de una pequeña dosis de esperiencia.

CAPITULO XIX.

Otra campaña mas peligrosa.

Procuré entrar de noche á mi querida ciudad natal, ocupada entónces por una pequeña guarnicion de argelinos, que estaban sirviendo de apoyo á otros cuerpos, que no me atrevó á llamar de mexicanos. Presenté mi pasaporte al Alcalde Mayor, no tuvo ninguna objecion que hacerle, me metí en mi casa y allí me estuve veinte dias encerrado dentro de sus paredes. Me daba vergüenza salir á la calle en donde mis paisanos imperialistas habian de verme por encima del hombro y en donde debia necesariamente producirme mal efecto la vista de los interventores. Muchos eran los padecimientos que habia sobrellevado en aquella trabajosa campaña precisamente queriéndome evitar tales disgustos, para que me resignara sin mas ni mas á semejante situacion.

El furor se posesionaba de mi corazón cuando se me referían las historias y anécdotas que corrían en aquella sociedad, como la de que tales y cuales damas de las mejores familias se habían enamorado de un francés, como la de que tales otras habían reñido públicamente por un zuavo, como la de que algunos mexicanos habían sido ultrajados por los oficiales extranjeros, sin oponerles ninguna resistencia; como la de que se habían cometido tales y cuales desacatos en el seno de las familias que tenían alojados, y cuando en fin se me aseguraba que los que llevaban la peor parte, por que tenían que sufrir toda clase de humillaciones é insultos, eran los desgraciados que llevaban en sus frentes el estigma de los traidores á la patria y que con ese nombre de maldición que se aplicó por primera vez á Judas Iscariote, eran conocidos y tratados. Estos eran vistos con el mayor desprecio por los franceses, y jefes de categoría hubo, según se decía entonces, que fueron arrojados de la presencia de aquellos á puntapiés.

Todo esto punzaba en lo más vivo de mis sentimientos patrióticos, y me parecía imposible tener la presencia de ánimo suficiente para tolerarlo. Pronto debería ser también una víctima expiatoria.

Tendí la vista hácia todos lados buscando un aduar republicano en donde refugiarme: busqué un núcleo de fuerza armada en que guarecerme y prestar mis débiles servicios. ¡No había nada que no estuviera desmoronándose! En Michoacán había un general Régules que apenas daba señales de vida; en Sinaloa había la campaña con muy poco éxito el general Coro-

na, militando á sus órdenes según nos contaban, gentes que no se sugetaban á la disciplina y ya me tenían escabroso las escenas de espanto; en Oaxaca había caído prisionero el mismo Porfirio Díaz que era la esperanza más consistente de los patriotas. Por todas partes la defensa nacional estaba abatida, más que eso, estaba espirante. ¿Qué hacer? ¿á qué decidirse?

Me parece que tomé la mejor de las resoluciones, dadas las circunstancias en que me hallaba. Supuesto que el espíritu público estaba aletargado, lo primero era contribuir á que este despertara. Después del vencimiento casi general había que provocar una reacción en el seno mismo de la patria, dominada pero no vencida. Tomé á mi cargo, sucediéndome lo que me sucediera, publicar un periódico republicano siguiendo el espíritu de otros que estaban ya en la liza, como «La Sombra» en México, la «Idea Liberal» en Puebla y el «Cornetín» en Veracruz. El mío debía ser redactado en estilo jocoso que es el que más se presta para desprestigiar á una administración cualquiera. El hombre más grande puede caer de su pedestal cuando llega á aplicársele propiamente una frase ridícula, como mató Víctor Hugo á Luis Bonaparte, llamándole «Le petit Napoleon.» No hay, no puede haber una ametralladora de mejor éxito que la prensa manejada con ironía, con burla, con mordacidad. Es el género que gusta más al pueblo, el que todos entienden y el que deja en el espíritu huellas más duraderas.

Yo intitulé á mi periódico *El Payaso* é hice todos los esfuerzos posibles para no dejarme arrastrar de la

pasion, y para abstenerme de la diatriba vulgar, man-
teniéndome en una línea que tuviera siquiera visos de
sér espiritual.

El periodismo hasta entónces en Guadalajara ha-
bia estado en una inconmensurable pequeñez. Jamas
se habia sostenido por sí misma una publicacion, ni
habia pasado del modesto tiro de 300 ejemplares, en
la época de mayor efervescencia electoral. Así es que
yo no planteaba una empresa ni establecia un nego-
cio, no aspiraba mas que á conseguir que mi periódico
pudiera sostenerse por sí mismo. Yo tenia asegu-
rada mi subsistencia ejerciendo en lo particular mi
profesion en algunos asuntos de arbitraje.

Los resultados aventajaron muchísimo á mis espe-
ranzas. Desde que apareció el primer número del *Pa-
yaso*, fué recibido por el público con entusiasmo y so-
licitado por todos con avidez. No habia casa de ami-
gos ó enemigos en donde no tuviera pasaporte segu-
ro mi humilde publicacion, que poco á poco fué per-
diendo la humildad, cobrando brios y haciéndose el
terror de los imperialistas.

La prensa liberal, que era entónces muy reducida,
saludó con entusiasmo al nuevo campeón de la Repú-
blica, y la enemiga que abundaba, le pronosticó des-
de luego una corta y azarosa existencia.

Para neutralizar el gran prestigio que adquirió *El
Payaso* en todos los pueblos de Jalisco, se establecie-
ron sucesivamente algunos periódicos en Guadalaja-
ra, pagados por el Imperio, empleando á sus escrito-
res de más nota; pero yo estaba de fortuna, al ménos,
en esa clase de combates; y pude hacer flotar mi pen-
don triunfante por encima de todos ellos.

Aquí es preciso hacer una confesion que me cuesta
mucho dolor: el Imperio dió una libertad más am-
plia á la prensa que la que ha tenido relativamente
hablando, en algunas de nuestras administraciones
republicanas, particularmente en los Estados que es-
tán léjos del centro. A lo ménos mientras la guerra
no llegó á ponerse de punto, mientras era insuficien-
te á producir alarma á las capitales, los que tuvimos
periódicos, pudimos escribir en ellos cuanto se nos
ocurrió; ya se recuerda todo lo que dijo *La Sombra*
en México y en Jalisco se supo muy bien que el *Pa-
yaso* nunca estuvo á la zaga de ningun periódico repu-
blicano.

El pueblo se conmovia un poco con las exhortacio-
nes de la prensa, pero nuestros esclarecidos liberales
volvian á ambos la espalda. Algunos, que ocuparon
despues posiciones encumbradas, tenian que hacer
manifestaciones públicas de que no tomaban parte en
la redaccion de las hojas republicanas, queriendo ale-
jarse alguna ruda persecucion que ya veian en pers-
pectiva. Pero si no teniamos el apoyo de nuestro par-
tido, tampoco podiamos contar con la mansedumbre
á todo trapo de las personas que se denominaban
autoridades y que sólo esperaban una oportunidad pa-
ra hacérnoslas pagar todas juntas.

¡Y que perjudicial suele ser para algunos hombres
su firmeza de principios!

No lo digo por mí que cuando ménos tenia vida y
esperanzas de prodigarla.

Al estilo de entónces, en que todavía no se daba
ninguna ley conforme á la que tuvieran que regirse
las publicaciones periódicas, luego que la autoridad

observó que el *Payaso* hacía mas mal al Imperio del que al principio se había imaginado, dió una orden terminante y sin apelacion para que se suspendiera por dos meses. Ni siquiera fué permitido que apareciera el número que estaba en planta el cual se repartió clandestinamente.

Mientras pasaba el término de la suspension me dediqué á conspirar de un modo casi inocente, pues que no habia ni la mas remota probabilidad de que los simpatizadores de la buena causa pudiéramos hacer algo de provecho.

A los dos meses fué nombrado prefecto político D. Mariano Morett, siendo Comisario Imperial el Lic. D. Jesus López Portillo y me consideré con más garantías para continuar publicando el *Payaso*. El primero era mi buen amigo y el segundo era mi amigo y habia sido mi maestro. En ambos dominaba un espíritu tolerante, fuera del cariño que en lo particular me profesaban, y podia contar con que iba á poder ensartar mis críticas contra la institucion monárquica con alguna más de tranquilidad. El primero que era, y lo debe ser todavía, hoy que está metido en su administracion de correos de San Luis Potosí, hombre de buenas intenciones y liberal honrado, me referia muchas veces los abusos de sus compañeros con la intencion de que los publicara lo cual me apresuraba á verificar invariablemente.

Se expidió entónces una especie de ley sobre la prensa que más bien marcaba trámites para suprimir periódicos, y conforme á ella me dirijió mi maestro el Comisario Imperial, una *primera advertencia*.

Esta primera advertencia, que no tenía mas objeto que tenerme cerca de la segunda, fué originada por un parrafillo insignificante en que se hablaba de ladrones. El secretario de la prefectura Sor. Lic. Estevan Alatorre se enconó contra el *Payaso* enderezándole una filípica terrible, esto es, se salió de los términos de la ley redactando una advertencia que más bien parecia un libelo infamatorio. De estas advertencias no era lícito defenderse.

En toda esa época, y esto sirva como un paréntesis, pude estar muy al tanto de cuanto pasaba en las regiones oficiales, gracias á que tenia amigos muy adictos empleados en la Comisaria Imperial, en la Prefectura y en la Alcaldía Mayor que me llegaron á facilitar copias de documentos importantes. Así pude saber que el prefecto de Colima hacia una guerra sin cuartel al *Payaso* diciendo que era un vota-fuego que no debía tolerarse, publiqué entonces yo mismo el extracto de sus notas principales que iban con el carácter de reservadas. Tambien fui el primero en esa vez que tuve conocimiento de una circular secreta expedida por uno de los ministros imperiales contra el periodismo, lo mismo que de los recelos que abrigaba el gabinete de Maximiliano respecto de las relaciones que tuvieran Francia y los Estados Unidos con el Presidente Juarez recomendando que se interceptara toda correspondencia liberal. Principalmente me fueron muy útiles esos avisos cuando se trataba de medidas dictadas contra la revolucion y sus adeptos, pues con ellos pude salvar la vida á algunos amigos en ese triste tiempo.

El *Payaso* recibió la segunda advertencia, muy en su lugar, por un artículo bastante atrevido. En él se decía cuando ménos que era un síntoma seguro de que la opinion general no estaba por el imperio el de que fuera sostenido en la prensa únicamente por los periódicos pagados. La advertencia llevaba invitación un mes de suspensión.

En su último periodo se precipitaban ya los acontecimientos. El gabinete de Washington apresuraba la salida de los franceses; *L'Ere Nouvelle*, y *L'Estafette* se habían declarado contra la política de Maximiliano, los triunfos de los republicanos empezaron á hacerse frecuentes y el imperio mismo y sus partidarios comenzaban á sentir como los ruidos de un volcan en las entrañas de la tierra. Entonces apareció el *Payaso* en dobles dimensiones. Por cierto que ya no permitieron que salieran más que nueve números, pero en ellos quedó agotada la materia de lo que podía decirse en tales circunstancias. El Alcalde Mayor que siguió despues de Morett, y que era por cierto uno de mis amigos, fué el instrumento de que se valió el poder para terminar con mi periódico y entonces recibí la tercera y última advertencia. Como se mandaba que esta fuera publicada en las primeras líneas. daban la oportunidad de buscarle salida al postrer desahogo.

El *Payaso* se despidió con todo el brio de un campeón leal que no ha podido ser vencido en la arena, haciendo reír y llorar á la vez a tantos y tan buenos amigos como tuvo.

El *Pájaro Verde*, y otros órganos imperialistas le

cantaron un *de profundis* haciéndole los elogios acostumbrados.

El emperador mandó solicitar una coleccion del *Payaso* por conducto del Comisario Imperial.

Para concluir con la historia del *Payaso*, que bien caro me costó un poco despues, diré solamente que todavía en su número último se atrevió á decir con todas sus letras: «ha acabado por fin el combate de las palabras y va á seguir el triunfo de los hechos. ¡Victoria por la República!»

canaron en de algunas ciudades los ejércitos

campesinos.

El conde de San Mateo solicitó una colección del V.

para por conducto del Comandante General

para conducir con la paz y la armonía

esto me costó un número de ejércitos

tozaba en su número de ejércitos

todas las cosas que se hacían en las

partes y en las partes de los ejércitos

en por la República.

CAPITULO XX.

UNO DE LOS MIL EPISODIOS.

Después de concluida la capitulación, el convenio, ó lo que se le quiera llamar, arreglado en parte con el general Oronoz en Colima y en parte con un jefe francés en Sayula, Echegaray, Zenea y otros jefes tomaron el camino del interior, D. Julio Garcia se estableció en Guadalajara lo mismo que se encontraban allí ó en los alrededores otros generales como Galvan, Solis, Vega, Cuervo, Echeverría etc. no siendo pocos los jefes liberales que estaban aquí y allá completamente ocultos esperando la oportunidad de lanzarse á la pelea con cualquier elemento de combate.

El coronel Apolonio Angulo, que fué hecho prisionero en Oaxaca al lado del general Diaz, llegó en ese tiempo á Guadalajara libre ya de la prision que

se le habia hecho sufrir en Puebla. Habia pues, bastantes jefes con quienes poderse poner en contacto para conspirar contra el Imperio, y pusimos manos á la obra. Con lo primero que tuvimos que tropezar fué con la gran vigilancia de que éramos objeto: fué necesario recurrir á medios extraordinarios para podernos mantener en comunicacion. Inventamos al efecto un abecedario de señas, una clave de palabras, y un telégrafo de señales, y de este modo llegamos á ponernos de acuerdo en un plan general de insurreccion que debia estar apoyado en los movimientos parciales preparados con alguna paciencia en las poblaciones de Jalisco. Estos fracasaron poco á poco y el principal tuvo que seguir igual suerte.

Referiré como una muestra de nuestros trabajos lo que sucedió en Cocula.

El coronel Angulo fué el designado para establecer la línea militar en el Poniente de Jalisco. La chispa debia prenderse en Cocula para que de allí corriera como un reguero de pólvora conmoviendo á los pueblos de Ameca, Ahualulco, Tequila, Etzatlan etc. El valiente coronel D. Trinidad Rodriguez, que habia sido uno de los agentes más eficaces para preparar el movimiento, estaba de antemano en aquella poblacion. Contaba ya con la pequeña guarnicion que allí habia, ménos con los oficiales. Rodriguez para mayor seguridad quiso entenderse con ellos mismos y esto fué lo que vino á trastornar el hilo de los sucesos. Los oficiales fingieron encontrarse de acuerdo para descubrir por este medio todos nuestros planes. Ocurrieron á Angulo, para que se los explicara, pues que

Rodriguez pensó que habia llegado su última hora.

solo conociéndolos podian aventurarse á jugar la partida.

—¿De qué partida se trata? pregunto Angulo.

—¿No es vd. el general que viene á mandar la línea?

—Ni yo soy general ni sé de que línea se trata.

—Pues es que el coronel D. Trinidad Rodriguez, nos ha hablado....

—No lo conozco; yo vine á ver á mi familia.

Los oficiales se hicieron sospechosos para con Angulo y por tal motivo se manifestaba ignorante de lo que pasaba; pero no por eso dejaron aquellos de dar parte violento á Guadalajara, recibiendo órdenes en seguida para aprehender y fusilar á aquellos dos jefes.

En efecto, se apoderaron de Rodriguez, escapándose Angulo que corrió á ocultarse en Guadalajara.

Trinidad Rodriguez fué metido en un calabozo y cargado de cadenas: al dia siguiente debia verificarse la ejecucion sin forma de juicio. Todos cuantos medios de seguridad se juzgaron eficaces, fueron puestos en vigor para que el preso no pudiera escaparse. No solo estaba encerrado con cerrojos entre cuatro paredes, sino encadenado de piés y manos y rodeado de centinelas.

Al oscurecer sintió que se abria la puerta del calabozo y que un hombre se acercaba andando con las puntas de los piés al lecho donde se encontraba prostrado.

Rodriguez pensó que habia llegado su última hora.

—Mi coronel, dijo una voz apenas perceptible, soy el sargento de la guardia.

—¿Que se ofrece? preguntó el preso sobresaltado.

—¡Chist! dijo el sargento, no haga vd. ruido.

—Pero que es lo que hay?

—¿Quiere Vd. salir de aqui?

Rodriguez se sonrió ante semejante ofrecimiento, juzgándole cuando ménos absurdo, si es que no venia oculta tras él una celada.

—Soy sargento, insistió aquel queriendo dar á su voz, apenas perceptible, el acento de la sinceridad, soy sargento y dispongo de la guardia.

Como por desesperada que sea la situacion de un hombre siempre se halla dispuesto á asirse del más ténue rayo de esperanza, Rodriguez contestó incorporándose:

—Y bien, en caso de que eso sea posible, ¿que es necesario hacer?

—Confiar en Dios, mi coronel, lo demás corre de mi cuenta.

—Cual es tu proyecto?

—A las doce de la noche en punto damos el golpe.

—Qué golpe?

—¡Chist!

—Vamos, pues, adelante y suceda lo que suceda...

—Hasta luego, mi coronel. A las doce en punto ¡alerta!

—Gracias!

Rodriguez le estrechó la mano en la oscuridad y el sargento se alejó haciendo como que revisaba las ce-

rraduras porque había escuchado las pisadas de los centinelas que hacían el relevo.

—Hubiera visto siquiera el semblante de ese hombre, murmuraba Rodríguez, era indudable que en sus ojos descubriría si era verdad ó mentira...

De todas maneras le vino una ansiedad la más espantosa y empezó á contar desde aquel momento no solo las horas, sino los cuartos y los minutos.

A cosa de las once de la noche percibió algún rumor, aplicó bien el oído y pudo notar que los soldados hacían líos con sus frazadas, cargaban las armas á la sordina y se cambiaban palabras en que no se oía el metal de la voz sino el soplo de la respiración.

El sargento de la guardia se paseaba á lo largo del corredor silbando muy quedo para disimular su agitación.

El corazón de Rodríguez palpitaba con tal fuerza, que parecía querer romperle el pecho: él se lo sujetaba con las dos manos temiendo que los latidos fueran á despertar á los oficiales.

A los cinco minutos el movimiento dejó de percibirse: todos se habían acostado y el silencio que se sucedió fué tan profundo que ya no se escuchaba más que el latir apresurado del corazón de Rodríguez.

Dieron los tres cuartos para las doce en un reloj vecino.

Los quince minutos que siguieron fueron de verdadera angustia para Rodríguez y le pareció que duraban una eternidad.

—¿Me habrán engañado? se preguntaba, ¿se atre-

verán á dar el golpe? Qué interés han de tener esos infelices en jugar su vida por salvarme....?

¡Ah! sí, pueden ser muy bien trabajos de mis amigos que no han podido dejarme abandonado.

Todo el que se encuentra así, cree que no le abandonan sus amigos.

Al fin sonó la primer campanada de las doce... se oyó la segunda... los soldados comenzaron á incorporarse... un centinela tosió como si fuera una señal convenida. Al dar la última campanada, los soldados estaban de pie y un tiro había resonado. ¡Acababa de morir el comandante de la guardia!

Aquel tiro fué la señal de alarma y comenzó una lucha encarnizada y terrible. Mientras unos soldados respondían al fuego de una parte de la guardia que no había querido sublevarse, otros pugnaban por abrir la puerta del calabozo de Rodríguez, cerrada con cerrojos y sin que nadie supiera quien podía tener la llave. Algunos empezaron á disparar sus armas sobre la cerradura, y otros quisieron incendiar la puerta con el fuego de los fusiles.

Rodríguez estaba corriendo el mayor peligro de que lo asesinaran sus defensores, pues llovían las balas en torno suyo.

Al fin, al impulso de un esfuerzo combinado, la puerta vino abajo, y los insurrectos tuvieron un jefe inteligente y resuelto, pero este jefe no podía moverse por el peso de las cadenas.

—¡Maldición! exclamó el sargento, cómo no las llamamos anoche.

Y dió la orden de que fuera sacado en brazos. Entónces comenzaron las nuevas angustias. ¿Cómo harían para libertarlo de aquellos hierros inmediatamente? Hubo también á quien se le ocurriera romper las ligaduras á balazos.

Un herrero de la poblacion advertido á tiempo ó adivinando lo que pasaba, llegó oportunamente con sus instrumentos y se puso á trabajar con verdadera heroicidad en medio de los silbidos de las balas.

Entónces se verificó una escena tristemente conmovedora: la jóven esposa de Rodriguez, que se encontraba con algunas personas de su familia residente allí, en una casa inmediata, al oír los tiros se figuró que estaban pasando por las armas á su marido y salió á la calle llevando á sus dos niñas en los brazos.

A pesar de que el fuego de la fusilería era nutrido, el amor conyugal se sobrepuso al natural temor en un corazon femenino y la intrépida jóven llegó hasta echarse en brazos del sér amado que buscaba. Viéndole que estaba en camino de encontrar la salvacion, derramó lágrimas de enternecimiento y se alejó solo en virtud de reiteradas súplicas, con la ansiedad que es consiguiente á quien deja corriendo el mayor peligro á la mitad de su alma.

Luego que se vió libre el coronel Rodriguez de aquellas dobles cadenas, dió organizacion á su pequeña tropa y contestó al vigoroso ataque del otro oficial que habia recogido ya la fuerza que estaba en el cuartel cayendo sobre los fugitivos con el ímpetu de la superioridad. El resultado del combate no se

hizo esperar mucho: el segundo oficial también murió y los soldados tuvieron que dispersarse.

Aquellos dos desgraciados oficiales fueron víctimas de la misma intriga que ellos habian urdido pagando con la vida su villana accion.

Todavía esperaba á Rodriguez en aquella madrugada un lance mucho mas sério. Habia vuelto apenas al lado de su familia, la cual no se cansaba de bendecir á Dios por aquel milagro, pues que solo por un milagro podia estar libre á aquellas horas en que estaba ya condenado á muerte, apenas comenzaba á reponerse de la fatiga, cuando vinieron á avisarle que una fuerza enemiga, toda montada, estaba entrando en la poblacion.

Mandó ensillar y, se encontraban sus mozos en esa operacion, cuando se oyó el tropel de los caballos.

Una ansiedad mortal se pintó en los semblantes de aquella desgraciada familia.

Con los alientos querian dar alas á Rodriguez para que pudiera salvarse.

Luego que el caballo estuvo listo, mandó abrir la puerta de par en par, dió una mirada de despedida á su mujer y á sus hijos, hincó las espuelas en los hijáres del brioso animal y salió á la calle con la velocidad de un relámpago.

La fuerza enemiga que estaba muy inmediata, le vió salir y fué seguido tan de cerca que casi le disparaban las pistolas á quemarropa.

Hubo un momento en que se vió cercado por to-

das partes por el enemigo que le hacía una encarnizada persecucion, tratando de cogerlo vivo ó muerto.

El caballo era excelente y pudo sacarlo sano y salvo de la poblacion.

Pero los perseguidores eran muchos y tambien llevaban buenos caballos. El jefe exhortaba á sus compañeros diciéndoles:

—Seria una vergüenza para nosotros si lo dejáramos escapar. Un esfuerzo más y es nuestro.

Hubo instantes en que Rodriguez corriendo por aquellos campos, á la ventura, y encontrándose continuamente con obstáculos imprevistos se juzgaba perdido.

Por fin llegó al bordo de una barranca profunda que era imposible salvar.

—Ahora sí, exclamó lleno de gozo el jefe, que iba siempre por delante en la persecucion.

Rodriguez, sin perder un segundo ante la disyuntiva de ser fusilado á la vista de su familia ó de morir despoñado, escogió el último estremo y abandonando el caballo se precipitó en el abismo.

Los perseguidores se detuvieron aterrados.

Ninguno hubo que se atreviera á seguir al fugitivo en tan peligroso descenso.

El jefe se contentó con exclamar volviendo las riendas de su caballo:

—¡Ya es muerto!

Sin embargo, Rodriguez estuvo en esa misma no-

che en Cocula en el seno de su familia precisamente á la hora en que los imperialistas estaban celebrando su derrota y su muerte.

¡Y estos terribles episodios, casi no eran notados ni notables en aquella época!

ocurrió á ocultarse en Guadalajara en la casa del Sr. D. Isidro Rodriguez, á la vez que este se encontraba en su negociacion de Tequila.

Con todo género de precauciones, era como lo grábamos los amigos de Angulo visitarlo en aquel encierro, que era vigilado como lo eran todas las casas sospechadas siquiera de no ser afectas á la monarquía. Ocupaba aquel un cuartito colocado en lo alto de la casa, á guisa de mirador, en el cual tenia que pasarse los dias y las noches encerrado completamente. A veces se paseaba por las azoteas desde que comenzaba á oscurecer é iba á contemplar las calles y á ver á las gentes que paseaban á favor de los rayos de la luna.

En una de esas noches habia prolongado hasta más tarde la hora de su paseo: la noche estaba espléndida y se habia sentado al borde de la azotea que daba para la calle extasiado con el espectáculo que ofrecia la luna llena esparciendo raudales de blanca luz sobre el agrupamiento de edificios que tenia delante.

Distraido con esta contemplacion no observó que habia unas personas detenidas en la acera de enfrente y que habian alzado la cabeza á mirarle como queriéndole reconocer.

Angulo estaba alelado contemplando la luna.

Las dos personas que se habian detenido enfrente hablaban en voz baja.

De repente uno de aquellos individuos dijo con voz fuerte dirigiéndose al de la azotea.

—¿Que haces tu allí?



Otra escena de emociones, pero con incidentes algo cómicos se representó á los pocos dias de los sucesos que acabo de referir, en Guadalajara.

Pido perdon al lector si encuentra triviales ó cosas, algunas de mis relaciones: escribo lo que se refiere á aquella época por el orden en que lo consigna mi libro de memorias. Yo no tengo la culpa si no son todos los acontecimientos igualmente interesantes y conmovedores.

Mi amigo el general Apolonio Angulo, que pudo salvarse milagrosamente de la prision y muerte que le amagaron en Cocula, burlando la encarnizada persecucion que le hicieron las autoridades imperialistas,

Angulo confundió aquella voz con alguna de sus amigos y contestó con llaneza:

—Yo tomo el fresco, y tú, ¿que andas haciendo á estas horas?

—¡Heini! dijo el de la calle con cierto tono en que demostraba que no le habia gustado el tutco.

—¡Bonita noche! dijo Angulo comenzando á inquietarse, pero queriendo continuar de broma agregó: ¿te gusta?

—¿Quién es vd? dijo el de abajo con toda la entonación de una autoridad.

—¡Sopla! murmuró Angulo, por lo bajo, pero no queriendo manifestarse desconcertado agregó:

—¿Y Vd. quien es?

—Ahora sabrá vd. quien soy, dijo el que habia estado llevando la voz, con tono mas que amenazante.

En seguida aplicó á sus labios su pito de sereno, con el cual produjo un sonido particular que atrajo á poco tiempo á cinco ó seis agentes de los de la policia.

¿Quién habia de ser el que estaba en la calle? Apolonio Angulo pudo reconocerlo con la primera luz del primer farol que se le aproximó. ¡Era nada más que el Alcalde Mayor D. Santiago Aguilar! Un magnífico hombre, pero una autoridad intransigente.

La esposa de D. Isidro Rodriguez que ocupaba el piso bajo, observó desde su alcoba lo que estaba pasando, se vistió apresuradamente y saltó del lecho.

En esos momentos el Sr. Alcalde Mayor daba tres golpes sonoros en la puerta con el mango de su pistola.

La esposa de Rodriguez, inteligente y perspicaz, aunque ya estaba levantada, se asomó á una ventana envuelta en ropas de cama y dijo á los que llamaban:

—Permitánme Vds. vestirme en un momento, para poder salir á abrirles la puerta.

Corrió entónces al interior de la casa y despertó á uno de los dependientes.

—Pronto, le dijo, vistase Vd. y suba á ocupar el puesto de una persona que se encuentra en el cuarto de arriba.

El dependiente abrió azorado los ojos sin poderse dar cuenta de lo que pasaba.

—No tarde Vd., hombre: ¡presto! despues sobrá tiempo para las explicaciones.

En seguida tan apresuradamente como le fué posible salvó los treinta escalones que habia para llegar al cuarto que se encontraba en la azotea.

—Huya Vd. coronel, dijo la señora empujando casi á Angulo que todavía no sabia que partido tomar.

—Pero señora.....

—Huya Vd., pero pronto..... pronto..... ¿No ve Vd. que si lo aprehenden aquí ahora, es seguro que lo fusilan mañana?

—¿Y á donde he de huir?

—A donde pueda, el caso es que no le encuentren aquí el Alcalde Mayor y sus gentes.

Y como no habia tiempo de hacer consideraciones ni de entrar en detalles, entre la señora de Rodriguez y el dependiente que habia llegado á ocupar su

puesto, comprendiendo ya una parte de la historia, empujaron casi al coronel Angulo, el que se deslizó por las azoteas, yendo á descolgarse en la casa de un antiguo amigo nuestro, del Lic. Atenógenes Andrade, que se habia refugiado allí huyendo del Prefecto de Colima.

Las gentes de esa casa se alarmaron naturalmente, y mientras Angulo trataba de tranquilizarlas, explicándoles que era un prófugo que buscaba por allí salvacion, la señora de Rodriguez despues de haber aleccionado brevemente al dependiente que habia ocupado el lecho de Angulo, bajó á abrir á los agentes de la policia.

El Sr. Alcalde Mayor penetró á la casa seguido de ocho hombres con sus linternas, los cuales se esparcieron por las piezas buscando á la persona sospechosa de la azotea y no encontraron mas que á otro dependiente y á un mozo que no podian infundir sospechas.

Despues de haber registrado la parte baja sin éxito alguno, se dirigieron todos á la parte superior, donde, como he dicho, á guisa de mirador habia un solo cuarto en medio de prolongadas azoteas. Allí no era posible que pudiera escaparse nadie de ser encontrado: el cuarto era uno solo y las azoteas estaban tersas. Pronto dió el Alcalde Mayor con el dependiente que estaba ocupando el lecho del perseguido y le preguntó:

—Quien era el que estaba en el borde de la azotea?

—Yo, contestó el dependiente con voz de flautin.

—Levántese Vd.

El dependiente se levantó en paños menores.

—Vd. es bajo de cuerpo y delgado, dijo el Alcalde Mayor volviendo la vista á todos lados en busca de su verdadero hombre, y la persona que me habló es gruesa y corpulenta.

—Era yo, volvió á decir el dependiente con su voz aflautada.

—Esa voz tambien.

La señora de Rodriguez estaba detras de todos, pudiendo apenas contener la risa.

Luego agregó el Alcalde Mayor:

—Y en la suposicion de que sea Vd. el que me habló con otra voz y con otro cuerpo desde aquella azotea que vé á la calle, ¿que hacia Vd. allí?

—No podia dormir, Señor, y me fuí allí á tomar un poco de fresco.

—¡Hum! pronunció el gefe con aire de perfecta incredulidad, el verdadero pájaro se nos ha escapado.

—Aquí no hay pájaro ninguno, exclamó la señora de Rodriguez fingiendo enojo, Vd. puede registrar otra vez la casa. . . . Sobre todo, Vd. sabe que mi marido está ausente. . . .

D. Santiago que era caballeroso con todo el mundo y fino en extremo con las damas, reparó en que estaba causando, tal vez sin motivo, alguna molestia á la Señora de Rodriguez, presentó sus excusas y se despidió de ella haciendo salir por delante á toda su gente.

—Buena broma nos han jugado, dijo el Alcalde Mayor preocupado con lo que acababa de suceder, cuando estuvo en la calle.

—Pues de quién cree Vd. que sea la voz de la persona que le habló? le dijo el sargento.

—De Apolonio Angulo á quien conozco como á mis manos.

—Está aquí el coronel?

—Se escapó de Cocula y hubo quien me dijera que lo había visto entrar á esta ciudad.

—En ese caso, mi jefe, me permito indicar á Vd. que nos quedemos cuidando las casas inmediatas.

—Es preciso tener cercada toda la manzana y llevar un apunte minucioso de las personas que entren y salgan. Con una persona sola que lleguemos á encontrar sospechosa, se puede responder de que nos vengaremos de la burla que nos ha jugado la Sra. de Rodríguez.

Esto pasaba en la esquina de la calle, en donde se perdieron cinco minutos más arreglando perfectamente aquel servicio.

Entre tanto Angulo había tenido tiempo de disfrazarse con ropa de paisano que le proporcionó Andrade: cuando los policías llegaron á acupar su puesto, el fugitivo se encontraba en mi casa que no estaba lejos del punto en donde se había verificado la aventura.

Al día siguiente salió de Guadalajara para ir á incorporarse con el general García de la Cadena que con algunos *chinacates* ocupaba el cañón de Juchipila.

Incidentes de esta naturaleza, en que la vida de los hombres dependía las más veces de una circunstancia casual, acontecimientos más ó menos tristes, más ó menos desgraciados, más ó menos desgarradores, más ó menos violentos, se verificaban diariamente en todas las poblaciones del país durante aquella aciaga época.

Se necesitaría llenar volúmenes para referir siquiera los más culminantes entre los que supe y presencié, así pues, paso por alto otros muchos para continuar contando mis propias.... aventuras, iba á decir, en vez de desventuras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA CÁRCEL

El hecho más positivo era que nuestros planes en el terreno de las luchas, cuando todos los días, fuera por falta de elementos, fuer por las torpes, las de nuestros amigos o por la incesante vigilancia que tenían puesta los habitantes sobre todos los que entráramos en casa como si fuéramos á las instituciones republicanas.

De ahí se derivaba al momento la oportunidad de algunas de las presentadas en esta obra.

Una de ellas que me ha dado mucho gusto es la que se refiere al organizarse por Gómez y de que se trata alguna otra de nuestras instituciones.

Para que el tiempo no se pierda al todo, me puse á publicar esta obra, que espero sea de utilidad.

mas ferviente culto, en cada uno de nuestros corazones.

Cada noche de funcion en el Teatro era una fiesta para todos nosotros.

La autoridad encontró que aquel entusiasmo sobrepasaba los límites y prohibió que se cantara la ópera de Los Puritanos para que no oyéramos el duo de las banderas.

En una noche fué sacado del teatro D. José M. Castaños y algunas otras personas por haber levantado demasiado las manos para aplaudir.

Un joven de 15 años, hijo de D. Lázaro Pérez persona muy respetable en Guadalajara, fué llevado á la cárcel por haber saludado á la Peralta con mayor grado de entusiasmo que el que era permitido.

Llegó la noche en que el Ruiseñor Mexicano cantaba por la última vez en nuestro gran Teatro de Alarcón improvisado casi para que ella lo estrenara, y el público en masa concurrió á oír por última vez á su prima donna favorita. Se cantaban diversos actos de óperas, concluyendo con el último de Un Ballo in Maschera en que ella hacía el papel de paje.

El joven esposo de la Peralta, que había sido mi compañero de colegio y á quien no conocíamos en Guadalajara, como Castera, sino como Eugenio Nicol por haberse educado en la casa del viejo Nicol, me comprometió delante de ella, con quienes también cultivé amistad íntima, á que le dijera algo aquella noche. ¿Que había de hacer? El talento de aquella gran artista me tenía extasiado; además, hubo otras circunstancias que no pude desatender y á riesgo de

todo me presenté en pleno teatro al ser llamada á la escena por la centésima vez y tuve quien sabe si el valor ó la insensatez de recitarle una poesía compuesta por mí para aquella noche, con sus alusiones indispensables.

Una de mis estrofas decía:

¡Ah! de tantas alegrías,
Nos quedará la memoria!...
Hoy las penas son impías...
Tal vez en mejores días
Amarémos mas tu gloria.

No se necesita agregar que mi composición fué aplaudida con frenesí. Estábamos dominados por la ley del sable y divisábamos en el porvenir una perspectiva de libertad, ¿cómo no habíamos de dar expansiones á nuestro aprisionado entusiasmo?

Angela Peralta conmovida, quizás electrizada por la solemnidad del momento, se precipitó en mis brazos, significando así que estrechaba en su seno á todos los buenos mexicanos: el público se puso entonces delirante. El escenario se inundó materialmente de flores, y cuando ya no había flores que arrojar, llovieron sombreros, capas, abrigos de señora y cuanto se encontraba que pudiera significar una manifestación de simpatía.

La orquesta por sí sola, sin ser impulsada por nadie, tocó ruidosas y alegres dianas.

Como por encanto se llenó el teatro de cirios encendidos para sacar en procesion á la querida artista me-

xicana. Alguno dijo en medio del tumulto que era necesaria esta ovacion, y fué hecho todo lo que se requería con la prontitud de un relámpago.

Los gritos de entusiasmo, continuaron mientras Angela Peralta cambiaba de traje y yo pude escabullirme huyendo en parte de las consecuencias, bien que estas me importaban ya poco á la altura en que nos encontrábamos.

Mi casa estaba cerca del teatro, la procesion pasó por allí y algunos de los que iban en ella me nombraron, empezando á pedirme á voces. Salí al balcon y saludé; pero se manifestaba gran empeño en que dijera alguna cosa. El momento se presentaba comprometido porque el Alcalde Mayor en persona habia dado el brazo á la Peralta para responder mejor de la tranquilidad pública. Toda la comitiva estaba detenida delante de mis balcones: tuve entónces que revestirme de resolucion, y pronuncié estas breves palabras:

—¡Saludo al genio! ¡Saludo á los que lo comprenden y lo admiran! En este instante, en que se presenta á nosotros como el símbolo de la libertad, desearia que todas esas hachas se convirtieran en fusiles y que todas esos corazones mexicanos palpitantes de entusiasmo, fueran otros tantos cañones que pudieran volverse contra aquellos á quienes puede considerarse hoy como enemigos de la patria.

Yo callé y el Alcalde Mayor hizo impulso para que la comitiva pasara adelante; pero como la multitud insistía en que yo continuara hablando, victoreé al pueblo y á la artista mexicana, saludé y me metí.

El dado estaba ya tirado: ménos que eso se necesitaba en aquellas circunstancias para ser llevado á una prision. La mia no debia tardar supuestos aquellos antecedentes y desde luego me dediqué á hacer mis preparativos para evadirme de Guadalajara. Algunos amigos estaban dispuestos á acompañarme y solo nos faltaba proporcionarnos unos pasaportes que yo podia adquirir, pues no habia camino que no estuviera estrictamente vigilado. La ley marcial estaba decretada y sin necesidad de ella se fusilaba á todos los sospechosos que eran encontrados fuera de las poblaciones.

Nuestra situacion acabó de decidirse con la órden de suspension dictada por el Comisario imperial contra el *Noticioso* que yo redactaba. Esto dió márgen á otra nueva imprudencia mia, pues consideraba ya insufrible semejante yugo. Mandé fijar en todos los lugares públicos unas tiras con el siguiente relato: "Por órden del general D. Ignacio Gutierrez se suspende la publicacion del *Noticioso*. Se despide de sus lectores hasta mejores dias."

Se produjo el escándalo consiguiente: la policia fué encargada de arrancar las tiras y de buscar al editor responsable. Tenia pues tiempo de huir mientras se practicaba la inquisitoria. Ya todo estaba listo y solo me faltaba recoger algun dinero de mis clientes para dejar asegurada la subsistencia de mi familia.

El dia 12 de Noviembre de 1866, fué el designado para salirme de la ciudad. Me levanté temprano y salí á la calle para hacer mis últimos arreglos. En la noche anterior fueron aprehendidos el coronel Casimiro Paz y Celso Ceballos, sin motivo que justificara

el procedimiento. Quizás era tiempo de salvarme todavía, observando algunas pequeñas precauciones.

Volví á mi casa llevando un pequeño obsequio á mi esposa.

—Voy otra vez á la calle, la dije, si no vuelvo á comer es porque estoy preso.

—Pues no salgas, me dijo ella llorando.

—Es de todo punto preciso, le contesté abrazándola. Y me marché.

Tenia, nada menos, que recoger en la Prefectura los necesarios pasaportes en blanco que debia proporcionarme un amigo.

Un jóven llamado Juan Villa que habia sido mi condiscípulo de colegio y que á la vez se encontraba empleado, me saludó muy afectuoso y me dijo tomando su sombrero:

—¡Cuánto me alegro de verte por aquí! Tengo un asunto muy importante que comunicarte. En cinco minutos estoy de vuelta: me ha mandado llamar el Prefecto.

Algo encontré de extraño en todo esto, pero nunca me figuré que Juan Villa fuera un delator.

—¿Que deseabas de mí? le pregunté cuando volvió.

—Nada, me contestó con la voz alterada, creia que traías algun negocio en que pudiera servirte.

—¡Ah! comprendo, murmuré tristemente.

Y nos despedimos.

Al salir del palacio me encontré con dos policias que me esperaban. Mi sospecha se realizaba.

—¿Quién avisó á vds. que aquí me encontraba? les pregunté.

—El señor Villa, me contestó uno de ellos.

El otro me insinuó que volviera con disimulo la cabeza.

El denunciante estaba en el balcon solazándose en su obra.

Siempre me resisto á encontrar sentimientos perversos en personas educadas, y siempre soy víctima de ellas.... Sin aquella denuncia, la tarde y la noche habrian sido bastantes para ponerme fuera del alcance del general Gutierrez.

Como el trecho que hay entre el Palacio y la Penitenciaría de Guadalajara es bastante largo, ensayé con mis conductores el recurso de la seducción, ofreciéndoles hasta lo que no podia cumplirles; pero solo uno de ellos se mostró flexible. Apelar á la violencia era imposible porque no estaba armado.

Al llegar á la prision hice otro impulso que tambien me salió fallido. Cuando llegamos á una galeria enteramente solitaria, próxima á la puerta de hierro que habia de cerrarse tras de mi con pesados cerrojos, me detuve resueltamente. Creia contar con uno de aquellos hombres que se habia manifestado en mi favor.

—Aquí lo arreglamos por bien ó por fuerza, les dije, vds. me van á dejar escapar.

Se cambiaron ambos algunas palabras en secreto y me dijo uno de ellos.

—Está bien, vámonos arreglando.

Tomé mi reloj de oro con todo y cadena, recojí de mis bolsillos cuanto dinero llevaba, me saqué del dedo una sortija, é iba á entregarles todo esto, cuando apa-

reció un hombre á nuestra espalda que dijo con tono imperioso.

—¿Que hacen vds. aquí?

—El jefe! exclamó uno de mis guardianes.

Ya no hubo recurso alguno: fuí encerrado en aquella cárcel húmeda y sombría, en el galeron abovedado donde se encontraban todos los infelices consignados á las cortes marciales.

El carcelero que era un sargento de grandes bigotes, con una cicatriz en la cara, abrió un calabozo que estaba á la izquierda del porton, me empujó allí sin decirme una palabra y en seguida echó los cerrojos. . . .

El carcelero me dejó solo en el calabozo. Me acordé de mi familia y de mi patria. Me acordé de mi familia y de mi patria. Me acordé de mi familia y de mi patria.

Me acordé de mi familia y de mi patria. Me acordé de mi familia y de mi patria. Me acordé de mi familia y de mi patria.

Me acordé de mi familia y de mi patria. Me acordé de mi familia y de mi patria. Me acordé de mi familia y de mi patria.

Me acordé de mi familia y de mi patria. Me acordé de mi familia y de mi patria. Me acordé de mi familia y de mi patria.

Me acordé de mi familia y de mi patria. Me acordé de mi familia y de mi patria. Me acordé de mi familia y de mi patria.

Me acordé de mi familia y de mi patria. Me acordé de mi familia y de mi patria. Me acordé de mi familia y de mi patria.

CAPITULO XXIII.

ASPECTO GENERAL.

Necesito dar aunque sea una idea superficial de la situacion que guardaba el país en esos momentos para que se comprendan las demás peripecias que yo presencié, y que son las únicas de que me constituyo responsable al ir las refiriendo.

Don Benito Juárez, el Presidente de la República que tan fácilmente había abandonado su capital sin defensa, perdiendo en la retirada todos los elementos de guerra con que contaba el gobierno, no quiso abandonar de la misma manera aquel puesto, ni erizado de peligros y dificultades como se encontraba: lejos de eso, empuñó las riendas del poder con más fuerza, desde que vió que habia alguno que tenia buena dis-

reció un hombre á nuestra espalda que dijo con tono imperioso.

—¿Que hacen vds. aquí?

—El jefe! exclamó uno de mis guardianes.

Ya no hubo recurso alguno: fuí encerrado en aquella cárcel húmeda y sombría, en el galeron abovedado donde se encontraban todos los infelices consignados á las cortes marciales.

El carcelero que era un sargento de grandes bigotes, con una cicatriz en la cara, abrió un calabozo que estaba á la izquierda del porton, me empujó allí sin decirme una palabra y en seguida echó los cerrojos. . . .

El carcelero me condujo á la izquierda del porton, me empujó allí sin decirme una palabra y en seguida echó los cerrojos. . . .

Al hacer la prision me llevaron á un calabozo que estaba á la izquierda del porton, me empujó allí sin decirme una palabra y en seguida echó los cerrojos. . . .

—Aqui lo tienen, señores, para que los juzguen. . . .

—Pues bien, señores, para que los juzguen. . . .

—Pues bien, señores, para que los juzguen. . . .

El jefe me condujo á la izquierda del porton, me empujó allí sin decirme una palabra y en seguida echó los cerrojos. . . .

CAPITULO XXIII.

ASPECTO GENERAL.

Necesito dar aunque sea una idea superficial de la situacion que guardaba el país en esos momentos para que se comprendan las demás peripecias que yo presencié, y que son las únicas de que me constituyo responsable al ir las refiriendo.

Don Benito Juárez, el Presidente de la República que tan fácilmente había abandonado su capital sin defensa, perdiendo en la retirada todos los elementos de guerra con que contaba el gobierno, no quiso abandonar de la misma manera aquel puesto, ni erizado de peligros y dificultades como se encontraba: lejos de eso, empuñó las riendas del poder con más fuerza, desde que vió que habia alguno que tenia buena dis-

posicion para disputárselo. D. Benito, que era como se le llamaba entónces con llaneza republicana, se estableció en el Paso del Norte y desde allí espedia cuantos nombramientos de gobernadores y comandantes militares iban á pedirsele, dejando al azar que estableciera las combinaciones de la campaña.

Al coronel Ramon Corona lo hizo general y le dió facultades para hacer la campaña en los Estados de Occidente, autorizacion que tambien tuvieron los generales Vega, Pesqueira, García Morales y otros muchos como Rosales que figuraban en menor escala.

Al general D. Pedro Ogazon lo nombró general en jefe del Ejército del centro en los momentos en que este ya no existia. Salazar y Arteaga que eran sus jefes habian sido derrotados, hechos prisioneros y fusilados por el jefe imperialista Mendez.

El general García de la Cadena, expedicionaba por su cuenta en el Norte del Estado de Jalisco, recorriendo esa gran zona que le permitia hacer una campaña ventajosa sobre el Estado de Zacatecas. Es decir, daba y recibía golpes segun los tiempos, casos y oportunidades.

Los generales Régules y Riva Palacio habian logrado no solo mantener un buen grupo de fuerzas en los Estados de Michoacan y Valle de México, sino que se les atribuía hechos de armas que estaban contribuyendo mucho á reanimar el valor de los defensores de la patria.

El general Porfirio Diaz, habia vuelto á aparecer en Oriente, y sus armas habian adquirido triunfos tan gloriosos como el de la Carbonera.

Los jefes de guerrilla se habian multiplicado de tal suerte que no habia dia en que los diarios del imperio dejaran de publicar un triunfo de las armas imperialistas, lo cual nos probaba cuando ménos que se estaban librando muchos combates y que era ya considerable el número de los combatientes.

Las leyes del terror impedian que los liberales pudieran publicar por su parte las noticias que recibian; pero esas mismas prohibiciones, esa tiranía misma, daban mayores proporciones á las noticias que circulaban de boca en boca. La gente, deseosa como estaba de emociones, adulteraba los hechos con todas las hipérboles de una imaginacion exaltada, y se tomaban los partes que aparecian en los diarios imperialistas para comentarlos desfavorablemente y sacar de allí las consecuencias de una situacion bonancible para la República. Todos esos partes de derrotas que publicó el imperio, se tomaban al reves, y muchas veces se acertó haciendo uso de ese sistema, pues que no siempre los intervencionistas fueron fidedignos al dar cuenta de los hechos de armas que sostenian con las *chusmas* republicanas.

Sea como fuere, el espíritu público era favorable enteramente á la revolucion, tanto como al principio le habia sido adverso por la facilidad sin duda con que se fueron poniendo todos los elementos de la República en manos del enemigo. El sentimiento del patriotismo se había ido embotando y todos querian ya que gobernara un emperador ó un demonio cualquiera, con tal de que se restableciera la seguridad en las poblaciones y en los caminos, y con tal de que los hombres

de trabajo pudieran dedicarse tranquilamente á sus ocupaciones.

Al comenzar la intervencion á establecer su dominio en el país, despues de haber alcanzado los más fáciles triunfos, pocos fueron los que quedaron con un átomo de fé siquiera dentro del cuerpo y por eso se aumentó tan prodigiosamente el número de los hombres que traicionaron á su patria. No era posible que en todos existiera el nervio que se necesita para sufrir las persecuciones ó para alimentarse con las esperanzas. Muchos se figuraron que era ya imposible á la República rehacerse, y aunque con gran pena y tal vez con gran remordimiento, fueron á doblar las rodillas delante del Emperador.

Entre los caudillos republicanos á quienes habia tocado la buena fortuna de encontrarse con nuevos y favorables vientos despues de la deshecha tormenta que habia ocasionado tantos naufragios, se contaba el general Corona, que habia logrado reunir en torno suyo á muchos jóvenes valientes, á muchos militares experimentados y á hombres que conocian al dedillo el sistema de inquietar el enemigo con guerrillas. Entre los primeros estaban Granados, Salmon, Dávalos, Saavedra, Palacios y Toledo. Entre los segundos estaban Márquez, Correa, Escudero, y Donato Guerra, y entre los guerrilleros de nombradía, se encontraban Angel Martínez, Parra, Tolentino y tantos otros que sabian manejar lijeros trozos de caballería con una audacia y una prontitud sin ejemplo, causando verdaderos destrozos á cualquiera columna enemiga que se aventuraba á entrar en los lugares que ocupaba el

ejército republicano. Con esos elementos y la ambicion que tuvo Corona por distinguirse en aquella guerra, manejados los primeros con cierta habilidad y detenida la segunda en sus justos límites, pudo conservarse por toda aquella época, mientras que otros que pudieron ser sus competidores ó se gastaron ó murieron.

Conocidos son los principales hechos de armas en que brillaron gloriosas las águilas mexicanas como la batalla de San Pedro ganada por Rosales, el combate de Palos Prietos en que Jorge Granados se dió á conocer como un héroe á los amigos y á los enemigos, las escaramuzas que tuvieron gran prestigio en Veranos, los récios encuentros que se verificaron en Michoacan, el asalto dado por las fuerzas de Riva Palacio á Zitácuaro, la epopeya que comenzó en las costas de Tehuantepec, pasando asoladora por Oaxaca y la Carbonera hasta ir á esperar el 2 de Abril en los alrededores de Puebla.

Todos estos sucesos que habian venido como encadenados uno tras otro, infundieron el mayor ánimo en el espíritu público, el que cobraba mas y mas brío á medida que iba viendo retroceder á los franceses.

Luis Napoleon comenzaba á tener grandes dificultades en su propio imperio y ya poco se cuidaba de seguir atendiendo á su lejana y descabellada empresa de hacer la nueva conquista de México en pleno siglo XIX. No sólo no mandaba ya refuerzos, sino que parecia que abandonaba á sus ejércitos, ocupándose poco en salvarlos. Si no hubiera sido por la gran disciplina de las tropas de ocupacion que vinieron á Mé-

xico y la inteligencia con que fueron manejadas por su jefes, no hubiera salido ni un hombre vivo de en medio de nuestros desfiladeros.

La retirada, pues, de las tropas francesas que se veía iban haciendo paulatinamente de los Estados más lejanos, hizo comprender al pueblo mexicano que Napoleón desistía de su empresa. Era el momento de lanzarse de nuevo á la lucha para librarse más pronto de los invasores. Por donde quiera se repetían diariamente los hechos de armas y fué el tiempo en que corrió por nuestros campos con mayor abundancia la sangre francesa. Indudablemente más de la mitad del ejército francés quedó sepultado entre nuestros bosques y campiñas, en aquellos tres meses empleados en la desocupación.

Entonces fué cuando el general D. Julio García cumplió su palabra. Había jurado vengar la muerte de su amigo y antiguo compañero Antonio Rojas y despues el haber logrado evadirse de Guadalajara, consiguió reunir una guerrilla de treinta hombres, con la cual entró á las posesiones de su antiguo Estado.

El contra-guerrillero Berthelin que parecia un buen perro de presa, se lanzó en pos de D. Julio García seguro de poderlo destrozar prontamente; pero aquel conocia bien el terreno y estuvo burlando por algun tiempo la tenaz persecucion del guerrillero francés.

Se decia en todos los pueblos del Sur de Jalisco que Berthelin era mil veces más bandido que Rojas, Rochin y Simon Gutierrez juntos, aventajando á todos en crueldad y en infamia. Se contaban en más de quinientas las víctimas que habia hecho en sus corre-

ría, habiendo dias en que mandaba fusilar á cuantos mexicanos encontraba, sin importarle que fueran del partido que fueran, como si pura y simplemente se hubiera propuesto concluir con la raza.

No solamente era el terror de todas aquellas poblaciones por donde pasaba, sino que se le veía como á un monstruo salido del averno.

Cuando D. Julio García se consideró bastante fuerte para tener un encuentro con Berthelin, él mismo salió á buscarlo, aunque sin lograr sorprenderlo como se proponia. Aquel guerrillero francés siempre estaba con el ojo abierto; algunos mexicanos que anduvieron con él le llamaron la Avispa.

El choque fué terrible entre los dos guerrilleros, pero D. Julio García salió victorioso, logrando dividir en dos á Berthelin de un sablazo dado con el aplomo y la maestria que él acostumbraba en el ataque al arma blanca.

Al saberse la muerte de Berthelin en los pueblos de Jalisco y Colima, se queria levantar un altar á D. Julio García para triburarle en él adoración. Tanto así les entusiasmó la desaparición del bandido francés y tan agradecidos así quedaron al que consideraban como el brazo de la Providencia para librar á la humanidad de semejante monstruo.

Corona más desahogado en Sinaloa, ó mejor aún, queriendo separar á los jefes Parra y Martínez que habian tenido una seria desavenencia, mandó al primero con algunas fuerzas á que expedicionara en el Estado de Jalisco.

Lozada, el terrible tigre de Alica, que al principio

se había manifestado tan partidario del Imperio, había arriado banderas replegándose á su pueblo de San Luis: Lozada se había declarado neutral, exigiendo en cambio ser respetado por los beligerantes.

Desde ese momento se tuvo libre el camino de Tepic pues Lozada solia ser á veces esclavo de su palabra. Por allí venian refuerzos de Sinaloa á Jalisco, y por allí se cruzaban los correos de los republicanos.

El coronel Eulogio Parra que llegó á los pueblos de Jalisco con ménos de 400 hombres, fué saludado con entusiasmo y vió que sus filas se engrosaban no solo con tropas, sino hasta con jefes de importancia. En poco tiempo pudo tener organizados unos ochocientos hombres, teniendo á sus órdenes jefes tan bravos y tan distinguidos como Donato Guerra, Tolentino, Saavedra, Bibiano Hernandez y otros.

En fin, la República no estaba triunfante, pero contaba con mejores perspectivas. Ya no habia en lo sucesivo que combatir mas que contra el ejército mercenario extranjero que iba á quedar á las órdenes de Maximiliano y con las tropas mexicanas imperialistas. Los franceses que eran los mas temibles de todos, habian recibido órdenes para retirarse: al ménos esto era lo que se sospechaba al verse el período de debilidad en que habia entrado el imperio.

Esta era, poco más ó ménos, la situacion en los últimos meses de 1866.

CAPITULO XXIV.

UN MES DE MARTIRIO.

Apenas habia entrado en el calabozo, cuando me sentí abrazado por algunas personas: no estaba solo, luego que logré acostumbrarme á aquella luz opaca, pude ver allí á Celso Ceballos y á otras personas decentes hasta el número de siete por todas.

Estos calabozos de la Penitenciaría de Guadalajara, contruidos para que los ocupe una sola persona, no pueden prestar espacio para que quepan siete, de manera que teniamos que acostarnos, casi unos sobre otros. Se permitió que entrase solo un catre, que ocupábamos por turno, durmiendo los demas en el suelo.

El haber hecho llegar nuestro número á siete, del

se había manifestado tan partidario del Imperio, había arriado banderas replegándose á su pueblo de San Luis: Lozada se había declarado neutral, exigiendo en cambio ser respetado por los beligerantes.

Desde ese momento se tuvo libre el camino de Tepic pues Lozada solia ser á veces esclavo de su palabra. Por allí venian refuerzos de Sinaloa á Jalisco, y por allí se cruzaban los correos de los republicanos.

El coronel Eulogio Parra que llegó á los pueblos de Jalisco con ménos de 400 hombres, fué saludado con entusiasmo y vió que sus filas se engrosaban no solo con tropas, sino hasta con jefes de importancia. En poco tiempo pudo tener organizados unos ochocientos hombres, teniendo á sus órdenes jefes tan bravos y tan distinguidos como Donato Guerra, Tolentino, Saavedra, Bibiano Hernandez y otros.

En fin, la República no estaba triunfante, pero contaba con mejores perspectivas. Ya no habia en lo sucesivo que combatir mas que contra el ejército mercenario extranjero que iba á quedar á las órdenes de Maximiliano y con las tropas mexicanas imperialistas. Los franceses que eran los mas temibles de todos, habian recibido órdenes para retirarse: al ménos esto era lo que se sospechaba al verse el período de debilidad en que habia entrado el imperio.

Esta era, poco más ó ménos, la situacion en los últimos meses de 1866.

CAPITULO XXIV.

UN MES DE MARTIRIO.

Apenas habia entrado en el calabozo, cuando me sentí abrazado por algunas personas: no estaba solo, luego que logré acostumbrarme á aquella luz opaca, pude ver allí á Celso Ceballos y á otras personas decentes hasta el número de siete por todas.

Estos calabozos de la Penitenciaría de Guadalajara, contruidos para que los ocupe una sola persona, no pueden prestar espacio para que quepan siete, de manera que teniamos que acostarnos, casi unos sobre otros. Se permitió que entrase solo un catre, que ocupábamos por turno, durmiendo los demas en el suelo.

El haber hecho llegar nuestro número á siete, del

cual no había de pasar, era como una gran muestra de distinción, pues en el resto de los calabozos, había hasta quince y veinte personas reunidas, teniendo que estar encerrados la mayor parte del día: á nosotros se nos encerraba solamente desde las cinco ó seis de la tarde hasta las ocho de la mañana del día siguiente: en el resto del tiempo podíamos pasearnos bajo las frías bóvedas de aquella oscura y triste galería, que formaba la cárcel comun.

Verdaderamente las ilusiones que he tenido por mi país, llegando á considerarlo un país civilizado, se me han desvanecido, siempre que he penetrado á una prision; porque en ninguna he visto, no ya sentimientos humanitarios, pero ni siquiera la compasion natural que infunde la desgracia. Parece que hay ya un instinto propio en nuestra raza, que lo hace especial para encontrar en ella feroces carceleros.

El primer día que se pasa en una prision, es siempre el mas terrible.— En este punto hablo con experiencia, porque he estado ya preso muchísimas veces. El primer día, digo, es mortal, tanto por las nuevas y tristes impresiones que se reciben, como porque cesa uno de tener de un modo repentino, todo aquello que forma el bienestar doméstico.

Me mandaron en ese día á poco rato la comida de mi casa, pero no pudo entrar porque no había orden: me mandaron un abrigo y algunas otras pequeñeces que tampoco pudieron entrar porque no había orden. El guardian de la prision era un sargento de aspecto duro, de voz ronca y de mirada feroz. Constantemen-

te tenía en la mano un cuero retorcido con que azotaba á sus prisioneros.

Tuve comida con los amigos que estaban allí y ellos tambien me proporcionaron cama. Al día siguiente pudo conseguirse la orden de la Comandancia para que se me permitieran las cosas que necesitara con escepcion de vino y cubiertos para la mesa, que no lo gré conseguir jamás. Era secretario, como antes dije, un Sr. Colina, literato por mas señas, que se constituyó en mi mala sombra. El era quien siempre se oponia á todo lo que pudiera serme favorable. Y ni me conocia ni yo le habia hecho mal alguno.

Me faltaba la impresion más desgarradora del primer día de cárcel: la vista de la familia á través de las barras de hierro! Todos me dijeron que habia tenido mucha suerte con haber sido reducido á prision en día de *golpe*.

—Día de *golpe*! exclamé yo. Y qué es eso?

—Así se llama el día designado en los reglamentos, para que los presos vean á sus familias.

—¡Ah! dije, sin saber si alegrarme ó entristecerme, pero sintiendo un estremecimiento que recorrió todo mi cuerpo.

De repente oí la voz del llavero que dijo:

—Ese Fulano de Tal.

Ese Fulano de Tal, era yo.

Luego agregó con voz de fagot:

—Al *golpe*.

Salí corriendo de mi calabozo. . . .

¡Justo cielo! lo que sufrí entonces es imposible describirlo.

Detrás de aquella pesada puerta cargada de hierros, que estaba constantemente produciendo un gran ruido con los pesados cerrojos, entre los rayos de luz incierta que penetraban por los tragaluces de las bóvedas, allí mezclada con la pobre gente que iba á visitar á sus presos, estaba también mi familia... allí estaba mi dulce y buena esposa con nuestra hijita en los brazos... allí estaba mi adorada madre... allí estaba mi querida hermana... allí estaban todos... Al ver mi semblante entre las rejas, prorumpieron en llanto... ¿Cómo no habian de llorar? ¿Cómo no habia de parecerles doloroso verme confundido con los criminales?... Y en efecto, allí mismo con los presos políticos de diversas categorías, habia verdaderos saltadores de caminos, verdaderos ladrones de poblado y de despoblado, verdaderos delincuentes que tenian marcadas en la misma fisonomía las huellas del crimen.

Paso por alto los demás pormenores de aquella triste entrevista, cuyo recuerdo solo me parte el corazón. Todos los que tienen una madre, una hija, una esposa, una hermana, pueden representarse lo que pasó, sin necesidad de que yo se los diga.

El sargento López, hombre de todas las confianzas del general Gutiérrez y de su secretario, era, como he dicho antes, el alcaide de esa horrible prisión. Nunca pudieron haber escogido un guardian más feroz. El día que no se le presentaba motivo para azotar cuando menos á un preso, se ponía de muy mal humor y vomitaba insolencias sin respeto á nadie, capaces de hacer ruborizar á los vagamundos más perdidos.

Nuestro sargento era grueso y de espaldas dobla-

das, más bien bajo de cuerpo que alto, llevaba espesos bigotes blanqueando ya, y una cicatriz que le cruzaba el carrillo izquierdo: sus ojos eran pardos y pequeños, por los cuales parecían salir chispas cuando estaba enojado. Su voz, que era fuerte y aguardientosa, sobresalía entre las demás cuando él hablaba, dándole un acento muy pronunciado de insolencia, por la costumbre que habia adquirido de estar reconviendo á sus educandos.

Este terrible carcelero tenia un lado flaco, ó por lo ménos, el único que llegamos á conocerle: era padre de una niña de cinco á seis años que iba á visitarlo todas las tardes. La madre era una mujer de buen aspecto y muy compasiva. El sargento López no la dejaba venir á la prisión con frecuencia para que no le obligara á hacer barbaridades... esas eran sus expresiones. Y las barbaridades consistían en recibir una visita en día que no era de golpe, ó en permitir la entrada de una botella sujeta á la correspondiente alcabala. Pues bien: aquel lado flaco, aquella niña de cinco años, me sirvió mucho para amansar á la terrible fiera! Mi hija Amalia fué simpática á aquella chiquitina, por cuyo motivo llegaron á quererla también el padre y la madre: el instinto de la niña la llevó al punto de aceptar con alegría sus caricias y de devolvérselas envueltas en algunas golosinas... Al día siguiente de hecho el primer regalo, se me permitió, pero á mí solo, que saliera á comer á la Alcaidía. Daban este nombre á un cuarto pequeño y muy súpico que ocupaban los empleados de la prisión con infinidad de baratijas.

Una vez establecida la cadena de simpatías, despues de haberse entendido las dos niñas, se entendieron las dos madres y al último, y con mucho trabajo, vinieron á entenderse los padres. Esto es, el feroz sargento y yo, llegamos á ser amigos . . . si, señores lectores: yo llegué á ser influencia en aquella prision.

Yo fuí quien consiguió que el sargento López se dignara de cuando en cuando entrar en nuestro calabozo, quién lo hacia sentar sobre uno de los dos pequeños catres que despues tuvimos, quién lo hacia beber un trago de vino, del que habia logrado hacer entrar clandestinamente, y quién le arrancaba algunas palabras manteniendo con él hasta un cuarto de hora de conversacion. En los siguiétes dias ya pudo entrar mi familia todas las mañanas á eso de las once, guiada por la mujer del Alcaide, y algunas veces, hasta nos permitimos el lujo de almorzar todos juntos en la Alcaidia. Entónces se cerraba la puerta y se tenia que observar otras muchas precauciones, pues quién sabe hasta dónde hubieran ido los castigos si tal cosa llegaba á saberse!

Así que tuve una poca de mas confianza al sargento López, le dije un dia en su propio cuarto en donde me estaba acompañando á comer:

—¿Sabe vd. si se me ha consignado á alguna autoridad judicial?

—No.

—Pues entónces de quién dependo?

—De la Comandancia Militar.

—Directamente?

—Sí.

—Y sabe vd. por qué delito?

—Quién sabe! me contestó sumiendo los hombros, dicen que por político.

—¿De suerte que no me formarán causa?

—Ya está vd. sentenciado.

—Yo?

—Sí.

—¿Pero á qué pena?

—No puedo decir mas.

No dejó de preocuparme aquello. ¿Quién me juzgó? ¿quién me sentenció? ¿á qué pena estaba condenado? ¿Cuando tendría término aquella prision? . . . Todas estas eran preguntas que no tenian respuesta.

Vino un dia en que demostraba el alcaide en todas sus palabras y acciones un humor pésimo. En esos casos hasta los presos más ordinarios y más endurecidos, guardaban el más profundo silencio. ¡Ay del que diera el menor pretexto para ser castigado! de seguro que se le sujetaba entre cuatro hombres fuertes, y en seguida era golpeado con el cuero retorcido que traía el sargento López en la mano, hasta que corriera la sangre.

Desgraciadamente en ese mal momento llegó mi familia.

—No sale ahora el preso, dijo el alcaide con tono brusco.

Las señoras quisieron insistir, y él se volvió á mí, y me dijo:

—Dígales vd. que se vayan, ó . . .

Como me amenazó con el terrible látigo, las señoras menos quisieron irse.

Esta escena pasaba encontrándose la familia al otro lado de la gran reja guardada por centinelas y cerrojos, y estando nosotros, el alcaide y yo en la galería de los presos: yo en la puerta del calabozo, el sargento á pocos pasos y las señoras y la niña pegadas todas á la reja.

Quién sabe que desenlace hubiera tenido esta historia que se presentaba para mí de fatal aspecto, pues que hasta mis compañeros de calabozo tuvieron que intervenir en ella, si no llega oportunamente la mujer del sargento López con su chiquilla. Entónces la mia le dió unos dulces que la llevaba y la besó, esto arrancó una lágrima al alcaide que yo solo ví, y lo que hizo fué irse de allí al otro extremo hablando insolencias entre dientes.

Cuando se hizo de noche me llamó aparte y me dijo:

—Esta mañana me echaron una *jalada* en la comandancia.

—¿Acaso fué por mi causa?

—Si Señor.

—¿Cuánto lo siento! ¿Pues qué pasó?

—Me reclamaron sobre las consideraciones que le guardo: ya saben que sale vd. fuera del golpe á comer con los de su casa en la Alcaidía....

—Pero quién se los dijo....?

—Los chismosos. Ahora me han ordenado que lo meta al *chinchero*. Por eso he tenido tan mal humor.

Llamaban el *chinchero* á una de las galerías más desabrigadas, húmeda hasta entumecerse los miembros cuando á ella se entraba, y cuyos calabozos se encontraban poblados de los más inmundos insectos

—Quién dió esa orden bárbara? le pregunté.

—Los secretarios del General.

—Quiénes son?

—El Sr. coronel Cortázar y el Sr. Colina.

¿Quiénes eran el coronel Cortázar y el Sr. Colina? Jamás llegué á conocer á esos individuos, é ignoro hasta la fecha en que publico estas memorias, por qué deseaban causar tanto mal á un hombre que nos les habia hecho ninguno.

El carcelero agregó:

—Por eso estaba de mal humor esta mañana.

—Y qué culpa podia tener de eso mi familia? le pregunté con tristeza.

—Ninguna: solo que estaba presente un espía de la Comandancia, y por eso tuve que hacer más papel.

Aquel hombre duro, que no habia recibido más educacion que la de los campamentos, tenia mejor fondo, mejor corazon y sentimientos mas humanitarios que aquellos que lo mandaban á que fuera á atormentarnos.

¿Que mezquinos me parecieron entónces aquellos que estaban así ensañados contra un hombre indefenso!

de preeminencias por ser del partido reinante, ocupaba un cuarto bien amueblado fuera de la reja, pero generalmente se dejaba encerrar en el calabozo de nosotros durmiendo con molestias por tal de estar en sociedad.

Las mañanas las ocupábamos en leer ó escribir, las tardes en recibir nuestras visitas cuando las teníamos pues fuera de nuestras familias muy pocos amigos tuvieron el valor de seguirnos reconociendo: á las seis de la tarde se echaban los cerrojos á todas las celdillas: la nuestra por especial gracia se conservaba abierta media hora más y á veces hasta una hora.

Una vez encerrados procurábamos distraernos lo mejor que podíamos, y no nos metíamos dentro de las sábanas ántes de las doce. ¿En qué empleábamos tantas horas? En muchas cosas, porque todas las noches variábamos nuestros entretenimientos. Unas veces nos dedicábamos exclusivamente á los asuntos literarios, componiendo versos sobre nuestra situación, ó hilvanando sonetos y décimas en que poníamos de oro y azul al Imperio, á los traidores y con particularidad al general Gutiérrez, á quien distinguían los presos con el apodo de *El Cojo endiabrado*. Generalmente, cada uno de nosotros daba un verso para formar la composicion, de suerte que resultaban algunos de estos tan graciosos, ó mejor dicho, tan ingratos, que nos servían para seguir riendo muchos días seguidos. ¡Lástima que no haya conservado ninguno de aquellos detestables frutos de nuestro ingenio!

Otras noches las dedicábamos al canto: habíamos adquirido una jaranita que se nos permitió tener poco

CAPITULO XXV.

SIGUE EL MISMO ASUNTO.

Los siete presos que ocupábamos aquel calabozo éramos más ó menos bien educados y nos entendimos perfectamente. Se encontraba allí D. Mauricio Nuñez, persona muy ocurrente; un jóven oficial apellidado Ordaz, que habia corrido ya mucho el mundo; otro oficial liberal paisano nuestro apellidado Velasco; dos jefes de graduacion cuyos nombres no recuerdo, los que estaban consignados á la Corte Marcial, Celso Ceballos y yo que de antemano estábamos ligados por una entrañable amistad.

El oficial Ordaz que era imperialista y que contaba la hazaña de haber sido fusilado por detras por los liberales enseñando las cicatrices, gozaba toda clase

tiempo por el ruido infernal que con ella metíamos, y esta servía para acompañarnos trozos de grande ópera ó canciones de actualidad, que nosotros mismos componíamos, y que lográbamos hacer populares dentro y fuera de la prision.

En otras noches... ¿quién lo diría? teníamos rumbosos festines. Preparábamos á escote una cena de enchiladas y carnes frias con cerveza, ó cualquier cosa así de muy poco costo, y disfrutábamos devorando aquello, en medio de sabrosas conversaciones y dichos agudos, más que si hubiéramos estado en los convites de los emperadores romanos que dejaron fama de haber desleído perlas en el vino de Chipre.

Lo que nos costaba grandísimo trabajo y esfuerzos de perseverancia y astucia era meter la cerveza, y luego tenerla oculta toda la tarde, pues era de reglamento un registro minucioso de los calabozos cada dos horas, é invariablemente al oscurecer, cuando nos cerraban. Quien nos ayudaba mucho en esto era el capitán Ordaz, que además de ser un muchacho picante y de buen humor, nos prestaba toda clase de ayuda con su cuarto que estaba fuera de la prision comun.

En estas noches referíamos cuentos de sensacion é historias de aparecidos.

Otras, finalmente, las consagrábamos al teatro y á la declamacion. Cojiamos una comedia, haciamos la distribucion de papeles sobre la marcha, y la representábamos en seguida como Dios nos daba á entender.

Entre todas esas, una noche fué la más memorable. Habiamos preparado cena y teatro. La cena se componia de golosinas muy apetitosas, y la representacion

del drama «Don Juan Tenorio», para el cual habiamos estado preparando nuestros vestidos durante tres dias.

Habiamos ya arrinconado los dos catres para poder disponer de un espacio de dos varas en que manobrar, cuando se descorrieron los cerrojos, y el ayudante del sargento introduciendo la linterna y parte de la cabeza por la puerta entreabierta, dijo con voz perezosa:

—Don Celso Ceballos en libertad.

Nuestro jóven amigo, léjos de regocijarse y saltar lleno de alegría, inclinó la cabeza con desesperación y despues de un momento de reflexion dijo al carcelero:

—No me voy ahora.

Fué necesario que empleáramos toda clase de súplicas y de instancias para hacerlo convenir en que se separara de nosotros. El se fué, y nosotros ya ni cenamos ni hicimos comedia: nos acostamos luego, y empezamos á hacer comentarios sobre nuestra triste situacion.

Al dia siguiente vino á ocupar el sitio que dejaba Celso Ceballos un señor teniente coronel apellidado Morales, que habia sido atrapado al tiempo de irse á incorporar con las fuerzas de Parra. A la media hora de estar allí nos hicimos de confianza, y por la noche nos contó su historia.

Despues de varias campañas, la mala estrella de Morales lo habia llevado al Estado de Veracruz, en donde las fuerzas en que militaba sufrieron una derrota. A los tres dias de andar disperso, buscándose una retirada segura, fué reconocido, aprehendido por

los traidores y llevado al castillo de San Juan de Ulúa.

—¿Cómo! ¿Ha estado vd. en San Juan de Ulúa? le pregunté yo sorprendido, pues me habían contado que nadie volvía á salir vivo de aquellas prisiones.

—De allí se puede decir que vengo ahora.

—¿Y estuvo vd. preso?

—Sí, preso, completamente preso.

—¿En las Tinajas?

—Todo es allí tinajas, nos contestó Morales, haciendo un gesto que expresaba todo lo horroroso de sus recuerdos.

Entonces estrechamos más el círculo que formábamos cuando decía su historia para oír mejor lo que nos iba á referir respecto del espantoso presidio de San Juan de Ulúa.

—Me llevaron desde la Comandancia Militar de Veracruz en medio de ocho soldados mandados por un oficial hasta el muelle. Allí me hicieron entrar á un bote muy sucio que sirve para trasportar carbon y víveres y luego los remeros hicieron rumbo para el Castillo. Por de pronto no me intimidó eso: las dos torres que ostenta en sus estremidades, los botes amarrados á los muros, el canto de algunos presos que estaban trabajando á la entrada, disiparon el terror de que antes estaba poseído, y exclamé para mis adentros:

—Esto no come gente, pues, como me habían dicho.

Una campanada anunció á los demas presos que tenían un nuevo compañero y á mí me recibió un oficial con las ceremonias de estilo. Ya había sido despojado antes de cuanto llevaba en el cuerpo, de suerte que á los del Castillo no les tocó sino mi cachenez,

una poca de ropa blanca y tres pesos en moneda menuda. Tenia conmigo tres onzas de oro que me hicieron casi caer desmayado cada vez que me pasaban la mano por cerca del lugar en que las tenia ocultas. Salvé mis onzas de oro en aquella primer pesquisa.

Pasando del primer cuerpo de guardia, que está abajo de una especie de cobertizo á la izquierda de donde se detienen las canoas, sigue un gran espacio descubierto que tiene el centro inundado por el agua del mar. Allí es donde dejan bañar á los presos distinguidos, aunque el agua no provoca porque está muy sucia y rebotada. Al recorrer esta esplanada que conduce al cuerpo principal del edificio, se ven grandes cañones enmohecidos, cureñas rotas, troneras abandonadas, muros ennegrecidos por el tiempo y todo aquello produce naturalmente calosfrio.

Pasado el segundo cuerpo de guardia, se entra á un gran patio en donde están las lúgubres entradas de las prisiones. Al pasar por frente de algunas galerías que estaban casualmente abiertas, ví que había colgando de las bóvedas verdaderas estalactitas formadas por las filtraciones. Esto era en sitios que parecían bien ventilados ¿cómo estarían los calabozos, que, según me refería el ayudante que me llevaba, nunca recibían ventilacion por ninguna parte?

Subimos á la habitacion del Alcaide y ya pude examinar á mi satisfaccion aquella horrible fortaleza construida por los españoles con la mira siniestra seguramente de convertirla en cementerio: no puede servir para otra cosa ese edificio desmantelado que no llena

las condiciones de una prision ni puede servir de fuerte militarmente considerado.

Cuando recorriamos las azoteas, andando por el aplanado de las bóvedas noté unos pequeños agujeros por donde apenas puede caber la mano, y pregunté:

—¿Que es eso?

—Son las ventanillas por donde reciben luz y ventilacion los calabozos, me contestó el ayudante del gobernador.

—Luz? pregunté admirado.

—Si: cada año durante tres días á lo sumo entra un rayo de sol. En tiempo de lluvias se tapan con un ladrillo para que no caiga el agua de golpe.

Se impuso el jefe de la fortaleza de la orden escrita con que fui consignado y dijo secamente al oficial que me conducia:

—A la prision común.

Volvíamos á recorrer las bóvedas, volvíamos á pasar por junto á las troneras y á los cañones enmohecidos, bajamos por una escalera descubierta, atravesamos el gran patio y llegamos al rincon en donde se abrió una pesada puerta para darme paso y repentinamente me encontré en un lugar caliente y oscuro que me produjo la impresion mas espantosa.

Todavía no sabia que hacer, si seguir adelante á tientas ó volverme, ó pedir á gritos una luz, cuando fui asaltado por varios hombres que á la vez que me empujaban mas al fondo de la caverna iban despojándome de cuanto me quedaba en el cuerpo, no sin recibir algunos golpes acompañados de atroces insolencias.

En ese mismo dia murieron allí dos hombres del vómito, y cuando fueron á sacar sus cadáveres, pude examinar aquel antro que lleva el nombre de presidio.

Habia por lo ménos unos trescientos presos, que vistos á la luz de cinco ó seis velas de sebo conque iban alumbrando los soldados el paso del oficial y los hombres encargados de cargar con los difuntos, tenian las fisonomías mas patibularias. Ni siquiera moví los labios para murmurar una queja temiendo ser asesinado.

Aquella escasa luz me permitió ver que la prision estaba compuesta de varios compartimientos, siendo cada galeron de aquellos, albergue de cien condenados: los techos son de bóveda y apenas se distinguen, en las paredes se ven las piedras vivas, ennegrecidas por la humedad y por el tiempo: en algunos rincones, principalmente del lado en que los muros tocan al mar hay charcos formados con el agua que filtra. Las ventanillas abiertas en el techo se ven á traves de la oscuridad como se ve una estrella en medio de un cielo tempestuoso.

Al ir viendo cada detalle de aquellos fui desmoralizándome mas y mas, á tal punto que llegué á desear que me atacara el vómito inmediatamente para que cesaran de una vez mis penas.

Ese Castillo de San Juan de Ulúa, señores, no es una prision, no es una cárcel, no es un lugar de seguridad siquiera, puesto que yo me fugué de allí lo mismo que tantos otros se han fugado: es el oprobio de los gobiernos mexicanos, la vergüenza de la civilizacion, el mentís lanzado por los hombres al cielo, diciéndole: se equivoca quien dijo que en nuestro cora-

zon se albergan la filantropía, la caridad y los demás sentimientos cristianos. Esa cárcel es un monumento execrable que está diciendo al mundo civilizado: ¡Atras las luces del siglo! ¡no queremos progreso! Nosotros estamos todavía por la Bastilla de París, por la Torre de Londres, por el Puente de los Suspiros, y por los tormentos de la Santa Inquisición.

Todos estábamos paralizados de horror oyendo aquellas relaciones, maldiciendo en nuestro interior á los déspotas y á los tiranos enemigos de las luces del siglo, cuando vino á interrumpirnos el ruido de los cerrojos que se escuchaba en todos los calabozos á un tiempo.

—¿Qué hay? preguntó uno de nuestros compañeros sacando la cabeza por la puerta entornada á la galería.

—Ejecucion, contestó uno de los carceleros.

Y también echó el cerrojo á nuestra puerta como á las de los otros calabozos, procedimiento que conocíamos y al cual sin embargo no podíamos acostumbrarnos.

¡Otro infeliz encapillado á quien iban á pasar por las armas al día siguiente!

CAPITULO XXVI.

EN LIBERTAD.

En frente exactamente de nuestro calabozo, había otro que en vez de puerta tenía una verja de hierro, el cual servía de capilla á los ajusticiados. Durante el tiempo de mi prision hubo siete mexicanos y dos franceses encapillados algunas horas y pasados por las armas al día siguiente. ¡Ya se había calmado la sed de sangre!

Todas las ejecuciones se verificaban entre cuatro y cinco de la mañana.

Ya saben los lectores que siempre que la Corte Marcial se reunía para juzgar á un reo, se pronunciaba la sentencia inmediatamente y allí mismo se le notificaba: cuando era pena de muerte, un empleado

zon se albergan la filantropía, la caridad y los demás sentimientos cristianos. Esa cárcel es un monumento execrable que está diciendo al mundo civilizado: ¡Atras las luces del siglo! ¡no queremos progreso! Nosotros estamos todavía por la Bastilla de París, por la Torre de Londres, por el Puente de los Suspiros, y por los tormentos de la Santa Inquisición.

Todos estábamos paralizados de horror oyendo aquellas relaciones, maldiciendo en nuestro interior á los déspotas y á los tiranos enemigos de las luces del siglo, cuando vino á interrumpirnos el ruido de los cerrojos que se escuchaba en todos los calabozos á un tiempo.

—¿Qué hay? preguntó uno de nuestros compañeros sacando la cabeza por la puerta entornada á la galería.

—Ejecucion, contestó uno de los carceleros.

Y también echó el cerrojo á nuestra puerta como á las de los otros calabozos, procedimiento que conocíamos y al cual sin embargo no podíamos acostumbrarnos.

¡Otro infeliz encapillado á quien iban á pasar por las armas al día siguiente!

CAPITULO XXVI.

EN LIBERTAD.

En frente exactamente de nuestro calabozo, había otro que en vez de puerta tenía una verja de hierro, el cual servía de capilla á los ajusticiados. Durante el tiempo de mi prision hubo siete mexicanos y dos franceses encapillados algunas horas y pasados por las armas al día siguiente. ¡Ya se había calmado la sed de sangre!

Todas las ejecuciones se verificaban entre cuatro y cinco de la mañana.

Ya saben los lectores que siempre que la Corte Marcial se reunía para juzgar á un reo, se pronunciaba la sentencia inmediatamente y allí mismo se le notificaba: cuando era pena de muerte, un empleado

de aquel tribunal se encargaba de ir á leer á la cárcel en presencia de todos los presos. Estos conocían tan bien el procedimiento, que cuando no se les decía nada, volvían con la seguridad de que iban al *palo*, expresión técnica de mis compañeros de presidio.

En esta vez eran dos los sentenciados: uno de ellos alto, bien formado; el otro era un indio de raza pura y de fisonomía salvaje. El primero estaba muy pálido y daba vueltas por la estrecha celdilla, demostrando suma agitación; el segundo estaba sentado en cuclillas, riéndose y hablando con los guardianes que se acercaban á la reja.

Al medio día llegó el empleado á leer la sentencia: todos sabíamos cual había de ser, pues que nunca se notificaban en la cárcel más que las de muerte; pero el hombre blanco nos interesaba por su aspecto simpático, y guardamos, para oír la lectura, profundo silencio.

¡Qué sorpresa! El pobre indio era el condenado á muerte: el blanco saldría en libertad mediante veinticinco pesos de multa: el delito era poco más ó menos el mismo: haber sido encontrados ambos en el camino real. Por lo demás, el hombre blanco tenía más continente de ser un guerrillero: lo probó, pagando en el acto los veinticinco pesos. Le vimos salir en libertad loco de alegría. El indio se quedó solo, siempre sentado en cuclillas y demostrando la mayor indiferencia.

Cuando se le preguntó que era lo que deseaba, contestó:

—Una comida de á peso del hotel.

Le llevaron la comida de á peso y.... se la acabó!

Nosotros le mandamos café y puros, aceptando ambas cosas de muy buena gana.

Se permitió la entrada á algunas personas de su familia, que le estuvieron llevando fruta y aguardiente.

Por la tarde entraron los monaguillos á componer el altar: el condenado quiso impedirlo, pero se le manifestó que esto se hacía con todos.

Se encendieron seis velas de cera delante de un crucifijo.

Al oscurecer llegó el sacerdote y el guardian preguntó al reo si ya estaba listo para confesarse.

—No quiero padres, contestó el preso á todas las instancias que se le hicieron.

El confesor de los condenados á muerte era un joven condiscípulo mio, que despues de reconocermelo, me contó lo siguiente:

—Con frecuencia pasa lo mismo con estos desgraciados. La precipitación con que son juzgados y condenados á muerte hace que pierdan la cabeza, extraviándose de tal modo, que algunos no tienen idea de lo que les sucede. Entre los 179 condenados por las Cortes Marciales en los meses anteriores, es seguro que cien no han podido ó no han atinado á confesarse.

En la noche estuvo el encapillado fumando y bebiendo aguardiente, siempre sentado sobre los talones.

A las cinco de la mañana se oyeron los lúgubres tañidos del alba en todos los campanarios: al terminar esta, una voz pausada y sonora elevó un triste canto, al cual respondieron las voces de los presos de casi todos los calabozos. Es ese un canto melancólico que se tiene costumbre de modular en las cárceles á la ma-

drugada del día en que sale un hombre de allí á perecer en el patíbulo. Ese canto conmovedor se llama El Alabado.

Todavía estaban cantando los presos cuando el reo fué sacado con los ojos vendados, con un crucifijo en las manos y á su lado el sacerdote rezándole oraciones.

Los presos de mi calabozo, que en lo general no habían llegado á presenciar un espectáculo semejante, se conmovieron hondamente. Tres de ellos, oficiales, tenían que ser juzgados por la Corte Marcial; los demás dependíamos de la Comandancia. ¡Quién sabe cual es la suerte que nos aguarda! decían suspirando.

Entre los siete condenados á muerte por la Corte Marcial que ví sacar de la capilla en el tiempo que duró mi prision, no hubo uno solo que fuera convicto ó confeso. Los mas murieron hasta ignorando el delito que se les imputaba.

He aquí como sucedia: las autoridades de los pueblos consignaban á todo el que querian, manifestando que aquel hombre pertenecia, habia pertenecido ó se sospechaba que perteneciera á tal gavilla de ladrones ó á tal fuerza de liberales, y con eso bastaba para que la Corte Marcial pudiera fallar. Esta se limitaba á preguntarle si tenia descargos que hacer ó pruebas que rendir: el reo, que rara vez llegaba á comprender de lo que se trataba, respondia cualquier simpleza, la que muchas veces agravaba su situacion; la Corte fallaba exponiendo que en virtud de no haber sido desvanecidos los cargos, se condenaba al presunto reo á tal ó cual pena, segun el humor con que se encontraban el presidente, los vocales y el relator, ó á que que-

dara completamente en libertad, por no haber habido méritos para el procedimiento. Esto sucedió pocas veces.

Dejo á las Cortes Marciales en paz, para que se ocupe de ellas, si quiere, la historia, y paso adelante.

Ya he dicho que mi calabozo era el mas inmediato á la puerta del *golpe*: un dia oí que preguntaban por mí y saqué la cabeza. Ví entónces entrar á Emeterio Robles Gil, diciéndome que tambien venia preso.

—¿Por qué motivo? le pregunté.

—Lo ignoro, me contestó.

La pregunta y la respuesta estaban de más en aquellas circunstancias.

Recibimos al nuevo compañero en nuestro calabozo, ofreciéndole un trago del vino que hacíamos entrar clandestinamente, y en seguida salió á conocer la prision; pero como ignoraba las prohibiciones que existian, empezó á hablar con todos los presos, haciendo uso del carácter franco y popular con que le tiene dotado la naturaleza. Hubo más todavía: el aviso que se le dió de que no entraba su cama porque el Comandante militar no concedia aun la licencia, le hizo prorumpir en frases duras contra aquel y sus satélites, lo cual irritó al sargento López, quien armado del terrible nervio de toro, se lanzó sobre aquel queriendo pegarle.... Fué necesario que el jóven Velasco y yo interviniéramos para evitar una desgracia, pues de seguro Robles Gil se habria defendido, y quien sabe el fin desastroso que hubiera tenido aquella escena.

Fué necesario que insistiéramos mucho para que el sargento consintiera en desistir de su castigo. Des-

pues ya lo único que quería era encerrar á Robles Gil en un separo que era el más inmundo de los calabozos. Estaba hecho un energúmeno, no entendía de razones ni quería escuchar nada; pero tanto insistimos y tanto le rogamos, que al fin consintió en que todos juntos fuéramos castigados, permaneciendo el resto del día encerrados, privándonos de ver á nuestras familias.

Así lo hicimos, se corrieron los cerrojos de nuestras celdillas, y todo volvió á quedar en silencio.

Por la noche se abrió la prision para dar paso al Lic. D. Anastasio Cañedo, que iba con el carácter de incomunicado. El Sr. Cañedo era un hombre distinguido en Guadalajara por su saber y su posición; estaba próximo á la ancianidad, y era muy respetado por todas esas circunstancias. Aunque se había distinguido siempre por sus ideas liberales avanzadas, estaba á la vez separado de la política, ocupándose únicamente de los asuntos de su profesión. Le estuvimos observando en los días siguientes por entre las junturas de la puerta, y demostraba una calma estóica, sin que llegara á contraérsele un solo músculo de la cara.

Estuvieron entrando otros presos políticos que duraban en aquella cárcel dos ó tres días solamente, y lo mismo que entraban salían, sin llegar á saber la causa. Solo yo me fui eternizando en aquella prision. Y no por que tuviera más delito ni menos personas que se interesaran por mi suerte, sino porque el Sr. de la Colina, secretario del general Gutierrez, me había cobrado ojeriza sin conocerme, tal vez porque supo que la daba de literato como él, y no le agradaban mis versos.

Muchas personas respetables de Guadalajara estuvieron empeñándose con el general Gutierrez en que me pusiera libre. El contestaba invariablemente á todos con risa sardónica:

—Ya saldrá en mejores días.

Hacia alusion á los inocentes *mejores días* que yo había intercalado en mis versos á la Peralta. ¿Era este suficiente delito para sufrir aquella dura y prolongada prision? A veces me conformaba cuando veía entrar á Cañedo y otras personas que no habían dicho ni eso.

Cansado al fin de tantas instancias como se le hacían, con las cuales, según su expresión, no le dejaban respirar, convino en fijar un domingo para darme la libertad: así lo ofreció no solamente al general Pantaleon Moret, empeñando su palabra de honor, sino también á unas señoras de mi familia.

Llegó el domingo, y muy temprano recibí el aviso de que me preparara á salir libre en aquella misma mañana.

Mi respetable amigo y querido hermano político, el Sr. D. Felipe Shannon, fué á la casa del general Gutierrez por la orden de libertad.

—Ya dije que sale hoy, contestó, está dada mi palabra, y no hay ejemplo de que el general Gutierrez haya faltado nunca á ella. Vayan vds. á esperarme en la Comandancia.

Entretanto yo contaba las horas con ansiedad.

De repente me dijeron que allí estaba un ayudante de Gutierrez. Los compañeros me daban la enhorabuena, suponiendo que era portador de la orden de

libertad. Salí y observé que estaba hablando en secreto con el alcaide.

Me volví á mi calabozo desalentado y con un mal presentimiento fijo en mi alma.

A las doce llegó mi familia acompañada de muchos de mis amigos.

Mi hermano político, aquel honrado irlandés que nunca juzgaba que hubiera en el mundo hombres perversos, traía triunfante la orden escrita en la mano.

Mi corazón palpitaba ante una nueva que todavía me estaba pareciendo increíble.

—Yo libre? les preguntaba, ¿pero será verdad....?

El alcaide recibió la orden y estuvo como examinándola algunos segundos, hasta que por fin dijo:

—No es buena.

Y al mismo tiempo la hizo pedazos.

Aquello fué como si un rayo hubiera caído en medio de todos nosotros.

Las palabras fueron inútiles cuando sobraron tanto las lágrimas. ¿Cómo se iría mi familia, cómo me quedaría yo?... El mismo alcaide á quien suponía endurecido después de haber presenciado tantas escenas horribles, se estiró el bigote con rabia y murmuró:— ¡Maldito oficio este!

Volví á mi calabozo con el corazón rebosando amargura, me metí en el lecho y en ese día ni tuve apetito para comer, ni tuve tranquilidad para dormir.

El general Gutierrez hizo saber á la sociedad indignada, que todo aquello había sido una farsa dispuesta por él para quitarse de una vez de encima á tanta gente molesta.

Después de aquel fracaso no me quedaba otro recurso que proyectar una evasión, tanto más cuanto que se me había informado que Gutierrez había recibido orden de México para fusilarme en represalia de unos prisioneros que había fusilado Corona, si se confirmaba la noticia.

Mis compañeros de cuarto y yo logramos ponernos en contacto con diez hombres desalmados de aquella prisión, que se mostraron satisfechos de nuestro proyecto. Era tan sencillo como realizable: no necesitábamos más que proveernos con paciencia en cuatro ó cinco días de algunos objetos y las inteligencias con un hombre por fuera para que todo quedase hecho en una hora ó en menos todavía, sin ningún estrépito.

Todo quedó arreglado en menos tiempo del que creíamos. Era viernes y fijamos para nuestra evasión el próximo domingo: era preciso aprovechar ese día, porque los dos militares y yo según nos hizo comprender el alcaide íbamos á ser encapillados el lunes.

El sábado, como lo tenía de costumbre todas las mañanas, se levantó muy temprano nuestro compañero D. Mauricio Núñez. Por una casualidad se acercó á la puerta que cedió con un leve empuje.

—Está abierto! dijo admirado y salió.

Nosotros no nos fijamos en ese incidente.

Volvió á poco rebosando de júbilo á decirnos:

—Muchachos, estamos libres.... levántense.....

Todos nos incorporamos en nuestros lechos.

—Levántense! repitió con desesperación..... ya se han ido los soldados... ya no hay guardia... ¡estamos libres!

—¿Libres? ¿libres? ... preguntábaros sin podernos dar cuenta de aquello.

Y como nada hay tan convincente como el acento de la verdad, nos vestimos luego.

Entró el joven Ordaz que había dormido fuera exclamando:

—¡El imperio se ha ido á pique! Parra derrotó á los franceses en la Coronilla. ... Gutierrez está evacuando la plaza.

Salimos. ... la galería estaba desierta. ... todas las celdillas tenían echados los cerrojos, ménos la nuestra. ... ¿qué significaba aquello? La mujer del alcaide había robado á este la llave cuando notó la alarma y fué á darnos la libertad sin decirnoslo. ... ¡Buen corazón como el de todas las mujeres mexicanas!

Nos dirijimos á la puerta principal: allí estaba un cuartel de franceses y estos preparándose para la marcha: no nos permitieron pasar.

Nos volvimos buscando salida por la espalda del edificio: allí se había construido un fuerte y estaba custodiado también por franceses que nos rechazaron.

El tiempo pasaba y nuestra situación iba haciéndose angustiosa. Robles Gil había acudido temprano acompañado del cónsul alemán, y no había conseguido sacarnos. Nos dejó dicho sin embargo, que debíamos hacer todo lo posible para escaparnos porque el general Gutierrez pensaba mandar por los presos políticos para llevarse los pié á tierra.

Discutíamos el partido que habíamos de tomar cuando apareció D. Enrique Satler como nuestro salvador.

El comercio lo había nombrado jefe del punto y lo primero que hizo fué sacarnos entre los franceses y ponernos en libertad.

Monté á caballo luego y salí de la ciudad. Tal precaución era ya inútil, pues que no se habían de ocupar en buscarme los que abandonaban en su fuga los cañones y hasta el dinero; pero en el camino volvió á aprehenderme una avanzada que se retiraba. A duras penas logré escapar la segunda vez, pero escapé, logrando entónces ver el desfile de los imperialistas.

Gutierrez, Cortázar y Colina, iban á la cabeza de sus desmoralizadas tropas con el semblante desencajado. Para mayor seguridad iban vestidos de paisanos.

Eran tres mil hombres muy bien equipados. García de la Cadena con quinientos sin parque les salió al encuentro, les hostilizó y se desbandaron sin combatir á la vista del enemigo.

El imperio se había desmoronado en el Occidente de la República. La plebe de Guadalajara no cometió desórden alguno limitándose á reunirse en grupos y pasear por las calles gritando:

¡Viva Eulogio Parra! ¡Viva la República!

circunstancias en que tan inseguros se consideraban los intereses como las personas?

—Lo dejaré para mañana, dije con la indolencia propia de nuestro carácter y procurando aturdirme con las mil razones que existían para ahogar los impulsos de mi conciencia.

Después... después se me vinieron encima un cúmulo de asuntos del mayor interés que tuvieron embargado mi tiempo tanto de día como de noche, luego salí violentamente de Guadalajara y se quedó sin cumplimiento el deber más imperioso que yo me había impuesto cuando estaba entre las cuatro paredes de la prisión: el de dar las gracias de viva voz á las personas que me habían favorecido con su influencia, muchas de ellas sin ni siquiera conocerme. A algunas les dirigí mis cartas trascurridos algunos días, ó les hice presente mi gratitud por intermediarios, pero esto no dejó en modo alguno satisfecho mi corazón, en el cual existen siempre todos esos nombres y los conservo en la memoria sin haber tenido necesidad de apuntarlos en la cartera.

No los consigno aquí, porque muchas de esas personas viven aún y acaso no recibirán con agrado que se les mencione: mucho menos nombraré á las señoras que sentirían ofendida su modestia.

Los esfuerzos que hicieron ellas y ellos no dieron el resultado de verme libre, pero impidieron de seguro que se cometiera conmigo una arbitrariedad, uno de esos crímenes atroces que eran el fruto más sabroso para los que nos oprimían.

Gracias una vez más á aquellas almas generosas

CAPITULO XXVII.

LAS HIENDAS DEL PODER.

Luego que me vi á caballo y libre, mi primera aspiración fué correr por el campo, respirando aquel aire puro con todos mis pulmones. Me parecía entonces ser dueño del mundo... ¡cuán hermosa es la libertad!

Mi segundo pensamiento fué dedicado á todas aquellas personas que me habían hecho bien ó que habían demostrado empeño en hacérmelo. Necesitaba regresar á la ciudad para cumplir con el deber que me impuse en la prisión, de dar las gracias personalmente á las muchas familias que hablaron en favor mio al general Gutierrez. ¿Pero era propio hacer visitas en aquellos momentos de escitación? ¿Quién escucharía mis palabras? ¿quien estaría dispuesto á recibirme en

que se interesaron por la suerte del prisionero, y prosigo con mi relacion.

Una vez que fué evacuada la ciudad de Guadalajara, se reunió la guardia del comercio y ejerció interinamente la autoridad el Sr. D. Juan Alatorre: su primer acto fué firmar la orden para que saliera yo en completa libertad. Del mismo modo los cónsules extranjeros y otras muchas personas ocurrieron á sacarme de la prision. Fué un pensamiento unánime el que dominó en aquella noble y distinguida sociedad, prover de libertad á la víctima. Este precioso bien lo debia desde antes, en primer lugar á la mujer del sargento López que descorrió los cerrojos de mi calabozo, y en segundo lugar al Sr. D. Enrique Satler que asumió la responsabilidad de franquearme el paso.

El recuerdo de aquellas peripecias emociona naturalmente el corazon que se siente henchido de reconocimiento.

Habiendo observado los miembros del partido liberal de Guadalajara que las fuerzas del coronel Parra que habian derrotado á los franceses en la Coronilla, ea vez de aproximarse emprendieron la retirada de un modo alarmante, despacharon en el acto una comision que avisara á aquel jefe que la plaza habia sido desguarnecida y se encontraba á su disposicion. Otros nos habiamos anticipado con la noticia, entre los que recuerdo á Pablo Vazquez, Andrade y Gutierrez Hermosillo, que habia sido el último gobernador nominal en tiempo de la República.

Parra replicó al primero de nosotros que le dió la noticia de estar evacuada la plaza de Guadalajara:

—Es imposible: yo sé que Gutierrez tiene cuatro mil hombres y veinte piezas de artillería.

—La noticia es algo exagerada.

—¿Pues cuanta fuerza piensan vdes. que yo tengo ahora mismo?

—De dos á tres mil soldados.....

—Tengo seiscientos: con esos hemos dado la carga á los franceses y nos alejábamos del enemigo porque si bien triunfamos, hemos quedado destruidos.

—La accion de la Coronilla difundió el pánico en la guarnicion de Guadalajara.

—Pero ¿cómo he de creer que el general Gutierrez deje una plaza tan fuerte como esa?

Entónces me presenté yo como el mas palpitante testimonio de la verdad. Parra y todos los que estaban con él sabian que me hallaba yo preso en la Penitenciaría y con gran riesgo de ser pasado por las armas.

Parra mandó inmediatamente al general Guaderrama con una seccion de caballería y contramarchó él mismo con el resto de las fuerzas, que en verdad presentaban gran contraste con las del enemigo que iba huyendo. Estas pobres tropas nuestras ¡cuán desgarradas, cuán escasas de municiones y de toda clase de elementos! Aquellas, ¡cuán llenas de relumbrones, cuán bien armadas y cuán abundantes de dinero y de proyectiles!

Almorzamos todos juntos en el pueblo de San Agustín teniendo el gusto de abrazar allí á nuestros amigos Leonides Torres, Bibiano Hernandez y demas oficiales de Jalisco que ya se habian incorporado á las

fuerzas de Parra. Este me invitó desde luego para que le sirviese de secretario: admití el cargo sin pretensiones, con el solo propósito de servir á mi causa y de ser útil á mi tierra en los primeros momentos de su difícil reorganizacion.

Volví á Guadalajara con esa investidura, que no fué del agrado de un círculo político existente allí y conocido con el nombre de *Partido de los Castaños*, que hacia tiempo pugnaba por hacerse del poder. Yo que era un joven republicano educado en la escuela del infortunio, sin mas ambicion que ver triunfantes mis principios, sin mas fé que la que tenia en mi causa, sin mas envidia que la de ver á los míos en el Palacio Nacional, sin mas enemigos que los que lo eran de mi patria, sin abrigar ni sospechas para nadie, ni odios contra nadie y sin temer tampoco las arterías de nadie, pues á todos los liberales los creia animados del mismo patriotismo, me dediqué con toda confianza á los asuntos públicos inspirándome unas veces en los consejos de mis amigos y siempre en los de mi conciencia. Parra me dejó todo el peso de la situacion diciéndome que le enfadaba la política y tomó tambien el pretexto de que no conocia á aquellos hombres....

En el primer dia conseguí algun dinero de los particulares y organicé lo mejor que pude algunos ramos de la administracion. En el segundo dia me dediqué á las tropas que carecian de vestuario, de haberes y de conveniente organizacion. En el tercer dia.... empecé á sentir los trabajos de la oposicion.

Mi gobierno, cuando todavía se encontraba en mantillas, era ya batido de un modo formidable por los

descontentos, no haciendo uso de la prensa ni de ninguna arma noble, sino del chisme y la calumnia.

El coronel Donato Guerra, que era en esa vez el segundo del coronel Parra, habia sido herido en la accion de la Coronilla, aunque no de gravedad, y el partido de los Castaños tuvo el buen ojo de apoderarse de aquella potencia, miéntras estaba curándose. En el alojamiento de Guerra era en donde estaban todos los hilos de la vasta conspiracion que se desarrollaba contra mi humildísima persona. Y todo era tan inútil, que si cualquiera de los que querian derribarme hubiera venido á decirme que deseaba ocupar mi puesto, yo se lo hubiera cedido con el mayor gusto. No me hallaba por cierto en un lecho de flores.

Parra me referia algunas de aquellas conferencias celebradas contra mí en el alojamiento de Donato Guerra, pues que tambien era admitido á la conspiracion. Entónces llamé al Lic. Robles Gil que tenia toda la confianza del círculo Castaños y le supliqué que aceptara mi puesto: lo rehusó ofreciéndome su ayuda particular en mis trabajos.

Esto no tranquilizó al partido Castaños y siguió hostilizándonos tanto á mí como al mismo Parra, pues que ya entónces empezó á preparar el terreno para que Donato Guerra se sobrepusiera luego que sanase de su herida. Este apreciable jefe todavia no adquiria la prudencia y demas brillantes cualidades que fueron despues su principal adorno, y no dejó de dar oídos á las desleales sugestiones que se le esta-

ban haciendo, hasta el punto de darnos á entender á Parra y á mí que le dejáramos el gobierno.

—Es lo mejor que debemos hacer, le dije á Parra: vamos dejando la situacion al coronel Guerra que está mejor relacionado que nosotros.

—La quiero para los Castaños, con objeto de quitármelos de encima, contestó Guerra.

—Pues yo me separo desde luego, dije á ambos jefes, una vez que soy el pretexto para que se estén tejiendo todas esas intrigas.

Parra me habia cobrado ya gran cariño y me dijo que yo seguiria á su lado mientras él mandara.

Así, entre esos embates y esas luchas forzosas de los primeros momentos de reconstruccion del gobierno, en relacion íntima con otro orden social en que ya no habia ni nobles ni condecorados, se pasaron doce penosos dias. En tan corto tiempo aprendí lo que nunca habia aprendido. Todos aquellos que se me alejaban como si padeciera una enfermedad contagiosa cuando estuve en guerra con el imperio y perseguido por sus autoridades, hoy no solo se me acercaban sino que ni me dejaban respirar, ya ofreciéndome sus servicios, ya dándome consejos que no les pedia. Me protestaban que habian sentido mucho mi prision y que habian estado trabajando para sacarme, pero *bajo de cuerda*. Yo comprendia antes la amistad sincera, franca y desinteresada; pero no las falsedades y lisonjas empleadas con el que está en cierta posicion para *sacarle raja*, término que tambien aprendí en el mismo tecnicismo.

Una vez que estaba conquistada la plaza de Guadalajara, nuestro principal afan consistió en conservar-la y con ese objeto aumentamos nuestras tropas hasta donde nos fué posible y mandamos comisionados á Corona y á García de la Cadena encareciéndoles la conveniencia de auxiliarnos, porque Miramon y Mendez se habian destacado ya sobre nosotros con un formidable ejército. Al ménos estas eran las noticias que teniamos, ignorando completamente los progresos que habian hecho los soldados de la República en los Estados de Oriente.

El general García de la Cadena nos contestó que expedicionaria lo mas próximamente á la capital de Jalisco y en efecto llegó á situarse muy cerca de Guadalajara, con objeto de inquietar por fuera é imponer al enemigo, toda vez que su fuerza principal estaba compuesta de caballería.

El general Corona nos escribió que estando concluida la campaña de Sinaloa se vendria por Tepic con su division á incorporarse con nosotros, arriesgando á que el tigre de Alica dejara su neutralidad al recordar que habian sido enemigos implacables.

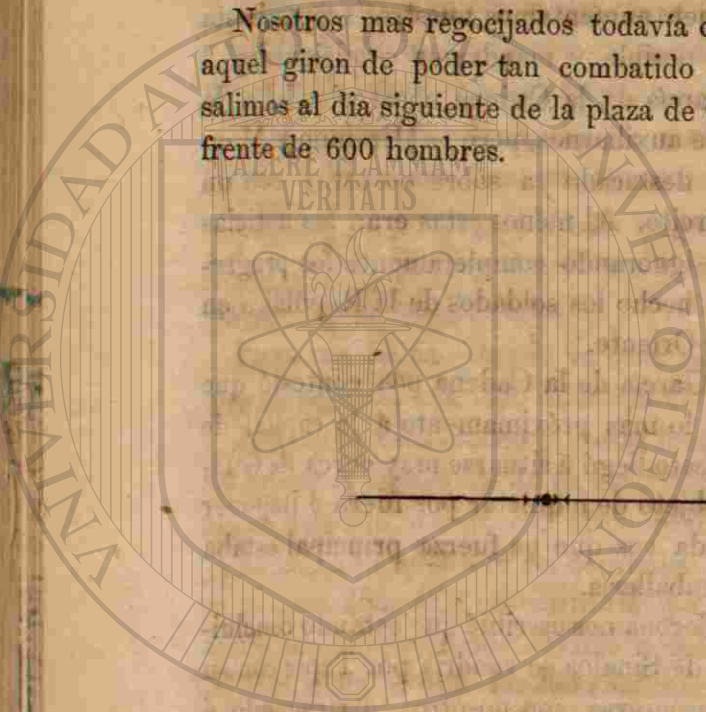
Estaba indicado que deberiamos proteger nosotros el paso de Corona. Esta coyuntura nos vino de perlas para salir de aquella fatigosa situacion. Yo fuí quien le dijo á Parra:

—Ya Donato Guerra sale á la calle: podemos dejarle el mando de la mitad de la fuerza y llevarnos nosotros la otra mitad para proteger el paso de Corona.

Parra aprobó con entusiasmo mi proposicion y desde luego la puso en planta.

Guerra nombró á Robles Gil secretario y el círculo Castaños se puso contentísimo.

Nosotros mas regocijados todavía con abandonar aquel giron de poder tan combatido y tan molesto, salimos al dia siguiente de la plaza de Guadalajara al frente de 600 hombres.



CAPITULO XXVIII.

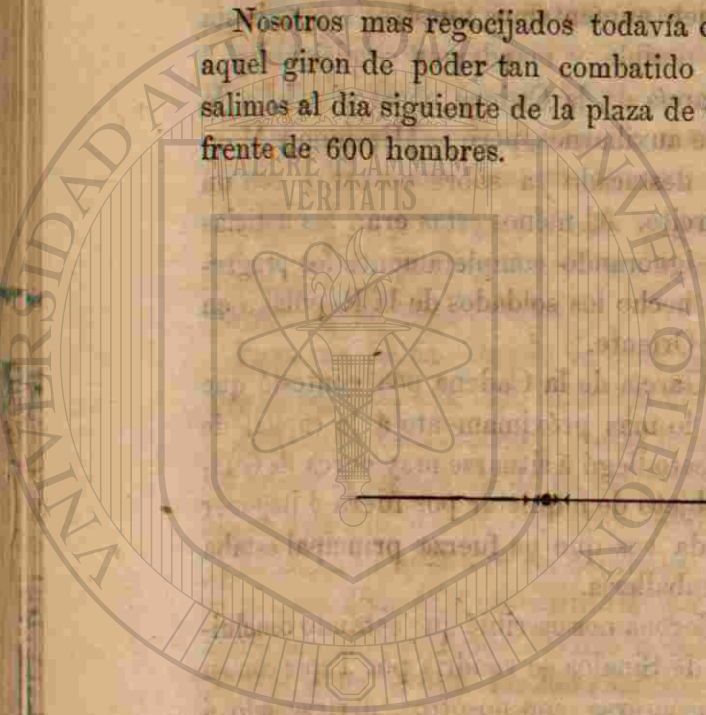
MOVIMIENTOS MILITARES.

El coronel Donato Guerra quedó, pues, encargado de la Comandancia militar en la plaza de Guadalajara, sujeto á las disposiciones del coronel Parra, que seguia de jefe de la Zona, mientras no llegara el jefe del Ejército de Occidente, general Ramon Corona.

Al salir del anillo de hierro en que me tenian encadenado, me sentí otro hombre y pude respirar con más libertad. Desde entonces comprendí que yo no estoy hecho de la masa de esos sujetos que gustan de luchar en la sombra, valiéndose de toda clase de arbitrios, ya para herir la reputacion de los hombres públicos, ya para prepararles celadas y lazos en que tienen

Guerra nombró á Robles Gil secretario y el círculo Castaños se puso contentísimo.

Nosotros mas regocijados todavía con abandonar aquel giron de poder tan combatido y tan molesto, salimos al dia siguiente de la plaza de Guadalajara al frente de 600 hombres.



CAPITULO XXVIII.

MOVIMIENTOS MILITARES.

El coronel Donato Guerra quedó, pues, encargado de la Comandancia militar en la plaza de Guadalajara, sujeto á las disposiciones del coronel Parra, que seguia de jefe de la Zona, mientras no llegara el jefe del Ejército de Occidente, general Ramon Corona.

Al salir del anillo de hierro en que me tenian encadenado, me sentí otro hombre y pude respirar con más libertad. Desde entonces comprendí que yo no estoy hecho de la masa de esos sujetos que gustan de luchar en la sombra, valiéndose de toda clase de arbitrios, ya para herir la reputacion de los hombres públicos, ya para prepararles celadas y lazos en que tienen

que caer si no andan demasiado precavidos. A mí siempre me ha gustado la guerra abierta, franca y leal; pero la guerra con los enemigos en opiniones y no con los partidarios de la misma causa: esto último me parece abominable. Para mí son iguales todos los hombres desde el momento en que se honran con profesar principios liberales y en que se muestran sumisos á las leyes vigentes que forman la voluntad máxima que debe regir en una sociedad organizada. El que abusa de su posición y quebranta los preceptos legales es siempre enemigo de las instituciones libres y del orden social. Nunca podré estar de acuerdo con los políticos que no ven en los hombres más que instrumentos, y á las leyes sino como un pretexto para mejor imponer su caprichos.

¿Para qué quería yo ese girón de poder codiciado por tantas personas y cuando todos teníamos la convicción de que el jefe de los Estados de Occidente había de llegar de un momento á otro para dar á Jalisco la organización que más le conviniera?

Llevé al lado de Parra el doble carácter de secretario particular y coronel jefe de su Estado Mayor. Al pasar por Ahualulco supimos que se encontraba allí completamente retraído el valiente general Pedro A. Galvan: Parra no le conocía y yo hice su presentación. Cuando estuvimos en la casa del primero, el segundo le invitó vivamente á tomar las armas, supuesto que no todo estaba concluido, quedando aun muchos enemigos que combatir en Colima, en los Estados del Centro y tal vez en los de Oriente. Al principio rehusó

Galvan todos los ofrecimientos que Parra le hacía: este comprendió que abrigaba escrúpulos para ponerse á las órdenes de un coronel y le ofreció el mando. El caballeroso general Galvan puso término á esta conferencia, manifestando que él se ocuparía en organizar algunas fuerzas en los pueblos amigos de aquel rumbo, luego que tuviera la competente autorización: esta quedó estendida en aquella misma noche.

Tocamos luego los pueblos de Cocula, Etzatlan y otros, pasamos por Tequila y la Magdalena y llegamos, por fin, á Ixtlan, que era la tierra del nacimiento del coronel Eulogio Parra. Allí solemnizamos el nombramiento de general que le llegó del general Corona, lo mismo que el mio de coronel que quedó ratificado.

¡Qué hermosos fueron para mí aquellos quince días que pasé fuera de Guadalajara! Había estado preso del cuerpo y del espíritu.... encerrado en un calabozo durante un mes y algunos días y torturado por la política más de una semana, de suerte que al sentirme libre de unas y otras cadenas, al respirar el aire puro de los campos, al arrobarme en la contemplación de aquella semi-salvaje naturaleza, ó al ser conducido en veloz carrera por un caballo, ¡cómo se dilataban mis pulmones, cómo me sentía contento y casi orgulloso de poder estar libre! Ya no me atormentaba durante mis sueños la fisonomía dura del sargento López, ni me despertaba el horrible rechinar de los cerrojos y las puertas de goznes..... ya tampoco iban á perseguirme á mi tranquilo hogar los murmullos, las exigencias y las pretensiones de los políticos.... Me encontré por la primera vez después de más de dos

años de sufrimientos en plena posesion de mí mismo, y sin más sobresalto que los que puede traer á la imaginacion un peligro que está muy lejano, y del cual, en la edad que tenía, no puede formarse conciencia. ¿Qué me importaban otro combate ni otra derrota más cuando estaba probada mi alma en el crisol de los más terribles sacudimientos?

Solamente los que han estado presos en las condiciones en que yo lo estuve, pueden darse cuenta del bienestar agradable, de la inmensa ventura, de todas las gratas sensaciones que se experimentan al salir de la prision.

Al emprender una de aquellas marchas que íbamos haciendo con suma cautela, para no despertar al tigre de Alica que estaba completamente adormecido en el corazon de la Sierra del Nayarit, presencié un espectáculo que me impresionó profundamente. Nos encontramos ya levantados en el corredor de una hacienda, esperando que se cargaran las mulas del parque que estaban en unos corrales del frente cercados de piedra. La tropa estaba formada en el camino, nuestros caballos ensillados y todo listo para ponerse en movimiento, luego que se diera el último toque de marcha.

De repente una luz vivísima rasgó la profunda oscuridad que reinaba, acompañada de una detonacion horrorosa. Una llamarada instantánea se habia alzado en medio de las mulas del parque, y á la vez vimos salir de allí mismo cuatro hombres con las manos levantadas, ardiendo de piés á cabeza y dando alaridos espantosos. Todos permanecemos mudos de terror

comprendiendo por instinto la inminencia del peligro que estábamos corriendo. Se habia incendiado una carga de pólvora, alguna chispa podia haberse comunicado á las otras cargas de parque, ó los hombres que iban corriendo entre ellas podian pegarles fuego al pasar, puesto que iban corriendo como locos sin buscar direccion. Todo esto fué instantáneo. Pasado el primer momento, se dictaron disposiciones violentas para impedir una catástrofe mayor. Aquellos cuatro desgraciados eran los arrieros que estaban cargando el parque, que murieron á las pocas horas quedando completamente desfigurados. Se les habia caido una carga al ponerla en la mula, se les habia incendiado al chocar con las piedras del piso, y habia hecho explosion.

Aquella escena verificándose en medio de una oscuridad profunda, es una de las más siniestras, de las más imponentes que he presenciado.

En Ixtlan nos establecimos cómodamente, y recibimos con frecuencia noticias de las marchas que venia haciendo Corona. Estaba aun en el Rosarió, y teniamos de consiguiente tiempo para esperarlo tranquilamente, aunque siempre observando todas las precauciones de un ejército en campaña.

A poco más de una legua fué situado el comandante Francisco Tolentino con una avanzada de exploradores; la caballería cubrió el ala derecha á las orillas de la poblacion, y la infantería tomó cuarteles en los principales edificios del centro.

Despues de tomados algunos acuerdos indispensa-

bles sobre asuntos pendientes, Parra me dijo como en otras veces lo había hecho en Guadalajara:

—Ahora Vd. queda con el mando y la responsabilidad de estas fuerzas: yo voy á dedicarme á la familia, y no pondré aquí los piés durante cinco dias.

Yo me había quedado en el interior del alojamiento y, no supe sino hasta despues, que al salir á la calle aquel, había recibido una queja y había dado una orden.

La queja era sobre que la avanzada que había en el camino de Tepic estaba cometiendo desmanes, y la orden para que se presentara preso en el Cuartel General el comandante Tolentino.

Cuando ese apreciable jefe llegó á nuestro alojamiento y se informó de que Parra se había ausentado, pidió hablarme, á lo que accedí, teniendo entonces el gusto de verle por la primera vez.

Me dijo que eran infundadas las quejas que se habían traído al general en jefe é injusto el arresto que se le imponía, pues que jamás consentía á sus soldados desorden alguno; que le salvara yo de aquel bochorno, ó mejor dicho, de aquella deshonor con que se le quería humillar delante de sus compañeros.

Comprendí que era un jefe de vergüenza y honor, y tomando sobre mí la responsabilidad de aquel acto, le dije que estaba libre y que podía volver á ocupar su puesto.

Me pareció que derramaba una lágrima de agradecimiento, me abrazó afectuosamente y regresó á su punto.

Los tres dias siguientes se pasaron sin ninguna novedad.

Al cuarto recibí un correo en que se nos participaba que se estaba notando algun movimiento en la Sierra de Alica. Grupos de indios eran encontrados por todos los caminos que se reconcentraban al corazon de la Sierra, llevando lo que ordinariamente se les ordenaba que llevasen: sus armas los que las tuvieran, y los que no, solamente sus víveres para ocho dias, consistentes en pinole y gordas.

Al quinto dia nos llegó un extraordinario de Guadalajara. Donato Guerra nos escribía una extensa carta, trasmitiéndonos algunas noticias favorables de Oriente y del Norte, en donde Treviño y Naranjo habían obtenido victorias de importancia por esta parte, mientras que por aquella, Porfirio Diaz había cubierto tambien de gloria las armas nacionales. En cambio de estas noticias que podian ser fundadas hasta cierto punto, nos daba otra que no podía ménos de ser exactísima: el enemigo se aproximaba en número muy respetable. No se sabía aun quienes eran los jefes que venian mandando aquellas fuerzas, pero se suponía que no podian ser otros que Miramon y Méndez, que eran por cierto los que mas serios temores podian causarnos, contando con que eran los más audaces, los más activos y los más inteligentes.

La situación era para mí comprometida y Parra estaba aun inabordable. Entonces tomé sobre mí una resolución grave, pero que acaso pudiera salvarnos. Dispuse que la parte más considerable de nuestras fuerzas saliera para Guadalajara á marchas forzadas, mandando por delante un extraordinario con la noticia de que allí iba toda la division del general Corona.

Me imaginé que tal vez en Tepic no podrian percibirse de que nuestras fuerzas se cercenaban y que el enemigo que se acercaba á Guadalajara tuviera noticias de nuestro movimiento muy adulteradas, como sucede siempre que á una causa cualquiera comienzan á alejarse los partidarios. El imperio estaba ya en ese caso, y podia jugársele esta clase de partidas impunemente.

Parra regresó al Cuartel general y aprobó las pocas determinaciones trascendentales que tomé durante su ausencia. Principalmente quedó complacido del envío del refuerzo que habia salido aquella misma mañana para Guadalajara, y que en caso de no ser de su agrado hubiera sido muy fácil hacerlo regresar.

El ardid produjo todo el efecto que tímidamente, muy tímidamente, lo confieso, me habia imaginado. El peligro se ahuyentó de las puertas mismas de Guadalajara, debido en una parte á que el enemigo creyó que iba á habérselas con todas las fuerzas de Occidente, aunque yo creo que contribuyó á esto de un modo principal la aproximacion muy oportuna de las fuerzas del general García de la Cadena.

Trascurrieron otros cuatro dias sin más novedad, hasta que una mañana, cuando estábamos almorzando, nos sorprendió un correo de Corona, con la grata nueva de que á los dos dias debia incorporársenos. Mi corazon palpité lleno de alegría, pues iba á conocer de cerca, iba á tratar tal vez á aquel hombre que desde léjos lo consideraba yo como un gigante.

No aguardamos á que él llegara, sino que nosotros.

salimos á su encuentro, deteniéndonos en Ahuacatlan. Hubiéramos seguido adelante, á no haber notado que por nuestro flanco derecho se destacaba una pequeña fuerza. Fuimos Parra y yo seguidos de algunos oficiales para reconocerla. Cuando estuvimos á corta distancia se adelantó el jefe, y despues de las formalidades militares de costumbre, nos dijo:

—De parte del general Lozada vengo á manifestar al gefe que manda estas tropas, que el general Corona puede pasar con toda tranquilidad, pues que hemos jurado, y lo cumplimos, permanecer neutrales hasta que concluya la guerra entre el Imperio y la República.

despues, á la familia de Don Antonio Gómez Cuervo: allí armó su brazo contra las tremendas injusticias que estaba presenciando, y tuvo la sin igual audacia de ponerse frente á frente de los hombres poderosos que allí dominaban, arrojando el guante á los banqueros y feroces bandidos que estaban en la mas íntima alianza. El nombre de Corona empezó por eso á repercutir entre las masas populares, admirándose que un jóven de veinte á veinticinco años eligiera un sitio tan difícil para teatro de sus hazañas, revelándose ya como un futuro caudillo.

Corona creció en prestigio cuando fué el primero en oponerse á las miras de Uraga, prefiriendo la persecucion por en medio de un terreno sembrado de peligros, en donde no habia más perspectiva que la muerte, llegando sano y salvo á Sinaloa, para que volviera á sonar allí su nombre como el alma de las intrigas que hicieron rodar el poder de García Morales, de Plácido Vega, de Antonio Rosales y de todos cuantos podian hacerle sombra.

¿Qué importaba que brillaran en hechos guerreros de un modo esplendoroso los nombres de Rosales, de Pesqueira, de García Morales, de Granados y de tantos valientes que estuvieron luchando á pié firme en los Estados de Occidente contra la Intervencion, qué importaba todo eso para Corona, si él ya habia logrado sobreponerse á ellos, tanto en el consejo de Juárez como en el juicio de la opinion pública?

Por eso despues de ganada aquella posicion en que hubo más brillo artificial que peligros, el nombre de Corona no volvió á figurar en ningun combate, dejan-



CAPITULO XXIX.

EL GENERAL CORONA.

Habia yo conocido al personaje de que me voy á ocupar en este capítulo tres años ántes, de coronel modesto y patriota, presidiendo una reunion republicana, de la cual fuí tambien despues presidente, y lo volvia á encontrar de general con la frente inclinada bajo el peso de los lauros inmortales. Ramon Corona, á la vista de todos, habia surgido con la revolucion de Ayutla de entre los más humildes hijos del pueblo, combatiendo contra la teocracia y demás vicios del partido clerical, reinante entónces, y en favor de las instituciones democráticas. Procedente de un pueblecillo del Sur de Jalisco, habia ido á Tepic á servir en una casa de comercio perteneciente, segun se dijo

do á los aguerridos jefes de que supo rodearse el trabajo de estar manteniendo su prestigio. Corona tuvo dos méritos: el de saber elevarse y el de saber sostener su elevacion. Para lo primero tuvo que vencer dificultades enormes; para lo segundo, se vió precisado á opacar los rayos de la guerra que brotaban de donde quiera, empleando tan hábiles maniobras como tácticas oportunas.

Al terminarse la campaña de Occidente en la cual fueron los principales campeones algunos jefes secundarios y un poco tambien las circunstancias, á las cuales vinieron á concurrir la neutralidad de Lozada y la retirada violenta de los franceses, Corona apareció á los ojos de los mexicanos patriotas casi como un semidiosos.....

Todos los que habiamos estado contemplándole de léjos, estábamos fascinados con su inmensa gloria. Principalmente para los jaliscienses no habia otro hombre, y por nuestra cuenta le hubiéramos dado nuestros votos para que fuera el rey si hubiéramos sido realistas. Nunca tuvimos elogios suficientes en medio de nuestras conversaciones para prodigárselos. ¿Qué más podré decir? Corona nos tenia preocupados, absortos, estáticos, contemplativos, y para decirlo de una vez, verdaderamente magnetizados. Un Cincinato, un Washington, un Bolívar eran personajes insignificantes para ponerlos en parangon con nuestro héroe.

Al ménos yo hubiera dado sin vacilar mi vida á la hora que me la hubiera pedido aquel á quien yo consideraba como el salvador de mi patria. La sola idea

de que presto iba á admirar á mi ídolo de cerca, hacia palpar de gozo mi corazon.

En la tarde de aquel mismo dia á que me referi en el capítulo anterior, recibimos el anuncio de que Corona se aproximaba: montamos luego á caballo y salimos al galope á recibirlo. Al primero que encontramos fué al coronel Adolfo Palacio, que traia todo el aspecto de un Saladino. Vestia un pantalon azul de esos que se llamaban zuavos entónces, metido en el cañon de la bota, una chaqueta tambien azul muy pegada al cuerpo, un pequeño fieltro rodeado de un paño de sol que le daba la vista de un turbante, su barba muy negra, recortada con cuidado al rededor de la cara, haciendo resaltar el blanco de su frente que todavia no habia sido tostada por el sol; por fin, sus ojos negros de mirada altiva, venian á formar un conjunto verdaderamente oriental. Habia conocido á aquel caballero geefe dos años ántes en Colima, pero en esta vez me causó una impresion mucho más agradable, principio de la íntima amistad que despues nos ligó. Cambiamos con él algunas palabras y nos pasamos de largo. Un nuevo galope de medio kilómetro nos puso en el centro del Gran Estado Mayor que traia consigo el general Ramon Corona.

Tuvieron lugar entónces los saludos, reconocimientos y presentaciones. Fuera del Dr. Pablo Vázquez, que habia salido ántes de Guadalajara con la comision de dar informes á Corona, y Agustin Caravantes, á quien llamábamos *el loco*, que se le acababa de reunir en Tepic, las personas que venian allí nes eran

completamente desconocidas. Parra me presentó con Corona, este lo hizo con algunos de los gefes que estaban más próximos, y ya todos juntos nos volvimos para Ahuacatlan. Allí obsequiamos á Corona y á su Estado Mayor con una comida que les teníamos preparada: ellos á nosotros con una barrica de magnífica cerveza inglesa que apuramos en compañía, y luego nos fuimos á ver la entrada á la poblacion del renombrado ejército de Occidente, que se componia de unos tres mil quinientos hombres.

La vista de aquel ejército no era para formarse grandes ilusiones: los hombres que formaban los cuerpos de infantería venian casi desnudos, y los de caballería eran gentes de mala facha que venian en completo desorden y con unos caballos escuálidos. Figuraba al frente de los escuadrones el feroz bandido Simon Gutierrez y un general Guzman que en esa misma noche se emborrachó, causando mil escándalos en la poblacion, y llegando al exceso de disparar su revólver contra el gefe de día, coronel Biviano Dávalos.

La figura de Corona descollaba delante de aquel ejército, brillante y colosal. Aun creí encontrar en su expresiva fisonomía alguna semejanza con la del primer capitán del siglo.

Por la noche emprendimos la marcha para Ixtlan: nosotros quedamos incorporados con nuestra pequeña columna á aquel Ejército, ocupando en el desfile el lugar que nos designó el Cuartel Maestre, Sr. Gral. Ignacio Escudero.

Una pequeña parte del camino la anduve al lado de Corona embelesado en su conversacion, por más

que no hubiera motivos para que fuera amena; y habria estado seguramente hasta tres dias haciéndole preguntas, quizás impertinentes, para hacerle hablar y extasiarme oyéndole, á no ser porque me ocurrió la idea de que tendria deseos de pedirle algunos informes al general Parra, sin que hubiera testigos. Entonces me retiré con pretexto de saludar á los gefes amigos que venian en la columna, á quienes no habia saludado todavía.

Incontinenti pude adquirir detalles privados que no solicitaba. Algunos gefes de la fuerza estaban disgustados por la presencia allí de Simon Gutierrez y de otros gefes por el estilo, así como porque Corona traia á su lado, desempeñando las funciones de secretario, á un individuo que habia servido al Imperio. Posteriormente habia reclutado en Tepic al Lic. Agustin Caravantes, que segun ellos no solo era reaccionario, sino lozadeño é intervencionista. Yo le conocia de muchos años atras solo como superficial y extravagante.

Esas quejas me las hicieron en el seno de la amistad y bajo profundísima reserva.

Al día siguiente salimos para la Magdalena, yendo solamente en la caravana los generales Corona y Parra con sus secretarios y ayudantes. Entonces si tuvimos el general Corona y yo una conversacion tirada: hablamos del Estado de Jalisco, de sus hombres, de su actual situacion, de sus sufrimientos y del buen porvenir que estaba en nuestras manos formarle. Sí me contrarió, y casi puedo decir que llegó á affigirme

una opinión del general Corona, que pronunciada por sus labios autorizados hizo vacilar mis convicciones.

—¿A quién sería bueno nombrar gobernador de Jalisco? me preguntó.

—Señor general, le contesté yo, sobran allí personas que profesan principios liberales, que tienen prestigio y que son generalmente respetadas.

—No, me dijo sonriendo de un modo particular, á todos los conozco yo y no hay uno solo capaz de ser un buen gobernante en estas circunstancias.

—¿Pero qué tienen estas circunstancias....?

—Se necesita el rigor más completo: aterrorizar á los traidores, probándoles que no transigimos con ellos.

Yo me quedé pensativo diciendo para mis adentros:

—Entonces esas personas que yo veo muy grandes y muy llenas de ciencia y de tantas cualidades propias para ejercer el mando, ¿no tienen en realidad méritos? ¿Serán falsos su brillo y su reputación? ¿Me habré yo engañado viendo luz en donde sólo pueden encontrarse tinieblas? ¿Será que el general Corona ve á nuestros políticos desde muy alto, ó será que no tiene suficiente penetración para distinguirles y saberlos apreciar? Viene de la campaña, agregué yo, disculpándole en mi interior, y es muy natural que un hombre que expone su vida en los campos de batalla tenga ojeriza á los individuos de butete, que con sus manos limpias vienen siempre á sentarse á la mesa que otros han puesto: por eso habla también de medidas de rigor, inspirado tal vez por el recuerdo de haber visto nues-

tros campos talados, nuestras poblaciones destruidas, paralizado nuestro progreso y la presente generación diezmada.... El tiene razón para hablar así: esas mismas palabras en otra boca serían un sacrilegio.

Llegamos á la Magdalena y fuimos recibidos con júbilo por toda la población como en todas partes donde se presentaba el héroe de Occidente. Después de los festejos tomamos una Diligencia y nos acomodamos en ella las siguientes personas: el general en jefe, su secretario particular el Sr. Armienta; el general Parra y su secretario, el autor de estas líneas; el coronel Adolfo Palacio, el comandante Alberto Zakany, jefe del Estado Mayor de Corona, el Lic. Agustín Caravantes y un Sr. Rendon comisario general del Ejército. El carruaje fué precedido y seguido de escoltas mandadas por oficiales de confianza y así tomamos el camino de Guadalajara.

Llegamos á Tequila sin que nada nos ocurriera de particular. Fuera por que todavía no nos inspirábamos unos á otros demasiada confianza viéndonos con el recelo de jefes que militaban en diversas fuerzas, pues ya la nuestra era considerada como la división de Jalisco, ó fuera porque sentíamos la doble fatiga de haber comido con apetito y de haber corrido mucho á caballo, el caso es que estuvimos guardando en todo aquel trayecto la mayor circunspección: mientras unos dormían, otros conversaban en voz baja con el compañero de al lado.

En Tequila fuimos recibidos por la tarde con el mayor regocijo: se nos esperaba y se había dispuesto un

baile para obsequiar al general Corona y á su comitiva: el general rehusó tal agasajo con modestia, manifestando sumo deseo de llegar cuanto antes á Guadalajara. Tomamos solamente una colacion bien rociada con vinos esquisitos, lo cual nos vino á dar el tono que necesitábamos: á las ocho de la noche volvimos á tomar nuestros asientos en la diligencia y á ponernos en marcha para la capital del Estado.

En esta vez todos íbamos animados del mejor humor, que se justificaba con las ocurrencias oportunas, inventándose, para mejor pasar la noche, lo que se verá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXX.

CORONA EN GUADALAJARA.

Lo que se aprobó, entre los diversos medios que se propusieron para pasar una velada divertida, fué lo más sencillo en la apariencia y que vino, sin embargo, á darnos el hilo de las ideas y sentimientos de cada uno, á descubrir nuestras aspiraciones y principios, á quitar la careta á los que pudiéramos tenerla.

Fingimos que los que veníamos en la diligencia éramos los habitantes de una República en que era permitido por las autoridades que gobernaban que se sostuvieran todas las opiniones, existiendo como ley fundamental, pero enteramente practicable y sin la menor restriccion, la libertad del pensamiento. Entóncos cada uno de nosotros tomó á su cargo repre-

baile para obsequiar al general Corona y á su comitiva: el general rehusó tal agasajo con modestia, manifestando sumo deseo de llegar cuanto antes á Guadalajara. Tomamos solamente una colacion bien rociada con vinos esquisitos, lo cual nos vino á dar el tono que necesitábamos: á las ocho de la noche volvimos á tomar nuestros asientos en la diligencia y á ponernos en marcha para la capital del Estado.

En esta vez todos íbamos animados del mejor humor, que se justificaba con las ocurrencias oportunas, inventándose, para mejor pasar la noche, lo que se verá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXX.

CORONA EN GUADALAJARA.

Lo que se aprobó, entre los diversos medios que se propusieron para pasar una velada divertida, fué lo más sencillo en la apariencia y que vino, sin embargo, á darnos el hilo de las ideas y sentimientos de cada uno, á descubrir nuestras aspiraciones y principios, á quitar la careta á los que pudiéramos tenerla.

Fingimos que los que veníamos en la diligencia éramos los habitantes de una República en que era permitido por las autoridades que gobernaban que se sostuvieran todas las opiniones, existiendo como ley fundamental, pero enteramente practicable y sin la menor restriccion, la libertad del pensamiento. Entóncos cada uno de nosotros tomó á su cargo repre-

sentar un partido ó una opinion política, que se hacia oír en la comunidad, ya por medio de sus oradores en la tribuna, ya por medio de sus periodistas en la prensa. Existia en nuestra República modelo, verdadero sufragio libre, verdadera representacion nacional, verdaderos políticos independientes, verdadera Constitucion federal que permitia á todos los asociados la práctica de los derechos que da al ciudadano la bien entendida democracia. Todavía una gran parte del país estaba sometida al Imperio, algunos de los que allí íbamos habíamos sido sus víctimas, y era muy natural que nos encontráramos dispuestos á ir en materia de libertades hasta la demagogia ó hasta el socialismo, puesto que entónces no era todavía conocida la comuna.

Rompieron el fuego los Sres. Armienta y Caravantes, suponiendo que tenían establecida en nuestra República una publicacion apoyada en el Clero, que defendia á capa y espada el principio monárquico: aunque aquello era un juguete, desde luego dejaron descubiertas sus aspiraciones. Yo nunca, ni cuando asistia á la escuela, ni despues por pura broma hubiera podido sostener el papel de defensor de doctrinas terroristas, que siempre han chocado con mi conciencia y con mi corazon. Expusieron su programa diciendo: que sostenian como el gobierno más conveniente la monarquía absoluta y dinástica, acompañada de las inmunidades y preeminencias del clero católico, con la respectiva infalibilidad del papa, con sus conventos de monjes y monjas etc., etc.

El general Corona se constituyó el representante de la democracia descamisada, tan intransigente como

el partido conservador en el polo opuesto, con sus medidas de terror al estilo del 93 en Francia ó de Rojas en México. Adolfo Palacio se sentia inclinado á descamisarse tambien y á entrar de lleno en la demagogia. Zakany y yo nos propusimos atacar las exageraciones de unos y otros, sentando, á nuestro modo de ver, en bases más sólidas y duraderas los principios de la verdadera democracia, fundándonos en la máxima de Juárez de que *el respeto al derecho ajeno es la paz*. Zakany era un húngaro, todavía jóven, y que ignoro que fin haya tenido, bastante inteligente, é instruidísimo en historia antigua y moderna. Tenia una prodigiosa memoria que le ayudaba á retener todos los nombres y todas las épocas, de suerte que cuando hablaba nos deleitaba con su erudicion, contribuyendo con ella á dar á nuestra bandera en el campo del debate repetidos triunfos.

Todo aquello no era en realidad más que un inocente entretenimiento para que no se nos hiciera pesado el camino; pero servia, como he dicho ántes, para dar á conocer un poco nuestros respectivos gustos é inclinaciones. El general Corona, que comenzaba entónces á figurar, y que no habia tenido más escuela política que la del campamento, aventuraba sus juicios con timidez y como queriendo poner á prueba la expresion de un escritor francés que dijo: *la palabra sirve al hombre para mejor ocultar su pensamiento*. Como íbamos allí verdaderamente en familia, tuvo oportunidad de deslizar algunas opiniones recojidas de aquí y de allá, seguramente en sus ratos de ocio, para saber, al ménos, cómo las recibiamos nosotros.

Entonces externó un principio que siempre me ha sonado mal aún en boca de los grandes políticos: *Los hombres son máquinas de que uno de ba servirse mientras estén útiles: á la hora en que no se los pueda sacar ningun provecho, lo mejor es tirarlas.* Y este otro: *Lo mejor que se puede hacer con los hombrs que sirven de obstáculo á nuestros propósitos es destruirlos;* y otro peor todavía: *Con hacer mal nada se pierde.* Fingia creer que profesando esas máximas en política y sabiendo practicarlas, no habia superior alguno que osara ponersele delante.

Corona no habia aprendido nada todavía, no habia tenido tiempo ni oportunidad de instruírse, y hablaba, se puede decir, guiado por la luz natural, ó por lo que habia leído probablemente en algunos pocos libros de no muy buena índole.

A mí se me oprimia el corazon oyendo tales despropósitos; pero tambien reflexioné que todo aquello era una broma, y esperé á mejor ocasion para descubrir el verdadero carácter y los verdaderos sentimientos del que no era mi hombre, como llevo dicho, sino mi semi-dios.

Inútil me parece agregar como conclusion del pueril incidente que estoy refiriendo que los que adoptamos allí un temperamento netamente liberal, sin exageraciones ni intolerancias, fuimos los que quedamos victoriosos en las luchas de aquella República, teniendo los demás, de buena ó de mala gana, que confesarse derrotados. Solamente Caravantes, esa mala cabeza, tuvo que ser reducido al silencio en medio de la rechifla general, pues como se posesionó con toda formali-

dad de su papel, empezó á decir desatinos tantos y de tal calibre, que aun fué preciso amenazarlo con arrojarlo por una ventanilla de la diligencia si agregaba otra necesidad á las tantas que habia dicho. Se le hizo presente para contestar á sus reclamaciones que si era cierto que en nuestra República habia una gran libertad para la emision del pensamiento, sus habitantes no estaban obligados á dejarse taladrar los oídos con los gritos descompasados de un loco.

El general Corona impidió que diéramos aviso á las autoridades locales que todavia dependian de nosotros, de que en aquella madrugada iba á llegar á la ciudad de Guadalajara: no queria ser objeto de una ovacion que no podria ménos de mortificarle. Una de las principales virtudes de Corona y que le conquistaban mayores simpatías, era su modestia. Era hasta tímido para expresarse entre personas que no eran íntimas, subiéndole siempre el rubor á la cara. Era lo que puede llamarse un guerrero tan humilde en la apariencia como afortunado en el fondo.

No obstante sus precauciones, la noticia cundió entre muchas personas que se apresuraron á salir á recibirle. La primera persona que lo estrechó en sus brazos con ternura, fué D. Antonio Gomez Cuervo, su antiguo gefe en la carrera mercantil. Despues, llegaron representando al poder público, los Sres. Emerico Robles Gil y Alfonso Lancaster Jones, y siguió aumentando la comitiva de gentes á caballo y en carruges, hasta llegar entre cohetes, repiques y cañonazos al palacio gubernamental de Guadalajara, en donde

tambien centenares de personas se habian reunido para ver llegar al fabuloso campeon de Occidente.

Todo el mundo aguardaba que las fuerzas de Corona, aparte de una buena organizacion, tuvieran sus vestidos y sus armas en corriente, toda vez que venian de lugares en que disfrutaban de una abundancia relativa: se les vió entrar á la ciudad casi harapientas, pero eran tales las simpatías que habian despertado el jefe y sus subalternos en la poblacion, que inmediatamente se encontró la disculpa: han sufrido mucho en la guerra y no exige más la sencillez republicana.

En un grupo de amigos dijo alguno:

—El mal vestido de una persona que tiene dinero, muestra ser un avaro, un santo ó un ambicioso, ¿conviene Vdes?

Los que estábamos en el grupo convenimos.

—Pues bien, continuó nuestro interlocutor, ¿á cuál de las tres categorías pertenece Corona?

—Por qué? ¿qué tiene que ver? le preguntamos.

—¿Viene vestido como corresponde á un general en jefe de todo un Ejército?

—Anda en campaña todavía.

—No importa: el traje que lleva lo empequeñece.

Poco faltó para que diéramos mordidas á aquel amigo audaz, que osaba asestar el dardo de la crítica contra nuestro ilustre caudillo.

Lo mas curioso fué que las gentes empezaron á decir que si las tropas no estaban vestidas, era porque se traia en caja medio millon de pesos, producto de los dos ricos Estados de Occidente que acababan de

ser sometidos: esta ilusion se disipó al otro día mismo, viéndose publicado el decreto que imponia un empréstito á todas las personas acomodadas de la poblacion, estableciendo penas severísimas á los que se resistieran á entregar el dinero.

Esto dió lugar á un incidente un poco escandaloso. El Lic. D. Jesus Camarena que fungia á la vez de Presidente del Supremo Tribunal de justicia, fué cuotizado con la cantidad de dos mil pesos. Seguramente fió algo en la representacion que tenia para no apresurarse á exhibir el dinero: habiendo pasado la hora designada, se le mandó aprehender conduciéndosele entre filas por las calles hasta el Palacio: se le hizo saber que su cuota ya no era de dos mil pesos sino de cuatro mil.

No la dió tampoco, y entonces se le hizo saber que de hora en hora debia írsele doblando y que mientras no la satisficiera se le haria servir de soldado raso y trabajar en la limpieza. Esto consternó á la poblacion y se levantó un clamoreo en que se pronunciaban estas ó semejantes sentencias:

—Esto no se vió ni cuando existian Piélagos y Manayo.

—Aquellos eran feroces, pero respetaban siquiera á los de su propio partido.

—Ahora se nos hace duro esto, porque Eulogio Parra y Donato Guerra nos han tratado muy bien.

—Si esto ha de seguir así, es mejor que vuelva el imperio.

Podria citar los nombres de las personas á quienes

oi estas conversaciones, pero no hay necesidad de ello, porque todas las gentes repetian lo mismo.

Se trató luego de expedir un decreto contra los traidores: era una especie de destierro en masa que debia verificarse á los cinco dias y en el cual se encontraban comprendidas centenares de personas. Convocó el general Corona á algunos liberales ilustrados para que emitieran su opinion sobre el asunto y casi todos fueron de parecer que semejante decreto no debia expedirse, ya fuera porque Parra con su conducta noble y prudente habia hecho crear confianza á los que habian sido enemigos de la República, ya porque el mismo gobierno general comenzaba á mostrarse benigno con ellos, ó ya finalmente porque no era político provocar nuevas alarmas ni nuevas inquietudes en los momentos en que las familias empezaban apenas á rodearse de tranquilidad.

Robles Gil, que era conocido por uno de los mas exaltados republicanos, declaró en la junta que él no autorizaria semejante decreto ni como secretario ni como gobernador, en caso de que se le revistiera de tal carácter, segun las indicaciones que al efecto habia recibido.

El general Corona vertió amargas quejas contra los liberales pacíficos, que siempre al último vienen á servir de estorbo para el desarrollo de la política.

—Como ellos no esponen nunca nada, no quieren arriesgarse al peligro remoto de las represalias. Está bien: nadie quiere ayudarme. . . tampoco les necesito para nada. Yo solo firmaré el decreto.

Probablemente, tampoco el Sr. Armienta habia querido firmarlo por no ser inconsecuente con su anterior conducta.

A la vez que se lanzaba el anatema contra todos los traidores, se cometió la inconsecuencia de nombrar gobernador del Estado á un hombre que tenia el mismo delito. Sírvanse los lectores pasar conmigo á otro capítulo.



En la tarde del mismo día en que se trató el asunto referido en el capítulo anterior, estábamos en el salón principal de la casa de D. Lázaro Gallardo, que servía de alojamiento al general Corona, éste, su secretario Armienta, D. Antonio Gómez Cuervo y yo, cuando el primero desentendiéndose de la conversación que teníamos y dirigiéndose á Gómez Cuervo, le dijo bruscamente:

—Vd. será el gobernador de Jalisco.

Gómez Cuervo sintió tal sorpresa, que se levantó del asiento como impulsado por un resorte y enrojeciéndosele hasta lo blanco de las uñas, preguntó con acento extraviado:

—¿Yo.....?

—Sí señor: Vd.

La entonación que dió Corona á su voz indicaba una resolución tomada que no admitía réplica.

—Pero Vdes. comprenden que esto es imposible, agregó el desgraciado hombre como implorando auxilio de los que éramos allí simples espectadores, á la vez que del rojo pasaba al amarillo y del amarillo al verde en los colores que se sucedían en su semblante.

—¿Por qué es imposible? le preguntó el general en jefe.

—Porque también fuí.....

—Eso no importa, interrumpió Corona ántes que pronunciara la palabra traidor, yo tengo amplias facultades para rehabilitarlo.

—Si yo no soy político..... insistió Gómez Cuervo, si yo no entiendo nada de gobierno..... ni nunca he llegado á ser otra cosa que regidor en Tequila..... Vds. saben que mi profesion es la de comerciante.....

—Con un buen secretario Vd. gobernará perfectamente: quiero que Vd. sea el gobernador, y le ruego que no me haga ya ninguna objecion.

El buen hombre vió que empezaba á serle molesta á Corona aquella discusion, y no tuvo otro recurso que admitir el cargo, echándose en seguida á la calle para proporcionarse un buen secretario, cosa difícil en aquellas críticas circunstancias.

Al día siguiente hizo la protesta legal en medio del estupor de toda la población, que lo que menos esperaba era aquel extraño desenlace.

¡Quién había de figurarse entónces que un acto, al parecer tan sencillo, iba á causar la division más profunda del partido liberal en Jalisco, y por consecuencia la ruina de aquel ántes poderoso Estado!

Miéntas estaban pasando todos estos sucesos, observé que me encontraba yo en una posicion indefinible: era un poco militar, un poco secretario de Parra, un poco consejero de Corona sin voto decisivo y un poco solidario de la situacion, sin poder en conciencia exigirme por nadie responsabilidad de lo que pasaba. Yo sabia cuanto se estaba haciendo y cuanto se pensaba hacer. Era una especie de ser enciclopédico en los asuntos públicos, aunque sin un papel determinado, que era naturalmente lo que me tenia descontento. Así lo dije al general Parra, manifestándole mis deseos de retirarme á ejercer mi profesion, una vez que mi mision en el nuevo órden de cosas estaba terminada. Este buen amigo procuró retenerme á su lado, pero yo no me sentia con inclinaciones de mantener un carácter pasivo en las milicias, y le dí las gracias. Lo supo el general Corona, y me mandó llamar un dia precipitadamente.

—¿Es Vd. coronel de guardia nacional? me preguntó.

—Con esa investidura estoy reconocido, le contesté.

—Voy á expedirle su despacho en forma, me contestó. Ha prestado Vd. muy buenos servicios, y será eso muy poco para lo que Vd. tiene ganado.

Yo no hice más que ruborizarme, y me preguntó entónces:

—¿Quiere Vd. mandar un cuerpo?

Mi silencio le indicó sin duda que no eran esos mis deseos, y en seguida me dijo:

—¿Quiere Vd. ir á Mazatlan?

—¿Y para qué seré yo bueno allá? le pregunté.

—Deseo que Vd. reciba la secretaría de aquel gobierno.

En seguida me explicó la situacion de Sinaloa. Había quedado allí nombrado de gobernador y comandante militar un hombre sencillo aunque muy patriota que necesitaba direccion. A su lado había personas que no inspiraban confianza, y era preciso imprimir una marcha regular á aquel importante Estado. Era secretario de Gobierno el Lic. Rafael Villegas que, aunque de buen talento, solia tener disipaciones perjudiciales. Era secretario particular de Don Domingo Rubí, que estaba nombrado gobernador, el coronel Francisco Azcárate, persona de mala índole, y era administrador de la Aduana Marítima, D. Francisco Sepúlveda, que era el reverso de su hermano D. Juan ya difunto, que había sido un patricio de reelevantes méritos. Todas esas circunstancias hacian indispensable en el gobierno de Sinaloa una persona nueva, con mis recomendaciones....

En el acto se me vino á la imaginacion la idea de que queria imponérseme un destierro disimulado; pero como tambien por mi parte deseaba ausentarme de Guadalajara, en donde había hecho una buena cosecha de desengaños, contesté sin más vacilaciones:

—Iré á Mazatlan.

—Entónces prepárese Vd. para salir mañana, me dijo el general demostrando suma satisfaccion. Se ven-

drá Vd. conmigo á Colima, y de allí se embarcará por el puerto del Manzanillo para Mazatlan.

Me mandó dar dos pagas de marcha que formaron la suma total de cien pesos, segun la tarifa que estaba rigiendo, y fué lo primero y último que recibí por junto en dos años de campaña. Mis pagas eran de cuatro ó seis reales diarios cuando habia fondos, que era muy raro. Me dió á reconocer, además, como coronel efectivo de caballería agregado á su Estado Mayor, del cual partí la gefatura con Zakany y la secretaria con Armienta.

Al siguiente dia nos pusimos en marcha para Colima con cerca de dos mil hombres: otro número casi igual, al mando del general Márquez de Leon salió para Zamora, plaza que tenian fortificada los imperialistas. Con este gefe iban Toledo, Granados y Adolfo Palacio., mandando cada uno un cuerpo de infantería. Con nosotros iban Escudero, Saavedra, Dávalos y otros coroneles tambien de infantería. Corona habia tenido la fortuna de reunir en torno suyo un cuadro de oficiales que nada dejaban que desear.

En los pueblos del Sur se nos incorporó la famosa brigada de caballería que habia organizado el inteligente y activo general Amado Guadarrama, la cual nos dejó plenamente satisfechos con su organizacion y porte marcial.

Cruzamos sin tropiezo alguno las barrancas de Atenquique y Beltran.

No quiero omitir un incidente chusco que pasó en Tonila, la víspera del dia en que debiamos llegar á

Colima, siquiera para que los lectores encuentren ménos monótona y ménos pesada esta relacion.

Corona se divertia frecuentemente haciendo discutir al gefe de su Estado Mayor, Sr. Zakany, con el asesor de guerra, Lic. Caravantes. Miéntras que el primero era un hombre instruido, el segundo no pasaba de ser un ignorante con pretensiones de sabio, que nunca se quedaba sin contestar fuera tuerto ó derecho, no dándose jamás por vencido en las cuestiones históricas ó filosóficas que se promovian. En la noche anterior, ántes de acostarnos, habia sido batido completamente por Zakany, y se encontraba completamente desazonado.

Estábamos en la mesa este dia en presencia de muchas personas extrañas, y aprovechó tal circunstancia Caravantes para lanzar á su contendiente una de esas pullas que no tienen más contestacion que un pistolazo. Zakany se puso lívido de rabia al sentirse herido con aquella arma traidora, y sin poder continuar comiendo esperó con forzada calma á que nos levantáramos de la mesa. En seguida nos suplicó al joven ayudante Iberri y á mí que en su nombre pidiéramos á Caravantes la más completa satisfaccion. En caso de negarse á darla, no tenia más camino que elegir dos padrinos: el duelo entónces venia á ser inevitable.

Cumplimos con nuestra mision observado la reserva que era necesaria, encontrándonos en medio de un campamento, pero Caravantes nos contestó con una evasiva.

Despues de nuevas gestiones en que le hicimos comprender que era necesario terminar aquel inciden-

te de una manera decorosa, nos contestó que se batiría si daba su consentimiento el general en jefe, negándose obstinadamente á nombrar testigos para que constituyeran con nosotros el tribunal de honor.

—Esta es una negativa redonda, exclamó Zakany, y cogiendo el látigo con que azotaba su caballo y llevando violentamente á la sala de nuestro alojamiento á las personas que se habian encontrado en la mesa, anunció que iba á chicotear al Sr. de Caravantes por haberlo injuriado de un modo sangriento y no haber querido aceptar el lance de armas propuesto. Hubiera ejecutado sus designios si el general Corona no se hubiera lanzado á impedirlo, amonestando á ambos para que en lo sucesivo supieran manejarse con mayor cordura, haciéndoles notar que al siguiente día iban á tener oportunidad de dar muestras de valor delante del enemigo comun.

Al llegar á Colima encontramos la plaza casi sitiada por trescientos *chinacates* que mandaba el valiente general Julio García. Con esta reducida fuerza de caballería se habia sostenido por cerca de un año en los alrededores de aquella ciudad, resistiendo mas de diez choques con el enemigo en uno de los cuales puso fuera de combate al contra-guerrillero Borthelin y á otros gefes franceses y mexicanos imperialistas de no ménos importancia. A la vez estaba ocupando las goteras de la poblacion sin que las tropas de la guarnicion se atrevieran á salir á batirle.

Nos encontramos la plaza bien fortificada y defendida por tres mil hombres al mando del general D.

Felipe Chacon. Realmente no llegaban á ese número todas nuestras tropas reunidas.

Antes de desmontar y miéntras los cuerpos se situaban en los puntos que les fueron designados, sirviéndonos de guía D. Julio, hicimos un reconocimiento dando una vuelta completa á la poblacion.

¡Bajo que distintos auspicios nos encontrábamos ahora los que habiamos concurrido al primer ataque de esta plaza acompañados de Rojas y Simon Gutierrez!

Antes todos eran nuestros enemigos porque todos sabian que tenian que defender contra nuestras chusmas sus vidas y haciendas; antes nosotros mismos, los hombres de bien, teniamos horror á la victoria; antes teniamos que combatir contra un enemigo que estaba engreido con sus triunfos. Ahora todos los habitantes de la poblacion eran nuestros partidarios y se disputaban la honra de darnos las mejores noticias; ahora aunque nuestras tropas fueran las mismas con ligeras modificaciones, estaban completamente moralizadas y todos nos encontrábamos llenos de confianza; ahora por último, habia unidad en el mando y éramos conducidos al combate por un héroe en cuyas sienas se ostentaban frescos aún los laureles de la gloria.

Los que hicimos este peligroso reconocimiento éramos cosa de unos sesenta hombres muy bien montados: el general Corona y su Estado Mayor, el general Julio García y sus ayudantes, el general Guadarrama y sus ayudantes, mas los asistentes y demas agregados.

Por donde quiera que pretendíamos aproximarnos éramos vigorosamente ametrallados, pero ninguno qui-

so dar su brazo á torcer, esto es, ninguno fué bastante prudente para dar el consejo de que no se espusiera inútilmente la vida de nuestros generales. Por fortuna los sitiados estaban con miedo y no pudieron hacer puntería, por lo que solo resultaron heridos en esta jornada dos hombres y cuatro caballos.

Por la tarde mientras se dictaban las disposiciones para comenzar el asedio en forma, Corona dispuso que un clarín se acercara á las fortificaciones tocando parlamento. Contestaron los de la plaza, se suspendió el fuego y fué designado para acercarme al fortín en que se había colocado una bandera blanca. Se me marcó el alto á diez pasos y luego un oficial descendió de la fortificación dirigiéndose al sitio en que yo me encontraba.

El resultado de nuestra conversacion, que no duró mas de cinco minutos, fué que las negociaciones quedarian aplazadas para el dia siguiente. El oficial me dijo que el jefe de la plaza no creia que se hubiera mandado desde luego una persona competentemente autorizada para entrar en tratados formales y que solamente tenia encargo de fijar las diez de la mañana del dia siguiente para que pudieran reunirse los comisionados de una y otra parte, pudiendo en el entretanto continuar las hostilidades.

Inmediatamente entraron en ejercicio nuestros zapadores y gracias á la actividad que se desplegó y á la facilidad que ofrece Colima para esa clase de trabajos, al amanecer nuestra línea no solo estaba bien establecida sino á la distancia conveniente para dar el asalto, en caso necesario.

Los fuegos fueron bastante vivos toda la noche: algunos hombres de los nuestros que cometieron la imprudencia de acercarse á las trincheras, quedaron fuera de combate, sin que hubiera uno solo en nuestro campo que á la mañana siguiente dudara de la victoria.

jarnos la plaza, pero saliendo de allí toda la fuerza para el interior, y con prohibición de que se le hostilizará hasta llegar á Guanajuato. Por supuesto que nosotros habíamos de formar nuestro ejército á los lados del camino para que pasara por delante el contrario con bandera desplegada y tambor batiente.

Por supuesto tambien que nosotros no habíamos recorrido tantas leguas de un sendero tan trabajoso para dejar escapar una presa que tenemos segura entre las manos, no tanto por nuestra superioridad numérica que no existía, cuanto por nuestra superioridad moral, que es la que más vale en la guerra: se le contestó, por consiguiente, al gefe de la plaza que iban á continuar las hostilidades, pues que ya todo estaba listo para emprender el asalto á las fortificaciones.

El resto del día se pasó en pláticas, porque para que se verificara cada una teníamos que perder tres horas en dar toques y en hacer señales. Por la noche se sostuvieron pequeños tiroteos en diversos puntos de la línea, y por la mañana amanecimos ya en actitud de asaltar la plaza.

Esto desconcertó completamente al enemigo, lo mismo que el vigor y la tenacidad que habían mostrado algunos de los nuestros durante la noche, llegando hasta disparar sobre las mismas murallas sus pistolas y rifles. Tocó parlamento luego que apareció la primera luz en el Oriente, y aceptó la capitulación que desde antes le habíamos estado ofreciendo. Los términos de esta capitulación eran: 1.º Entregar la plaza. 2.º Entregar sus tropas con todo y oficiales, á discre-



A las diez de la mañana del siguiente día se suspendieron los fuegos en la plaza, y volvió á aparecer la bandera blanca en el mismo fortín de la noche anterior. Entónces fué mandado Caravantes para que se informara de lo que sucedía; pero como iba á caballo, en pantuflas y con un rifle en la mano, no se le dejó acercar, creyéndose que llevaba un aspecto demasiado marcial, sobre todo con las pantuflas, y se mandó que fuera otro oficial. Recuerdo que Corona me prohibió que me encargara de esta comisión, temiendo que hubiera algo de perfidia en aquellas maniobras del enemigo. Las proposiciones que hizo este á nuestro comisionado eran inaceptables: quería de-

cion. 3.º Entregar las armas, municiones y cuantos elementos de guerra tuvieran en su poder. En cambio se otorgaba al general Chacon y á los principales gefes que estaban á sus órdenes, la gracia de ir escoltados por trescientos hombres, que ellos mismos escogerian en la guarnicion, pudiendo esta fuerza llevar bandera desplegada y tambor batiente.

Una vez aceptadas y firmadas las bases de esta capitulacion, nos retiramos los que tuvimos intervencion en ella, nombrando el general Corona las comisiones militares respectivas que entraron dentro del radio fortificado á recibir los efectos de guerra y los prisioneros, lo mismo que los archivos del poder civil. Me nombró á mí para que recibiera la Aduana marítima del Manzanillo, cuya oficina estaba radicada ántes en Colima, y como era natural que sucediera en tales circunstancias, no habia en las cajas de ésta ni una peseta, no obstante que algunos buques acababan de pagar sus derechos.

Lo primero que ví al entrar á la plaza de Colima, á propósito de fondos, fué unos grandes carteles pegados en las esquinas, impresos con gruesos caracteres, y que contenian el siguiente recitado que me produjo calofrio:

«Habiéndose fugado de esta plaza el Prefecto Político, coronel D. José María Mendoza, llevándose todos los fondos de la administracion pública, esta Comandancia militar previene á todas las autoridades, así civiles como militares del Departamento, que aprehendan á dicho individuo en donde quiera que se encuentre, á fin de que sea castigado con todo el rigor

de las leyes, por el delito de robo de las rentas públicas, y por el de desercion al frente del enemigo.— Chacón.»

Quedaba, pues, plenamente confirmada la opinion que yo ántes habia formado de aquel villano Prefecto que tan bien sabia atropellar á las mujeres é injuriarlas, esto es, que no pasaba de ser un canalla.

Se recibió la plaza de la mejor manera que se pudo, siendo custodiados los fortines por las fuerzas nuestras que tomaron posesion de ellos, y las tropas de Chacon acuarteladas para evitar una colision. El resto de nuestro Ejército se formó por el rumbo de la salida para Guadalajara y calles principales junto al jardin Núñez, para presenciar el desfile de Chacon, sus generales y coroneles y sus trescientos hombres de escolta. Yo ya les habia visto organizar su marcha en la plaza, y me habia vuelto al edificio de la Aduana.

Apenas acabábamos de llegar allí Crispin Medina y yo con otras personas que nos acompañaban, cuando oimos tiros de fusilería, gritos y movimiento por el rumbo de la plaza: carreras de personas que venian desaforadas diciendo á voces que cerraran las puertas.

Teniamos nuestros caballos ensillados, y corrimos á informarnos de lo que pasaba. Al cruzar por una bocacalle, salió á mi encuentro el general Bibiano Dávalos, que tenia la custodia de un batallon con algunas compañías del que mandaba, y cuyos prisioneros estaban alborotados, asomándose por las ventanas del cuartel reforzadas con rejas de hierro, y suplicándome que me detuviera, me dijo:

—¿No sabe Vd. lo que hay?

- No.
 —¿Qué cree Vd. que debo hacer?
 —¿Qué es lo que le han ordenado?
 —Custodiar este cuerpo prisionero.
 —Entonces debe Vd. permanecer allí.
 —¿Sucedá lo que suceda?
 —Exactamente.
 —Un favor, coronel, dijo haciendo un ademán para contenerme.

Era llamado indistintamente coronel ó licenciado por mis compañeros, los cuales, según pude observar, me encontraban muy joven para lo primero y muy de armas para lo segundo. Detuve el impulso que hizo mi caballo para salir á la carrera.

- Diga Vd., le contesté.
 —El general Chacon y los gefes que le acompañan son amigos míos. Por Dios se los recomiendo á Vd. para que interponga su influencia con el general Corona á fin de que no les pase nada desagradable.

Llegamos á la plaza, y pudimos informarnos de lo que pasaba. Allí se encontraba ya el general Corona, el general Chacon, y gefes y oficiales de unos y otros confundidos, y todos con las pistolas empuñadas, después de un pequeño escándalo promovido por las fuerzas que iban escoltando á Chacon, las cuales al franquear las murallas prorumpieron en gritos de «¡Muera el Imperio!» «¡Viva la República!» «¡Viva Corona!» y unos corrieron para la plaza disparando sus armas, dispersándose otros por las calles inmediatas tirando al aire. Esto introdujo la confusión que era natural

en esos momentos en que no falta un pusilánime que grite ¡traición! ¡fuego! ó cualquiera otra de las palabras que sirven para aumentar el pánico. Las gentes pacíficas corrian á refugiarse en sus casas lanzando gritos desahogados. Los cuerpos que habia cuidado las afueras se precipitaron dentro de la plaza antes de que les fueran cerradas las puertas, y todos los nuestros que estaban ya dentro se pusieron sobre las armas, redoblando sobre los prisioneros la vigilancia que tenian prevenida.

Una vez aclarada la situación y aclarado que ninguno de los soldados que formaban la guarnición queria seguir prestando sus servicios al imperio, el general Corona dijo al general Chacon:

—¿Quiere vd. escoger otra escolta entre sus soldados?

—No tengo ya confianza en estos.

—¿Quiere vd. llevarse mi propia escolta?

—La de vd. general?...

Y Chacon examinó la fisonomía de Corona. Viendo en ella franqueza y lealtad, se apresuró á decir:

—Temería abusar de su generosidad.

El general Corona llamó al gefe de su escolta particular y delante de todos le dió órdenes para que fuera acompañando á Chacon y á los suyos hasta Guadalupe, Lagos ó el punto que ellos quisieran, yendo enteramente á su disposición y siendo responsable de la seguridad de todas aquellas personas.

De esta manera ya no salieron los vencidos con tambor batiente y bandera desplegada, pero si seguros de que llegarían sanos y salvos al punto á que se

dirigieran, sin temor de ser atacados por el enemigo ni de ser asesinados por los mismos suyos.

Fué el mejor desenlace que pudo tener aquel drama que tan á punto estuvo de ser uno de los mas sangrientos.

Una vez restablecida la tranquilidad en Colima se procedió á derribar las fortificaciones y á dar á la poblacion la vida y el movimiento que tanto necesitaba.

Los soldados prisioneros fueron refundidos en nuestros cuerpos y las armas sobrantes almacenadas.

Corona nombró gobernador del Estado á D. Ramon de la Vega. Hé aquí las opiniones que oí emitir respecto de este nombramiento: D. Ramon de la Vega era un excelente sujeto como particular, habia sido benéfico teniendo á su cargo la administracion de una fábrica de hilados y querido por consiguiente de una buena parte de la poblacion. Como político ni tenia principios fijos ni ofrecia garantías á la causa liberal para el porvenir. Ejercia el poder público cuando se anunció la intervencion y se espantó de tal manera que desertó del gobierno saliéndose fugado para el extranjero. Despues que Colima estuvo en manos del Imperio, volvió D. Ramon de la Vega é hizo todos los reconocimientos que se le indicaron.

Miéntas que esto pasaba en Colima, el general Márquez de Leon, que era realmante un leon en el combate, y sus cachorros, aquellos jóvenes militares sin tacha y sin miedo, Granados, Toledo, Salmon, Adolfo Palacio, etc., etc., tomaban á sangre y fuego la plaza de Zamora, perdiendo allí los amigos y sostenedores de Maximiliano muy ricos elementos.

Con estos últimos hechos de armas que manifestaban que la estrella de Corona estaba mas brillante que nunca, terminó la campaña de la intervencion en los Estados de Occidente, haciendo resplandecer de gloria la frente de nuestro caudillo.

A los seis dias de tomada la plaza de Co'ima se me anunció que habia un buque en el Manzanillo listo para darse á la vela para Mazatlan. Me despedí del general Corona y me dió el mando de una fuerza cumplida que debia licenciarse al regresar á Sinaloa.

Nuestra despedida fué tan tierna como cariñosa. Nos hicimos mútuas protestas de amistad, prometiéndonos entre otras cosas cultivar una correspondencia continuada.

—Aunque alguna vez no caminemos de acuerdo en política, me dijo estrechándome en sus brazos, nunca dejaremos de ser amigos personales.

Me hizo encargos particulares que juré en mi interior cumplir y cumpli fielmente: á la vez que él salia á incorporarse con sus fuerzas que habian tomado la delantera con rumbo á Guadalajara, yo sali para el Manzanillo al frente de mi pequeña tropa y de los nuevos empleados de la Aduana.

Senti oprimírseme el corazon y derramé algunas lágrimas..... me separaba de un amigo y me ausentaba quien sabe por cuanto tiempo de mi antiguo hogar.

Mi camino al Manzanillo fué sin embargo ligero gracias á que iba acompañado de varios de mis buenos amigos.

El buque en que debia embarcarme no estaba listo

para llevar toda la gente y tuve que esperarme unos días en el puerto. El empleado respectivo dijo al capitán:

—¿Por cuanto trasporta vd. de aquí á Mazatlan 150 licenciados?

El capitán del buque preguntó á su vez con asombro:

—¿Qué van á hacer á Mazatlan tantos abogados?

Se le esplicó que era tropa que habia cumplido su tiempo é iba á licenciarse.

Llegó el dia en que debimos hacernos á la vela. Todos los empleados del puerto fueron á acompañarme hasta mas allá de la bocana. Allí nos abrazamos, bajaron á sus botes y desde léjos siguieron diciéndome ¡adios! con sus pañuelos.

Cuando los perdí completamente de vista, me dejé caer en un asiento abatido por la mas profunda melancolía. Me pareció que salia expatriado y evoqué cuantos recuerdos dulces y amargos me traian los años de mi infancia y de mi juventud pasados en la tierra natal.

—¿Que diablos! me dijo el capitán dándome una palmada en el hombro, á bordo de mi pailebot "El Pacífico" no se permite á nadie entristecerse.

CAPITULO XXXIII.

EN SINALOA.

Al empeño que demostraba el capitán del buque por verme alegre, yo le contesté con las siguientes palabras:

—Capitán, le dije, abandono no sé por cuanto tiempo á mi tierra natal, Guadalajara, que fué la cuna de mi niñez, que fué donde se mecieron mis ilusiones más gratas, donde nacieron mis esperanzas más consoladoras y fueron también muriendo al soplo de los desengaños..... ¡y quiere Vd. que no me entristezca!

—Dice Vd. que ha sufrido allí?

—Es natural.

—¿Y siente venirse de Guadalajara!

—Pero es mi tierra que he amado tanto.... ¡y que amo tanto todavía!

para llevar toda la gente y tuve que esperarme unos días en el puerto. El empleado respectivo dijo al capitán:

—¿Por cuanto trasporta vd. de aquí á Mazatlan 150 licenciados?

El capitán del buque preguntó á su vez con asombro:

—¿Qué van á hacer á Mazatlan tantos abogados?

Se le esplicó que era tropa que habia cumplido su tiempo é iba á licenciarse.

Llegó el día en que debimos hacernos á la vela. Todos los empleados del puerto fueron á acompañarme hasta mas allá de la bocana. Allí nos abrazamos, bajaron á sus botes y desde léjos siguieron diciéndome ¡adios! con sus pañuelos.

Cuando los perdí completamente de vista, me dejé caer en un asiento abatido por la mas profunda melancolía. Me pareció que salía expatriado y evoqué cuantos recuerdos dulces y amargos me traian los años de mi infancia y de mi juventud pasados en la tierra natal.

—¿Que diablos! me dijo el capitán dándome una palmada en el hombro, á bordo de mi pailebot "El Pacífico" no se permite á nadie entristecerse.

CAPITULO XXXIII.

EN SINALOA.

Al empeño que demostraba el capitán del buque por verme alegre, yo le contesté con las siguientes palabras:

—Capitán, le dije, abandono no sé por cuanto tiempo á mi tierra natal, Guadalajara, que fué la cuna de mi niñez, que fué donde se mecieron mis ilusiones más gratas, donde nacieron mis esperanzas más consoladoras y fueron también muriendo al soplo de los desengaños..... ¡y quiere Vd. que no me entristezca!

—Dice Vd. que ha sufrido allí?

—Es natural.

—¿Y siente venirse de Guadalajara!

—Pero es mi tierra que he amado tanto.... ¡y que amo tanto todavía!

—¡Bah! dijo el capitán encojiéndose de hombros, y se fué á mandar la maniobra.

Seguimos navegando sin más incidente que el fastidio que causa un buque de vela, sujeto al capricho de los vientos.

La navegacion es de por sí monótona y triste, y más lo era para mí en aquellos momentos, cuando al fin de ella no podia descubrir sino un porvenir lleno de sombras. Entónces me acusaba de haber abandonado lo conocido por lo desconocido.

En Guadalajara habia sufrido la persecucion por haber dado allí los primeros pasos en la espinosa senda de la política; en Guadalajara habia comido el pan de la desgracia; allí habia recurrido para mantenerme al trabajo de mi pluma, que ántes era ocupacion de placer, convirtiéndolo en un trabajo tenaz y erizado de peligros. en un trabajo en que pasaba las noches en vela, discurrendo chistes para entretener á mis lectores y los días en buscar recursos para evitar los golpes de los enemigos, que estaba haciéndome sin ninguna necesidad. . . . En Guadalajara era en donde debia tener la recompensa de mis hazañas. . . . y tambien de mis sufrimientos: á lo ménos, la vida tranquila y desahogada que comenzaban á disfrutar ya los que no habian expuesto ni un cabello durante las luchas de la patria, que defendia su independenciam.

Después de esas consideraciones me formaba estas otras:

—¿Qué iba á hacer yo á Sinaloa? ¿Qué simpatías podia encontrar en una tierra desconocida? ¿No me mirarian los políticos de allí como un advenedizo? El

mismo Gobernador ¿dejaria de sentir la humillacion de que se le nombrara sin más ni más un secretario, esto es, la persona en quien iba á tener que depositar su mayor confianza?

Todo lo que llevaba en mi favor, fuera de las buenas recomendaciones de Corona, eran las inmejorables noticias de la guerra: Miramon habia sido derrotado en el interior; las plazas de Colima, Zamora, San Luis Potosí, Puebla y quien sabe cuantas otras, habian caido en poder de las fuerzas republicanas. El imperio estaba ya reducido á unas cuantas ciudades adictas y á la defensa que pudiera hacer con veinte mil hombres que le quedaban repartidos en diversas plazas. En cambio, nuestros ejércitos avanzaban llenos de fé, y probabemense reunirian sobre la capital como unos cuarenta mil soldados, que eran más que suficientes para que D. Benito Juarez tuviera la gloria de aniquilar al Imperio, y matar con él para siempre la idea monárquica en México.

Pero no me tranquilizaba mucho esto respecto de la impresion que mi presencia produciria en los ánimos de los políticos y de los ambiciosos, si acaso los habia, en el lugar de mi confinamiento.

¡Acaso iba á matar algunas ilusiones y esperanzas que hubieran nacido ó despertado respecto al puesto que iba yo á desempeñar casi con repugnancia!

Sea como fuere, el paso estaba dado, habia caído en el lazo si hubo intencion deliberada al tendérmelo, y ya no habia medio de retroceder.

Al noveno día de navegacion me encontraba escri-

biendo en la cámara del capitán, cuando éste vino á avisarme que estábamos á la vista de Mazatlan.

—Cuando se vea bien el puerto, le contesté, tenga Vd. la bondad de hablarme.

Me habló, en efecto, y salí sobre cubierta: poniéndome entónces la mano sobre los ojos para cubrir la vislumbre de los rayos del sol, pude pasear una mirada llena de ávido interés por aquella hermosa población, que en estos últimos tiempos ha venido á ser tan desgraciada. Las elevadas palmas aquí y allá, se veían sobresalir pintorescamente de las casas pintadas todas de diversos y alegres colores. Un poco más léjos estaban divisándose el Cuartel Colorado y la Casa Mata: me pareció que era risueño el panorama, y en efecto, la vista de Mazatlan desde el mar es deliciosa, semejando más bien que una ciudad, un artístico monumento.

Todavía no entrábamos á la bahía cuando divisamos un bote que traía enarbolada la bandera tricolor: venia á nuestro encuentro, trayendo á bordo á los empleados de la Aduana, que se apresuraban á hacer la visita con el interés de saber las noticias que trajéramos sobre la guerra, que todavía muy encarnizada seguía en varios Estados de la República.

Un señor Carrasco, que á la primera ojeada me pareció de mala catadura, fué el primero que saltó á bordo de nuestro buque.

En pocas palabras le referí todas las nuevas de la guerra que traíamos, y le hice presente que era portador de pliegos y de instrucciones del general Corona para el gobernador D. Domingo Rubí, lo mismo

que para el administrador de la Aduana, Don Francisco Sepúlveda.

Fueron de tal modo mágicas mis palabras para el circunspecto Sr. Carrasco, que no pudo ménos de darme un abrazo, y, convertido de áspero que estaba en viva miel, ofreció llevarme él mismo á la presencia de aquellos personajes. Tomó á su cargo mis maletas, dictó sus disposiciones para que desembarcara la fuerza que venia á mi cargo, llevándome á bordo de su falúa hasta el muelle, en donde saltando á tierra me encontré de improviso pisando las abrasadoras arenas de Mazatlan.

El Sr. Carrasco cumpliendo su promesa me llevó á la presencia del gobernador D. Domingo Rubí. Se encontraba este en una pieza de la casa de gobierno, que le servía al mismo tiempo de despacho y de habitación, rodeado de varias personas con quienes conversaba tranquilamente: á un lado y sentado en su misma cama estaba un sirviente enterándose con gusto de lo que se decía. Los objetos, entre los cuales abundaban mas las espadas, las pistolas, las banderas, las carabinas, cornetas y demas útiles de guerra, aparecían esparcidos aquí y allí: semejábase aquello mas que á un gobierno establecido á una tienda de campaña.

No pude comprender si el Sr. Rubí me había recibido bien ó mal, porque no habló sino para saludarme y decirme adios.

Le presenté los pliegos de que era portador, entre los que venia una orden terminante de Corona en que le prevenia que tan luego como me presentara tuvie-

ra á bien expedirme el nombramiento de secretario de gobierno, manifestándole que iba además investido de algunos pequeños poderes en guerra y en hacienda de que llevaba instrucciones separadas.

Leyó los papeles ó hizo que los leía, sin que se manifestara en su semblante ninguna alteración, como yo esperaba que sucediera. Mientras leía estuve observándole con estupor, pues no encontré por desdicha mía en sus facciones el más insignificante destello de inteligencia. Digo para desdicha mía, porque yo comenzaba á vivir y estaba más deseoso de aprender que de enseñar.

Pasó los papeles á un hombre flaco de ojos saltados, con escaso pelo rubio alzado sobre la cabeza, que parecía acababa de untárselo con algún pegamento, el cual supe allí mismo que se llamaba D. Francisco Azcárate y tenía el cargo de secretario particular.

Después entregué las demás comunicaciones que no tenían nada que ver conmigo, lo mismo que varios paquetes de impresos que repartió el gobernador entre los circunstantes: cuando ya no había nada que leer referí sucintamente cuanto había sabido después respecto á victorias y movimientos de las fuerzas republicanas, levantándome en seguida para significar que deseaba retirarme.

El general Rubi dirigió una mirada á su secretario particular como preguntándole lo que debía hacerse y entonces Azcárate me dijo:

—Como mañana es día festivo, puede Vd. tomarse de descanso esta tarde y mañana, volviendo el lunes á recibirse de la secretaría.

Contesté que así lo haría, indicando cual era la casa en que iba á tomar alojamiento, con el fin de que me fuera mandado allí mi despacho para poder presentarme en la casa de gobierno con carácter oficial.

Rubi volvió á mirar á Azcárate y este añadió estrechándome la mano:

—El señor gobernador mandará á Vd. dentro de media hora su respectivo nombramiento.

El Sr. Carrasco siguió acompañándome y me condujo luego á la Aduana Marítima, en donde debería encontrar á D. Francisco Sepúlveda, que era por entonces allí el más prominente personaje. Desde luego noté que este se daba mucha más importancia que el gobernador, pues que algún trabajo costó al Sr. Carrasco poder anunciarme.

Comenzaba á decirle el objeto de mi visita cuando designándome una silla con énfasis, me dijo con cierta presopopeya:

—Tenga Vd. á bien aguardarme.

Se dedicó entonces con estudiada parsimonia á firmar en mi presencia algunos documentos y á tratar algunos negocios, tal vez para hacerme entender que era laborioso é inteligente, ó quizás para darme una muestra de superioridad.

Por este personaje inverosímil sentí desde luego una de esas repulsiones de primera vista que son bautizadas con el nombre de la más profunda antipatía, caso que no se ha repetido con otras individualidades sino dos veces en toda mi vida. No solo me chocaron sus maneras, que no pude calificar de cultas, no solo

me chocó aquella gravísima falta de educación metida con una persona que representaba en aquel momento á un jefe de los mas caracterizados, sino que me chocaron tambien su presuncion, su ignorancia, su falta de mundo y su fisonomía. En esta última encontré lo siguiente: ojos encontrados, frente chata, boca grande, dientes negros, barba escasa y salteada y piel llena de costrones. ¡Diga el lector ahora si podía simpatizarme semejante catadura!

Concluyó sus trabajos y sin disculparse por el tiempo que me habia hecho aguardar, se dirigió á mí, le entregué las cartas, las leyó por dos ó tres veces arrugando el ceño y luego me dirigió dos ó tres sonrisas acompañadas de los mas forzados cumplimientos. Aludía á mis escritos que le eran conocidos y á mi periódico el *Payaso* que hubo un tiempo en que se pagaba por aquellos rumbos á muy alto precio por las dificultades que habia para conseguir un ejemplar.

Esto no fué bastante á desvanecer la primera mala impresion que yo habia recibido.

Nos separamos ofreciéndonos ambos que seguiríamos viéndonos, puesto que nos ligaba un vínculo común que era nuestra amistad con el general Corona.

Tomé posesion del empleo el lunes siguiente, y como ya se supondrán los lectores, encontré aquel gobierno mas desgobernado que lo que es creíble: era mi antecesor el Lic. Rafael Villegas que tenia la costumbre de pasarse hasta 15 dias en disipaciones y como el gobernador en ese particular no se quedaba atras, los negocios, ó estaban paralizados hasta por meses, ó iban

tan á prisa que se despachaban sin discernimiento. Comunicaciones me encontré que habian sido firmadas cuatro veces por ambos funcionarios. . . .

En fin, emplee en los primeros dias todos mis esfuerzos para enderezar aquello, tropezando primero, con la rudeza de Rubi, y despues, con la mala fé de sus consejeros. . . .

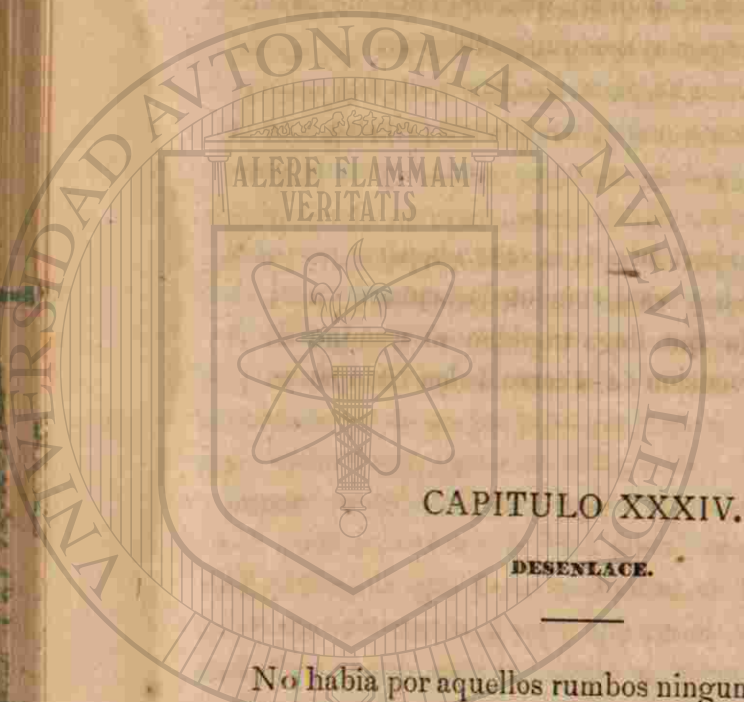
Pero todo eso pertenece á la segunda parte de estas memorias. Por hoy va á concluir la primera en el siguiente capítulo que llega tambien al término de la guerra de intervencion en el cerro de las Campanas.

bates en que sus armas habian resplandecido de gloria se encontraba próximo á los muros de Puebla. Corona, despues de haber despejado los Estados de Jalisco, Zacatecas, Michoacan y Aguascalientes, avanzaba para la cita que se habian dado nuestras tropas en las cercanías de Querétaro, plaza que habia reforzado el archiduque con sus mejores elementos. Don Benito Juarez, finalmente, habia abandonado su refugio de Paso del Norte, y venia avanzando hácia el centro con la bandera de la legalidad empuñada como siempre á dos manos, y con todas sus fuerzas.

Cada cinco ó seis dias celebrábamos el resultado de algun combate, en que habian quedado victoriosas las armas de la República, con la inquebrantable fé de los que fian á la justicia el definitivo fallo de su causa, cuando la causa es buena por todos sus costados.

En estas solemnizaciones nos ayudaba el pueblo de buena voluntad, lo mismo que los vecinos acomodados, quienes nos acompañaban por las calles victoreando á Juarez, á Corona y en último término á la República. Lo que importaba era que la independencia de esta quedara asegurada, y nada suponía por entonces que su nombre fuera en segundo ó tercer lugar para dar el primero á los héroes que sostenian la liza.

Se estableció, al fin, el sitio en Querétaro, habiéndose encerrado dentro de sus muros Maximiliano con sus principales jefes: allí estaban con él Miguel Miramon, Mendez, Mejía, Olvera, Pedro Gonzalez y tantos otros que se habian distinguido por su adhesión al Imperio, por su constancia en las fatigas y por su ardor en los combates.



No habia por aquellos rumbos ninguna novedad que valiera la pena; pero en cambio, toda la atención estaba fija en el combate ó los combates decisivos que iban á librarse en el interior entre los defensores de la República y los últimos campeones del Imperio.

No habia vez que anclara un buque en nuestro puerto, que no nos trajera la noticia de una nueva victoria, al canzada por nuestros amigos. Escobedo, Treviño, Naranjo y Pedro Martínez habian avanzado hasta la plaza de San Luis, arrollando á todos los traidores que se habian opuesto á su paso. Porfirio Diaz, acompañado de muchos jefes valientes de Oaxaca, Veracruz, Chiapas y Yucatan, despues de brillantes com-

Para nosotros, los que estábamos lejos de los acontecimientos, aquello tenía una muy alta significación: así como Juárez, que era el jefe de la República, había encontrado un asilo segurísimo en el Paso del Norte, así Maximiliano, que era la cabeza del Imperio, seguramente estaba allí con la confianza absoluta de que no podía ser vencido.

Esto no nos desmoralizaba: simplemente nos hacía abrigar temores, creyendo que iba á prolongarse la lucha de un modo desesperante.

Nosotros debimos creer que Maximiliano estaba seguro de salir bien de aquella determinación, que de otra manera iba á ponerle en graves aprietos.

Los comentarios que hacíamos, aunque muy diversos, estaban fundados en alguna razón.

—Seguramente, decían algunos, Maximiliano cuenta con recibir poderosos auxilios, porque una plaza sitiada que no espera auxilio ninguno de fuera puede considerarse como dominada. La cuestión, entonces, queda reducida á estos términos: ¿de donde espera refuerzos Maximiliano? ¿Del exterior, es decir, de Bélgica ó de alguna otra parte de Europa, en donde tiene parientes? ¿Confiará en que vengan á salvarlo los miembros de su familia, algunos de los que son bastante poderosos para intentarlo, ó tendrá confianza en las fuerzas que le rodean?

—Algun plan debe existir que ni nosotros comprendemos ni nuestros generales han sospechado, decían otros de los que nos encontrábamos en expectativa, y ese plan debe ser una gran mina que va á hacer volar nuestros ejércitos.

—Lo que hay de cierto, contestaban otros, es que D. Leonardo Márquez anda expedicionando con cinco ó seis mil hombres, y Maximiliano tiene confianza en que unido aquel jefe á la guarnición de México, se venga sobre Querétaro y acabe con las fuerzas sitiadoras.

—Si no hay algo de eso, terminábamos diciendo, si no hay tras de esos hechos que se nos refieren alguna combinación infalible, como un milagro de esos que se llaman patentes, si el archiduque no cuenta con un auxilio sobrenatural casi, está perdido; porque nuestras tropas tienen ya sitiada á la ciudad, saben lo que se encuentra dentro, y no dejarán salir ni una mosca: tendrán muchas bajas, se harán muchos claros en sus columnas de combate; pero los Estados patriotas se apresurarán á mandar refuerzos y de hecho se están mandando todos los días; así es que, la caída de Querétaro significará, no el aniquilamiento de un hombre desafortunado, sino que para nosotros, para nuestro país, tendrá esta más grande significación: la muerte, y para siempre, de la idea monárquica. Una vez que sucumba el imperio, al ser derrumbados los muros de Querétaro, quedará salvada eternamente la República.

Entre estas dudas, entre estos recelos, entre estas vacilaciones, temores y sospechas, se pasaron los primeros días del asedio, en que nos llegaban las noticias del combate glorioso de la Cruz, y de la desgraciada jornada del Cimatarío. Para los de aquel rumbo el triunfo hubiera sido más seguro y más inmediato, si Don Benito Juárez hubiera dado el mando de todo el ejército á Don Ramon Corona. Nosotros no conocia-

mos al general Don Mariano Escobedo más que por los pocos combates en que había resplandecido su nombre al nivel de los de Treviño y Naranjo. Siempre considerábamos algunas toesas más grande á nuestro caudillo de Occidente.

Yo que lo había visto de cerca, que lo había tratado y que en mi interior había disminuido su talla, confesaba, sin embargo, que podía ser el mejor capitán, porque le estaba protegiendo la fortuna. En la guerra es mucho contar con el genio guerrero y con los conocimientos militares, pero es mucho más seguro estar ayudado con una buena suerte. A Corona estaba dándole el sol de cara en aquellos momentos con todo su esplendor.

Era lo que más escozor nos daba: que estuviera mandando en jefe un general cuyos antecedentes nos eran de todo punto desconocidos. Sin embargo, nuestra posición era buena, nuestra moral estaba á mucha altura, nuestros generales jefes de divisiones y brigadas tenían un nombre que nada dejaba que desear. Allí estaban los Régules y los Riva Palacio, los Berriozábal y los Márquez de Leon; los Naranjo, los Pedro Martínez y demás leones de la Frontera que habían hecho estremecer con el fragor del combate el terreno que habían ido disputando á los imperialistas.

La situación vino á quedar despejada con el atrevido é inesperado asalto dado á la inexpugnable ciudad de Puebla, el 2 de Abril: desde el momento de ese triunfo, que fué tan glorioso como el de Zaragoza el 5 de Mayo en Guadalupe, y como el de Antonio

Rosales en San Pedro, aunque de mucho más importantes resultados, fué necesario convenir en que la situación de Maximiliano era desesperada, no pudiendo ya recibir auxilios ni de Márquez, ni de las pocas plazas en que quedaban algunas tísicas guarniciones imperialistas. Ya no había más que dos plazas que ocupar para que quedara terminada la lucha: la de México que iba á tener por defensores soldados de una tropa desmoralizada, y la de Querétaro, en donde los mexicanos que habían hecho causa común con un extranjero, tenían que saberse sacrificar con heroísmo, por vergüenza siquiera, delante de aquel testigo impertinente, que les estaba dando un terrible ejemplo.

Había, pues, que rendir primero á México, que parecía más débilmente defendido, aunque estuviera Márquez al frente de la guarnición, para en seguida presentarse toda la República en masa ante los muros de Querétaro. Nos parecía que el combate iba á quedar allí singularizado: íbamos á ver frente á frente á dos enemigos irreconciliables: á Juárez que representaba la República, frente á Maximiliano que representaba el Imperio. En este duelo singular íbamos á ver que el aire de nuestro suelo, que el soplo vivificador de nuestras montañas, que la brisa perfumada de nuestras selvas, que la luz purísima de nuestro sol, que todo cuanto aquí se respira y sirve para fortalecer, estaba dispuesto á contribuir al triunfo de la República. Esta no se encontraba sola, pues que tenía en su apoyo no sólo el aliento de todos los mexicanos, sino la vida de todo cuanto se alimenta en nuestra tierra, criada para la libertad.

Tras la noticia de la gloriosa ocupacion de Puebla, por las fuerzas que mandaba el denodado general Porfirio Diaz, y de los combates que siguieron, recibimos la noticia, que tambien aguardábamos, del cerco de México. D. Leonardo Marquez habia logrado reunir en la capital cinco ó seis mil hombres, segun se nos escribia, y con las gruesas piezas de artillería con que contaba y con las dobles murallas que se habian construído tras de los canales llenos siempre de agua, y con los otros muchos elementos que puede proporcionar la ciudad de México, debía contar con lo necesario para sostenerse, no solo por meses, sino por años, mientras los amigos del Imperio desplegaban algunos trabajos de insurreccion en los Departamentos.

Estas eran las noticias de procedencia imperialista: las que nos llegaban de procedencia contraria no eran ménos exageradas, pues que suponian al mismo Juarez mandando en jefe, componiéndose nuestras tropas de cuatro ó cinco ejércitos, que se denominaban del Norte, del Sur y de los demás vientos: nosotros, los que tenemos ideas desvanecedoras sobre la valentía de nuestro ejército de Occidente, deciamos que con él bastaba para triunfar de cualquier enemigo.

Los partes oficiales escaseaban mucho, porque nuestros generales estaban completamente entregados á las operaciones de la campaña, la cual si no era ruda tenia que ser muy estudiada, para evitar un revés que nos obligaria casi á comenzarla de nuevo, haciéndonos retroceder á nuestras costas y serranías. Una victoria de Maximiliano en Querétaro hubiera retardado su caída, siendo de todos modos insuficiente pa-

ra dar vigor al principio monárquico que era impopular. No llegándonos partes oficiales, con frecuencia teniamos que beber las noticias en las peores fuentes, como eran los informes de los pasajeros que venían á bordo de los buques que tocaban en nuestro puerto, y en los periódicos del interior, que completaban á fuerza de gritos el estrépito que hacian nuestros cañones.

Muchas veces la prensa sola ha servido para derribar á un gobierno ó para ganar una batalla, á fuerza del vigor con que suele producir su vocería; pero en aquellos momentos no podia ser escuchada por los sitiados, ni vista por los sitiadores, que eran los mejores testigos de los hechos, una vez que estaban sobre el terreno, ni servia, en realidad, más que para estar sosteniendo el espíritu patriótico de los que nos encontrábamos léjos, fortaleciendo á la vez nuestras esperanzas.

De repente esos mismos periódicos, que no por abrigar falsedades y exageraciones dejábamos de leer con interes, vinieron á decirnos que los muros de Querétaro habian caido, dando entrada á nuestro ejército. Las muy buenas y las muy malas noticias son transmitidas como el relámpago. Al lado casi de los periódicos llegaron las cartas de los amigos y en seguida las noticias oficiales muy detalladas.

Con la toma de Querétaro habian quedado prisioneros Miramon, Mejía, Mendez y demas jefes adictos al archiduque Maximiliano, que tambien entregó su espada al general en jefe del ejército de Occidente, D. Ramon Corona. Desde ese momento siguieron lle-

gando las noticias una tras otra casi sin interrupcion. El sentimiento mexicano en que domina la generosidad sin límites, se abrió paso hasta Juarez, pidiéndole con millares de firmas la vida del austriaco. Era la ley la que debía fallar, y la ley inexorable mandó que murieran los principales caudillos de aquella asonada, en que tanto tuvo que sufrir la nacion mexicana. Maximiliano y sus tres principales generales fueron decapitados á la vista del mundo entero, como convictos y confesos del delito de lesa nacion. ¿Qué tenia que esperar Márquez en México despues de la caída de Querétaro? Tambien rindieron las armas los suyos, despues que él se ocultó, y quedó concluida aquella injusta guerra de intervencion.

Nosotros celebramos este desenlace en Sinaloa, no sólo con entusiasmo, sino con frenesí, y al lado de las lágrimas que derramamos por la pérdida de tantos de nuestros compatriotas y por las últimas víctimas de Querétaro, sonó vibrante, unísono, vigoroso este grito que reasumia todos nuestros deseos y todas nuestras aspiraciones:

—¡Viva la República Mexicana!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

DIRECCIÓN GENERAL DE

ALGUNAS CAMPAÑAS.

APENDICE DE LA PRIMERA PARTE.

El autor de las memorias que se publican en *La Patria Ilustrada* con aquel título, no creyó conveniente apoyar su relacion en documentos, tanto por no hacer cansada la obra, como por no tener estas pretensiones históricas y referirse sólo á sucesos de que fué testigo presencial, reservándose, sin embargo, el estar preparado con toda clase de datos para satisfacer cualquiera duda que llegara á suscitarse durante la publicacion.

Concluida la primera parte que comprende toda la época de la guerra de intervencion en los Estados de Occidente, no ha habido más refutacion que la que nos fué enviada por el Sr. Gral. D. José López Uraga desde San Francisco, y que tuvimos cuidado de

gando las noticias una tras otra casi sin interrupcion. El sentimiento mexicano en que domina la generosidad sin límites, se abrió paso hasta Juarez, pidiéndole con millares de firmas la vida del austriaco. Era la ley la que debía fallar, y la ley inexorable mandó que murieran los principales caudillos de aquella asonada, en que tanto tuvo que sufrir la nacion mexicana. Maximiliano y sus tres principales generales fueron decapitados á la vista del mundo entero, como convictos y confesos del delito de lesa nacion. ¿Qué tenia que esperar Márquez en México despues de la caída de Querétaro? Tambien rindieron las armas los suyos, despues que él se ocultó, y quedó concluida aquella injusta guerra de intervencion.

Nosotros celebramos este desenlace en Sinaloa, no sólo con entusiasmo, sino con frenesí, y al lado de las lágrimas que derramamos por la pérdida de tantos de nuestros compatriotas y por las últimas víctimas de Querétaro, sonó vibrante, unísono, vigoroso este grito que reasumia todos nuestros deseos y todas nuestras aspiraciones:

—¡Viva la República Mexicana!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

ALGUNAS CAMPAÑAS.

APENDICE DE LA PRIMERA PARTE.

El autor de las memorias que se publican en *La Patria Ilustrada* con aquel título, no creyó conveniente apoyar su relacion en documentos, tanto por no hacer cansada la obra, como por no tener esta pretensiones históricas y referirse sólo á sucesos de que fué testigo presencial, reservándose, sin embargo, el estar preparado con toda clase de datos para satisfacer cualquiera duda que llegara á suscitarse durante la publicacion.

Concluida la primera parte que comprende toda la época de la guerra de intervencion en los Estados de Occidente, no ha habido más refutacion que la que nos fué enviada por el Sr. Gral. D. José López Uraga desde San Francisco, y que tuvimos cuidado de

insertar oportunamente para que fueran conocidos el pro y el contra de la cuestion. En cumplimiento de nuestro propósito de solo presentar aquellos datos que fueran reclamados de algun modo para determinar cualquier suceso histórico, nos creemos en el imperioso deber de agregar, por via de apéndice á nuestro trabajo, algunos de los documentos publicados en aquella época en Colima, que vienen, en nuestro concepto, á dar al asunto toda la claridad pedida, tanto por algunos periódicos de Sinaloa y de esta capital, como por el mismo general Uruga.

Las cartas que copiamos en seguida fueron publicadas el 24 de Agosto de 1864.

«Sr. general D. Miguel María Echegaray.—Leon, Julio 26 de 1864.—Muy querido amigo: Véame Vd. ya en mi casa y en mi familia, y como ofrecí á Vds. sin compromisos ni protestas de ninguna especie. Voy á relatar á Vd. para sí y los compañeros lo pasado, y mi opinion y mi consejo para que obren, si quieren, con justificacion, y si no, con conocimiento de causa; al mismo tiempo les probaré hasta el último mi consecuencia de ello.

Después del aviso que recibí de la toma de Acapulco, comprendería Vd. que no tenia más recurso que dirigirme al nuevo gobierno para salir del país, y á esto me forzaba más y más el estado violento en que tenian á Michoacan los Mercado, Eguiluz y otros enemigos de Caamaño aprovechaban las cosas para mandar por sí. Yo no queria mezclarme en ello: el Sr. Mercado (padre), queria quitarse de mí de los Reyes, y aun me pasó una nota, aconsejándome pidiese mi pase al extranjero á los invasores, y me dió tres notas diversas para ello á escoger. En fin, todo eso debía concluir, y yo de los Reyes mandé al Sr. Lic. Romero directo al emperador para pedir mis pasaportes, ó para que se hiciese de mí lo que gustase. El señor Romero llegó á México, se encontró en el Ministerio al Sr. Ramirez, liberal conocido, y fué á quien se dirigió. La recepcion que tuvo de este señor era consiguiente á sus principios; pero en la misma noche dió cuenta al emperador y en la misma noche fué recibido por él mismo sin detencion alguna. Romero me ha dado cuenta de las palabras honrosas y nobles con que fué recibido, y aceptada la petition más allá de lo que yo le pedia, tanto que tuvo que recalcar Romero las circunstancias de que yo no reconoceria nada de lo he-

cho, á nada me adheria ni cambiaba en nada mis principios, que yo no podia combatir, y que eso era todo. A cada cosa el emperador le decia que muy bien, que así queria á los hombres, guiados por la razon y amor á su país, y que discutiesen la situacion y no combatesen sin juicio; que deseaba que yo fuera á México para hablarle por dos horas, y después yo mismo resolviese lo que gustase de mí, pues no venia á expatriar mexicanos. Romero le pidió mis pasaportes para venir á Leon con los oficiales míos, y dijo que era necesario que yo fuese á donde gustase; que repetía su deseo de verme; pero que descansase unos dias y que á los que me acompañaban los mandase yo á su servicio ó á sus casas, como gustasen, pues queria hombres voluntarios en su obrar y corazones etc. Pues bien, con esta respuesta volvió Romero á San Juan de las Colchias, y yo salí para Uruapam, en donde con sumo disgusto estuve un dia, y salí al siguiente. Dejé la infantería para volver á Vd., y seguí solo con Guias. Márquez habia recibido órden de salir á recibirme, y poner todo á mi disposicion; así lo hizo, y me preparó casa etc. en Pátzcuaro; pero me negué á ir, y seguí mi marcha á Leon por Zipimeo; pero vino á verme, y él estuvo conmigo; me presentó su oficialidad, donde encontré mil liberales nuestros, y aguardaban unos de Puebla; me manifestó el encargo que tenia de comprometerme á ir á México, y me ofreció que él mismo me llevaria: yo me negué á todo y seguí á Leon, siendo todo el camino una recepcion bulliciosa. Da pena, amigo mio, y abre bien los ojos, el ver á los pueblos que nos huian en donde solo por miedo encontrábamos alojamiento, verlos hoy agrupados al que pasa, ponerme músicas y ofrecerme todo; hoy yo sin armas, y sólo por el principio de haberles dado paz. Seguí así mi camino, afianzando más la idea de que hice bien en venirme á vivir en paz, cuando la guerra no es popular y es vandálica. En el camino los liberales eran los primeros en decirme que sirviese, que me acercase al emperador y que hiciese cambiar algunas trabas que aun tenian. Así hice hasta Silao, á la primera guarnicion francesa, en donde su comandante Simocio salió á recibirme, me presentó su oficialidad, y me enseñó la órden del general en jefe francés para ponerse á mi disposicion, cosa que no habian hecho jamas, que recibió el comandante de aquí, y que hasta en la tropa misma ha habido mil cumplimientos así. En fin, Yañez lo mismo, todo lo puso á mi disposicion, las autoridades han salido á recibirme, y estaria contento y tranquilo si pudiese convencer á mis compañeros que afiancemos nuestros principios bajo un gobierno ilustrado, y que piense sobre nosotros mismos y que de ninguna manera podemos combatir.

La ocupacion de todos los puertos, la de Mazatlan y Durango y la marcha de San Luis sobre Monterey y la de Puebla sobre Oaxaca, dejan esa fuerza sin objeto y marcada con un mal nombre, no es sino gavilla sin derecho, y yo quiero salvar á mis principios.

He recibido algunas cartas de México de los liberales; todos me piden vaya á ver al emperador; todos tienen su esperanza en mí, pero ¿cómo he de ver á vds? ¿No son acaso mis amigos y mis compañeros? ¿No son vds. en los que debemos fundar el porvenir de nuestros principios, y aun darle apoyo al emperador para su marcha en ellos?

Escribo á vds., como ven, en el acto de llegar á casa; pero debo pedirles una respuesta pronta y categórica, pues no puedo ni debo vacilar en lo que haga por más tiempo. Debo ser franco: á mí me es indiferente marcharme del país; mis intereses son ustedes, son mis compañeros. ¿Quieren vds. que los sirva, que los salve y los guíe? Yo sabré colocar la situación como debe; yo los pondré en posición digna y ventajosa, estaré con vds.; quedaria vd. mismo si no y yo saldria á recibirlos al lado del emperador; quedarán las fuerzas en Guadalajara, y solos en el Estado. Para todo es necesario resolución pronta y confianza para que yo haga lo que debia. La repetición del voto de confianza del día 10 en mí, y la acta en ella para que yo presente el reconocimiento del imperio, lo concluye todo.

Al estar escribiendo á vds. recibo un parte telegráfico en que viene un comisionado del emperador á hablar conmigo; esto precipita más los sucesos, pero sigo mi sistema de no dejar á vds. abandonados: les mando originales las comunicaciones sobre la venida del baron Romi, secretario del Emperador. Yo me resuelvo á manifestar que espero saber lo que vds. hacen para resolver yo; pero repito, esto daña, emplazando la resolución.

Miguel, no tenemos remedio: salvemos nuestros nombres, y que los discolos se sacrifiquen. Escribo á Toro, Neri, Ornelas, Diaz Leon, Salazar, Aguirre, y por Colima á Julio: en mis cartas me refiero á esta; es, como vds. comprenderán, el ultimatum de su resolución, pues seria un mal en mí insistir, y en vds. el emplazar. Creo que como caballeros se unirán, y el que no acepte sin discordia se separará y correrá su suerte. En fin, lo que vds. gusten, si no oyen la voz de su viejo jefe y amigo; pero saben que los ama y mucho quien espera abrazarlos pronto.—José L. Uruga.»

«Sr. General D. Miguel Maria Echeagaray.—Hacienda de Zipimeo, Julio 18 de 1864.—Muy estimado amigo.—Acostumbrado á respetar las opiniones políticas de los individuos y mas aun las de mis amigos, porque es un principio para la conservación de las relaciones, me habia retraido de escribir á vd. para tratar de los asuntos públicos de nuestro país, pero ya que todos los mexicanos, cualquiera que sea su color político, han hecho abnegacion de sus opiniones, ya que todos los militares que han hecho su carrera en

el ejército paso á paso se han desprendido de los partidos, y ya en fin que el mismo Exmo. Sr. General Uruga, siguiendo á la Nacion toda, se encuentra entre nosotros y en el seno de la familia militar á que ha pertenecido lo mismo que vd., y habiendo por lo mismo cesado el compromiso y la justa consecuencia que vd. ha guardado á tan digno Jefe, no puedo ver con indiferencia que un antiguo militar, un antiguo soldado, un viejo compañero, esté segregado de los demás, que es preciso le consideremos como hermano; y por lo mismo, rompo el silencio para suplicarle que oyendo al referido General Uruga, que escribe á vd. de acuerdo conmigo, piense el asunto de que ambos tratamos, y que en dos palabras voy á expresar—Está ya establecido en México un gobierno enteramente mexicano; rije los destinos del país un príncipe que conociendo nuestras necesidades y comprendiendo que sobre todo es urgentísima la union de todos los compatriotas y no contando con las cabezas sino con los corazones: llama á derredor suyo á todos los que amantes de su patria y ajenos á toda ruín ambicion quieran ayudarle á la reparacion del edificio social.—Los liberales mas exaltados, los republicanos mas reacios han cedido á esta invitacion, hecha por el hombre, deparado según parece, por la Providencia para salvar á México de su total ruina.—Todos se agrupan á porfia, y el soberano sin distincion de colores llama en su auxilio á los buenos servidores, no atendiendo mas que al verdadero mérito, al patriotismo y la honradez.—Estas tres cualidades busca y las haya entre los liberales y entre los conservadores sin ver en unos y en otros mas que mexicanos. Sin duda que, sin lisonja, en vd. hay esas tres virtudes; preciso es que coopere á la grande obra.—El Sr. General Uruga, hablará con mas precision que yo y vd. verá si hay algo de exageracion en lo que he dicho.—Venga vd. pues, amigo mio, á prestar sus servicios á su patria, en los mismos momentos en que ella necesita de todos sus hijos: los compañeros de vd. en el ejército, verán con gusto que viene con ellos, como amigo, como hermano, como compañero, y yo en lo particular tendré un verdadero placer.—Hablo á vd. con el corazon, con la sinceridad de un compatriota, con la franqueza de un soldado y llamo á vd. con el entusiasmo de un verdadero patriota.—Los servicios de vd. no pueden ser sepultados en el olvido cuando se necesita el nombre, la reputacion de los mexicanos distinguidos, ese nombre para conseguir la paz, principio de nuestra regeneracion y de nuestro engrandecimiento.—Yo agradeceré á vd. este servicio y espero de su bondad me conteste.—Entre tanto, me repito de vd. afectísimo amigo, atento y seguro servidor.—Q: B. S. M.—L. Márquez.»

«Sr. General D. Leonardo Ornelas—Hacienda de Zipimeo, Julio 18 de 1864.—Muy estimado amigo.—Hay servicios en la vida

que es preciso hacer por el individuo, cuando se trata de salvar á una sociedad. México qua hace muy poco tiempo se precipitaba á su ruina segura, ya mira en su horizonte una esperanza de un porvenir lisonjero; para asegurarlo no necesita mas que la paz, y esta se obtiene con la union de todos los compatriotas. Con diferencia de dias lo han ido comprendiendo así los hombres de todos los partidos políticos, y haciendo abnegacion de sus opiniones se han agrupado al derredor del gobierno establecido en la capital, prestándose gustosos á cooperar á la salvacion y engrandecimiento de nuestra patria. El príncipe en cuyas manos están los destinos de Mexico ha comprendido con mucha exactitud nuestras necesidades; considera urgentísima la de obtener la paz y sin distincion de opiniones, buscando únicamente el patriotismo y el verdadero mérito, llama en su derredor á todos los buenos mexicanos para que le ayuden en la obra de nuestra regeneracion.—Los republicanos mas exaltados, convencidos de esa loable y notable conducta de parte del hombre que parece deparado por la Providencia para salvarnos, con diferencia de dias han acudido y acuden al llamamiento patriótico que les ha hecho. El Exmo Sr. General Uruga, y otra porción de personajes distinguidos del partido liberal, patriotas ante todo, se deciden á ayudar al soberano para conseguir la felicidad de México. Es imposible que vd. desoiga la voz de la patria cuando pide tan poco de sus hijos. Préstese vd. pues, venga á cooperar al bien general. Yo como amigo y como soldado con la sinceridad y la franqueza de un patriota, llamo á vd. y espero que tendrá la bondad de acudir á mi invitacion y esperando su respuesta, me ofrezco á su disposicion afectísimo amigo que atento B. S. M.—*L. Márquez.*»

«Sr. General Leonardo Ornelas.—Leon Julio 26 de 1864.—Mi querido compadre y amigo.—Estoy desde ayer aquí en familia y tranquilo. Vea vd. la carta que dirijo al Sr. General Echeagaray, pues se trata de todos vds. mis amigos y compañeros, y sobre todo, de la felicidad del país.—Véngase vd. á mi lado con su brigada: esto se lo digo á vd. con el derecho de amigo que lo quiere y de General que conoce el mérito de vd. No tenga vd. cuidado, los dejaré con mando de tropas en su Estado, se las organizaré: se las aumentaré y verá vd., como se afianza para siempre la paz. Si quiere vd. que hable conmigo el Lic. Aristeo Moreno y que lo vea todo: mándemelo, que lo quiero ver, y para lo cual le acompaño un pasaporte.—Por Dios, compadre, que impuesto vd., repito de la carta de Echeagaray y poniendo la mano sobre su corazon, piense para obrar.—Véngase vd. yo se lo digo, pues sabe lo quiero y por consiguiente no quiero que sea vd. víctima de los infames.—Salude vd. á mi co-

madre afectuosamente; mis caricias á mi ahijado y vd. disponga de su amigo y servidor Q. S. M. B.—*José L. Uruga.*—No me den mas disgustos, por Dios; mándeme á Aristeo que piensa mas que vds. para arreglar todo; que venga á Guadalajara, y si aun no llego que hable con el señor Caserta.

José L. Uruga General de Division.—El Sr. Lic. D. Aristeo Moreno podrá pasar por donde le convenga hasta incorporárseme.—Suplico por tanto, á las autoridades francesas y mexicanas, no pongan al referido Moreno obstáculo en su camino y antes bien, le faciliten, bagajes, &c. &c.—Leon, Julio 26 de 1864.—*José L. Uruga.*»

«Sr. general D. Antonio Neri.—Leon, Julio 26 de 1864.—Mi muy querido amigo.—Creo que le he dado á vd. pruebas de que lo quiero, de que lo considero y de que me intereso por vd. Así, pues, creo tener derecho de darle órdenes como su amigo y como su general, que conoce lo que vd. vale.

Impóngase de la carta que hoy dirijo al Sr. General Echeagaray, pues en ella trato de todos vds., mis amigos y compañeros, y de la pacificacion del país.

Véngase vd. con sus tropas y todos los muchachos, ponga en juego su influencia, y yo le respondo que quedará vd. dignamente al frente de sus tropas; lo dejaré en su Estado, las vestiré, las organizaré, las aumentaré y haré mucho por vd.

Ya sabe que soy incapaz de engañarlo, y que lo estimo de corazon. Cuidado con locuras y tonteras que lo precipiten.

Escríbame en lo particular y en espera de vd. se repite como siempre su amigo y S. S. Q. B. S. M.—*José L. Uruga.*

Sin vd. no quiero nada, y así reuna á los muchachos; que confien en que yo soy quien los guío, y los reuniré y formaremos todos un cuerpo y nos haremos respetar. Puedo responder á vds. de todo. En fin un abrazo á todos, y si le ocurre algo que arreglar, mándeme uno á Guadalajara que hable conmigo ó con el Sr. Caserta, si aún no llego.»

«Sr. Gral. Toro Manuel.—Zapotlán.—Leon, Julio 26 de 1864.—Mi muy querido amigo: Ayer he llegado á esta; estoy en mi casa en familia, y voy á hacer á Vd. una ligera pintura de lo acaecido desde que me separé de vd. de los Reyes. Estoy, por supuesto, sin haber reconocido nada ni aceptado nada, y sin compromiso alguno. En mi camino he encontrado una recepcion repetida por las autoridades y por los pueblos. Al llegar á Silao, me encontré con el co-

mandante superior de la plaza, jefe francés, me felicitó, y me dijo que cumpliendo con las órdenes que tenía, estaba á mi disposición desde ese momento con las fuerzas francesas que estaban á sus órdenes. Las autoridades mexicanas han hecho lo mismo, y para todo lo concerniente al servicio militar se me ha pedido permiso, tanto por franceses como por mejicanos.

Créame vd., Manuel, los pueblos todos, cansados de sufrir, deseosos de la paz y huyendo del incendio, del exterminio y de la infamia, han reconocido el actual orden de cosas. El Sr. Ramirez, liberal consumado, hombre sin mancha y de un mérito reconocido para el país, está al frente del ministerio de relaciones. Los generales, jefes y oficiales liberales y del Ejército permanente muy considerados y distinguidos. Las leyes de reforma se llevan á efecto, el ejército se protege, las garantías individuales son un hecho y la independencia no se pierde. Oiga vd. mi consejo, para que obre, si quiere, con justificación, como hombre honrado y como verdadero patriota, y yo probaré á vd. mi consecuencia en ello. Exito á vd., pues, para que trabaje con su influencia, y unidos todos, llevemos la idea de afianzar nuestros principios y seamos el apoyo del emperador en su marcha en ellos. Ya sabe vd. que los puertos están tomados todos. Yo le hablo á vd. como amigo y de corazón. Por Dios, Manuel, que piense bien y no se lleve de los enemigos del orden y de chismes.

En fin, vea vd. la carta estensa que hoy dirijo al general Echeagaray, y vea en ella mis sentimientos, y que no los abandono, sino que los quiero ver agrupados á mi alrededor y felices.

Escríbame lo que piense en lo particular, y no olvide á su antiguo amigo y S. Q. S. B. S. M.—*José L. Uruga.*

Cuidado con mas locuras: vd. sabe lo que lo he querido; hoy lo necesito y lo llamo, yo sé lo que se hace y por donde lo guio."

"Contla, Agosto 21 de 1864.—Sr. general de Division D. José M. Arteaga.—C. Guzman.—Mi apreciable y querido general. Ayer he recibido una carta del Sr. general Uruga por conducto de vd. la cual le adjunto para que se sirva imponerse de su contenido, manifestándole que en su segundo párrafo se refiere á que le ofrecí seguirlo y de lo cual voy á dar á vd. pormenores con la franqueza y lealtad que me son características y á fé de soldado digno de mi clase.—No negaré jamas que con el citado general me han ligado antiguas relaciones de amistad íntima y le estoy reconocido á mil testimonios de estimacion que me ha dado siempre. En este supuesto, cuando pretendió separarse del ejército, me hizo oferta de que me fuera con él para Acapulco ó Coahuila, pues eran los puntos que habia fijado para su residencia, mientras el Supremo gobierno de la

nacion resolvia lo conveniente, y guiado por los deberes de gratitud vacilé un momento entre acompañarlo y seguir prestando mis servicios, mas como no estaba seguro de que dicho señor traicionara ó positivamente se retirara á los puntos indicados, resolví aconsejarme del Sr. general Echeagaray y ya en estos momentos el horizonte era mas claro; pues pude sospechar cual era su intencion, que me decidió á no pensar ya en seguirlo, como lo han probado mis hechos, pues estoy convencido de que si bien debo estarle reconocido como llevo dicho, por ser este un sentimiento natural de todo hombre que no es ingrato, cierto es á la vez que con solo mi gratitud no estoy obligado á mas, ni nadie está en derecho de exigir el sacrificio del honor. Sin otro asunto esté vd. seguro de la lealtad y sincero afecto que le profesa su atento subordinado Q. B. S. M.—*J. Diaz de Leon.*"

"Sr. general D. Jesus Diaz de Leon.—C. de Leon, Julio 27 de 1864.—Mi muy querido amigo.—Ya me tiene vd. en familia sin haber reconocido ni protestado, ni con liga de alguna especie.—Ya le escribo al general Echeagaray estensamente sobre la situacion, sobre vds. mis buenos amigos, y sobre el partido que deben seguir en lo sucesivo. Vea vd. esa carta, hable respecto de ella y mas que nada reflexione bien y no se deje llevar de chismes.—He estrañado el que no se me haya vd. incorporado, pues, recuerde que quedamos en que despues de tres dias de mi marcha vendria á mi lado. Ya sabe vd. que lo quiero y es por eso que lo escito á que se venga solo ó con su fuerza, si la tiene, en la inteligencia que de cualquiera manera será vd. respetado, considerado y protegido como merece.—Sobre todo, mi idea es salvar á vds. y creo conseguirlo con tal de que no sean locos; sino que entren en el terreno de la razon pues si no fuera así y solo se tratara de mi persona, insistiria en salir del país y era por consiguiente negocio concluido. Es necesario, pues, que trabajemos todos y consigamos el fin que nos hemos propuesto de consolidar el país y de afianzar nuestra independencia.—Fié vd. en mí, que yo le aseguro que lo guiaré por el camino que nos hemos trazado. No créa vd. que he variado, al contrario, mis principios son los mismos. Espero de un momento a otro, á un enviado del emperador, pues insiste en que vaya á México. Con que en fin, amigo mio, no hay que perder tiempo y no haga desesperar á su amigo y S. Q. B. S. M.—*José L. Uruga.*

Por supuesto vd. no tiene ni que pensar, sino venirse ayudando al Sr. Echeagaray si tiene vd. fuerza ó pidiendo su pasaporte si no."

«Sr. general D. Carlos Salazar.—Leon, Julio 16 de 1864.—Mi muy querido amigo.—Impóngase vd. de la carta que hoy dirijo al Sr. general Echeagaray; haga por Dios lo que en ella indico, pues, como verá, trato del bien de vdz. mis amigos y compañeros, y de la felicidad del país. Vd. es un buen patriota, conozco las virtudes que lo adoran, y por lo mismo, le mando que se venga conmigo, y se traiga á su tropa á mi lado, pues este es el círculo que deseo me rodee. No se lleve de chismes ni tonterías; mire las cosas en su verdadero punto de vista y comprenda que esta guerra no se hace con guerrillas. A Vd. como jefe digno lo colocaré con sus tropas en el lugar que le corresponde, tendrá vd. espléndidamente cuanto necesite para aquella, es decir, vestuario, armas, aumento de fuerza y de recursos de todo género, para que de esta manera organizados, seamos el apoyo que afiance la independencia del país. No olvide vd. que le hablo como amigo que lo quiere de corazón y que de todos modos lo espero, y entre tanto cuente con su amigo y S. S. Q. B. S. M.—*José L. Uruga*. Cuidado con calaveradas y dame un disgusto: necesito que vd. se enderece y venga á mi lado para regañarlo siempre, para que sea un hombre que sirva como debe á su país.»

«Uruápan, Agosto 26 de 1864.—Sr. general D. José L. Uruga,—Leon—Mi estimado señor.—Hasta ayer por conducto del cuartel general ha sido en mi poder la apreciable de vd. del 26 del próximo pasado Julio que se sirve vd. dirigirme desde la ciudad de Leon, en donde supongo que se encuentra á la fecha.

Abrigaba la esperanza de que el conocimiento personal que vd. tiene de mí, por haber militado á sus órdenes, cuando ha estado en las filas del Ejército Nacional, me pondría á cubierto de sugerencias contrarias enteramente á mi honor militar, y sobre todo á mis deberes de mexicano. Me he equivocado, por que vd. ha creído que mi afecto hacia su persona y mi subordinación militar le habian de seguir constantemente, sean cuales fueren las opiniones políticas de vd. y su posición en la presente lucha que la nación sostiene con sus invasores. Había creído porque así lo hizo vd. creer á sus amigos, que al dejar el mando en jefe del Ejército del Centro no tenía otra mira, que no servir de obstáculo ni de rémora á los defensores de la Independencia y que su persona no debía servir de pretexto para introducir la discordia en el Ejército que estaba á sus órdenes.

Los acontecimientos posteriores, las correspondencias de vd. que se han publicado y mas que todo, la conducta que actualmente está observando, han descornado enteramente el velo, haciendo á un lado los equívocos y dudas que rodeaban á su persona, colocándola en

su verdadero puesto. Nunca creimos los que nos llamábamos amigos de vd. que la mentida abnegación que ostentó, vestida con la capa de patriotismo, no fuera otra cosa que un medio para salir de la situación difícil en que estaba colocado, temiendo que fuesen descubiertas las negociaciones que secretamente, y faltando á los deberes de mexicano y de soldado, abrió vd. con el enemigo. Ha habido, pues, por su parte, un punible abuso de la amistad, al no comprender la buena fé y la sinceridad de las personas que le tenían afectos, y lo que es mas lamentable, una deslealtad páfida al gobierno á quien tanto le debió vd. y que le honró con su confianza. Hablo simplemente como amigo, y escuso por lo mismo hacer de la conducta de vd. todas las calificaciones que merece; pero vd. sabe bien que nombre tienen, y como se llaman los mexicanos que se han sometido al imperio y que están á sus órdenes.

Por lo espuesto comprenderá vd. que á pesar de sus halagüeñas promesas y de sus pomposos ofrecimientos, «no quiero ni debo seguirlo,» sobre todo hoy que me encuentro al frente de un Estado á quien vd. y Caamaño esquilmaron cuanto pudieron, al abrirse paso á su defección. Yo no llamo «chismes ni tonterías» el justo enojo que abrigan hoy todos los buenos mexicanos contra personas que como vd. no han hecho otra cosa que esplotar en su propio provecho la posición en que los ha colocado el gobierno y la Nación. Yo no llamo «chismes ni tonterías,» digo, la censura que la indignación pública dirige contra soldados de antiguos antecedentes, que faltos de patriotismo solo quieren servir á la Nación en los días de prosperidad. No llamo «chismes ni tonterías, repito; que los buenos hijos de Michoacan, en cuyo seno me encuentro, y cuyos destinos se han puesto en mis manos, poniendo un hasta aquí, á la traición y tiranía de Caamaño, y á los páfidos manejos de vd., hayan dado una alta prueba de moralidad y de buen sentido, permaneciendo leales y fieles á sus compromisos sin temor á las dificultades.

El imperio llama guerrillas á las tropas que sostienen hoy la independencia del país, queriendo deprimir así al Ejército Republicano. Poco importan las palabras, con tal de que sea un hecho que esas guerrillas son soldados armados que pelean en defensa de la patria, buenos mexicanos que comprenden los deberes que tienen con ella, militares dignos que no se dejan seducir por los orolepes de la traición. Al lado de estas guerrillas estaré siempre, con ellas derramaré mi sangre como tantas veces la he derramado, recordando con orgullo que éstas mismas, abandonadas por vd. dieron á México un día verdadero de gloria el 5 de Mayo de 1862.

Espero, pues, que conociendo vd. cuáles son mis verdaderos sentimientos, me evite la repugnancia que me causa contestar cartas que, como la referida de vd. de 26 del pasado, son verdaderamente injuriosas, por que á personas que no me conozcan quizá los sorprenda su contenido. A pesar del disgusto que segun vd. me dice reci-

birfa con mi negativa, me ofrezco su inútil S. S. Q. S. M.—*Cárlos Salazar.*»

—Sr. general D. Albino Espinosa.—Zapotlan.—«Leon, Julio 27 de 1864.—Mi muy querido amigo.—Me tiene vd., al fia, en esta su casa en familia y sin reconocer, ni protestar, ni haber pasado por nada. Sírvasse vd. imponerse de la carta que hoy dirijo á Echegaray; pues, se trata de vdes. y del bien del país.

Ya sabe vd. que la guerra no se hace con bandidos; con que así véngase vd. con su valiente tropa y los muchachos todos, que yo les ofrezco que considerados, bien vistos y protegidos trabajaremos juntos, hasta conseguir la consolidación de nuestros principios y de nuestra independencia.

Yo me habia prometido seguir mi viage al extranjero; pero créame vd., amigo mio, no me es grato dejarlos á vds. abandonados, y por lo mismo he emprendido estos trabajos, que estoy seguro que con la cooperación y docilidad de vdes. todo lo haré.

Recuerde que lo he distinguido y he sabido premiar su valor y por consiguiente deseo que á mi lado y con mis consejos sea vd. útil más y más á su país y se labre un porvenir ventajoso. Con que le repito que se prepare y se venga con su amigo y S. S. Q. S. M.—*José L. Uruga.*»

FIN DEL APÉNDICE.

F1233

P39

v. 1

1884-85

FHRC

155347

AUTOR

PAZ, Irineo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

